

FLOR M. URDANETA

*Mia esta
Noche*

LIBRO I



Sueños
Ediciones

FLOR M. URDANETA

*Mia esta
Noche*

Sueños Ediciones

© 2017 Mía esta Noche © Flor M. Urdaneta

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser reproducido o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico sin tener permiso escrito por el propietario del copyright.

Algunos hechos de esta novela están basados en la vida real. Otros, son obra de ficción.

Registrado en Safe Creative bajo el código 1701200414053

Diseño de portada: Flor Urdaneta

Para más información ingresa a:

florurdaneta87.wix.com/flor

“El amor depara dos máximas adversidades de opuesto signo: amar a quien no nos ama y ser amados por quien no podemos amar”

Alejandro Dolina.

*Dedicada al precioso ángel
que siempre amaré.*

Índice

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTROS LIBROS DE LA AUTORA](#)

Playlist de Mía esta Noche

Crazy Love - Beyoncé y Jay Z

Titanium - David Guetta ft. Sia

All Out Of Love - Air Supply

Live - Céline Dion

Happy - Pharrell Williams

Capítulo uno

Recuerdo la noche que me mezclé entre la gente y caminé a paso seguro por la aglomerada *Time Square*, mirando con fascinación los grandes y luminosos anuncios publicitarios presentes en la famosa avenida, dejándome seducir por Manhattan y el abanico de posibilidades que me ofrecía, lugares por conocer, pasiones por descubrir...

Hacía frío. El abrigo de piel sintética que cubría mi cuerpo no era suficiente para mantenerme caliente, los guantes de cuero negro tampoco bastaban, pero ahí estaba yo, temblando y sonriendo ante la vida que me planteaba al llegar a una nueva ciudad donde nadie me conocía, lejos del control al que me habían sometido mis padres durante gran parte de mi vida. Al marcharme de New Haven, renuncié a todo, a Yale, a las comodidades, a mi familia... Tuve que hacerlo. No me dieron otra opción.

¿Por qué elegí esta ciudad? Por lo mismo que lo hacen muchos: intentaba cumplir mis sueños. Sí, fui otra chica tonta que esperaba brillar en los grandes escenarios de Broadway pero que terminó detrás de una barra sirviendo copas. Fue así durante varios años, y aunque siempre pude regresar a Connecticut y ahorrarme la terrible experiencia de vivir en un apartamento compartido en el Bronx –con dos músicos de rock, que se la pasaban más drogados que conscientes, y una bailarina fracasada que ofrecía sus servicios en alguna esquina de la ciudad– preferí seguir aquí. No les daría oportunidad a los señores Bennett de decirme lo mucho que había fracasado. Con la única que tuve contacto en estos años fue con Irlanda, mi hermana menor.

Han transcurrido diez años desde aquel día, muchas cosas pueden pasar en ese tiempo: puedes enamorarte, creer que será para siempre, mudarte con él a un lindo apartamento en Manhattan y, por qué no, intentar formar una familia. Sí, eso puede suceder. Sin embargo, aquí estoy, pintándome los labios color rojo pasión, usando un vestido negro valorado en miles de dólares, para ir a una boda con un hombre que no conozco en persona. Su ficha de cliente solo tiene sus datos personales básicos y una fotografía.

Sebastian Decker es un empresario alemán, propietario de una flotilla de barcos comerciales. A sus treinta y cinco años, cuenta con una fortuna muy generosa. En la fotografía, no pude apreciar más que su rostro serio, con ligeras líneas marcadas en su frente, ojos claros, una nariz larga y perfilada, labios asimétricos, cabello corto cobrizo y una barba muy cuidada que cubre su mandíbula ancha, encajando a la perfección con sus facciones. Me resulta atractivo, aunque eso debería ser irrelevante, este trabajo no se

trata de ser cautivada por el cliente, solo de estar a su lado, sonreír y asentir para sus amigos, socios o cualquier persona que esté a su alrededor. De cualquier forma, no estoy a la caza de ningún tipo, como la mayoría de mis compañeras en la agencia, que esperan tropezarse un día con un flamante príncipe azul adinerado que les dé una vida mejor. Exceptuando a mi amiga Jessica –con quien vivo desde hace cuatro años en su apartamento de Brooklyn–. Ella ya tiene a su hombre ideal y planean formalizar su unión en enero próximo.

El sonido de un teléfono repicando interrumpe la línea de mis pensamientos. Es el de la habitación. Me levanto de la silla, en la que estuve sentada la última media hora maquillándome, y alcanzo el aparato para contestar con un apacible «buenas noches». De inmediato, y sin un saludo cordial ni presentaciones, una voz indudablemente masculina me informa que en diez minutos vendrá a escoltarme hasta la limusina del señor Decker. Me describe su aspecto y me dice su nombre: Dimitri Dunn. Le hago saber al sujeto que estoy preparada y cuelgo el teléfono, sin ninguna otra mención particular. Aunque tenía muchas ganas de decirle que no hacía falta tanto protocolo de seguridad. Aquí el empresario millonario es el señor Decker. Yo no soy más que su acompañante tarifada por una sola noche. Y no, no se trata de sexo. Cuando inicié en este trabajo, puntualicé enérgicamente que no tendría sexo con ningún cliente, sin importar la suma que intentara pagar por mí. No puedo decir lo mismo de todas las que trabajan en *Damas de Oro*, solo hablo por mí.

¿Por qué trabajo de acompañante? Bueno, eso es algo que en algún momento contaré, pero ahora solo tengo tiempo de mirarme una vez más al espejo, corroborar que mi cabello negro esté debidamente peinado, que mi vestido se ciña perfectamente a mis curvas, sin que nada esté fuera de su lugar, y de que mi maquillaje sea tan glamoroso como amerita la noche. Una vez que alcanzo mi abrigo negro, y el bolso tipo sobre que está sobre la cama, camino hasta la puerta y la abro.

—Buenas noches, señorita Morrison —dice un hombre alto y corpulento, dueño de la misma voz que habló conmigo minutos antes: Dimitri. Viste un traje negro, camisa blanca y corbata del mismo color del saco. Sus facciones son duras y asimétricas, tiene un espeso cabello negro y ojos oscuros. No sonrío, no he conocido al primer escolta que lo haga, pero este parece más severo.

—Buenas noches, Dimitri —uso su nombre de pila porque eso indica la lista que el señor Decker estipuló.

¡Sí! Había olvidado comentar que tiene una larga lista que especifica la forma en la que debo comportarme a su alrededor: no preguntar por su vida privada; hablar, beber, comer y respirar solo cuando él lo decida; vestir la ropa que él envió –y cuando digo ropa, incluye todo, desde la interior hasta los zapatos de marca que calzo–; usar perfume Channel N°5, que estaba dispuesto sobre la peinadora cuando llegué a la suite del *Crowe Plaza Time Square*, –hotel elegido también por él–. Y lo más arrogante de esa lista: no comentar con nadie lo que vea, escuche, piense o sienta –¡Sí, sienta!– al estar con él.

¡Es el cliente más exasperante que tuve alguna vez! Ya me cae de la patada y ni he cruzado palabra con *el alemán gruñón*. Pues sí, debe ser un antipático de mierda. No era necesario que escatimara en eso. El puto contrato que firmé estipula que lo que suceda esta noche quedará entre nosotros. Nadie debe saber

que pagó por mi compañía, y mucho menos llegar al nombre *Damas de Oro*. Por mi parte, también manejo mi privacidad, para él seré Keira Morrison, punto. No necesita saber más.

El enorme hombre, que debe medir casi los dos metros de altura, camina delante de mí mientras nos dirigimos al ascensor que nos llevará al lobby del hotel. La necesidad de mordirme las uñas crece con cada número que descuenta la pantalla del ascensor, pero me contengo. Necesito comportarme a la altura de la ocasión, dejando el nerviosismo y la ansiedad debajo de mi piel, y mantener en la superficie una actitud serena y elegante.

Al salir al exterior, un pequeño suspiro se escapa de mi boca cuando mi vista se llena de la destellante luminosidad de los avisos de *Time Square*. Jamás me liberaré de esa sensación que aprieta mi estómago cada vez que recuerdo el día que llegué aquí y lo mucho que mi vida cambió a partir de entonces.

Cuando Dimitri abre la puerta trasera de la limusina, me deslizo con elegancia en el asiento de cuero del fondo del auto y entonces veo a Sebastian Decker en vivo y en directo, destilando arrogancia y severidad. Sus ojos no me han mirado ni un momento, está absorto en la pantalla de su Smartphone, pero debe saber que estoy aquí. A menos que sea sordo y no escuchara la puerta cerrarse, o que tenga un problema de olfato y no perciba el nada discreto perfume que exigió que me echara encima.

Enseguida, el auto se pone en marcha para llevarnos a un lugar desconocido para mí. No me dieron el itinerario de la noche. Solo sé que no saldremos de New York.

Los minutos comienzan a acumularse y su atención sigue centrada en su teléfono. Y yo me mantengo aquí, enmudecida y pasmada como una estatua para no incumplir con los rigurosos términos de esa odiosa listilla. Pero su frialdad, y esa postura rígida de individuo sin emociones, me impacientan. Me pregunto por qué es tan... descortés. Ya he perdido la cuenta de los millonarios a los que he acompañado, pero ninguno fue tan distante como lo está siendo él. No es que esperase una larga charla ni una presentación cordial, pero al menos debería intentar mirar a la mujer a la que le pagó una gran suma para estar a su lado esta noche.

Harta de su indiferencia, y de esperar que “su alteza Decker” procure reconocerme, dejo de mirarlo como un acto de rebeldía, aunque su imagen sigue clara en mi mente como si mis ojos siguieran sobre él. Está usando un smoking a la medida, un fino reloj plateado en su muñeca izquierda, y gemelos a juego en cada manga de su camisa. De pies a cabeza, exuda elegancia y buen gusto. Hasta su perfume huele exquisito. No sé descifrar su composición, pero es muy varonil, con una combinación de madera y frutas cítricas.

—Keira Morrison ¿cierto? —pregunta con voz gruesa, poderosa, tan masculina como su aspecto.

Lo miro perpleja, sin poder creer que al fin me registra.

Él también me observa con detenimiento a través de brillantes ojos claros —de una tonalidad que no puedo descifrar por culpa de la distancia que nos separa—. Su gesto es igual, frío y sin cambios aparentes a los que vi en aquella fotografía. No parece interesado en observar más allá de mi rostro y eso que llevo un coqueto escote en el busto.

Quizás sea gay. Muchos de mis clientes lo son, y necesitan una acompañante para hacer de

tapadera. Aunque sería una pena que él lo fuera.

Alejo esos pensamientos cuando me doy cuenta de lo inoportunos que son y mantengo la compostura. A su pregunta, contesto con un asentimiento. No quiero que mi voz suene débil y que se dé cuenta de que me ha afectado de esa manera.

—Vamos de camino a la recepción de la boda de mi socio Will Baker. Le ofreceré mi mano al bajar del auto y caminaremos juntos hasta que nos ubiquen en una mesa. En algún punto de la noche, iremos a la pista y bailaremos una pieza, o dos, dependiendo de la música. Cuando la presente con Will y su esposa, solo dígle su nombre y deséelos lo mejor. ¿Alguna duda?

¡Dios! El hombre es más odioso de lo pensé. Mira que imponerme lo que tengo que decirle a su amigo.

—¿El baile es necesario? —inquiero, aunque tengo más ganas de mandarlo a la mierda que de preguntarle esto.

—No lo diría si no lo fuese —contesta con un marcado acento alemán—. ¿No sabe bailar?

—Lo normal. No seré reconocida por mis destrezas en la pista —intento no sonar grosera. Él es mi cliente y necesito mantener la compostura.

—Lo tomaré en cuenta. ¿Algo más? —pregunta con la misma seriedad.

Sí, tengo una duda ¿no le duele la barra que traje anclada en el trasero desde Alemania?

—No, nada más —contesto en tono austero.

Con mi respuesta, vuelve su mirada al teléfono y quedo de nuevo en segundo plano.

Es un imbécil, arrogante y descortés. Mira que ni invitarme una copa. Se gasta miles de dólares en una habitación de hotel, en mi vestimenta y perfume, ¡hasta me dejó un estuche con joyería costosa a juego con el vestido! ¿Y no tiene una botella decente de vino esperando para ser abierta de camino a la fulana celebración? Si no necesitara tanto una copa, no repararía en ello, pero es que el hombre me estresa a niveles tan altos que me bebería más de una. Y también lo mandarí a la mierda si no necesitara el dinero, pero no hago esto por mí ni por razones frívolas.

Sin duda, el nombre de Sebastian Decker ocupará el puesto uno de los hombres más hostiles que me han contratado.

Mi amiga Jess y yo llevamos una lista negra de los clientes más odiosos que hemos tenido, y el último que ella agregó era tan agrio como el limón, pero este es peor que los ácidos estomacales. Creo que su frente es un ceño fruncido eterno y que no ha sonreído en años, hasta me hace extrañar al “viejo verde mano suelta” de Paul Richmond. Y créanme, la comparación por sí sola es una gran ofensa.

¿Vas a soltar ese aparato en algún momento?, se lo diría si pudiera.

Me está costando mucho contenerme. Yo no soy del tipo *sumisa lame culos* que obedece sin protestar. Aunque este trabajo me ha hecho enterrar unas cuantas veces la cabeza como avestruz.

Cuando la limusina se detiene, *la máquina Decker* opera de manera automática y guarda su aparato tecnológico en el interior de su smoking. Aprieto los labios para contener la risa por la comparación que hice de él con un robot. A veces mi mente me juega bromas muy infantiles.

—Póngase el abrigo, hace frío afuera —ordena el robot Decker con ese mismo tono arrogante que ha usado las pocas veces que se ha dignado a hablarme. Mi cabeza está llena de comentarios sarcásticos, pero tengo que morderme la lengua y asentir. *¿O quizás debería sonreír? ¡Me da igual!*

Obediente, no por gusto sino porque no quiero incordiar al cliente, me pongo el abrigo que había colocado a un lado cuando entré al auto. Conforme con mi acción, *el alemán gruñón* abandona la limusina y me espera en la calzada, como indicó en su breve y escrupulosa explicación. Dejo que sostenga mi mano cuando me deslizo fuera del auto, y hasta le ofrezco una leve sonrisa. Su mano se siente cálida, segura y fuerte mientras sostiene la mía, provocando que un cosquilleo placentero se desplace por la piel de mi palma y se traslade con inquietante velocidad hasta un lugar inadecuado.

Es un cliente, Keira. Contrólate, me reprendo duramente.

Sebastian comienza a caminar, y mis piernas, de puro milagrito, le siguen el ritmo. Ahora que avanzo junto a él, soy consciente de su altura y complexión; no debe medir más del metro ochenta, es delgado, aunque imagino que debajo de la tela oculta un perfecto juego de músculos. Mantiene una postura erguida y elegante a la vez.

¡Sebastian Decker es enigmático!

Luego de un corto trayecto, ingresamos al lujoso *Hotel Plaza*, en Manhattan, donde he estado otras veces como acompañante. Y, como cada vez, me siento fascinada ante su hermosa arquitectura renacentista de estilo francés, según comentó Harold McDowell, el segundo millonario que me llevó del brazo hacia el interior. Lo recuerdo muy bien, era amable, atento y muy hablador. Nada parecido al hombre que acompaño esta noche. Al cruzar el elegante lobby, llegamos al salón en el que se celebrará la recepción de los señores Baker. Le entrego mi abrigo al guarda ropas y avanzamos hasta donde se encuentra la anfitriona —quien saluda a Decker con una fingida amabilidad— y nos guía a la mesa que ocuparemos.

Mientras camino, una gran parte de mi pierna derecha queda al descubierto, gracias a la abertura de un metro de largo, que alcanza la mitad de mi muslo. En los hombros, dos tiras gruesas se unen al escote en forma de corazón, drapeado en un nudo cruzado.

Un hombre de cabello canoso se pone en pie cuando llegamos a la mesa. Decker le estrecha la mano como un saludo y luego me presenta como Keira Morrison, sin entrar en detalles. Pascual Archibald, como dice llamarse, toma mi mano para luego besarla con galantería. A su lado, una mujer mucho más joven que él se pone en pie y es presentada como Cristal Archibald, su esposa. La saludo con una sonrisa mientras en mi cabeza la comparo con la *Hiedra Venenosa*: vestido verde ceñido al cuerpo, escote revelador, cabello exageradamente rojo y una mirada matadora y sensual que no intenta disimular. Decker la saluda con un asentimiento mientras desliza su palma abierta por mi espalda desnuda, pillándome desprevenida. Un calor inusual se despliega en mi espina y alcanza lugares carentes de atención desde hace muchos años. Me reto duramente por reaccionar de esa manera ante su toque. Él es un cliente, nada más. Y además, en lo que va de la velada, ha demostrado ser tan frío como el invierno.

Sin quitar su mano de mi espalda, me invita a rodear la mesa para ocupar nuestros asientos. La sensación de calor, cada vez más intensa y categórica, confirma que todo es debido a él: al olor exquisito

y varonil que exuda su piel, a la forma sutil con la que mueve su dedo pulgar sobre mi espalda, a ese suave susurro ronco que pronunció en mi oído la palabra «relájese». No había notado que mi cuerpo estaba tieso como estatua hasta que lo mencionó.

¿Qué te pasa, Keira? Se trata de un gruñón de mierda controlador que no fue capaz de mirarte por más de diez minutos seguidos.

Me deslizo con suavidad sobre el asiento que él, caballerosamente, apartó para mí. Un poco después, se sienta a mi lado y apoya su mano izquierda sobre la piel desnuda de mi rodilla, como si fuera habitual en nosotros. Regreso a través de sus palabras y no recuerdo que en su discurso mencionara que se comportaría de esa forma conmigo. No esperaba sus manos sobre mí, y mucho menos que me mirase así, como si pudiera traspasar mis ojos con los suyos.

Sonrío tontamente antes de apartar la mirada, algo en él me inquieta y no me creo tan fuerte como para soportarlo. Es entonces cuando miro el salón a conciencia. Las rosas blancas, dispuestas en altos centros de mesas de cristal, que contrastan con la coloración dorada de la mantelería; en las finas cortinas color oro y en los detalles del gran salón de techos altos abovedados y gruesas columnas. Nunca he sido una persona que se detiene en los detalles, pero ahora mismo estoy contando cada cristal de las lámparas estilo araña que cuelgan desde el techo.

Parecen antiguas. ¿Cómo hacen para limpiarlas? Seguro tienen escaleras altas para eso. Pero la persona que las limpia debe ser muy cuidadosa...

Pierdo el hilo de mis divagaciones cuando Decker mueve su dedo pulgar por la piel suave de mi rodilla, provocando que el fuego que arde en mi interior se vuelva voraz y desee ser extinguido por él. Lo miro, porque creo que eso es lo que está pidiendo al tocarme, y descubro que el color de sus ojos es una combinación de gris plomo y verde musgo; que en la comisura de sus ojos hay ligeras arrugas, y que su frente dejó de ser un fruncido eterno. Se ve... relajado. Lentamente, se inclina hacia mí y me dice al oído que recuerde porqué estoy aquí. Asiento con debilidad y le muestro una sonrisa pícaro, como si me acabara de decir algo erótico y sensual, y no que me echó en cara el mal trabajo que estoy haciendo como acompañante.

¡La estoy cagando! Y mierda, no soy buena en muchas cosas en la vida, pero me jactaba de hacer bien mi papel como Dama de Oro... hasta hoy.

La siguiente hora se va entre cocteles, aperitivos y comentarios insustanciales. «Está deliciosa la bebida», o «muy buena elección de música», cuando no tengo ni idea de lo que está sonando en el salón.

La otra pareja en la mesa la conforma el abogado Karl Ruppert y su esposa Cameron. Decker se muestra más amistoso con ellos y hasta –no me lo van a creer– sonrío. Sí, *el alemán gruñón* mostró ligeramente sus dientes, y debo decir que tiene una muy linda sonrisa. Si tan solo la exhibiera más...

Me pregunto por qué un hombre guapo y adinerado como él tendría que recurrir a una acompañante. ¿No le sería fácil encontrar a una mujer con quien en verdad desee estar? La idea de que es gay vuelve a cruzarse por mi mente, pero al instante la rebato porque él no lo parece. Algo en la forma en la que me tocó me dijo que lo estaba disfrutando. Abandono ese pensamiento y me concentro en el resto de los invitados sentados en la mesa. Karl y Cameron son jóvenes y se tratan con mucho cariño. Él le acerca un

aperitivo a la boca, ella le limpia la comisura de los labios con el pulgar. Se besan, lo han hecho varias veces, luego se susurran cosas al oído y sonrían, mirándose a los ojos.

Ella es muy agradable conmigo, halaga mi vestido y dice que mi cabello es hermoso. También comenta que le alegra que Sebastian me invitara a la fiesta.

Sonrío. ¿Qué podría decirle?

La pareja Ruppert parece más cercana a Decker que la pareja Archibald, quienes se ven tan aburridos que parece que se van a quedar dormidos en cualquier momento.

—¿Desde cuándo están saliendo? —pregunta Cameron antes de darle un sorbo a su Martini.

Espero antes de decir algo. Sé que Decker tiene que responder a eso en cualquier momento, antes de que sea evidente que no lo sé, antes de que ella abra los ojos de par en par y baje la mirada. *¿Por qué no dice nada?* No importa, Cameron no va a insistir, ya está distraída enderezando la corbata de su apuesto esposo.

Me inclino hacia Decker para intentar hacerle una pregunta, pero el maestro de ceremonias irrumpe en el centro del salón y anuncia a los esposos Baker. Una suave balada es tocada por la banda en vivo desde el escenario y entonces ellos hacen su entrada triunfal. Todos se ponen en pie y aplauden. Hago lo mismo. La novia es hermosa, tiene un cabello rubio cenizo recogido en un moño alto y usa un vestido blanco vaporoso sin mangas. Su esposo, quien viste un smoking negro, la sujeta por la cintura y comienzan a desplazarse por la pista con suavidad. Se miran como si no hubiera nadie más en ese espacio y sonrían ampliamente. Me pregunto si en verdad se aman o si es una de esas bodas de papel con fecha de caducidad. Aunque llevar un anillo en el dedo no es garantía de nada, el amor se acaba, o te das cuenta de que nunca fue amor y te dejan con el corazón roto.

El recuerdo golpea con tanta fuerza mi pecho que tengo que tomar un profundo respiro para que las lágrimas no se derramen en mis mejillas. Ya pasaron tres años ¿cuánto más va a doler?

—¿Está bien? —pregunta Decker con su mano en mi espalda y su aliento en mi oreja.

¿Estoy siendo muy obvia, o él me ha estado mirando más de lo que me he dado cuenta?

—Sí, solo un poco conmovida —respondo lo mejor que puedo, pero mi voz vacilante me delata.

—Vamos a sentarnos —ordena sin apartar su mano de mí. Desearía que la alejara. No me siento cómoda con el calor que irradia su palma en mi piel, pero la mantiene ahí hasta que llegamos a la mesa y volvemos a ocupar nuestros lugares.

Cuando el baile termina, llega el momento del brindis. La hermana de la novia dice un bonito discurso, y luego el hermano del novio lo arruina con chistes de doble sentido y burlas tontas... aunque todos están encantados.

Lo siguiente en el cronograma es el plato principal, el cual previamente fue consultado con los invitados. La secretaria del señor Decker me llamó para preguntar si prefería salmón o costillas de cordero. Respondí cordero y le recordé que todo estaba en mi ficha; una disculpa avergonzada surgió enseguida, pero le dije que no tenía problemas, que un error lo comete cualquiera. Ella suspiró y terminó la llamada. Astrid —la propietaria de *Damas de Oro*— tiene un buen sistema en el que se especifica

nuestros gustos, grupo sanguíneo, a qué somos alérgicas y números de emergencia, por si algo se presenta. Fue un cuestionario muy minucioso el que tuve que llenar para ingresar a su plantilla, y también cumplir con ciertos requisitos: saber utilizar los tenedores correctos en cenas elegantes, tener buenos modales y un buen dominio al hablar, caminar con elegancia con tacones altos, tener un buen cuerpo y un hermoso rostro. Para mi suerte, cumplía con todos los requisitos. Fui criada entre banquetes y fastidiosas lecciones de etiqueta, a las que me obligó a asistir mi madre.

Después de la cena, me dirijo al baño en compañía de Cameron y de la *Hiedra Venenosa*, quien cada vez parece más aburrida y estoica. El dinero no compra la felicidad, es un hecho comprobable, viste de verde y se pintó el cabello de rojo.

—Es una zorra cazafortunas —murmura Cameron cuando la *Hiedra* se ha ido—. No entiendo por qué nos sentaron con esa —desdeña.

No digo nada porque no me encuentro en posición de opinar, pero *lo que está a la vista no necesita anteojos*; esa no está con el señor Archibald por gusto.

—Por cierto, disculpa por incomodarte en la mesa. No quería importunar —comenta, luego de retocarse los labios con un suave color rosa.

—No fue así, entiendo que solo estabas tratando de ser amable —digo con una mueca mientras ruego en mi interior para que no pregunte nada más con respecto a Decker.

—Era su secretaria —comienza—. Sé que suena cliché, pero así pasó. Todo comenzó de una forma casual y luego quedamos atrapados por el deseo. Cuando se convirtió en más que eso, dejé de ser su secretaria. Un año después, me hizo su esposa. Y aquí estoy.

—Felicidades, hacen una hermosa pareja —pronuncio con una leve sonrisa, haciendo caso omiso a su evidente invitación para que le cuente mi historia—. Tengo que volver, Sebastian debe estar esperándome.

—Sí, Karl también. No soporta que me aleje mucho tiempo de él —bromea con una risita tonta.

Al salir del baño, me sorprende encontrar a Dimitri custodiando el pasillo.

Decker es un exagerado. ¿Qué me va a pasar en un baño? ¿O será que piensa que me voy a fugar con sus finas joyas? Sí, debe ser eso.

Al volver a la mesa, el hombre en cuestión se pone en pie, y como lo ha hecho toda la noche, me acaricia la espalda. Antes de que pueda sentarme, me dice que la canción que está sonando es perfecta para bailar, dadas mis precarias destrezas en el baile.

—Es una balada suave que no amerita de grandes destrezas —dice con cierta arrogancia que me cuesta mucho ignorar. Sin embargo, sonrío para mantener mi papel. Él, como era de esperarse, camina a mi lado con su mano en el centro de mi espalda. El calor que no debería sentir vuelve a abrasar mi piel. Y mientras eso sucede, él me mira a los ojos con miles de preguntas brillando en sus pupilas. Tengo un sexto sentido en cuanto a las miradas y en la suya hay inquietud. Negada a dejarme cautivar por sus ojos, inclino mi cabeza en su pecho mientras sostengo mis manos sobre sus hombros. Las suyas se posan en mi espalda baja y se acoplan a ella como si siempre hubiesen pertenecido a ese lugar. En los segundos

inmediatos, nos movemos suavemente por la pista, pero no somos los únicos, hay al menos diez parejas bailando al ritmo de aquella música instrumental. Al estar tan cerca de él, su aroma penetra mi olfato y se traslada a mis terminaciones nerviosas de una forma descarada.

¡Esto no debería estar pasando!

—Quisiera preguntarle algo personal —siento cómo sus palabras vibran en su pecho cuando las pronuncia, logrando con ello que mi corazón se agite.

—¿Podría contar yo con el mismo beneficio? —formulo, enfrentándolo. Me observa sin expresión, de esa forma fría y dura que solo él puede lograr, y entonces niega con la cabeza.

Terminamos la pieza sin decir nada más y luego me lleva a la mesa de los novios. Will Baker es rubio, alto y de ojos verdes muy claros. Me ofrece su mano y una sonrisa destellante, así, con todos los dientes. Parece muy feliz. Su esposa Amelia nos saluda a ambos con un abrazo enérgico y dice con entusiasmo que está feliz con nuestra presencia, como si me conociera de antes. Eso fue raro. Pienso que producto de la adrenalina de la boda. Dicen que el cuerpo libera la hormona de la oxitocina cuando estamos muy felices y la de Amelia debe estar a tope.

La velada termina dos horas después. Es momento de volver a mi vida normal, sin trajes de gala, joyas o sonrisas fingidas. ¡Estoy desesperada por quitarme estos tacones y liberarme del vestido!

Salgo del salón, del brazo de Decker, hasta llegar a lobby, pero noto con nerviosismo que nuestro camino no nos está llevando a la salida sino a un ascensor.

—¿A dónde vamos? —murmuro para que nadie más escuche.

—A mi suite —responde sin inmutarse.

—Eso no está estipulado en el contrato, señor Decker —impongo de forma categórica.

—Pagué por una noche, y no acaba hasta las once cincuenta y nueve —dice entre dientes.

—¿Qué pretende que pase en esa suite? —pregunto nerviosa.

—¿Qué quiere usted que pase? —contraataca.

—¿Yo? Si el que quiere subir es usted —contradigo.

Él se ríe en mi cara como si le hubiera contado un chiste gracioso. ¿Cómo se atreve? Si no estuviera tan enojada, repararía en lo mucho que me gusta cómo suena su voz cuando se ríe, pero no tengo tiempo para eso.

—Usted ha resultado ser lo opuesto a lo que esperaba. No puede concentrarse, me contradice, me reta... No creo que deba seguir trabajando como acompañante.

—¿Lo reto? —Él mira alrededor, cerciorándose de que nadie nos esté observando, y entonces se pasa ambas manos por los costados de la cabeza como un gesto de molestia.

—No la tocaré, señorita Morrison. Solo necesito que parezca que sí. ¿Entiende? —asiento al comprender su motivo. Que suba con él es parte del teatro, pero ¿para quién está actuando?

Entro al ascensor cuando las puertas se abren. Él me sigue. No hago más preguntas, no podría ser capaz de hablar sin sonar nerviosa, solo me limito a tratar de controlar los latidos de mi corazón, que mullagan mi tórax con el incesante deseo de que Sebastian Decker me toque, de que en verdad deseara hacerlo.

Capítulo dos

—¿De verdad no intentó nada? —pregunta mi mejor amiga Jessica, abriendo sus ojos marrones de par en par, sentada frente a mí en el sofá, con las piernas cruzadas una sobre la otra y una gran bolsa de papas fritas en su regazo. La muy sinvergüenza está disfrutando de mi relato como si se tratase de la proyección de una película.

—De verdad. Entramos a la enorme suite y me dijo con voz arrogante y gruesa: «a las doce, Dimitri vendrá por usted» —lo imito burlona—. Y luego comenzó a alejarse hacia una de las habitaciones.

—¿Y se fue?

—No. Dio la vuelta y agregó: «quítese el vestido y las joyas, en la habitación encontrará un cambio de ropa. También necesito que se despeine un poco, como si la hubiera follado duro por una hora».

Recuerdo la tensión que sentí entre mis muslos cuando pronunció «follado duro» y la película que se produjo en mi cabeza: los dos en una cama, sus manos calientes y fuertes recorriendo mi piel, su boca devorándome... Pero el comenzó a alejarse y me dejó ahí, con aquel ardiente deseo creciendo en mi interior. ¿Cómo podía sentirme de esa forma? El hombre no volvió a tocarme ni una vez más, aquel acercamiento en la fiesta no se trató de un intento de seducción, solo era parte de su actuación.

—¡Oh mi Dios! ¿Eso dijo? —grita Jess, incrédula.

—¿Y sabes qué es lo peor?, que quería que me follara. ¿En qué me convierte eso? —pregunto con un tinte de vergüenza formándose en mis mejillas.

—Eso te convierte en una mujer que no ha tenido sexo en tres años. No intentes llamarlo de otra forma porque sabes que no es así.

—No lo entiendo, Jess. ¿Por qué él? Es frío, reservado, controlador, odioso, descortés... No es mi tipo.

—No creo en eso de los tipos, Keira. Si existe atracción, no importa si tiene el pelo fucsia. Fíjate en mí, jamás tuve un novio de color y mira ahora, me voy a casar con uno —dice con una sonrisa.

—Bueno, no importa. Entre Decker y yo no va a pasar nada, eso es claro. Además, en mi vida no hay espacio para nadie más que no sea Ángel. Él lo es todo para mí.

—Kiera... —pronuncia en tono de reproche.

—Ya lo hemos hablado, Jess, sabes que tengo razón. Ningún hombre lo aceptaría y no estoy preparada para que alguien más lo rechace.

—Conozco uno que sí... —comienza.

—¡Basta con eso! Mejor levanta tu trasero del sofá y ve a hacer tus ejercicios matutinos —le digo con fastidio. Estoy cansada de tener la misma conversación una y otra vez con ella.

—No digo que tengas una relación. Hay algo que se llama sexo casual ¿sabes? Ni siquiera tienes que hablarle de tu vida. Vas a un bar, conoces a un tipo, dejas que te ofrezca una copa, y luego...

—¡Ah, sí! No había pensado en eso. —Mi tono es de ironía pura—. ¿Recuerdas al último tipo que conocí en un bar, me ofreció una copa y luego...?

—Bueno, entonces en un gimnasio, o en un café, o quizás por internet...

Me voy alejando conforme la lista se hace más grande y dejo de escuchar su voz cuando entro a la habitación y cierro la puerta. Camino hasta la cuna donde está mi hijo y lo observo con una sonrisa. Está despierto, sus ojos miel se mueven con inquietud sin poder enfocarse en algún punto, pero cuando acaricio la piel pálida de su mejilla, se detienen unos segundos y se encuentran con los míos. Son hermosos y cálidos, me llenan de una extraña sensación de paz, pero a la vez de melancolía. Los médicos dicen que su visión no es buena, que quizás solo note un borrón oscuro cuando me mira, pero me gusta pensar que no es así, que distingue mi rostro, que me ve.

Lo levanto del colchón y lo acurruco en mis brazos.

—Buenos días, mi amor. ¿Dormiste bien? —Le pregunto mientras beso el cabello rubio cenizo de su cabecita.

Ángel padece una enfermedad genética llamada Microcefalia con Atrofia Cerebral, complicada con Craneosinostosis. En palabras que puedan entender, su cerebro es pequeño, no va a crecer y no hay nada que pueda hacerse para lograrlo. Lo supe cuando cumplí las dieciséis semanas de embarazo, en una de las consultas de control. El médico me explicó que lo mejor era detener el embarazo, pero no pude hacerlo, no quería. Me decía a mí misma que todo era mentira, que él estaba sano y que el doctor se había equivocado.

El progenitor de Ángel no me entendía, no me apoyaba, quería que lo abortara, decía que no valía la pena traer al mundo a un niño enfermo. Me dijo que si no detenía el embarazo, tendría que irme de su casa porque no se haría cargo de los gastos de «ese niño», como si no fuera tan suyo como mío. Entonces hice mis maletas y me fui de su apartamento. Él no me buscó, yo tampoco lo llamé, y eso fue todo. Pasé de vivir en un lujoso ático en Manhattan, con un hombre que pensé que me amaba, a un pequeño apartamento en Brooklyn con mi amiga Jessica. El plan era estar con ella un par de meses, hasta que encontrara mi propio lugar, pero cuando Ángel nació, mis ahorros se convirtieron en polvo y las facturas del hospital comenzaron a acumularse. No me importó, solo quería tener a mi bebé y brindarle mi amor.

Recuerdo el día que nació, se veía tan hermoso con sus ojitos marrones abiertos y sus mejillas regordetas llenando su rostro que pensé «es un bebé normal», pero no lo era. No hubo llanto, apenas se movía y sus brazos y piernas estaban rígidos, como los de un muñeco. Lloré, tenía sentimientos encontrados de felicidad y tristeza, conservaba la esperanza de que en verdad el doctor se hubiera equivocado. Pero aun así lo amé, lo había hecho desde que supe que existía, y ese sentimiento no menguó

porque padeciera alguna enfermedad. Al contrario, crecía más y más.

La primera vez que lo vestí, lo hice con mucho cuidado, temiendo que hiciera algo que lo lastimara, pero después fui aprendiendo y se hizo más fácil. Requirió de varios estudios costosos para llegar a un diagnóstico y comenzó a tener consultas regulares de neurología, fisiatría, neumonología, gastroenterología y otras más, que cuestan miles de dólares al año. Eso sin contar las facturas que generaron las dos veces que ha sido hospitalizado con neumonía, y el tratamiento médico que requiere a diario para controlar los episodios convulsivos que debilitan su cerebro. A veces me cuestiono la decisión que tomé, pienso que pude ahorrarle todo el sufrimiento al detener el embarazo, pero cuando lo miro a los ojos, cuando lo tengo en mis brazos, sin importar lo rígido de su cuerpo, lo único que siento es un profundo amor y una necesidad enorme de protegerlo.

Según los médicos, él no viviría más allá del primer año, pero ya tiene tres y sigue aquí. Y mientras esté conmigo, lo llenaré de besos, de canciones, de amor... Él es mi hijo, lo amo sin importar nada más, y es la razón por la que acudí a *Damas de Oro*. Mi sueldo de mesonera no me alcanzaba para pagar las facturas del hospital ni para cubrir el costo de sus consultas, las terapias y sus medicamentos. Mientras todo eso siga siendo una realidad, seguiré trabajando de acompañante. Soy la única persona que él tiene y me necesita.

Después de pasar dos horas con Ángel, que es el tiempo que tarda en tomar sus medicamentos y terminarse el biberón, lo dejo con Lucy —la enfermera que lo cuida de día— y salgo de la habitación para buscar algo de comer para mí. Quizás sea una exageración que gaste dinero en enfermeras, pero no me gusta dejarlo solo. Me da miedo que en mi ausencia tenga una convulsión o vomite y pase lo peor.

El apartamento de mi amiga es sencillo: dos habitaciones —con baño privado cada una—, sala, comedor y cocina, en un espacio abierto. Forma parte de un edificio antiguo de siete pisos con fachada de ladrillo, que lamentablemente no tiene ascensor. Bueno, solo tengo que subir tres pisos hasta aquí, pero soy muy holgazana para todo lo que incluya ejercicio. Obviando ese pequeño detalle, me encanta el lugar. Está en una buena zona y ofrece una hermosa vista del Puente de Brooklyn, y de gran parte de la ciudad de Manhattan.

—¿Superaste tu límite? —Le pregunto a Leandro —el novio de Jess— cuando entra al apartamento. Él es basquetbolista y se toma muy en serio el entrenamiento. El hombre parece una máquina letal con su más de dos metros de estatura y sus fuertes músculos marcados.

—Sí, uno más. Aunque renunciaría a varios kilómetros si Jess me acompañara —responde mientras se seca el sudor con una toalla.

—Como si eso fuera a pasar —bromeo.

—¿Qué me dices de ti? ¿Me acompañarías a trotar una mañana?

—Eso tampoco va a pasar —respondo. Él se ríe.

Yo soy más floja que Jess cuando se trata de ejercicio. Lo he intentado varias veces, pero no es lo mío. Lo bueno es que mi cuerpo no parece absorber la grasa o los carbohidratos y me mantengo en forma. Para mí, subir a diario esas escaleras es suficiente.

En la red, no hay información alguna de *Damas de Oro*, Astrid maneja el negocio con completa discreción. Para ser miembro, el cliente debe pasar por un riguroso proceso que garantiza la privacidad para ambas partes. Cuando alguno requiere de los servicios de una *Dama*, consulta la base de datos que recibió vía e-mail y luego contacta a Astrid para conocer su disponibilidad. No tenemos obligación de acompañar a un cliente si no queremos, la flexibilidad es la clave en *Damas de Oro*. Yo, por ejemplo, no cubro eventos por más de una noche y no viajo fuera del país, o a ciudades de la Costa Oeste de Estados Unidos. Me gusta mantenerme lo más cerca de Brooklyn que pueda por si algo se presenta con Ángel. Nunca se ha dado el caso, pero prefiero no correr el riesgo.

En cuanto al sexo, los clientes saben muy bien que *Damas de Oro* es una agencia de acompañantes y no de prostitución. Si están interesados en ese tipo de servicios, lo pueden encontrar en otra parte, sin mucha dificultad. Aunque, extraoficialmente, algunas cruzan esa línea y la responsabilidad recae directamente en la *Dama* y no en la empresa, según dicta la cláusula diez.

Esta mañana, recibí una llamada de mi jefa, me informó que Decker quiere contratarme para que lo acompañe a una cena esta noche y me preguntó si estaba disponible. Me hice la tonta y le pedí un momento para revisar mi agenda, pero claro que podía. Y aunque no debería volver a trabajar para él, por lo de aquellas locas sensaciones que despertó en mí, acepté. No puedo darme el tupé de estar rechazando trabajo, las facturas que guardo dentro del cajón de mi mesita de noche lo confirman.

Media hora después de hablar con Astrid, la línea móvil que destiné para *Damas de Oro* anunció la llamada de la secretaria del alemán gruñón. Contesté de buena gana; ella me indicó con amabilidad que el señor Decker pasaría por mí a las siete en punto por el *Crowe Plaza Time Square* y que debía usar la ropa que había elegido para mí, como si eso fuera una novedad.

Me despido de Ángel con un beso y lo dejo con Lucy, quien cambiará turno en media hora con Pamela, la enfermera del turno de noche. Ambas son excelentes y aman a mi chiquito. Sé que con ellas estará bien cuidado. Jess también está en el apartamento porque ya no trabaja en *Damas de Oro*, para tranquilidad de su prometido. Ese tema era el centro de fuertes discusiones entre ellos y, finalmente, dejó de ser un problema.

Más tarde, después de obtener mi llave en recepción, subo al ascensor hasta la habitación que el señor Decker reservó para mí. Llego dos horas antes para que me dé tiempo de cambiarme y maquillarme. Generalmente, alquilo los vestidos que voy a usar, pero el *señor controlador* no parece confiar mucho en mi buen gusto.

Al llegar al pasillo, veo a Dimitri custodiando la puerta. Enseguida me pregunto qué hace aquí tan temprano y me avergüenzo un poco por lo desarreglada que me encuentro, sin una pizca de maquillaje en el rostro y con mi cabello recogido en un moño descuidado. Mi ropa tampoco es la más adecuada, estoy usando jeans gastados, botas y una cazadora de cuero sobre una blusa sencilla de algodón.

—Buenas tardes, Dimitri.

—Buenas tardes, señorita Morrison —responde con un asentimiento.

Cuando intento alcanzar la cerradura para deslizar la llave, él se adelanta, introduce su propia copia y abre la puerta para mí. Me sorprendió un poco, la verdad, pero no tanto como entrar al recibidor de la suite y ver al señor Decker sentado en un sillón, hablando por teléfono.

¿Qué hace aquí?

Me paralizó completamente. No sé si caminar hacia él o dar la vuelta y correr. Es la primera vez que un cliente me perturba de esta forma. Quiero pensar que se trata de mi aspecto inadecuado y mi falta de maquillaje lo que me hace sentir nerviosa.

No lo entiendo ¿por qué su secretaria no me advirtió? Me hubiera vestido mejor. Muchísimo mejor.

Mientras tanto, sigo de pie delante de él, incapaz de moverme, aferrada con fuerza al asa de mi neceser sin saber qué hacer. No me gusta improvisar, soy una persona organizada. Estaba preparada para llegar a la suite, sentarme frente a un espejo, maquillarme y peinarme. Luego, vestirme y esperar la llamada desde la recepción anunciando la llegada de Decker. Pero no para encontrarlo a él aquí y que me viera así. Bueno, en realidad, no me ha mirado ni una vez. Podría dar varios pasos atrás, salir de la habitación e intentar arreglarme un poco en el pasillo.

—Señorita Morrison —pronuncia con voz estoica, apartando mi mente de mis cavilaciones. No lleva saco ni corbata, luce casual y mucho más atractivo de lo que recuerdo, lo que desata locas emociones en mi estómago, como un enjambre de insectos voladores picando en mi interior.

La sensación empeora cuando se inclina hacia adelante, apoyando sus codos en los descansabrazos del sillón, y noto que dos de los botones de su camisa están abiertos, dejándome ver la salpicadura de algunas pecas marrones en su piel pálida.

¡Buen Dios! Ese hombre es divino.

—Señor Decker —respondo con serenidad, después de tragar el pesado nudo que se formó en mi garganta—. No esperaba encontrarlo aquí.

—Para qué alquilar dos suites cuando podemos compartir esta. —Me sorprende al responder. No pensé que me daría explicación alguna.

—De haberlo sabido, estaría usando algo más... apropiado. —Me excuso.

Él se pone en pie y camina hacia mí con cierta arrogancia que encuentro atractiva. ¡Estoy loca! No hay una explicación lógica que descifre el desbarajuste al que se somete mi cuerpo cuando estoy cerca de ese hombre tan temperamental como misterioso.

—Y yo contaba con que tuviera un mejor guardarropa, pero no es nada que no pueda arreglar —replica, deteniéndose a cinco pasos de mí.

Lo observo en silencio, aunque me siento ofendida y quisiera responder a su comentario con alguna palabra mordaz o insultante, pero el motivo de mi estadía aquí es más fuerte que mi orgullo.

¡Jodido alemán presuntuoso!, grito en mi cabeza como un intento de rebelarme.

Noto que va a añadir algo más, pero su móvil suena en el bolsillo de su pantalón, donde lo guardó cuando se puso en pie, y de inmediato lo responde pronunciando su apellido. Da media vuelta y se mete en una habitación, dejándome ahí sola, sin ninguna instrucción.

Camino hasta el sofá rojo que está frente a una gran pantalla de plasma y me dejo caer en él con un resoplido cansado. Estar delante de ese hombre es más agotador que media hora de entrenamiento fuerte. Aprovecho su ausencia para escribirle un mensaje a Jess y le digo lo que está pasando. Ella responde «le gustas». Replico que eso no tiene sentido, que el tipo ni se inmuta cuando me mira. Mi amiga insiste, pero la corto con la excusa de que no quiero ser pillada enviando mensajes.

—Puede irse —dice cuando sale de la habitación.

Me levanto del sofá y le hago una pregunta—: ¿Está inconforme con mi servicio? Lamento no haber usado la ropa correcta, señor Decker, pero eso no volverá a pasar. —Me disculpo, sin importar que me esté humillando. Lo menos que necesito es una mala referencia en mi ficha.

—No es inconformidad, la cena fue cancelada. Pero no se preocupe, su pago está asegurado.

—No es necesario —contradigo—. No voy a aceptar que pague por un servicio que no fue prestado.

—La hice venir aquí en vano. Asumo que perdió de trabajar con alguien más al aceptar mi oferta —dice con severidad.

En realidad, el dinero no me sienta nada mal y a él le sobra. Además, tiene razón, vine aquí a la hora puntual y no es mi culpa que su cena se cancelara.

—Mi chofer la llevará a dónde quiera —añade ante mi silencio.

—Se lo agradezco, pero no.

—Como usted quiera, señorita Morrison. Cierre la puerta al salir —y así, sin más, se vuelve a meter a la habitación.

Ese hombre es tan enigmático como pretencioso. ¿Cómo se soporta así mismo? Ni idea, y lo más seguro es que nunca llegue a saberlo, dudo mucho que vuelva a contratarme. A kilómetros se nota que ni le voy ni le vengo.

¿Y qué si lo hiciera?, replica una estúpida voz en mi cabeza.

Pues nada, que tengo mi orgullo, y que un hombre como él no muestre ningún interés hacia mí, lastima mi ego.

Sin mucho ánimo, recojo el neceser que dejé en el sofá, camino hacia la puerta y salgo de la suite, con la firme convicción de que nunca más trabajaré para ese hombre.

Capítulo tres

Mientras aguardo por el turno de Ángel en la sala de espera de su pediatra, lo imagino caminando de un lado al otro como ese niño que es seguido por su padre para que no se aleje demasiado. O como aquel otro, sentado en el regazo de su madre, balbuceando pequeñas palabras que sin duda ella debe comprender, gracias a esa inexplicable capacidad que tiene una madre para entender a su hijo. Lo sé porque lo he experimentado con Ángel, que aunque no habla, puedo diferenciar lo que dicen sus gestos. Sé que disfruta cuando le acaricio el pelo, porque sus ojos se quedan fijos en los míos y su boca se abre como si quisiera decirme «me gusta eso, mamá». También, que prefiere dormir recostado del lado izquierdo y no del derecho.

—Ángel Bennett —anuncia la enfermera.

Me levanto de la silla con mi hijo en brazos y entro al consultorio de Brian Sullivan, su pediatra desde que nació. Pronuncio su nombre a manera de saludo y él me corresponde con una sonrisa seductora. Siempre ha existido un tipo de flirteo entre nosotros que insisto en ignorar, porque aunque Brian es muy apuesto, y tiene un físico por el que cualquiera babearía, y hermosos ojos cafés, no me quiero involucrar con él de forma sexual ni romántica. Sería inconveniente para Ángel si las cosas salen mal entre nosotros y mi hijo siempre será mi prioridad.

—Hola, campeón. Vamos a pesarte —dice levantándose de su silla. Recuesto a mi hijo en la báscula pediátrica y Brian se encarga del resto.

Es un gran especialista, me ayudó mucho al inicio, cuando no sabía cómo atenderlo en su condición. Sé que puedo llamarlo a cualquier hora y que siempre estará dispuesto a ayudarme.

—Ganó doscientos gramos —murmuro con una sonrisa. Para cualquier otro niño, eso no es nada, pero para mi hijo, es un gran logro.

—Muy bien, Ángel. Y felicidades también a su madre —expresa, mirándome a través de sus largas pestañas oscuras.

—Y a sus enfermeras —agrego.

—¿Cómo ha estado?

—Bien. Ha tenido menos convulsiones este mes y está comiendo más, como ya has notado. —Él asiente mientras le hace una prueba física de estiramiento en sus brazos y piernas.

—¿Le has estado haciendo los ejercicios? —pregunta con una ceja enarcada. Sabe que no—. Eso le

ayuda, Keira.

—Pero no le gusta. Odio que sufra más de lo normal.

—Lo sé, pero es un mal necesario —me riñe.

—Está bien, lo haré —concedo con un suspiro cansado. Él sonríe y sacude la cabeza. Esta no ha sido nuestra primera conversación con respecto al mismo tema y sabe que no será la última.

Después de hacerle un chequeo completo, escribe la receta de sus medicamentos regulares y le envía a hacer análisis de rutina. Si Brian encuentra algún resultado anormal en los exámenes, me llamará y volveremos al consultorio. De lo contrario, la próxima cita será en dos meses a partir de hoy.

—Espera, Keira —dice cuando estoy por salir—. Me gustaría verte uno de estos días. ¿Un café estaría bien?

—Sí, claro. Llámame y nos ponemos de acuerdo —respondo con una sonrisa y salgo del consultorio con Ángel.

En los siguientes días, le hacen los análisis a Ángel y no recibo noticias de Brian, por lo que entiendo que todo está bien. En realidad, no me ha llamado en absoluto y eso me decepciona, la idea de tomar un café con él me había entusiasmado, pero quizás sea mejor así.

Para el viernes, Jess propone que salgamos a tomarnos unas copas y bailar hasta que el cuerpo aguante. Acepto con la condición de que sea una noche de chicas, su novio es muy celoso y no quiero que esté con su cara de mala leche alrededor de nosotras. Son pocas las veces que salgo a divertirme y no pretendo que él lo arruine con sus paranoias. Pero Jess tiene una contra oferta: Leandro no irá a cambio de que me enrolle con alguien esta noche. Entonces la idea de su celoso novio yendo con nosotros me parece estupenda.

Ella gira los ojos.

—No digo que lo folles en el baño, Keira. Deja que te metan mano un poquito, que te quiten el polvo y las telarañas que has acumulado en tres años.

—Eres asquerosa, Jess —recrimino.

—Es que no lo entiendo. ¿Cómo has dejado que pase tanto tiempo?

—¡Eres imposible! —resoplo.

—Está bien, Leandro se queda, pero no vayas a andar de remilgada. Si alguien se te acerca, no lo rechaces de una.

Accedo a regañadientes y me meto en mi habitación para vestirme. Elijo un vestido verde aceituna sin mangas y un abrigo largo negro con botines a juego. Dejo mi cabello liso suelto y uso un maquillaje suave en mis labios y ahumado oscuro en los ojos. Me despido de Ángel con un beso y luego le digo a Pamela que me llame enseguida si algo se presenta con mi hijo. Ella asiente con una sonrisa. Cuando salgo a la sala, Jess aún no está lista. Toco a su puerta y le digo que la estoy esperando, ella responde con un grito airado: «salgo cuando Leandro apruebe mi vestimenta». Giro los ojos y camino hasta el sillón para sentarme, esto tomará un rato.

Veinte minutos después, Jess sale de su habitación con la falda más corta que he visto, junto con una

blusa tan ajustada que le aprieta el busto. Sus piernas parecen medir kilómetros con esos tacones altos, cuando en realidad mide un metro cincuenta y seis. Su cabello castaño claro está recogido en una cola de caballo y se pintó los labios de un tono rojo pasión.

—¿Está enojado?

—Escupe fuego por la boca, pero él se lo buscó, el primer modelito que escogí era nada comparado con esto —dice señalando su cuerpo—. La próxima vez, no dirá una mierda.

—¿Sexo de reconciliación? —auguro.

—Será duro, amiga. —Se regodea con una sonrisa pícara.

Salimos del edificio y viajamos en un taxi hasta un pub muy concurrido de Brooklyn. Pasamos entre los cuerpos que se mueven al ritmo de la música y llegamos directo a la barra para pedir unas bebidas. Yo pensaba en algo suave como un coctel sin mucho alcohol, pero Jess quiere chupitos de tequila, y me digo: *¿por qué no? Es mi noche.*

El barman nos sirve las bebidas en pequeños vasos de vidrio, junto a un plato con sal y limones cortados. Llevo un poco de sal a mi boca, me bebo el chupito de un solo trago y luego muerdo el limón. De inmediato, el alcohol quema mi garganta hasta asentarse en mi estómago. Tenía mucho tiempo sin beber.

—Otra ronda, Mario —pide Jess enseguida.

Después de un tercer trago, no acepto un cuarto, y tampoco permito que Jess tome más. A ese paso, terminaríamos borrachas y locas, y no me fío mucho de mí en ese estado. En el pasado, hice cosas que todavía me reprocho.

—¡Hora de bailar, negra! —anima Jess un poco achispada y tira de mí hasta que nos perdemos entre los cuerpos sudorosos que bailan música electrónica. Nos movemos sin preocuparnos por lo bien o mal que lo estemos haciendo y solo disfrutamos el momento. Pero luego se unen a nosotras un par de tipos guapos y bailamos descaradamente con ellos. Si Leandro estuviera aquí, el rubio que está sujetando las caderas de Jess sería hombre muerto. Yo, por mi parte, me contoneo sin reparo contra el paquete abultado del castaño que se acercó a mí y el calor comienza a propagarse en mi interior con fuerza, haciéndome olvidar que ese sujeto es un desconocido y lo imbéciles que pueden ser los hombres. Segundos después, me giro con sensualidad y me dejo besar por Javier, o algo así dijo que se llamaba, no presté atención y no me importa realmente, esto es cosa de una noche.

—¿Te gustaría ir a un lugar más privado? —propone con un susurro ronco en mi oído. Su acento es exótico, creo que proveniente de algún país del Sur, pero por muy caliente que hable este fulano, no me iré con él. Después de tres años de abstinencia, no la voy a romper con un *equis en la vida*.

—Lo siento, amigo. Tendrás que pasar a la siguiente —respondo con una risita burlona. Sus ojos oscuros se llenan de rabia, y luego se va, perdiéndose entre la multitud.

El lunes en la mañana, acepto la propuesta de Leandro de salir a trotar. ¿Por qué? No tengo ni la más

remota idea, solo desperté con ganas de hacer algo diferente, de salir un poco de mi zona de confort. Jess también quiere ir y eso le saca una sonrisa enorme a su novio. Parece que acaba de ganar el premio mayor de la lotería. Mientras nos preparamos para salir, nos comenta emocionado que la temporada de otoño es perfecta para trotar, que la temperatura es fresca, sin mucho calor o frío, y que se puede disfrutar del hermoso colorido de los árboles durante el recorrido.

—Ahora ves, no solo en la cama puedes hacer feliz al hombre —bromeo, golpeando la cadera de Jess con la mía. Ella sonrío.

Antes de irnos, calentamos con ejercicios de estiramiento que nos señala nuestro entrenador personal y luego salimos del edificio. El plan de Leandro es que recorramos el Puente de Brooklyn de ida y vuelta, pero está siendo un poco pesimista, piensa que tiraremos la toalla en cualquier momento. Pues ya veremos, me gustan los retos y este es uno que no pienso perder.

Soy capaz de eso y de mucho más. ¡Sí señor!

—¿Listas, novatas? —bromea Leandro.

—No te burles o volveré a la cama —replica Jess. Miro a otro lado para ocultar mi sonrisa. Sé lo que está intentando, quiere una excusa para quedarse.

—Copiado —Leandro le da un beso en la boca y nos indica que es hora de partir.

Iniciamos el trote por la acera y pronto llegamos al paso peatonal de uno de los puentes colgantes más antiguos en Estados Unidos; fue el primero en conectar Manhattan y Brooklyn a través del río East. La energía vibra en mis pies mientras recorro el puente, donde todo es movimiento y vida. Está presente en el incesante viaje de los autos sobre las vías, de los que resaltan los emblemáticos taxis amarillos que circulan entre una ciudad y otra; en los ciclistas que pasan veloces a nuestro lado, y en las sonrisas de los turistas que señalan distintos puntos de la famosa ciudad, sin perder la oportunidad de inmortalizar aquel momento con una fotografía.

Me gusta empaparirme de estos momentos y sentirme así, revitalizada, enérgica, vivaz... Siempre trato de ser una persona positiva, de disfrutar de las pequeñas cosas, de no detenerme ante las circunstancias de la vida, por penosas que estas sean. Eso lo he aprendido con Ángel. Él me ha enseñado muchas cosas solo con existir. Descubrí que lo valioso de la vida no es eterno y aprendí a agradecer esos instantes en los que sus ojos me miran con tranquilidad porque reconoce que soy yo, sobre cualquier persona. No ha sido fácil, pasé noches en vela en el hospital, pensando que sería la última a su lado, pero él las superó como todo un guerrero. Sí, mi niño es fuerte. Ha rebasado todas las expectativas de supervivencia y he celebrado cada año de su vida como una gran victoria.

Puede que Ángel nunca me diga mamá, ni que llegue a lanzar una pelota hacia mí, o que haga una rabieta y me deje en vergüenza delante de las personas, pero puedo decir con orgullo que lo amo con todo mi corazón. Los niños especiales requieren padres excepcionales, y él no tiene dos, pero me tiene a mí. Y mientras sus ojos marrones sigan iluminando mis mañanas, sin importar sus limitaciones o lo que pueda o no hacer, siempre lo cuidaré y lo amaré.

Mis pensamientos me mantuvieron tan absorta que el viaje se me hizo corto. Pude llegar al final del

puede con menos esfuerzo de lo que pensaba, aunque mis piernas están ardiendo por el ejercicio. Bebo un poco de agua de mi botella deportiva y camino a paso lento, por recomendación de Leandro. El caso de Jess es distinto, se está quejando de lo duro que fue recorrer el puente y dice que jamás en la vida volverá a trotar. Su novio está muerto de risa, se burla de ella y la llama debilucha. Como es normal, se enfrascan en una tonta discusión que siempre termina en besos y sexo de reconciliación.

Mientras camino delante de ellos, una extraña sensación de que alguien me está mirando me crispa la piel. Me froto los brazos para cubrir los escalofríos, miro a un lado y noto un auto negro que se mueve lento por la avenida. Eso enciende una alerta roja en mi cerebro que grita «corre».

—¿Keira? —pronuncia una voz masculina que me trae recuerdos dolorosos.

Estoy de espaldas a él, ya había comenzado a caminar hacia mis amigos para escapar de lo que creí era una amenaza, pero ahora estoy paralizada. *¿Por qué él? ¿Por qué hoy?* Sabía que en algún momento podría pasar, pero nunca estuve realmente preparada para que sucediera.

—No quiero hablar contigo, Robert. Vete —exijo sin enfrentarlo. El dolor que le causó a mi corazón no se ha ido. No he podido perdonarle lo que me hizo y no quiero verlo nunca más.

—Solo unos minutos, por favor —pide con voz suplicante y nerviosa.

—¡No! No te permito acercarte, no te permito mirarme —respondo y comienzo a correr hacia adelante, traspasando a Jess y a Leandro, alcanzando el puente y siguiendo sin detenerme hasta llegar al extremo opuesto. Al momento que me detengo, mis manos y piernas están temblando y mi rostro está bañado de amargas lágrimas.

—¿Por qué te detuviste, Robert? ¿Por qué me sigues dañando? —murmuro entre lágrimas.

Cuando logro recomponer mi semblante, termino mi trayecto hacia el edificio y subo los tres pisos hasta entrar a la seguridad del apartamento. Un rato después, Jess y su novio se unen a mí en la sala. Leandro se mete a su habitación, pero mi amiga se sienta a mi lado en el sofá. No hace preguntas, sabe que hablaré cuando esté lista, pero me reconforta que me acompañe.

—No debió detenerse, Jess. ¿Para qué? —le pregunto después de un largo silencio.

—Porque es un cretino, por eso. Pero tranquila, no creo que vuelva a buscarte —sujeta mi mano—. Y si lo hace, no estarás sola, lo sabes.

—Gracias, Jess. Lo único que necesito ahora es estar con Ángel. Él es mi cable a tierra —pronuncio con una exhalación.

—Bien, pediré algo de comer. ¿Qué se te antoja?

—Lo que tú elijas estará bien —respondo sin ánimo.

No tengo hambre, pero aprecio su preocupación. Hemos sido amigas por años, desde que ambas trabajábamos en un club de mala muerte como mesoneras, y me conoce muy bien, creo que hasta mejor que mi propia hermana; pero no puedo culpar a Irlanda por eso, me fui de casa cuando ella tenía trece años y me perdí mucho de su vida en el camino.

Me doy una ducha y luego me ocupo de los ejercicios de Ángel. Sus brazos y piernas no logran estirarse por completo y Brian me dijo que es necesario mantener una rutina diaria para que mantengan su

movilidad, de lo contrario, la rigidez será mayor.

Lo recuesto sobre una colchoneta en el suelo e inicio con sus estiramientos en las piernas. A él no le gustan y lo demuestra apretando la boca como un pequeño berrinche. Le hablo todo el tiempo, también le canto, y eso lo relaja. Después de sus ejercicios, termina cansado y se queda dormido enseguida.

Más tarde ese día, recibo una llamada de Astrid con noticias del señor Decker, me necesita mañana para una cena benéfica que se celebrará en Manhattan. Trato de ignorar el nudo apretado que se forma en mi estómago cuando escucho su nombre, pero ese hombre me provoca un no sé qué imposible de controlar. Ante esas emociones sin sentido que despierta el alemán gruñón en mí, tengo que preguntarme: ¿es correcto decir sí?

¿Y no dijiste que nunca más trabajarías con él?, replica una voz acusadora.

Sí, sé que dije eso, pero no he tenido otras propuestas en semanas y el dinero no me sobra, al contrario, me falta a montones.

Decido aceptar. No voy a rechazar una oferta como esta por emociones pasajeras. Necesito el dinero. Y soy una profesional, puedo manejar los espasmos involuntarios que se rebelan en contra de mi moral en presencia de Sebastian Decker.

Capítulo cuatro

El hotel no fue el mismo, pero sí sus quisquillosas demandas en vestido, calzado y peinado. Sí, hoy fue más lejos y contrató a una estilista profesional para que se encargara de mí. El vestido es sensual y a la vez elegante, en un tono rojo pasión muy llamativo y con zarcillos de zafiro como accesorio. Parece que asistiré a una entrega de premios en lugar de a una cena benéfica.

A las ocho en punto, dos golpes suaves a la puerta de la habitación anuncian la llegada de mi escolta. Me pongo un abrigo largo sobre el vestido de seda, sostengo una cartera plateada tipo sobre en mi mano y me dispongo a salir de la habitación, esperando encontrarme con Dimitri. Mi respiración se detiene al ver al señor Decker en el pasillo en su lugar. Él me observa inmutable y pronuncia mi nombre junto a un asentimiento leve. Está impecable, como siempre, manteniendo esa postura rígida y arrogante que debería irritarme, pero que me genera una profunda atracción.

No debí aceptar. Esta sí será la última vez, marco en mi mente como una nota que no puedo olvidar. Mi cabeza es un gran tablero lleno de pos-it que repiten esas palabras.

—Señor Decker —murmuro con voz suave y nerviosa.

No hay más palabras de su parte, solo esa mirada profunda y misteriosa que siempre llena mi mente de incógnitas. *¿Es tan frío en el interior como en el exterior? ¿Por qué sigue contratándome? ¿Qué espera de mí?* Sin poder responder a ninguna de mis interrogantes, lo sigo cuando comienza avanzar por el piso alfombrado del lujoso hotel, sin ofrecerme su mano, y no pierdo la oportunidad de detallarlo con detenimiento: su andar seguro, sus hombros y espalda ancha, la forma en que su trasero se ajusta a los pantalones con cada movimiento de sus piernas... Mi mente es perversión y pretensión. Deseo tocarlo, y que él me toque.

¿Por qué me siento así? ¿Por qué precisamente con un hombre tan hostil y arrogante? Deben ser los años de abstinencia, sí. Es mi cuerpo reaccionando ante él y a su descarada petulancia hacia mí.

Siempre he sido el tipo de mujer que da un paso atrás ante los hombres a los que puedo leer como a una carta. Me gusta el desafío. Me gusta que me seduzcan y no que sean tan transparentes que pueda descifrar de inmediato sus intenciones. Pero el problema es que esos hombres son los más peligrosos, son los Robert del mundo, los que te dejan desvalida y con el corazón roto... Sin embargo, no lo puedo evitar, los chicos malos son mi tipo.

Si Jess escuchara mis pensamientos, estaría rebatiendo mi argumento, pero no perderé el tiempo

engañándome, Sebastian Decker tiene toda mi atención. El asunto aquí es ¿tengo yo la suya?

Al llegar al ascensor, mi corazón se vuelve una bestia en mi pecho, un animal que quiere libertad y que se encuentra enjaulado entre las paredes de mi tórax.

¿Tiene el alemán gruñón la llave que me libere?

—¿La intimidó, señorita Morrison? —pregunta, aunque es obvio. Estoy pegada al fondo del ascensor, guardando una distancia prudente.

—Me mareo en los ascensores y solo busco estabilidad —respondo con firmeza y me aplaudo en mi interior por haber hablado con un grado tal de convicción.

—Lo tomaré en cuenta —pronuncia sin enfrentarme.

¿Qué esperaba? Que girara de forma seductora y me acorralara entre su cuerpo y la pared. Tonta, no te hagas esas escenas en la cabeza que luego terminas acalorada.

Cuelgo otro post-it en mi tablero con una frase urgente: *necesitas salir con alguien*. No puedo andar por la vida deseando que un tipo como él me desenvuelva como un regalo y se lleve el premio mayor. Estoy segura de que cuando resuelva mi prolongada abstinencia, la inexplicable atracción que siento por Decker se desvanecerá.

—¿Lista? —dice, ofreciéndome su brazo como soporte.

—Claro, señor —respondo, dando tres pasos al frente.

Salgo del ascensor de su brazo y nos reunimos con Dimitri en el pasillo de la planta baja. El escolta camina al frente, murmurando frases cortas por su auricular, mientras nosotros lo seguimos. Una vez que salimos, caminamos hasta una limusina negra y me deslizo dentro de ella en compañía de Decker. Él ocupa el asiento frente a mí, sin hacer contacto visual, como la primera vez, y enseguida es abducido por su Smartphone. Ya estoy comenzando a hartarme de su falta de atención hacia mí y de los niveles de tensión a los que me somete con su actitud. Sé que él está pagando por mi compañía, pero no soy un objeto inanimado. Aunque no, el objeto inanimado tiene toda su atención, soy menos que eso. ¿Un pequeño insecto que ni pica ni vuela? ¿Una larva?

—¿Le gustaría una copa? —pregunta sin apartar sus ojos del objeto encantador. Miro a un lado y noto que han llenado el mini bar con copas y varias opciones de bebidas.

—Me gusta el vino.

Me sorprende que guarde su móvil en el bolsillo de su pantalón y me sirva lo que pedí. Recibo la copa con una palabra de agradecimiento, a la que él no responde. Luego, se sirve whisky en un vaso de cristal, sin hielo, y se sienta de regreso en su esquina.

Me bebo la copa lentamente, degustando el sabor del vino tinto. No soy una experta, pero esa botella debe ser muy costosa y me encuentro deseando una segunda copa.

—¿Disfruta del sexo, señorita Morrison? —pregunta desde su asiento, mirándome. Doy gracias de que ya había tragado el vino en mi boca o hubiera terminado ahogada en su licor.

—¿Disculpe? —replico con una ceja enarcada.

—El sexo. ¿Lo practica eventualmente? ¿Tiene... una pareja que satisfaga sus necesidades? —Lo

pregunta así, como si hablara del clima o de cualquier trivialidad.

—¿A qué vienen esas preguntas? —exclamo con altanería. Él no tiene derecho de abordarme de una forma tan descarada. Mi corazón late con tanta fuerza que lo siento en mi garganta. ¡Estoy histérica!

—La he estado observando y he considerado hacerle una propuesta, pero antes necesito que me responda lo que pregunté.

—Está usted equivocado conmigo, señor Decker. No estoy dispuesta a responder ninguna de sus preguntas y, mucho menos, a escuchar propuesta alguna —digo tajante.

No tengo que ser muy lista para comprender lo que quiere de mí y lo que su “propuesta” significa.

—Entiendo, pero en mi experiencia como empresario me he regido por una norma: nunca rechaces una oferta sin analizar los beneficios. —Le da un trago a su bebida y luego agrega—: No está obligada a nada, señorita Morrison, eso es claro, pero me gustaría mucho que me otorgara el beneficio de la duda —dice como todo un negociante. De eso se trata, de una transacción comercial.

No sé qué responder a eso. Sus preguntas fueron muy directas y personales, demasiado íntimas. ¿Qué le importa a él si alguien me satisface o no? ¿Qué si practico sexo eventualmente? Eso no es su jodido asunto. ¡Ah!, pero si él cruzó esa línea, yo también puedo.

—Y usted, señor Decker. ¿Disfruta del sexo? ¿Lo practica eventualmente? ¿Tiene una pareja que satisfaga sus necesidades? —pronuncio cada pregunta en el mismo orden que él lo hizo.

—No tengo que recordarle que lo que hablemos aquí es confidencial —adversa con rigor. Asiento un poco absorta. Me siento en dos dimensiones, y hasta he pensado que me lo estoy inventando todo—. Le voy a ser sincero, yo era una persona muy activa, disfrutaba del sexo sin problemas ni limitaciones, pero algo pasó y dejó de ser así. Entonces la conozco a usted y despierta todos mis instintos dormidos, por así decirlo. —Mis mejillas se encienden al rojo vivo. Ese hombre acaba de admitir que desperté sus instintos. Pero ¿cómo es eso posible? Él nunca me ha dado señal alguna de que le atraigo de esa forma. Es un excelente actor, o simplemente la coraza en la que está escondido no le permite dejarse ver —, y eso se ha convertido en un gran problema para mí porque no logro sacarla de mi cabeza. Solo pienso en las formas en las que la follaría aquí, o en aquel ascensor. Incluso, cuando estuvimos solos en el hotel, las dos veces.

Dios, que no siga, por favor. O sí, que lo haga, que me tome aquí y ahora y satisfaga sus deseos carnales conmigo.

Un hombre necesitado, una mujer en prolongada abstinencia, juntarnos haría saltar chispas o quizás arderíamos en llamas. Sí, mi cuerpo lo está anhelando, pero ¿cuáles serían las consecuencias?, ¿a qué me enfrentaría si accedo?

—Seguiremos más tarde —dice, después de varios minutos de silencio.

Mis pensamientos no me permitieron notar que el auto se había detenido. Y sinceramente, estoy muy agradecida por ello. No creo ser capaz de seguir con esa conversación.

No le presté atención a los detalles de la velada, ni recuerdo los nombres de las personas que me presentó Decker mientras transitábamos por el salón, seguía perturbada por todo lo que me dijo en la limusina. A partir de entonces, cada vez que me tocaba, aunque fuese un simple roce, recordaba sus palabras «solo pienso en las formas en las que la follaría...». Era humanamente imposible para mí no asociar su tacto con un tipo de incitación. Sus manos en mi espalda desnuda eran el catalizador de mis deseos, y ahora sabía que lo hacía a propósito. Y también comprendí porqué ambos vestidos eran tan sensuales y compartían el diseño del escote en la espalda. Él disfrutaba tocándome.

Sentada alrededor de una elegante mesa, con platería fina, copas costosas de vino y con él a mi lado, debato en mi interior entre el deseo de sucumbir ante mis sedientas necesidades, y el reproche que grita: ¡no seas débil!

—¿Analizando la propuesta? —susurra en mi oído mientras, de forma invasiva, desliza su mano sobre mi muslo, aproximándose al norte.

—No hay nada para analizar —siseo entre sonrisas. Y aunque me gustaría que se aventurara más allá del límite permitido, poso mi mano sobre la suya y la guio hasta mi rodilla, marcando una frontera.

Él retoma su postura, aunque sin quitar su mano del punto donde la coloqué. Y aunque solo es un simple contacto, todo en mí se enerva, se calienta, anhelando más de su piel sobre la mía. Toda su piel.

Tratando de apartar aquellos pecaminosos pensamientos, me centro en los demás invitados sentados en la mesa. Frente a mí, Cameron y Karl Ruppert, no pierden tiempo para mimarse y darse algunos besos furtivos. Se miran de esa forma intensa que no requiere de palabras. Se aman, cualquiera lo notaría. Me pregunto si ellos pueden ver la falta de conexión entre Decker y yo. Es probable, pero no parece importarles mucho. Aunque no somos los únicos en la mesa que mantienen cierta distancia. A un lado de ellos, una pareja que, a duras penas, comparte algunas palabras, se ven tan fríos y distantes como polos opuestos y nadie parece estar realmente preocupado por ello.

No termino de comprender el propósito de estas galas. Sentarse aquí y degustar platillos costosos en pro de un beneficio que bien podría solucionarse con una cifra jugosa en un cheque.

Y mientras intento llenar mi cabeza con cualquier cosa que me aleje de las sensaciones que se desata Decker al tocarme, he tenido que desplazar su mano hacia mi rodilla dos veces y comienzo a disgustarme. Que pague por mi compañía no le da derecho a invadir mi intimidad. Comprendo que debe existir algún tipo de contacto, y lo acepto, pero está cruzando una línea que no debería y, si insiste, me pondré en pie y lo dejaré solo en su estúpida cena. El contrato que firmé con *Damas de Oro* no solo especifica mis deberes, también mis derechos, y no estoy dispuesta a cederle ni uno.

—Respire. Recuerde que su trabajo es ser mi acompañante. No se ponga en evidencia —advierte, acusándome de nuevo por hacer mal mi trabajo.

—Y usted, mantenga su mano quieta si no quiere que en verdad lo deje en evidencia —replico cortante, aunque pronuncié cada palabra con una sonrisa disimulada.

—¿Teme lo que pueda descubrir si exploro su entrepierna? —palidezco ante sus palabras. ¡Dios! ¿Está hablando en serio?—. No se preocupe, nunca lo haría... sin su consentimiento.

Al decir eso, aparta la mano que mantuvo por tanto tiempo en mi rodilla y la posa en la suya, apretando sus dedos como si le doliera privarse de mi piel. No obstante, se comporta como si nada, hablando con el resto de los invitados en la mesa y bebiendo sorbos pequeños de su bourbon. Mientras tanto yo, me encuentro deseando que vuelva a deleitarme con el calor de su palma apresando mi rodilla desnuda.

¿Quién me entiende?

Luego de una hora, sin más intentos invasivos de su parte, la lujosa cena llega a su fin. Debería sentirme aliviada de que mi actuación termine aquí, pero me enfrento a algo más temible que sonreír con hipocresía ante los presentes: volver a la limusina con Decker.

Cuando nos ponemos en pie, y luego de las protocolares despedidas de rigor, caminamos juntos hacia la salida del salón donde se celebró la cena. Y, por supuesto, su mano se aventura a mi espalda descubierta. No sería de otra forma. Algo que, no puedo negar, me encanta.

—Primero las damas —ofrece, abriendo la puerta de la limusina. Giro los ojos y contengo las ganas de gruñirle por su estúpida alocución. ¿Ahora trata de ser cortés? Sin embargo, entro y me ubico en mi puesto habitual, seguida por él.

—No vuelva a tocarme de esa manera —impongo cuando la puerta se cierra. Él me observa desde su puesto en la esquina, con impávida quietud, hasta parece que me desafiara al mirarme a los ojos. Eso me hace hervir de ira. ¿Qué se cree? ¿Piensa que su estatus le da derecho a algo?

No, señor Decker. Usted conmigo se equivoca.

—Un millón de dólares, eso le ofrezco, señorita Morrison —dice sin más. Toda la sangre abandona mi rostro al tiempo que me quedo sin respiración. ¿Un millón de dólares a cambio de qué?

—¿Se volvió loco? —grito escandalizada. Estoy tan enojada que tiemblo de rabia e impotencia. Desearía ser yo quien conduce el auto para detenerlo y huir de él y de su absurdo ofrecimiento.

—Puede que sí, puede que no, pero lo cierto es que la quiero en mi cama esta noche —admite sin ninguna vergüenza. No tengo dudas, está demente.

—Pues eso no va a pasar, ofrezca lo que ofrezca. Mi cuerpo no está a la venta, señor Decker.

—Entonces me conformaré con su compañía —responde un tanto inquieto. Lo noto en sus pupilas dilatadas y en el ligero enrojecimiento de su rostro.

—Ni eso, porque esta es la última vez que acepto trabajar con usted —puntualizo con determinación. Aquí la última palabra la tengo yo.

Él mira su reloj con impaciencia y sé porqué lo hace, quiere saber cuánto resta de la noche. La primera vez, fue muy directo al decir que tenía que estar con él hasta medianoche y dudo mucho de que cambie de postura con respecto a hoy. Abro mi cartera y miro la hora en la pantalla de mi móvil, 10:45p.m. Falta más de una hora para las doce y no puedo irme sin más, él no ha hecho nada cuestionable que justifique algo así y necesito conservar mi puesto en *Damas de Oro*.

El ambiente es tensión pura y absoluta. Y aunque no lo estoy mirando, puedo sentir sus ojos en mí. Incluso, un atrevido cosquilleo recorre mi cuerpo ante la idea de lo que puede estar pensando mientras

me observa.

El viaje en el ascensor hasta la suite se me hace eterno. Su presencia en un sitio tan cerrado me llena de pánico. ¿Y si hace algo dramático como detener el aparato e intentar tocarme? ¿Me resistiría? Lo más probable es que no, mi cuerpo ha reaccionado de forma automática las veces que me ha tocado, hasta hacer algo menos que eso, y mi mayor temor es que el deseo prevalezca ante mi moral.

Capítulo cinco

Entramos a la habitación de la suite, sin mediar palabra. Él está absorto en sus pensamientos y yo en los míos. Probablemente, los dos seguimos en la misma página, en esa conversación que jamás esperé tener con él. Me sorprendió en distintas maneras y todavía estoy tratando de asimilarlo.

Lo observo con falsa tranquilidad mientras él camina de un lado al otro en el recibidor, como si una jaula invisible lo mantuviera cautivo en un reducido espacio de dos metros. No sé si sentarme en el sofá o ir directo a la habitación a desvestirme. Estoy esperando que diga qué mierda quiere que haga en la hora que le resta conmigo. Pero como creo que eso no sucederá en los próximos minutos, tomo una decisión.

—Deténgase —ordena, cuando comenzaba a caminar hacia la habitación.

Trago saliva y me giro para enfrentarlo. Entonces me encuentro con una mirada oscura y maliciosa que me hace estremecer. ¿Sería capaz de tomarme a la fuerza?, es mi primera sospecha. Pero no creo que se atreva, Astrid sabe que esta noche estoy con él y dudo mucho que manche su reputación haciendo algo así. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué mierda sé yo de su reputación. No lo conozco en absoluto, no sé qué tan lejos pudiera llegar.

—Quiero irme de aquí —digo con nerviosismo. Él asiente dos veces mientras sostiene su mentón entre su dedo índice y pulgar, como si estuviera pensándose un momento.

—Hágalo, después de que se quite el vestido —dice con arrogancia.

—Claro, no pensaba llevármelo —replico con petulancia.

—¡Aquí! —gruñe, cuando retomaba mi camino hacia la alcoba. Mis pálpitos se disparan, latiendo en mi pecho, en mis manos... hasta en mis pies.

¿Quiere que me desnude delante de él?

¡Oh!, claro que eso quiere. ¡Es un enfermo!

—¡Es usted patético! —Me quito los zarcillos de zafiro y los tiro al suelo. Acto seguido, bajo el cierre lateral del vestido y luego me deshago de él sin ningún cuidado, me vale mierda si es *Versace* o lo que sea—. ¿Está disfrutando de esto? ¿Quiere más? —escupo las preguntas con rabia.

Él me mira con los ojos muy abiertos mientras su pecho sube y baja, al ritmo de su respiración. ¡Obvio que lo disfruta! Estoy dándole un jodido espectáculo.

La ira hace temblar mi cuerpo, pero eso no me detiene, me desnudo por completo y quedo expuesta ante su mirada lasciva. ¿Quería verme desnuda?, pues eso obtuvo.

Su vestido de diseñador y su ropa interior de encaje se pueden ir a la mismísima mierda.

—N-no tenía que... —balbucea, pero lo interrumpo abruptamente con una advertencia enérgica.

—¡Más le vale no volver a preguntar por mí en la agencia, señor Decker!

Al terminar con mi acto de rebeldía, y sin darle oportunidad de redimirse, corro a la habitación y me escondo a puerta cerrada.

No puedo creer lo que hice. ¡Estoy loca! Sí, definitivamente, lo estoy. Jamás pensé que sería capaz de hacer algo así. Y aunque una parte de mí está avergonzada, la otra se siente temeraria. Si él pensaba que me iba a humillar, se equivocó de mujer.

—¿Cómo pude sentir atracción por alguien así? —Me cuestiono enojada.

Eso es lo de menos ahora, lo único que necesito en este momentos es vestirme y largarme de esta jodida suite, y de la vida del señor Decker.

Temiendo que él esté fuera de la habitación, llamo a Jess y le hago un resumen de lo que pasó, no tengo tiempo para entrar en detalles. Ella ofrece venir por mí con Leandro por si el alemán se pone pesado.

Media hora más tarde, mi amiga me dice que están en el pasillo esperándome. Le pregunto si ve a un gigante en la puerta y dice que sí, lo que me da a entender que Decker sigue en la habitación.

Cuando decido salir, descubro que él no está ahí, se ha ido, y solo así soy capaz de respirar con normalidad.

Finalmente, abandono la suite y me reúno con mis amigos en el pasillo. El escolta no hace ningún gesto al verme, mantiene la postura rígida y la mirada clavada en la pared del pasillo, como si le hubieran dado la orden de ignorarme.

¿Por qué sigue aquí? ¿Acaso Decker lo dejó ahí para mantenerme cautiva? Da igual, no creo que lo vea de nuevo.

Ángel ha pasado unas semanas un poco difíciles con convulsiones fuertes. El neurólogo está considerando colocarle un dispositivo debajo de la piel para ayudar a reducir los ataques, el problema es que, tanto el aparato como el procedimiento, cuesta cientos de dólares, dinero con el que no cuento. Pero no me cierro a la idea, si él opina que es lo mejor para mi hijo, buscaré la manera de reunirlos, así tenga que recurrir a mis padres, que sería la última opción; no los he visto en casi trece años y no creo que me reciban de brazos abiertos.

—¡Sorpresa! —anuncia mi hermanita Irlanda con voz chillona cuando abro la puerta del apartamento de Jess.

—¡Vaya que lo es! —digo abrazándola—. Pensé que seguías de mochilera por Europa.

—Esa es una larga historia —dice con histrionismo—. Déjame saludar a mi angelito y luego nos

ocupamos de mi infructuosa aventura.

Mi hermana es un poco melodramática y un tanto malcriada, culpa mía, según ella por haberla abandonado con mis padres —quienes, en mi ausencia, la mimaron más de lo debido—. Tenían miedo de que siguiera mis pasos y perdieran a otra hija. En aspecto, somos muy parecidas, el mismo tono cálido de piel, cabello y ojos negros y una estatura promedio, rasgos heredados de las raíces latinas de nuestra madre. Al vernos juntas, enseguida asocian nuestro parentesco. Cosa que no pasa cuando nos ven con papá, quien es rubio de ojos muy claros.

—¡Ah!, pero qué bello estás, mi angelito. ¿Has subido de peso? Así parece, tus mejillas están más gordas —le dice mientras le hace arrumacos. Mi hijo la adora. ¿Cómo lo sé? Porque cada vez que le habla, busca su voz con sus ojos y hasta hace pequeñas muecas, como intentos de sonrisas.

Después de un rato de mimos, lo vuelve a dejar en la cuna y se sienta en mi cama para relatarme la larga historia de su fracasado tour. Resulta que su novio, con quien inició el viaje, decidió que Francia era un buen lugar para terminar su relación de cuatro años. Su excusa fue que el amor se acabó, así de simple. Entonces mi hermana hizo lo que cualquier mujer lastimada haría: partió su pasaporte en mil pedazos y regresó a Estados Unidos, sola, hace dos semanas. Pero en lugar de ir a casa, se fue a Las Vegas y gastó el dinero que le restaba del viaje en las mesas de juego. Perdió todo, obviamente, pero conoció a un tatuador profesional llamado Hedrick, con quien se casó hace unos días. Sí, se casó con un desconocido. Y no es todo, decidieron seguir adelante y se mudará con él a California.

—Nuestros padres se van a morir —digo entre risas mientras miro las fotografías que se tomó con su —no lo puedo creer— esposo.

—Sí, debieron tener otro hijo de repuesto, quizás ese les habría salido mejor —bromea.

—No tienes que hacerlo, Landa —sostengo—. Eres joven todavía y creo que estás a tiempo de anularlo.

—No, quiero hacer esto. No estaba ebria cuando me casé con él. No sé cómo explicarlo, pero sé que es real.

—Pero si solo lo conociste por unos días, ¿cómo puedes estar segura?

—Solo lo sé, Keira. Y si no funciona, entonces se terminará. No le tengo miedo al fracaso sino a la conformidad. Estuve cuatro años con James ¿y de qué sirvió?

—¡Guao!, ¿y tú eres la hermana menor? —Ambas sonreímos.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Algún hombre de quién presumir? —pregunta con un guiño pícaro.

Sí, uno misterioso, arrogante, atrevido, imbécil... Pero no le hablaré de él, no tiene sentido mencionarlo cuando ese asunto está cerrado con tres candados. Es que recuerdo aquella noche y me lleno de ira. Jamás me sentí tan humillada en la vida, y miren que tengo una lista de momentos vergonzosos, pero nada le gana a Sebastian Decker y a su arrogancia.

—¿Hombres? Ni idea de lo que hablas —satirizo.

Las horas avanzan rápido mientras Irlanda está aquí. Me encanta pasar tiempo con ella y la extrañaba mucho. Fue duro para mí irme de casa y dejarla atrás, pero mis padres me dieron un ultimátum y yo no

estaba dispuesta a vivir bajo coacción. Era mi vida, ellos no tenían que decidir cómo sería, y fue esa manera de pensar la que me obligó a marcharme.

Más tarde, cuando Jess y Leandro llegaron a casa, decidimos sacar a pasear a la recién casada. Fuimos al mismo pub de la otra noche y la pasamos bomba. El problema fue que en la mañana me desperté con una resaca mortal que no había experimentado desde que era una adolescente.

—No puedo creer que besé al barman.

—Sí, amiga mía. Creo que tu lengua tocó su garganta —añade Jess, en tono burlón.

—¿Por qué nadie hizo nada? —rebato, lanzando miradas acusatorias hacia todos, quienes no hacen ningún esfuerzo por esconder su sonrisa.

—¿Quién iba a saber que saltarías la barra para enrollarte con Mario?

—¡Ja! Y él, ni corto ni perezoso, se dejó —ironizo.

—En defensa del hombre, no podía hacerlo —dice Leandro. Mi amiga lo fulmina con la mirada, exigiendo una explicación—. Su reputación estaría en juego —expone muy serio.

—Idiota. ¿Con cuántas mujeres te has enrollado para salvar tu “reputación”? —pregunta su novia, haciendo énfasis en la última palabra y gesticulando comillas con sus dedos.

—¿Crees que te haría algo así, Jess? —inquire nervioso. Ella no lo mira—. ¡Claro que no, bebé!

—¡Vete a la mierda! —le grita y se mete en su habitación, azotando la puerta con fuerza.

—¡Qué tonto! —dice Irlanda entre dientes.

—Mierda, lo jodí —gruñe, tirando de sus cabellos.

—¡Uh, sí! Creo que hoy dormirás sobre tu amigo el sofá —me burlo. Landa se ríe y comparte miradas cómplices conmigo. El pobre se ve miserable.

Una semana después de la visita de mi hermana, Ángel fue hospitalizado con un severo cuadro de neumonía. Pasé un susto de muerte cuando intentaba alimentarlo con el biberón. No sé qué sucedió, yo lo estaba haciendo bien, pero de pronto, comenzó a ahogarse y su pecho se infló de una forma inusual. Llamé a Brian y me dijo que lo llevara a urgencias, que él estaría ahí cuando llegara.

Los análisis revelaron la infección. Fue algo extraño, él no tenía síntomas, pero Brian dijo que no siempre se manifiesta de la misma forma. El caso es que, aquí estamos. Lleva tres semanas en el hospital y no sé cuándo le den el alta. Lo han pinchado en tantas partes que está lleno de cardenales y tengo que contener las lágrimas para no derrumbarme. No suficiente con ello, la factura del hospital asciende a miles de dólares y apenas pude cubrir una parte. Sé que en algún momento dejarán de atenderlo y no sé qué hacer. Jess ofreció hipotecar su apartamento, pero no dejaré que haga eso.

—Hola, Ángel. Te tengo grandes noticias, podrás volver a casa —dice Brian, al entrar a la habitación.

—¿En serio? ¡Oh, gracias! —lo abrazo fuerte y me permito derramar algunas lágrimas. Ha sido duro estar aquí tantos días y ver cómo pinchaban a Ángel casi a diario para hacerle análisis o cuando le buscaban una vía funcional para pasarle el antibiótico. Para una madre, el sufrimiento de su hijo es lo

peor que existe, y más cuando sabe que no será la última vez, que en cualquier momento puede volver a enfermarse.

—El doctor Wayne vendrá en unos minutos para hablar contigo, pero quería decirte antes para que estuvieras más tranquila —comenta, una vez que me he separado de él.

Wayne es el neumonólogo que ha atendido a Ángel desde la primera vez que se enfermó y es un excelente médico.

—Gracias, Brian. Aprecio mucho lo que haces por mi hijo. —Él me mira a los ojos y puedo descifrar sus pensamientos, no solo lo hace por Ángel—. Me gustaría mucho que tomáramos ese café —propongo. Creo que él merece al menos el intento. Si sale mal, me arriesgaré, como dice Irlanda.

—Prometo que esta vez sí te llamaré —pronuncia, después de aclararse la garganta—. No mañana, ni en los próximos días, sé que debes estar cansada y todo eso —dice con nerviosismo. Sonrío. Siempre es halagador ver a un hombre en un estado vulnerable, me recuerda a mi primer novio. Cuando me invitó a salir la primera vez, tuvo que comenzar el discurso tres veces antes de poder lograr decir lo que quería.

—Estaré esperando.

—Sí, bien. Entonces creo que... —señala a la puerta con la cabeza—. Tengo unos pacientes...

—Lo entiendo —sonrío, y sigo así mucho después de que él se fuera. Hoy es uno de esos momentos buenos en los que vale la pena sonreír.

Brian me ha llamado un par de veces para disculparse, no ha encontrado un hueco en su agenda para ir por un café. Está haciendo una especialidad en medicina que lo tiene a tope y lo comprendo, no soy el tipo de mujer histérica que va a hacer drama por cualquier tontería. ¡Oh!, creo que acabo de describir a Jess. Sí, mi amiga es un tanto melodramática. Que la quiera no me hace ignorante.

—¿Por qué a ti siempre te tocan los más sexys? —dice Jess mientras reviso los datos del millonario que quiere contratarme para este fin de semana, su nombre es Nicolas Douglas, propietario de una agencia publicitaria en Boston y es muy sexy. En su ficha dice que tiene veinticinco años, es rubio de ojos claros y tiene una boca que fue hecha para besar.

—Este es gay, sin duda. Los jóvenes que buscan acompañantes casi siempre lo son —comento entre risas.

—No todos, recuerda al tipo aquel, el que usaba lentes...

—¿Aston?

—Sí, ese. Terminó casado con Silvana.

—Era todo fingido, Jess. Le pagó bastante para que se casara con él y poder cobrar la herencia de su padre.

—Sería así al inicio, pero siguen juntos y hasta tienen una niña que llamaron Ella, un nombre trillado. No me mires así, en la era de Facebook, uno se entera de todo.

—Eres bastante ociosa —bromeo—, pero creo que este es gay.

—¿Vas a aceptar el trabajo?

—Sí, necesito dinero más que nunca. Esta mañana llegó la factura del hospital. Las deudas me están comiendo viva y también está eso del dispositivo que disminuye las convulsiones. Me gustaría que Ángel lo tuviera para que no sufra tanto.

—Quisiera poder ayudarte —dice con tristeza.

—¿Más? Vivo aquí gratis, Jess. Y con lo de tu boda, pienso que más temprano que tarde, tendré que irme a otro lugar.

—¿De qué hablas? Ni tú ni Ángel se irán de aquí.

—Jess...

—¡No! Ustedes son mi familia, Keira. Has estado conmigo a través de mi mierda de drogas y todo eso. Sin ti, hubiera acabado con una sobredosis —recuerda con profunda pena, hasta se humedecieron sus ojos.

—Lo haría de nuevo, lo sabes —afirmo, sosteniendo sus manos entre las mías.

—No vuelvas a decir algo así, esta es tu casa. Y lo de la hipoteca sigue en pie.

—Eso sí que no. Saldremos adelante, ya verás —digo con optimismo.

El sábado en la mañana, tomo un taxi que me lleva a un hotel en Manhattan, donde me recogerá el señor Douglas. Prefiero que los clientes no conozcan mi domicilio, uno nunca sabe a quién se enfrenta realmente, por mucho que Astrid los investigue. Ya ven lo que pasó con Decker.

El evento al que asistiremos será en Los Hamptons, por lo que opté por un vestido casual con estampado floreado, sandalias de tacón corrido en tono marrón, a juego con un cinturón fino, y un bolso Hermes blanco que renté en línea. Me hice ondas sueltas en el cabello y mantuve un maquillaje suave en el rostro. Es bueno tener la libertad de escoger tu propia ropa y no estar obligada a seguir el rigor de una odiosa lista, como pasaba con el imbécil de Decker. Todo eso era una clara señal del tipo de persona que era, pero yo de terca lo ignoré.

Al llegar a la recepción del hotel, el encargado me dice que el señor Douglas pidió que lo esperase en el lobby, que no tardará en venir por mí. Agradezco su información y me siento a esperarlo en uno de los sofás disponibles en el recibidor. No mucho después, una de las empleadas del hotel se acerca para decirme que la limusina del señor Douglas acaba de llegar. Sonríe con gratitud y salgo del hotel para reunirme con él.

Los millonarios y sus mañas, pienso mientras me aproximo al lujoso auto.

—¿Qué hace aquí? —Pregunto al entrar a la limusina—, creí que había sido clara con usted, señor Decker.

¿Cómo es capaz de hacerme esto? Me ha engañado como a una tonta. Pero está muy equivocado si piensa que voy a irme con él.

Tiro de la manija de la puerta para salir, pero está cerrada.

—¿¡Me va a secuestrar!?! —grito alterada. Él se ve como siempre, frío y arrogante, a pesar de que no está usando saco y corbata. Al contrario, viste de una forma bastante casual, con un jersey negro sobre

una camisa blanca—. Le exijo que me deje salir de aquí.

—Deme una hora, señorita Morrison. Si después de eso, aún quiere irse, no se lo impediré —articula sin cambiar el gesto. Jamás había conocido a alguien tan estoico y cerrado como él.

Imbécil alemán gruñón que fraguó esta emboscada.

—¡No! —Me opongo, cuando en el fondo quiero gritar ¡sí! Llámenlo debilidad o estupidez, pero quiero saber qué espera demostrar con esto.

—Solo tomará una hora, se lo prometo. No tiene nada que temer —asegura, sosteniéndome la mirada.

Sus pupilas son un embrujo encantador más poderoso que cualquier péndulo hipnótico. Sacudo la cabeza antes de que me petrifique como estatua, pero no soy capaz de articular palabra. Quisiera decirle que sí tengo qué temer porque su presencia me absorbe y me paraliza; porque, al mirar sus ojos, un flagrante deseo se forja en mi interior, uno por el que estaría dispuesta a dejar que me follara sin recibir ni un dólar... como he querido desde que sus manos tocaron mi piel.

—¿Eso es un sí? —insiste con presunción.

—Una hora, y quiero que sea en un lugar abierto. Nada de suites o dar vueltas en esta cosa.

—No creo que debamos hablar del tema en un lugar abierto.

—¿Qué propone entonces? —pregunto inquieta. Me está mirando de una forma demasiado invasiva, como si estuviera sin ropa delante de él. Mis mejillas se encienden al recordar que me ha visto desnuda, y en lugar de llenarme de ira, hiervo de deseo.

—Un bar. Conozco uno que podría funcionar. Y para su tranquilidad, tiene varias salidas de emergencia —dice casi como una broma.

¿Debería reírme? ¡Ja! ¡Ja!

—Bueno —respondo, elevando los hombros como diciendo: *me da igual*.

El auto se pone en marcha a su orden y el *robot alemán* mantiene sus ojos sobre mí, apreciando no solamente mis ojos, sino el resto de mi cuerpo.

¿Ya no usa su aparato encantador? Es que me provoca quitarme la sandalia y aventársela en su estúpida cara petulante.

—Deje de hacer eso —siseo hastiada.

—¿Qué hago? —replica, campante y sonante.

Sí, hágase el idiota.

No respondo a su burla, porque eso hace, me toma como un chiste. ¿En qué estaba pensando cuando acepté esta pantomima? Sé lo que me venderá en esa hora. O mejor dicho, lo que quiere que yo le venda. Pero se va a quedar con las ganas.

Finalmente, el auto se detiene frente al *Madam Geneva*, un bar en *Bleecker Street* en el que he entrado algunas veces, pero a esta hora está cerrado y se lo hago saber al engréido de Decker. Una minúscula sonrisa se dibuja en su boca por mi comentario. ¿Se burla de mí? Estoy por mandarlo a la mierda cuando dice:

—Conozco al dueño.

Es muy sagaz, debo aceptarlo. Traerme a un bar cerrado... eso no lo vi venir.

—Mantenga su mano quieta. —Le advierto cuando noto su intención de ponerla en mi espalda una vez que abandonamos el auto. No va a andar tocándome cada vez que le dé la gana.

El interior del bar es muy acogedor, decorado en tono marrón y dorado, con bonitas mesas y sillas de madera. En el techo, el estilo es algo más rústico, mostrando vigas de hierro pintadas en color terracota; mientras que la luz la proveen bombillas amarillas que cuelgan de un armazón circular de hierro. Pero Decker no tiene planeado que ocupemos alguna de las tantas mesitas o un puesto en la barra, sino que camina hasta el fondo, donde se encuentra un sillón semicurvo negro; imagino que para más privacidad. De cualquier forma, estaremos solos porque el lugar está desierto. No veo a nadie aquí.

Ante su invitación para sentarme, le digo que lo haga él primero, quiero mantener una distancia prudencial. Y no, no le tengo miedo, es solo precaución. Decker podría aprovecharse de mi debilidad. Aunque, si lo pienso mejor, él no sabe el efecto que tiene en mí, no está consciente de que solo con inhalar su perfume, me cautiva.

Cuando se sienta en una esquina, ocupo el extremo opuesto del sofá, lejos de él. Cruzo las piernas y mantengo mis manos una sobre la otra, encima de mi rodilla. Mi espalda está recta y mi rostro elevado con altivez, una posición bastante forzada e incómoda, pero si él puede tener esa apariencia de *señor todo poderoso*, yo no seré la excepción.

—¿Quiere una copa, señorita Morrison? Parece necesitar una —sugiere con petulancia al tiempo que se reclina contra el sofá, de una forma relajada. Sus piernas están ligeramente separadas y mantiene sus manos abiertas sobre sus muslos.

¿Ahora sí va a abandonar su postura de hombre de hierro? Es que solo lo hace para incordiarne el muy cretino.

—¿Qué le hace pensar eso? Usted no me conoce, señor Decker —replico con desfachatez. Mucho hago ya con estar sentada en un lugar vacío con él.

—Bueno, entonces entremos en materia —dice, inclinándose hacia adelante. Me muevo hacia atrás como mecanismo de defensa, sin reparar en que nos separan casi dos metros. Él no le presta atención a mi tonta reacción, y continúa como si nada—. Como los dos somos adultos, no le daré muchas vueltas al asunto. Quiero algo de usted, eso ya lo sabe, y he llegado a pensar que usted no tendría problemas en tener sexo conmigo. He visto cómo reacciona cuando la toco, los cambios de su respiración, la forma en que se sonroja cuando susurro frases a su oído... Hay química entre los dos, es innegable.

¡Oh mi Dios! No puedo creer que me esté diciendo todo eso. Ha estado muy atento a mis reacciones en cada uno de nuestros encuentros, y yo pensando que era una roca insensible.

—Yo no... —comienzo. Él eleva la palma de su mano hacia mí, pidiendo que lo deje continuar.

—Mírelo de esta forma: acostarse conmigo será de beneficio para ambos, le garantizo una velada placentera. La única diferencia es que usted recibirá una retribución monetaria bastante generosa que le permitirá vivir con holgura por un buen tiempo.

—¡No soy una puta! —grito, poniéndome en pie. Él hace lo mismo.

—Nunca he dicho que lo sea, señorita Morrison. Quiero que me entienda, lo que le propongo es que me conceda una noche en la que ambos disfrutemos por igual. Tener sexo es algo normal entre dos personas que se atraen.

—¡Pero quiere pagarme por el servicio! —contradigo.

—No es diferente a lo que hace usted como acompañante —argumenta sin ningún recato. ¿Acaso me dijo zorra?

—¡Claro que lo es! Yo no me acuesto con los clientes.

—¿Pero le gustaría acostarse conmigo? Sea sincera. ¿No ha imaginado mis manos en su piel? ¿No se ha humedecido ni una vez a causa mía? —Pero que poco tacto tiene este. Solo falta que me pregunte si me he tocado pensando en él. Bueno, lo hice un par de veces, pero eso no es lo que está en discusión—. Lo tomaré como un sí —interviene cuando mi silencio lo dice todo—. Entonces, sé mía esta noche —pide, tuteándome. ¿Dónde quedó el usted? ¡Ah!, pero es que le dan el meñique y se agarra la mano entera.

—¡No estoy a la venta! —contesto furiosa. No sé cómo quiere que se lo diga.

—¿Lo harías gratis entonces? —intenta, con cierto nerviosismo en su voz.

—¡Dios!, es usted el hombre más arrogante que he conocido en toda mi vida. ¿Quién se cree? ¿Piensa que debo caer a sus pies porque siento atracción por usted? No, señor Decker. Que mi trabajo de acompañante no le haga pensar que no tengo dignidad. Si trabajo en *Damas de Oro*, no es por gusto. Preferiría estar en mi casa, que saliendo con tipos arrogantes que piensan que unos cuantos ceros en su cuenta le dan derecho a tratar a una mujer como mercancía. —¿Y saben qué hace el muy imbécil ante mi argumento? Sonríe—. ¿Por qué sonrío? ¿Le parece gracioso?

—Sonrío porque me fascinas; porque con cada reclamo, te deseo más, porque has logrado lo que nadie ha podido...

—¿Y qué es eso?

—Hacerme sentir —responde con la voz grave. Se levanta de su asiento y avanza lentamente hacia mí.

—¿Qué hace? —me muevo hacia atrás de forma instintiva hasta chocar con el sofá.

—Quiero probar mi punto —contesta cuando solo un paso nos separa. Miro sus pupilas dilatadas y bajo lentamente hasta esos labios rosados que deseo sobre los míos. Mi corazón está marcando un ritmo fuerte y doloroso, revelando mis verdaderas emociones. Este hombre me gusta mucho. No importa lo arrogante que sea, o lo insultante de su propuesta, quiero que pruebe su punto, sin importar lo que eso signifique.

En un lapso de solo segundos, sus manos se apropian de mis caderas mientras que su lengua encuentra su camino entre mis labios, rozando, lamiendo, probando el interior de mi boca con profunda ansiedad... Esto no es solo un beso, es pasión, es deseo..., es energía y calor.

Yo soy hielo.

Él, fuego.

Me derrito segundo a segundo y me encuentro sobre humedad, una cálida y entrañable humedad.

Soy todo deseo y necesidad.

Muevo mis manos en su pecho, ansiando que la ropa deje de estorbar para adherirme a su piel, descubriendo su textura y contorneando sus pectorales, que siento fuertes a través de la tela. Él, desliza las suyas de arriba abajo, a lo largo de mi espalda, mientras que su dura masculinidad choca contra mi pelvis. Jadeo sobre su boca, exhalando la creciente excitación que pide a gritos por más.

—El deseo es un hecho comprobable, señorita Morrison —susurra en mi oído de esa forma ronca y varonil que me eriza la piel—. Ahora, puede irse —lo miro confundida. ¿Por qué me pide que me vaya?—. O quédese y déjeme follarla sobre ese sofá.

Su propuesta me ha dejado muda. Pero claro, su intención siempre fue incitarme para no dejarme otra opción que aceptar que lo deseo con la misma ansiedad que él a mí. Esto solo es un juego donde él se cree el rey y me quiere tomar por peón, pero no sabe que estoy en posición de hacerle jaque mate sin problemas.

Exacerbada por su descaro, sonrío con malicia y le digo—: No soy yo la que está urgida por sexo, señor Decker. Porque a diferencia de usted, la disfruto con frecuencia y a plenitud cada vez que quiero.

Y luego de mentirle en la cara, doy media vuelta y me alejo de él.

Capítulo seis

Desde aquel beso, no he podido dejar de pensar en Sebastian, en sus fuertes manos sosteniendo mi cuerpo, en su lengua saboreando mi boca, en lo mucho que deseaba que me follara sobre ese sofá, como se atrevió a decir. Sigo cuestionando lo débil que me vuelvo cuando se trata de él. Considerando los hechos, no lo fui tanto. Hui, pude hacerlo, a pesar de lo dispuesta que estaba a entregarme a la lujuria que desbordaba de su cuerpo, visible en esa profunda mirada que era una mezcla de oscuridad y ardiente pasión. Su aroma varonil sigue flotando delante de mí como si lo tuviera a escasos centímetros de mi cuerpo, llevándome de nuevo a sentir esa sensación de mareo y éxtasis que me roba la cordura. Lo recuerdo de una forma vívida en mis momentos de soledad, cuando toco el costado de mi cama y la siento vacía, cuando hace frío y descubro que no hay ningún cuerpo al lado para brindarme calor.

La verdad es que me encuentro en un momento vulnerable de mi vida. Estoy demasiado cansada de fingir que no necesito ese tipo de contacto. Y cuanto más vueltas le doy a ese asunto, la idea de que Decker quiera pagar por una noche conmigo deja de ser tan descabellada; porque en algo tiene razón ese alemán arrogante, sería beneficioso para ambos. Pero ¿cómo me sentiré después de cruzar esa línea? ¿Sería el inicio de mi debacle?

Ya, deja de pensar en ese hombre, Keira. Sabes muy bien que tu moral te perseguiría por siempre, que la palabra puta se pintará en tu frente a partir de ese mismo momento.

Me acuesto de lado y miro las luminosas letras del reloj marcando 3:00. El desvelo se ha convertido en algo usual desde hace siete noches, los mismos que han pasado desde que mi *obsesión alemana* intentó probar su punto... ¡y qué forma de hacerlo!

¡No, basta!

Cubro mi cabeza entre la almohada y el colchón, intentando encontrar el sueño. ¡Ja! ¡Cómo si lo hubiera perdido ahí! He intentado todo: tomar té, contar ovejas, hacer ejercicio... Nada sirve. ¿Y cuál es el resultado? Grandes ojeras en la mañana y un cansancio que no es normal.

—¿Otra noche en vela? —pregunta Jess cuando me siento en un taburete de la cocina.

—Necesito sexo urgente. Es la única manera de borrar lo que pasó esa tarde. Y sí, sé lo que piensas, solo me besó. Pero fue tan... intenso.

—No he dicho nada —contraria con una risita socarrona—. ¿Y qué ha pasado con el pediatra? Creo que podrías resolver tu “urgencia” con él, estaría encantado.

—No puedo usar a Brian de rebote, lo sabes —digo disgustada.

—Entonces ve a un bar esta noche, elige a alguien que te guste, y santo remedio. Aunque tienes la opción de aceptar la propuesta. Eres soltera, hermosa y joven. De estar en tu lugar, no dudaría un segundo en decir sí.

—No puedo acostarme con un tipo por dinero. Ya es suficiente que esté trabajando de acompañante como para caer más bajo.

—Entonces no lo hagas por dinero —dice tajante. Sacudo la cabeza a los lados mientras cubro mi rostro con mis manos—.Vamos, Keira. El hombre te gusta, no has podido dormir bien desde que te besó, solo deja que pase. Nada pierdes con acostarte con él, porque si folla como besa, lo más seguro es que tendrás todas las de ganar.

—¿Y después qué? —pregunto con un hilo en mi voz. La simple idea de estar con él me deja sin fuerza.

—Nada, que te diste un gusto. Él te pidió una noche, pues sácale provecho y acaba con esa absurda abstinencia.

El insomnio ya no es un problema, dejé de atormentarme con el recuerdo de Decker y decidí seguir con mi vida como si aquello no hubiese pasado. La mente tiene la capacidad de esconder las cosas cuando uno se lo propone, y encasillé ese asunto en un profundo cajón oscuro de mi memoria. Ha sido tan efectivo que ya olvidé los días que han pasado, hasta me deshice del olor que había permanecido fresco en mis recuerdos por tantas noches. Para mí, Sebastian Decker nunca existió.

Las voces de Beyoncé y Jay Z, cantando *Crazy Love*, me acompañan esta mañana mientras troto por el vecindario hasta llegar a *Brooklyn Bridge Park*, situado a la orilla del *East River*. Desde aquí, se puede ver la moderna ciudad de Manhattan con sus altos rascacielos y, al mismo tiempo, disfrutar de los árboles arbolados con el color del otoño y de sus hojas ocres rodando al ras del suelo con la brisa fresca, esparciendo el aroma añejo de la vegetación marchita. Cada minuto aquí, me aleja del mundo y de las preocupaciones, me relaja de tal forma que a veces deseo no tener que regresar. Suena egoísta, y lo es, pero necesito este escape para no terminar hecha polvo. No es que haga esto con frecuencia, son pocas las veces que me permito un tiempo a solas.

Al volver a casa, encuentro a Ángel con una crisis fuerte de convulsión. Lucy dice que es la segunda en una hora, que estaba por llamar para decirme que regresara.

—Ya mi amor, ya va a pasar —acaricio su cabeza. No puedo cargarlo porque estoy sudada. Sé que no haría ninguna diferencia, que no detendría el ataque, pero al menos estaría en mis brazos.

Tengo que hablar con el especialista y saber si Ángel es candidato para el dispositivo. Las convulsiones son más recurrentes y odio verlo así, me parte el corazón y me llena de impotencia. Él no merece esa enfermedad, él debería estar jugando en el piso o rayando las paredes con crayones.

—¿Cuánto duró? —pregunto cuando el pequeño cuerpo de mi hijo se relaja.

—Un minuto, la anterior fue de un poco más que eso.

—Tranquilo, mi amor. Aquí está mamá —le digo, inclinada en el suelo para llegar al nivel de Lucy, quien está sentada en el borde de la cama con Ángel en su regazo—. Eres un campeón, hijo, y haré todo lo posible para que la batalla sea menos dura, te lo prometo —le doy un suave beso en la frente y luego me pongo en pie para ir a darme una ducha.

Al día siguiente, llevo a Ángel con el neurólogo quien, basado en los últimos estudios, en sus análisis y en su historial médico, confirma que mi hijo es candidato para el dispositivo. El procedimiento es sencillo, pero amerita un costo del que no dispongo.

—¿Cuándo la haría? —le pregunto, sin decirle que no puedo pagar la operación en estos momentos.

—Los análisis preoperatorios son pocos, podría ser el próximo martes, si todo está en orden.

Eso sería en siete días. El tiempo suficiente para encontrar el dinero.

—Vamos a hacerlo, doctor Davis.

—Bien. Tráigalo mañana para otros análisis. Dependiendo de los resultados, programamos la cirugía.

—Gracias, de verdad. Espero que esto ayude a mejorar la calidad de vida de Ángel.

—Es la idea, señora Bennett.

Dos días después, los análisis de Ángel son favorables y el médico puede proceder a apartar el quirófano para la cirugía, lo único que necesito ahora es el dinero y sé quién puede dármelo, aunque tenga que humillarme para conseguirlo.

Son más de las nueve de la noche cuando recibo una llamada de Astrid, me habla de un cliente que requiere de mis servicios de acompañante para una fiesta en Manhattan. El cliente es Renato Ferreira, un empresario portugués que se dedica a la importación de refinados del petróleo. Su fortuna es resultado de una herencia recién adquirida de parte de su padre, quien era uno de los hombres más ricos de su país.

Al día siguiente, el cliente me recoge en el hotel acordado. Y, a diferencia de Decker, él es muy amable y atento. Lo primero que hizo al subirme a su limusina fue presentarse. Su mano me sujeta fuerte y sus ojos claros escrutan mi cara con curiosidad, pero sin llegar a ser incómodo.

—¿Quiere algo de tomar? —pregunta con un destacado acento portugués, aunque habla muy bien inglés.

—Vino estaría bien, gracias —contesto con una media sonrisa. Un par de minutos después, sostengo una copa de cristal con el líquido tinto llenando el interior. Lo pruebo y lo encuentro delicioso. Debe ser de una buena cosecha.

—No acostumbro a hacer estas cosas —comenta.

—¿A qué se refiere? —pregunto curiosa.

—A contratar acompañantes. Pero según mi padre, llegar solo a una reunión como esas da espacio para las suspicacias y atrae la atención de mujeres codiciosas.

—Lo comprendo —atribuyo, sonriendo.

Debe ser duro para los hombres como él encontrar una mujer que mire más allá de su estatus. Hay que ver lo enamoradas que pueden actuar algunas solo para echarle lazo a un millonario que les dé una vida de reinas. Por eso recurren a *Damas de Oro*, no tienen que preocuparse por los sentimientos de sus acompañantes ni de sus erradas expectativas.

No mucho después de ponernos en marcha, la limusina se detiene frente a un edificio en el *Upper East Side* de Manhattan. Ferreira abandona el auto primero y me espera en la acera. Me deslizo en el asiento y alcanzo su mano para bajarme. Enseguida, camino junto a él sin ninguna dificultad. No he sentido ese cosquilleo extraño que atusa mi estómago cuando estoy con Decker, y no por que carezca de atractivo, el portugués es alto, fornido y de muy buen ver. Muchas mujeres estarían fascinadas de entrar de su mano, pero esta noche formo parte del porcentaje de las que le da igual. Quizás me he blindado con un escudo para no dejarme impresionar, ese error solo lo cometí con el *alemán gruñón*.

El ascensor nos lleva hasta el ático del edificio, en el piso diecisiete. Le entrego mi abrigo negro al guardarropa y avanzo con Ferreira al interior del lujoso apartamento, en el que se encuentran reunidas al menos veinte personas, entre ellas, nada más y nada menos, que mi obsesión alemana. El hombre en cuestión desliza sus ojos a lo largo de mi cuerpo, provocando que me sienta desnuda, a pesar de que estoy usando un vestido negro ceñido al cuerpo, de un estilo muy reservado al frente, pero que comparte una similitud con los modelitos que él escogía para mí: con la espalda descubierta. No es difícil recordar que él me ha visto sin ropa y es por eso que percibo más intensa su nada disimulada inspección. Un grueso nudo se forma en mi garganta, mi piel se electrifica y el familiar cosquilleo que escuece mi estómago, cuando él está cerca, hace acto de aparición, gracias a su escrutinio. Él no es el único. Yo también me complazco al verle. Luce impoluto y varonil en un traje azul rey a la medida, cubriendo el cuerpo que imagino esculpido y bien formado debajo de toda esa tela. Su mandíbula está libre de barba y su cabello luce recién cortado, un poco más bajo de lo usual. Me gusta, enmarca sus rasgos y sus hermosos ojos gris verdosos. Me estoy empapando de él sin requerir más que su mirada. Y entonces comprendo que no hay blindaje que me proteja de Sebastian Decker.

Trato de mantener mis emociones debajo de mi piel para no ponerme en evidencia con Ferreira, pero creo que será más difícil esconderme si los dos metros que nos separan se convierten en centímetros.

¡Mierda! Ferreira me está llevando hacia él, cerrando la distancia entre nosotros... conduciéndome sobre un riel con dirección a un despeñadero.

Por favor, por favor, que suene la campanilla de cambio de vías.

—Sebastian —saluda Ferreira con familiaridad—, ella es Keira Morrison. —Me presenta.

—Mucho gusto, señor —artículo con voz compuesta y comedida, haciendo uso de las capacidades actorales de las que presumo. Sí, soy una actriz que está por perder los papeles al notar que la mano de Decker se acerca a la mía.

—Sebastian Decker —pronuncia en tono grave y sensual, trayendo a mi memoria todas las veces que susurró frases en mi oído. Son malos recuerdos. Bueno, no malos, pero sí incorrectos y peligrosos.

Y hablando de peligro... Al momento que desliza su mano contra la mía, se desata un ciclón hambriento y feroz en la parte más sensible de mi cuerpo, sucumbiendo ante una excitación descarada y

bochornosa.

¿Qué me pasa? Yo no soy así. Le atribuiré mi calentura a los tres años de abstinencia. Sí, me están pasando factura.

Aparto la mano con cierta sutileza, para no parecer descortés ante los ojos de mi cliente, y Sebastian me mira sin hacer ningún gesto, pero puedo leer en sus ojos que me pregunta algo, no estoy segura qué y mucho menos estamos en posición de intercambiar palabras.

—Aquí estás —dice una mujer con acento francés, enganchándose del brazo de Sebastian—. Te traje un whisky sin hielo, como te gusta. —Le entrega la bebida y luego sonrío hacia nosotros.

Esbozo una falsa sonrisa mientras observo a la acompañante de Decker. Es bonita, no puedo negarlo, pero no de forma natural, es una belleza superficial, fabricada. Se nota en su nariz perfilada y en esos pómulos elevados, producto de alguna intervención quirúrgica. ¿Y ese cabello rubio dorado? ¡Falso! Igual que los pechos duros que sobresalen con vulgaridad de aquel vestido azul eléctrico que no parece de su talla.

—Tú debes ser Renato Ferreira.

Menciona con desfachatez. La miro con recelo, preguntándome si es una *acompañante prepagada* o alguien más cercana a Decker. *Obvio que lo es*, responde mi voz interna, *se comporta con demasiada confianza y reconoció al portugués.*

—Sebastian me ha hablado mucho de ti —lo saluda con tres besos en la mejilla.

—Veo que vienes bien acompañado —apunta, mirándome a mí.

—Sí, lo siento. Ella es Keira Morrison.

—Mucho gusto, querida. Soy Elie Dugés.

¿Querida? ¿Acaso soy una anciana? Y no conforme con su estúpida referencia, me saluda con la misma cantidad de besos que al portugués, ahogándome con el exceso de perfume que se puso encima... que no es Channel N°5.

¿Eso quiere decir...? Nada, Keira. No tergiverses las cosas.

A todas estas, el *arrogante alemán* no parece afectado. Se ve muy tranquilo, tomándose la bebida «sin hielo, como te gusta» que le entregó la muñequita francesa. Me mira de reojo, sin concentrarse mucho en mí, casi ignorándome.

—¡Keira! ¡Qué sorpresa verte por aquí! —dice Cameron Ruppert.

¡Esto va a salir mal!

—¿Se conocen? —pregunta Renato. La miro fijamente a los ojos, tratando de decirle con la mirada que no cometa una imprudencia, aunque la impertinente soy yo por venir aquí. ¿Pero cómo iba a saber que Decker estaría en esta fiesta? Astrid no puede controlar todos los detalles.

—Sí, por supuesto. Somos grandes amigas —contesta con una sonrisa. No hay nada que una mentira, y unos labios curvados, no logre—. ¿Te la puedo robar unos minutos? —pregunta mirando al portugués. Cameron es muy sagaz.

—Claro, sí. Diviértanse —contesta él, despreocupado. Creo que está flechado por la muñeca de

porcelana.

Mi mirada se cruza un par de segundos con la de Sebastian y la siento como un atizador quemando mis pupilas. ¿Está enojado por mi estadía aquí? Imagino que sí, este error podría perjudicarlo directamente.

Sigo a Cameron, un poco nerviosa. No sé qué quiere decirme, o preguntarme, pero sea lo que sea, tengo que hacerlo bien, no puedo equivocarme en esto. Nuestros pasos nos llevan hasta una sala pequeña con muebles y sofás blancos de cuero, orientados hacia la fachada de paredes de cristal, desde donde se observa el panorama nocturno de la ciudad de Manhattan.

—¿De qué se trata esto? —pregunta con un tono de reproche.

—No entiendo tu pregunta.

Mentirosa. Claro que sabes, me reta una voz en mi cabeza.

—¿Cómo es que vienes al apartamento de Sebastian con otro hombre, que para colmo, es su nuevo socio? ¿No estabas saliendo con él?

Ahí están, las preguntas que no quería escuchar. ¿Qué le digo? No tengo idea de cómo escapar de este enorme lío.

—No estaba saliendo conmigo —dice él. Su estruendosa voz irrumpiendo la escena. Mi estómago se retuerce con ansiedad y terror mientras él se acerca a nosotros, serio—. Solo era mi acompañante, nada más.

Ese «nada más» dolió, aunque no debería, es la absoluta verdad. No soy nadie para él, solo la mujer que quiso llevarse a la cama, una tonta que creyó en sus palabras. ¿Cómo pude pensar que solo conmigo podía sentir? Es obvio que no era así, y la tal *Elie no sé qué* es la prueba irrefutable de ello.

Decker se detiene a mi lado, regalándome el aroma de su perfume, ese que es el detonante de mis más bajos instintos. Y ahí, ante la mirada de Cameron, vuelvo a ser hielo expuesto al fuego.

—¡Oh!, entiendo. Pensé que... tú y ella... —balbucea—. En fin, creo que eso no es mi asunto —dice con una risa nerviosa y luego se va, dejándome sola con él.

Mi corazón late al ritmo de mis temores, de ese miedo que brota de mis poros cuando estoy cerca de mi *tentación alemana*. ¿A qué le temo? A lo fácil que pueda ceder si me tocara, a la respuesta que ya está en la punta de mi lengua si me hiciera de nuevo la propuesta.

—Señorita Morrison.

¡Estúpida voz gruesa!

—Señor Decker —correspondo con poca convicción.

—Creo que he sido un mal anfitrión esta noche, no veo ninguna copa en su mano.

Sus ojos están clavados en los míos, inescrutables, misteriosos... fraguando un inminente deseo en mí. ¿Cómo puede vulnerarme así, solo con mirarme?

—Algo típico de usted —respondo con altivez, escondiendo detrás de mi actitud mis verdaderos deseos. Mi réplica lo hace sonreír, removiendo algo en mi interior que no puedo descifrar—. Debo volver con mi acompañante, con permiso.

Estoy dando la vuelta para intentar regresar por el mismo camino que me trajo Cameron, cuando siento

su mano apresando mi muñeca. Al instante, me gira hacia él y sostiene sus palmas abiertas contra mi espalda desnuda, causando que una explosión de calor, deseo y lujuria humedezca las paredes de mi sexo palpitante.

—Está temblando, su respiración cada vez es más pesada y sus mejillas se han tintado de color. Me desea, señorita Morrison —su aliento roza mis labios, guiándome a un frenesí de ardor—. ¿Qué descubriré si subo su falda y deslizo mis dedos entre sus muslos?

—S-suélteme, por fa-favor —balbuceo embriagada. Cuando lo que en verdad quiero es que explore cada parte de mí.

—Lo haré, pero solo porque tengo invitados, pero este juego tiene que acabar, señorita Morrison. Usted tiene que ser mía esta noche —asegura con arrogancia antes de soltarme y marcharse por el mismo lugar que apareció.

Todo mi cuerpo tiembla a la par de un corazón que late furibundo. Su toque, su aliento, sus palabras..., me han dejado absorta y completamente desecha. Es cierto, lo deseo con cada poro de mi piel, y hasta pude imaginar sus dedos rozando mi humedad, descubriendo mis pliegues y adentrándose en el interior.

Estúpido alemán engreído. ¿Por qué juegas conmigo? ¿Por qué caigo en tus redes con tanta facilidad? ¿Y con qué derecho dictas una sentencia así, cuando tienes a la Barbie francesa sirviéndote tragos? Es que debí echárselo en cara, debí decirle que vaya y folle con su rubia dorada y me deje a mí en paz.

¿Celosa, Keira?, burla esa voz fastidiosa.

No, furiosa. No soy su juguete. A mí no me va a ver la cara de idiota ese... imbécil arrogante.

Permanezco unos minutos más en la sala hasta que logro serenarme lo suficiente para poner en marcha mi actuación. Esta noche mi único objetivo es Ferreira y nadie más. Llegué con él y con él me iré.

La velada transcurre entre copas de champán, aperitivos costosos y conversaciones aburridas. Algunos de los invitados están sentados en los sofás y otros se mantienen de pie con bebidas en sus manos y disfrutando de la velada. Ferreira es uno de esos parados y, por ende, tengo que estar a su lado. Sería más fácil si no llevara estos tacones que me hacen doler los pies y si no tuviera a la feliz pareja alemana/francesa a pocos centímetros de mí.

La tal Elie es insufrible, habla sin parar de los lugares que ha visitado y de los platillos exquisitos que probó en cada uno. Y lo peor, tiene encantados a todos... hasta al alemán, quien sin ningún recato, ha tocado su espalda de la misma forma que hacía conmigo en las cenas anteriores.

¿Y qué creía yo, que aquel contacto era para mí por exclusividad? ¡Ja! Sebastian Decker resultó ser solo una fachada. No me sorprendería que eso de «entonces la conozco a usted y despierta todos mis instintos dormidos...» sean puras mentiras. ¡Es que lo odio!

Lo miro sin disimulo, tratando de que lea en mis ojos lo mucho que lo desprecio, pero quedo atrapada en esas pupilas color plomo que me abrasan como fuego ardiente. *¿Por qué le otorgo ese poder?*

En ese momento, la voz de Ferreira interrumpe mis pensamientos. Y no es a mí a quien se dirige, sino

a la francesa.

—Fue un placer contar esta noche con su presencia, señorita Dugés —dice Ferreira con pleitesía.

¡Lame botas portugués!

—¡Oh!, dime solo Elie —refiere risueña y hasta parece que lo está follando con los ojos, la muy descarada.

¿Cómo puede mirarlo así, teniendo al bombón de Sebastian a su lado? No lo comprendo, a menos que...

—¿Disfrutó esta noche, señorita Morrison? —pregunta el alemán, mirándome, sin prestarle atención al descarado comportamiento de su acompañante hacia el portugués.

—Sí, fue una reunión interesante —contesto con notable hipocresía, ganándome una mirada inquisitiva de Elie. *¿Qué pregunta se estará haciendo en esa cabeza hueca?*

—Estoy de acuerdo. Espero que se repitan con más frecuencia —comenta Ferreira mientras se despide de Decker con un fuerte apretón de mano.

—Eso es seguro —conviene él—. Espero contar con su presencia —dice, mirándome fijamente. Asiento con una sonrisa falsa. No creo prudente decir en voz alta *¡jódete, imbécil!*

Antes de irme, me despido de Cameron y de su esposo, quienes como siempre, no dejaron de demostrarse afecto durante toda la velada. Parece que viviesen en una eterna luna de miel.

Más tarde, al llegar al hotel, subo a la habitación que alquilé y decido darme una ducha tibia antes de irme, ya que Pamela —la enfermera de Ángel en las noches— me dijo que mi hijo está dormido y que no ha tenido ninguna convulsión desde que salí de casa.

Mientras el agua recorre mi cuerpo, me dejo llevar por los recuerdos de las manos calientes de Decker abrasando mi espalda, de su aliento bañado en alcohol y lujuria susurrando palabras, que desatan una espiral de excitación en mi cuerpo, y deslizo mis dedos suavemente entre mis pliegues, añorando que sean los suyos. No me detengo hasta que su nombre estalla en mi boca con un grito ronco. No es la primera vez que me toco en su nombre, pero sí la única en la que experimenté una sensación tan intensa y placentera.

En algún momento, después de hacer lo que realmente debía en aquel baño, envuelvo mi cuerpo en una toalla suave tipo albornoz y me desplazo hacia la habitación. Una vez ahí, me siento en la cama para pedir algo de comer. Estoy hambrienta, los diminutos aperitivos que sirvieron en la fiesta de Sebastian no fueron suficientes para llenar mi estómago.

Diez minutos después, antes de lo que había previsto, dos toques anuncian la llegada de la comida. Me bajo de la cama y camino hasta la puerta para dejar pasar al chico del servicio.

Debí cambiarme la bata por mi ropa habitual, cuestiono antes de girar el pomo. Pero qué más da, no seré la primera mujer que ve en albornoz.

—Señor Decker —murmuro sin aliento al verlo delante de mí. Sigue usando su traje, pero se deshizo de la corbata y dejó abiertos los primeros dos botones de su camisa blanca—. *¿Pero cómo...?*

Mi frase es interrumpida por el asalto de su boca sobre la mía. No me resisto, dejo que se apodere de

mis labios, que su lengua se mezcle con la mía, que haga lo que le dé la gana... En un movimiento veloz, me mueve contra la puerta, cerrándola, y me encarcela entre su cuerpo y la madera, sosteniendo mis muñecas por encima de mi cabeza. No me da tregua, sigue besándome con hambre voraz e inminente deseo, deslizando su lengua por mi cuello, incrementando mi apetito por él, ese que comenzó a forjarse desde que lo vi por primera vez.

El nudo de mi bata queda desecho por sus dedos y, poco después, la tela de algodón cae a mis pies, dejándome completamente desnuda ante Sebastian Decker, el alemán con el que hace solo unos minutos fantaseaba.

—¿Quiere ser mía esta noche, señorita Morrison? —pregunta mirándome, mientras desliza su mano hacia el sur, cerca, muy cerca, provocando que la humedad se escurra en el interior de mi sexo.

—Sí —musito casi sin aliento.

—Eso quería escuchar. —Justo después, humedece sus dedos con la esencia de mi excitación, separa mis pliegues hinchados con ellos y los hunde en mi interior—. Estás hambrienta y yo seré tu alimento —susurra en mi oído.

—¡Ah! —gimo cuando añade un segundo dedo en mi interior y un tercero acaricia mi clítoris con un pequeño roce que se siente poderoso.

—Quiero probarte, Keira. ¿Puedo? —lo pregunta con un gruñido ronco.

¿Quiere saber si estoy limpia? ¡Ja! Se reiría si admitiera que han pasado años desde que alguien estuvo en mi interior.

—P-puedes —contesto, mi corazón latiendo mil por horas, mi respiración desecha.

Sus dedos abandonan mi lugar cálido mientras caminamos hasta la cama, donde me empuja de espaldas y separa mis piernas al borde del colchón. Agradezco las bondades de la depilación láser. Y a pesar de eso, siento un poco de vergüenza mientras estoy tan expuesta ante sus ojos, pero no lo suficiente como para decirle que no lo haga.

Observo desde la cama cómo se deshace de su saco y luego dobla con habilidad cada una de las mangas de su camisa blanca. Mientras eso pasa, sus ojos están fijos en mí, asegurándose de que sigo ahí, dispuesta para él. En cuanto se arrodilla en el suelo, pronuncia la palabra «preciosa» entre mis pliegues, inundándome con el calor de su aliento. Y sin hacerme esperar, o rogar, su lengua se desplaza a lo largo de mi hendidura hasta alcanzar mi punto más sensible. Me retuerzo contra el colchón a medida que su lengua martilla con intensa vehemencia mi sexo ansioso. Sebastian Decker es experto en esto, sabe qué hacer para complacer a una mujer, de eso no hay duda. Está devorando mi sexo como si fuese el más dulce de los manjares

—¡Ahhhh, Sebastian! —pronuncio con un grito ahogado. Está succionando el botón que desata en mí un maravilloso y agudo orgasmo que me deja sin aliento.

—Una completa delicia, como imaginé —dice, relamiéndose los labios con su magistral lengua—. Ahora quiero sentir mi polla dentro de ti —anuncia sin preámbulos. Un espasmo sacude mi pelvis por la posibilidad. Tengo por seguro de que me llevará de nuevo a la cima más alta cuando eso suceda.

Me levanto del colchón y alcanzo sus labios enrojecidos, sin importarme que pueda probar mi esencia al besarlo. Él acaricia mi espalda, electrificando mi piel, calentándola, convirtiendo mi anhelo en desesperación.. Hago estallar los botones de su camisa de un tirón, develando su pecho macizo, adornado con vellos varoniles cortos que se sienten suaves ante mi tacto. Desplazo mi lengua por su torso, alimentándome del calor de su piel y de la perfección de sus músculos labrados, al tiempo que desabrocho su cinturón y luego el botón de su pantalón negro. Dejo de besarlo para seguir con mi tarea de desnudarlo para mi completo placer. Él, mientras tanto, se quita los zapatos alternando entre ellos con la punta de su pie. En menos de un minuto, lo único que queda en su cuerpo es su bóxer negro marca Hugo Boss, pero me importaría muy poco si lo cubriera una hoja seca, lo interesante aquí es el abultado miembro que repunta erecto hacia mí cuando le quito la prenda de algodón.

—No —pronuncia a voz de mando cuando estoy a centímetros de tocarlo. Por una fracción de segundos, me siento estúpida, pero eso queda en segundo plano cuando él acaricia mi boca con su dedo pulgar. Separo mis labios y dejo escapar una brizna de mi aliento—. Ponte de espaldas y apóyate sobre tus palmas y rodillas —ordena. Lo hago. Poco después, escucho el sonido del envoltorio del preservativo rasgándose—. Voy a follarte duro y profundo, Keira, como he querido desde que entraste a mi limusina —advierte, con el capullo de su miembro rozando mi hendidura. Mi sexo palpita con frenesí, anhelando que eso suceda.

—¡Ahhhh! —grito al sentir su virilidad internándose en las estrechas paredes de mi vagina.

—Eres mía esta noche, Keira. Mía y de nadie más —pronuncia mientras me penetra duró y profundo, como dijo que haría. Me muevo con él, chocando contra su pelvis, sintiendo su pene en lo más hondo de mi interior, y me pierdo en el éxtasis del momento, en lo adictivo que es sentirlo en mi interior, gritando su nombre cada vez más fuerte sin importar que el sonido traspase las paredes. Sus manos se han apoderado de mis caderas, intensificando el movimiento y la fricción de su envergadura dentro y fuera de mi lubricada vagina, llevándome al pico más alto de mi ansiada culminación. Él sigue empujando un poco más, lo suficiente para que su propia liberación lo tome, y sin poder contenerlo, gruñe mi nombre.

Su cuerpo caliente y sudoroso cae sobre el mío, me acurruca contra su pecho y me arrastra con él hasta el centro de la cama. En mi cuello, planta un beso húmedo y luego pronuncia «mía». En otro momento, estaría furiosa por esa palabra posesiva que ha repetido en varias ocasiones, pero no hoy, no cuando sigo sintiendo los rastros de su pasión en el interior de mis muslos. No quiero cuestionar las consecuencias de este encuentro, no quiero pensar en nada más que en lo perfecto que encaja mi cuerpo dentro del suyo y en lo mucho que deseo quedarme aquí hasta que salga el sol... o mucho después de eso.

Capítulo siete

Pueden haber pasado diez minutos o cinco horas, no lo sé, he perdido la noción del tiempo estando aquí, en los brazos del sexy alemán que me tomó para sí. Su aroma huele distinto, es una mezcla del perfume que utiliza y de su propia esencia varonil. Disfruto de él, de su respiración caliente en mi cuello, de los dibujos invisibles que traza sobre mi piel con un roce suave y perenne que me alienta a unirme al juego. Tocarlos, eso quiero. Disfrutar de su cuerpo todo lo que me sea posible hasta saciar la sed que me ha dejado nuestro primer encuentro.

—¿Esperas a alguien? —pregunta con un gruñido cuando escucha que tocan la puerta.

—Sí, ya había tardado demasiado. —Me escapo de sus brazos, salgo de la cama —un tanto avergonzada por caminar como Dios me trajo al mundo delante del alemán, aunque es tonto porque acabamos de tener sexo— y recojo la bata del suelo para ponérmela—. Cúbrete si no quieres que te vean desnudo. —Sus ojos son como dos grandes pozos oscuros, colmados de incredulidad y ¿celos?

¡Ja! Sebastian no es tan hombre de piedra como pensé.

—No abras la jodida puerta, Keira —ordena con arrogancia. Lo miro con una ceja enarcada, sin desperdiciar un segundo de la sexy imagen que me otorga su cuerpo musculoso completamente desnudo sobre desordenadas sábanas blancas.

—Claro que lo haré. ¡Cúbrete ya! Te doy tres segundos. Uno, dos... —no llego al número tres cuando comienza a tirar de la sábana para cubrir su hermosa humanidad.

Abro la puerta y le permito la entrada al hombre del servicio, quien empuja el carrito dentro de la habitación. Ante eso, Sebastian libera un resoplido de alivio y se deja caer contra el colchón.

¿En verdad pensaba que esperaba a un tipo? ¡Hombre al fin!

El uniformado sale de la habitación una vez que obtiene una propina de diez dólares.

—Esos aperitivos que sirvieron en tu fiesta cayeron en mi muela —bromeo a manera de reproche.

—¿Por qué no dijiste que era el de servicio a la habitación? —reclama molesto.

—¿Y quién pensabas que era? —contraataco. No responde, es obvio que se puso en evidencia, y al alemán gruñón no le gusta mucho eso de perder. Destapo la bandeja plateada y me siento en el sillón que está a un lado de la cama, con el plato que contiene mi hamburguesa en mi mano—. Por cierto ¿dónde está tu muñeca francesa? —pregunto antes de darle una mordida al jugoso pan.

—No es mi “muñeca francesa” y no sé dónde está. Quizás con el hombre al que le prestaste tus

servicios esta noche —contesta con doble intención.

—¿Y no te importa? —curioso.

—¿Que Elie se acueste con él? No. Me molestó más que llegaras con él a mi fiesta. No te esperaba ahí —admite con recelo.

—Ni yo que fueses el anfitrión —replico—. Entonces ¿ella es...?

—Una vieja amiga —responde enseguida. Lo miro con suspicacia, haciéndole la pregunta que no me atrevo a decir en voz alta—. ¿Celosa?

—¿Debería?

—Volviendo a lo de Ferreira —evade—, no quiero que eso se repita.

—¿Qué? —le doy otra mordida a la hamburguesa, que sabe divina.

Él se levanta de la cama, exhibiendo sin inhibiciones su perfecta anatomía, y un trozo de pan se atasca en mi garganta. Su pene es grande, incluso en estado de reposo, y verlo me traslada a los minutos anteriores, cuando me estaba llenando de placer.

Lucho para que el trozo de comida se deslice por mi garganta, dándole un gran sorbo a mi Pepsi de dieta.

—No quiero que acompañes a ningún otro hombre que no sea yo. Quiero exclusividad —demanda en tono austero.

Concéntrate en sus ojos, Keira. Deja de mirar su polla.

—¿E-exclusividad? ¿Q-quiéere decir, una relación? —balbuceo sin poder evitarlo. Verlo desnudo en toda su gloria me está dificultando la tarea de hilvanar mis ideas.

—En cierta forma, sí. Quiero los beneficios de una relación, pero sin vincularnos emocionalmente —asiento de forma automática, sin que eso signifique aceptación.

—¿Una relación abierta? —niega—. ¿Entonces?

—¿Tienes pareja? —Lo miro sin parpadear. ¿En verdad cree que me acostaría con él si la tuviera? En pocas palabras, eso dijo—. Asumo que no. Aclarado ese punto, te propongo esto —dice con su postura de *señor todopoderoso negociador*. Sin importar que esté desnudo, así lo veo—: Pagaré la tarifa de tus servicios en *Damas de Oro* de un día multiplicado por trescientos sesenta y cinco para que seas mi acompañante exclusiva. —Lo expresa como si ofertara dinero en la bolsa de valores de *Wall Street*.

—Haz el cheque, Decker. Págame por la follada y, si quieres, agregas un poco más y te hago una mamada. Solo espera que termine mi hamburguesa —digo con ironía. A eso se resume todo: al puto dinero.

—Joder, Keira, no lo veas así. No pretendo humillarte, solo quiero que cuando venga a New York no encuentre problemas en llevarte conmigo a ninguna parte. ¿Recuerdas lo que pasó con Cameron? Casi descubre a qué te dedicas y eso es riesgoso para la agencia, y como es tu forma de vida, una que no estoy juzgando de ninguna forma, no quiero que te veas perjudicada. Te pago por un año de acompañante, nada más. El sexo... eso es... no forma parte del acuerdo ¿entiendes? Solo pasará si tú quieres, como hoy —dice, mirándome directo a los ojos. Sus pupilas reflejan inquietud y ansiedad.

Sí, fue consensuado. Él me preguntó directamente si quería ser suya por esta noche y acepté. No habló de un pago o una tarifa, hoy no era su acompañante, solo hicimos lo que ambos queríamos.

Dejo el pan en el plato y lo pongo en la mesita de noche, no puedo seguir comiendo. Mi cabeza es un lío que gira alrededor de sus palabras. Quiere exclusividad de acompañante por un año sin que eso implique sexo, esa es su propuesta. Pero ¿por qué me preguntó si tengo pareja? Además de esa duda, tengo muchas más, todas con respecto a él y a su afirmación de que no había disfrutado el sexo desde hace un tiempo, cosa que dudo mucho porque Decker es un excelente amante. Volviendo a mis interrogantes: ¿cuánto tiempo estuvo “dormido”? ¿Qué pasó? ¿Solo se excita conmigo? Son preguntas muy íntimas que no me corresponde hacer. Aunque él no tuvo pelos en la lengua para abordarme aquella vez, cuando me preguntó si disfrutaba del sexo.

—Tengo algunas preguntas —comienzo—. ¿Qué implica este “contrato”? ¿Qué pasa si decido romperlo antes del año? ¿A qué lugares necesitas que te acompañe? ¿Tengo que fingir que soy tu pareja delante de tu familia? ¿En verdad no incluye sexo? —Él sonríe mientras sacude la cabeza.

—Responderé la más sencilla primero. No vamos a firmar ningún papel, el acuerdo será verbal, así que no existen cláusulas de rompimiento ni te demandaré si decides dejarlo. ¿Los lugares? Tomaré en cuenta lo que especificas en tu ficha de *Damas de Oro*, solo New York y ciudades de la Costa Este o, en su defecto, distancias no mayores a dos horas en avión. ¿Qué implica? Que serás mi acompañante en los eventos, como lo has hecho antes, y que contrataré a una asesora de imagen para ti que renovará tu guardarropa: vestidos, zapatos, bolsos, jeans... lo necesario para que estés a la altura de mis reuniones. Todo será tuyo, no tienes que regresarlo cuando se cumpla el plazo —intento replicar, pero hace una seña con la mano para que no lo haga—. ¿Lo de fingir con mi familia? No es necesario, no vas a conocer a ninguno de ellos. Lo que quiere decir, que yo tampoco necesito conocer a la tuya.

—Falta que respondas la última pregunta —cuestiono.

—Habrá sexo entre nosotros siempre que tú quieras. Y créeme, espero que lo quieras con frecuencia. Por otra parte, considero importante que no mantengas relaciones sexuales —o amorosas— con nadie mientras el contrato verbal sea vigente. Y para que sea recíproco, yo también cumpliré esa regla.

—Eso sería llevarlo lejos, Decker —replico con una mueca.

—No funcionaría de otra forma, Morrison —puntualiza, usando mi apellido falso, como hice yo—. No puedo arriesgarme, New York es muy pequeña, como evidenciamos hoy, y no quiero cabos sueltos.

Tiene una respuesta para todo, hasta parece que lo hubiera ensayado, y no me extrañaría que así fuese.

—¿Por qué yo? En la agencia hay muchas candidatas para elegir.

—Ellas no son tú —responde enseguida.

—No estoy muy convencida de esto, porque, vamos a ser claros, ese apelativo de “mía esta noche” es un tanto perturbador. ¿Y si esto se convierte en algo más para ti?

—No va a pasar —contesta de forma categórica—. El hecho de que te haga mía en la cama no implica nada más que eso: solo sacié una necesidad carnal.

Me rio sin gracia. El hombre es un témpano de hielo en medio del Polo Sur. Y mierda, no es que esté

buscando una relación con él, pero su brutal sinceridad es perturbadora. Algo muy malo tuvo que pasar en su vida para que sea una máquina sin sentimientos. ¿O siempre fue así?

—Sabes, hay algo que sigo sin entender ¿por qué necesitas ir acompañado a esas reuniones?

—En cuanto a eso, lo personal queda vetado. No se trata de compartir nuestras historias de vida, tú mantienes tu privacidad, yo la mía. —Hace hincapié en ello—. Todo lo que pase mientras estemos juntos será confidencial —añade cortante. Su mirada es tan fría como la primera vez que lo vi. Internarse en su caparazón no le es difícil cuando toco la tecla correcta—. Pero ¿qué me dices de ti? ¿Serías capaz de mantener tu corazón lejos de esto?

—Creo que, dada las circunstancias, no sería difícil. —Me levanto de la silla y rodeo la cama para ir al baño por mi ropa.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta detrás de mí.

—Que jamás me enamoraría de un hombre frío, arrogante y sin ningún escrúpulo como tú —respondo, dándole la cara. Él sonríe como jamás lo había visto y mi tonto estómago se llena de cosquillas.

—Entonces, ¿sí o no?

—Lo consultaré con la almohada. —Camino derecho al baño para vestirme, pero Sebastian se interpone en mi camino antes de poder cruzar la puerta.

—Dijiste sí a ser mía esta noche, Keira. Toda la noche —afirma mientras seduce mis sentidos con sus manos en mi cintura y sus labios rozando la comisura de mi boca.

No tiene que decirlo dos veces, estoy totalmente dispuesta a probar de nuevo a la bestia Decker, sin importar lo helado que esté por dentro. A fin de cuentas, no pretendo enamorarme de él y, mucho menos, ir a Oz para pedirle a un mago que le dé un corazón.

La segunda vez que tuvimos sexo, fue menos salvaje y apresurado, se tomó su tiempo para conocer cada recoveco de mi piel, inclusive, la cicatriz de la cesárea que me practicaron cuando nació Ángel. Pero según la regla que él mismo impuso, mi vida privada es privada. De hecho, si las circunstancias fueran otras, diría que el semental alemán me hizo el amor.

La tercera vez —sí, tercera. Y hubo una cuarta que incluyó jabón y agua tibia en la tina—, me cerní sobre él y me deleité con su perfecta anatomía. Me cedió el control, pese a que no le gusta renunciar a él, y no me detuvo cuando sostuve su generosa polla entre mis manos y tampoco se quejó cuando la devoré con mi boca. Bueno, sí hubo lamentos, pero cargados de placer.

El cansancio nos venció a ambos a las tres de la mañana y caímos lánguidos sobre la cama. Él se recostó de lado y yo boca abajo, como suelo dormir. Eso de hacer cucharita nunca ha sido lo mío. Además, no somos una pareja. Cuando me desperté en la mañana, él ya se había marchado, pero me dejó una nota que decía «volaré a Alemania en unas horas, te llamaré cuando vuelva a la ciudad», también agregó su número de teléfono personal y, justo al lado, estaba el cheque firmado por la cifra acordada. Sí, me dejé de moralismos y acepté el trato, añadiendo una cláusula especial: «asistir con él a los eventos

previamente acordados, en base a mi disponibilidad». ¿Mi excusa? Ángel, pero solo le dije que era algo personal y no puso ningún reparo. Mi hijo es la razón por la que dije sí. En cierta forma, aceptar el dinero de Decker me resulta más fácil que hacer lo que había pensado: pedirselo a mis padres.

El martes llego temprano al hospital con Ángel para su intervención quirúrgica; el dinero ya no es un problema, pagué todas las facturas que tenía pendientes con el hospital y los gastos de la intervención de hoy. Estoy en sala de espera en compañía de Irlanda y Jess, a pesar de que insistí con que no era necesario. La operación será sencilla y poco invasiva, no requiere hospitalización ni grandes cuidados, pero esas dos son un par de tercas.

Mi hermanita no está al tanto de mi pacto con Decker y no pienso decírselo, es mejor así, no quiero correr el riesgo de que hable de más y les diga a mis padres a qué me dedico, ellos no lo entenderían. Mierda, hasta yo me lo sigo cuestionando.

Y hablando del alemán, no he sabido nada de él desde aquella noche en el hotel, cuando me demostró más de una vez lo bueno que es en la cama. Solo con recordar lo que pasó entre esas sábanas —y en aquel baño—, la temperatura comienza a ascender en mi interior. ¡No sé en qué estaba pensando cuando dejé de tener sexo! Porque si al menos hubiese sido un fiasco, no estaría tan ansiosa por su regreso y, en este punto, hasta me conformaría con escuchar su sexy voz a través del teléfono. Justo ayer sostuve el aparato en mis manos y marqué el número que anotó en el papel, pero no me atreví a presionar el dedo en el botón de llamada, no quiero parecer desesperada por su atención, prefiero que sea él quien se desviva por mí, que me diga con su voz gruesa y varonil lo mucho que me desea.

Me levanto de la silla cuando veo a Brian acercándose, me prometió que me estaría dando los avances de la operación de Ángel, porque a pesar de que es una intervención sencilla, toda operación siempre tiene sus riesgos.

—Ya ingresó al quirófano, no debe tomar más de dos horas entre la intervención y el tiempo en la sala de observación.

—Gracias, Brian. Me alivia mucho saber que estás cerca.

—Es un placer para mí hacerlo —sonríe—. Por cierto, te sigo debiendo ese café. ¿Qué te parece ir ahora? —pregunta con un brillo de ilusión en sus ojos.

Me gustaría corresponderle, sentir aunque sea un tipo de atracción física que le haga cosquillas a mi estómago, pero solo puedo verlo como a un gran amigo y nada más. Miro hacia atrás, donde se están sentadas Landa y Jess, y luego vuelvo a él. No sé si aceptar, quiero estar cerca por si algo se presenta.

—Vamos, no serán más de quince minutos —insiste.

—Ve, Keira. Nosotras estaremos aquí —dice mi hermanita con un guiño.

Sé lo que está pasando por esa cabecita. Me ha dicho muchas veces que lo intente con Brian, pero aunque quisiera, no es una posibilidad, mi contrato con el alemán estipula que durante un año, no puedo relacionarme con nadie más que con él.

Dejo a las chicas en la sala de espera y me voy con Brian a la cafetería. No sé qué decir mientras camino a su lado, lo único que tengo en la cabeza es la imagen de mi hijo en una fría habitación. Me abruma de tal forma pensar en eso que estoy por desistir y regresar a la sala.

—Estará bien, Keira.

—¿Soy tan evidente? —pregunto con una risa histérica.

—Haces esa cosa cuando estás nerviosa.

—¿Qué cosa?

—Te tocas los labios con los dedos.

—¿En serio? No me había dado cuenta de eso.

Al llegar al cafetín, Brian pide un expreso para mí y un americano para él, junto con una rosquilla con glaseado de chocolate. Él conoce muy bien mis gustos, hemos estado varias veces aquí a lo largo de las hospitalizaciones de Ángel.

—Sé que no es el lugar ideal para hablar de esto, pero mi horario es un caos y si no lo digo hoy quizás no pueda en otro momento —sus dedos se mueven con inquietud sobre la mesa, dándole pequeños toquitos con las yemas, mientras mantiene sus ojos fijos en mí. Esto es tan incómodo, sé a dónde va dirigida su conversación y odio tener que rechazarlo—. Keira, yo... te amo.

—¿Qué? —grito y me levanto de la silla de un salto. No era precisamente «te amo» las palabras que esperaba escuchar. Tal vez un *me gustas* o quizás que me pidiera una cita, pero no esto, no así. No aquí.

Brian se pone en pie y rodea la mesa. Pero yo no soy capaz de moverme, estoy petrificada y totalmente sorprendida. Sabía de su atracción hacia mí, pero de ahí a que me diga eso...

—Keira... —pronuncia, tratando de alcanzar mi mano.

—¡No! —me aparto—. Tienes razón, este no es el mejor lugar, ni tampoco un buen momento.

—Déjame explicarte, por favor —pide con la mirada turbada, pero no puedo hacer esto ahora. Su confesión removi6 viejas heridas, me record6 al último hombre que me dijo te amo y lo estúpida que fui al entregarle mi corazón.

—Tengo que volver a la sala de espera —murmuro antes de marcharme.

Sé que Brian no es como Robert, que ha sido maravilloso conmigo y Ángel, sin embargo, todo lo que pueda decir no significará nada. Dejé de creer en promesas de amor desde hace mucho tiempo. Duele, sigue doliendo porque con Robert creí encontrar el amor, él me trataba como a una reina, me llenó de detalles y me hizo promesas, cientos de ellas. En esa época, yo era ingenua, creía en el príncipe y en los finales felices, pero entonces el reloj marcó las doce y la magia se esfumó.

—¡Dios, Keira! ¿Le pasó algo a Ángel? —pregunta Jess cuando llego a la sala.

—¡No! ¿Por qué lo dices? —replico confundida.

—Es que traes una cara...

—Sí, es que... ¿dónde está Irlanda?

—Dijo que iría al baño —contesta sin interés—. Pero dime, qué pasó, por qué parece que viste a un fantasma.

—Es que Brian... él... dijo que... —balbuceo con torpeza—, me ama.

—¿No? ¿En serio te dijo las dos palabras? ¡Mierda con el doctor! ¿Y tú que le dijiste? ¿Cómo fue? ¿Dónde estaban?

—¡Dios, Jess! No hagas tantas preguntas que me mareas —me dejo caer en la silla y después de un breve suspiro, le cuento—: Me miró a los ojos y me dijo: «Keira... te amo». Me puse histérica. No podía creer que me dijera eso así, sin anestesia. Y más cuando yo pensaba que solo me invitaría a salir y le diría, *lo siento, pero no creo que sea prudente y bla bla bla*.

—¡Oh, Keira! Se ha enamorado de ti —dice con un tonito de enamorada, hasta está parpadeando como tonta.

—No te burles que no es gracioso.

—No me burlo. Me parece tierno y muy romántico. ¿O prefieres a Sebastian, que lo único que quiere de ti es follarte? —pregunta con desdén.

—Creo que hubiera preferido que me dijera que quería follarme. No estaría tan perturbada.

—Definitivamente, estás loca. No encuentro otra explicación. El alemán te trata como a un trozo de carne, y caes a sus pies. Pero Brian te dice *te amo*, y te pones toda histérica —reclama.

No es lo mismo. Que un hombre diga que quiere sexo es algo más predecible y fácil de manejar que escuchar un te amo. Si el tipo me pide sexo, digo no gracias, si no estoy interesada. O me voy con él y pasa lo que tiene que pasar. ¿Pero qué hago con un te amo? Los sentimientos son otra cosa. Los sentimientos lo joden todo.

—No voy a seguir con esta conversación, Jess. Es obvio que no lo entiendes.

—Claro que no lo entiendo —afirma de brazos cruzados.

Una hora después, una enfermera me guía hasta la sala de observación donde está Ángel. La operación salió bien y los efectos de la anestesia ya han pasado. Está acostado en una cama usando solo sus pañales; un apósito, en el lado izquierdo de su clavícula, cubre la cicatriz donde implantaron el generador del estimulador, algo parecido a un marca pasos conectado al nervio vago que enviará estímulos al sistema nervioso central para disminuir los ataques convulsivos. Eso fue lo que me explicó el neurólogo.

Cargo a mi hijo con cuidado y lo acuno entre mis manos. Sus ojos caobas buscan mi voz cuando le digo que lo amo, que estoy orgullosa de él por ser todo un guerrero valiente, mi único príncipe, el amor más grande de mi vida.

Ocho días después de la operación de Ángel, recibo noticias del alemán. «Hoy llego a New York», eso dice su mensaje de texto. Así, impersonal y sin ningún indicio de humanidad. Ese hombre me desconcierta, desaparece por días, y cuando recibo una señal de él, solo dice eso. Pero yo soy más odiosa y no le respondo nada. Quizás eso le dé un mejor mensaje que lo que pudiera escribir en un texto.

—No.

—Pero Keira...

—No, no y no. Saca esa idea de tu cabeza, Irlanda. No voy a ir contigo a New Haven. ¿Recuerdas qué dijo mi padre cuando me fui?

—Lo sé, pero...

—Pero nada, ya eres una adulta. Solo ve, díles que te casaste y asume las consecuencias.

—¡Eres una pésima hermana! —se queja con una voz tan chillona que me obliga a alejar el móvil de mi oído.

—Sí, lo soy. Te dejo, estoy recibiendo otra llamada.

Termino la conversación con mi hermana y me sorprende leer el nombre Sebastian Decker en la pantalla de mi móvil. ¡Me está llamando! Mi mente se traslada al ayer, a todo lo que sentí la noche en la que, sin duda, me hizo suya.

Pensamientos traicioneros e inoportunos ¿por qué me sublevan ante él sin siquiera haber escuchado su voz?

Me asusta lo que el impacto de la vibración de sus cuerdas vocales le puedan hacer a mi cuerpo, este que ha soñado despierta con sentir de nuevo su tacto, su lengua, su poderoso miembro deslizándose en mi interior hasta que su nombre estalle en mi boca...

¡Ahhhh, qué impotencia! La humedad ha traspasado la tela de algodón de mi ropa interior a causa de mis lascivos recuerdos. Por suerte, estoy sola en la sala, lejos de miradas curiosas y sagaces.

—Hola. —Es todo lo que soy capaz de decir cuando me digno a responder la llamada. Para ello, tomé una profunda inhalación, que liberé con un suspiro fuerte.

—Desnuda sobre mi cama, con las piernas separadas y la humedad brillando en tu hendidura, así te estoy imaginando.

¿Pero cómo se atreve a hablarme así? Y peor aún, ¿lograr que desee estar ahí, en la posición exacta que describió?

Bueno, si así vamos a jugar...

—¿No puede sacarme de su cabeza, señor Decker? —digo en tono seductor.

—¡Mierda! —gruñe—. Dime que podemos vernos esta noche.

—¿Con cuál motivo? No acordamos previamente ningún evento al que deba acompañarlo.

—¿Volvemos al usted, señorita Bennett? —*¿Acaba de usar mi apellido verdadero? ¿Pero cómo? Claro, cuando cobré el cheque, usé mi nombre real*—. Me gusta, es... interesante. —Su voz suena más ronca y varonil de lo que recordaba, provocando que mi centro de placer demande sus atenciones.

—Es lo propio, así le hablo a mis clientes. Porque eso es usted para mí, un cliente.

—Y el hombre que la folló cuatro veces hace menos de dos semanas —*¡Oh, sí! Lo recuerdo como si fuese ayer. Y deseo que se repita hoy*—. Entonces, ¿debo buscar una excusa para gozar de su compañía? Eso es fácil, recibirá un email con las indicaciones.

—¿Y si no estoy disponible?

—¿No lo está? —pregunta distante, típico de él. Pero no respondo, quiero castigarlo por esperar hasta

el último momento para informarme que venía. Entiendo que esto no es una relación en la que hablaremos a diario, pero acordamos que debía avisarme con antelación si quería disfrutar de mis servicios de acompañante—. El error es mío, debí llamar antes.

—Sí, no soy como una estación de gasolina, abierta las veinticuatro horas, tengo una vida propia, al igual que usted tiene la suya. Pero por esta vez, lo dejaré pasar. Hasta esta noche, señor Decker.

—¿Qué tan húmedas están sus bragas, señorita Bennett? —pregunta en lugar de despedirse. Mi corazón se detiene—, porque escuchar su voz me ha dejado una erección de la que debo ocuparme y lo disfrutaré más si usted también se toca.

Me quedo sin respiración al tiempo que mi ansiedad se incrementa. ¿Cómo es posible que ese lenguaje tan soez me ponga tanto? Comienzo a creer que Jess tiene razón, estoy loca.

—No recuerdo que nombrara llamadas eróticas en nuestro pacto —contesto como si en verdad me valiera lo que acaba de confesar.

—Acordamos que el sexo entraría en juego siempre que usted quiera. ¿Quiere, señorita Bennett? Porque no tengo que decirle que yo sí.

Me levanto del sofá y entro a la habitación, sacándole provecho a la ausencia de Ángel. Jess y Leandro lo llevaron de paseo al parque esta mañana y no deben volver aún, lo que me da la privacidad necesaria para hacer esto.

—Sí —respondo después de una pausa prolongada, a la que él esperó sin emitir sonido, solo se escuchaban pequeñas exhalaciones que se escapaban de su boca con cada respiro.

—Desnúdate, Keira. Toca tus pechos como yo lo haría, traza un camino de caricias hasta tu sexo y déjate llevar por el placer. Quiero escuchar tus jadeos, quiero que digas mi nombre, porque te estás tocando para mí. —Escucho su voz cada vez más ronca, saturada de deseo.

—Dame un momento. —Mi voz tiembla, mis labios y manos también—. Ya estoy desnuda —anuncio, varios minutos después.

—Perfecto, ahora haz lo que te dije, disfruta de tu hermoso cuerpo, imaginando que soy yo quien te toca. —Nunca he hecho esto. Tocarme, sí, pero no mientras hablo por teléfono—. Dime lo que haces, preciosa. Háblame mientras te llenas de caricias.

—Esto es... yo no creo que...

—Estoy esperando por ti, Keira. Mi polla está latiendo en la palma de mi mano. ¿Quieres ayudarme con eso?

Sus palabras alejan mis inhibiciones y comienzo a tocarme, a decirle cómo lo hago, lo duro que se han puesto mis pezones y lo ansiosa que estoy de tenerlo aquí, siendo él quien me llene de mimos. Muevo mis manos al lugar donde mi piel se siente húmeda y cremosa y me dejo llevar. Pronuncio su nombre con un susurro profundo y áspero, afectada por esos gruñidos roncós que se escapan de su boca mientras desliza su mano a lo largo de su miembro viril. Él también me habla. Describe sin vergüenza cada uno de sus movimientos, y mi cabeza dibuja la escena a la perfección. Él empuñando su masculinidad con su mano, moviéndola de arriba abajo, estimulando su punta con su pulgar...

¡Mierda! Quiero ser yo quien lo toque.

—Córrete para mí, quiero escuchar mi nombre en tu boca cuando acabes —incito con movimientos circulares mi punto más sensible hasta que mi sistema colapsa con aquella sensación pasmosa, increíble, espléndida...—. Dámelo, *süße*^[1]. Di mi nombre, dilo —pide con la respiración cada vez más afectada. Él también está llegando, lo sé. Y mientras estoy viajando dentro del bucle de la liberación de mi orgasmo, no soy capaz de pronunciar su nombre, solo jadeo y emito quejidos de placer. Él insiste, quiere que lo diga, entonces farfullo «Sebastian», desencadenando su propio final.

Sus jadeos hondos y roncocos comienzan a descender hasta que solo escucho su aliento entrecortado. Mantengo silencio. No sé si tengo que decir algo o si él lo hará. Solo espero en la línea mientras mi cuerpo retorna lentamente a su estado natural.

—Debí llamar antes —murmura finalmente.

—Ahora lo sabes —digo, dejando abierta la posibilidad de que vuelva a pasar.

—Hasta esta noche, Keira.

—Hasta esta noche, Sebastian.

Capítulo ocho

Sebastian tuvo que regresar a Alemania por un asunto personal y no nos vimos esa noche, ni en los siguientes días. No ha habido más llamadas calientes, pero hemos tenido varias conversaciones subidas de tono por WhatsApp. Jess me ha pillado varias veces con las mejillas rojas, y creo que imagina lo que está pasando sin que tenga que decirlo. Ahora mismo, estoy sentada en la cama, respondiendo sus mensajes indecorosos. Ese hombre no tiene nada más en la cabeza que no sea sexo. ¿Y tú?, acusa mi voz interior. Bueno, creo que con la sequía que mantuve a lo largo de tres años, tengo derecho a pensar, y desear, todo lo que me dé la gana. Quizás él también está gozando de los mismos beneficios. No puedo olvidar aquella primera conversación en su limusina cuando, de forma directa y sin tapujos, admitió que había dejado de disfrutar del sexo.

«Te he follado dos veces desde que me desperté esta mañana».

«¿Soñando despierto, Decker?».

«¿Qué me dices de ti? ¿Has vuelto a tocarte en mi nombre?».

«No».

«Bueno, quizás debería hacerte una llamada esta noche para que arreglemos ese asunto. Te enviaré un e-mail en unos minutos con una lista para que escojas un juguete».

«¿Juguete?», tecleo con nerviosismo.

«Sí, nena. Juguetes para tu placer».

«¡No lo harás!».

«Lo siento, debí preguntarte antes si tienes tu propia colección. ¿La tienes?».

«¡No responderé a eso!».

«Eres joven y hermosa, Keira. Tienes que disfrutar de tu sexualidad, acompañada o a solas. No te cierras a la posibilidad».

«¡Disfruto de mi sexualidad!».

«Entonces no tendrás problemas con mirar las opciones».

Después de ese mensaje, no hubo más. Es normal en él dejar una conversación abierta sin decir adiós y ya me estoy acostumbrando.

En la tarde, salgo con Ángel y Jess al parque; tengo que sacarle provecho a la temporada otoñal antes

de que el frío invierno invada la ciudad y no pueda llevarlo fuera. A él le gusta estar aquí, se queda muy quieto mientras escucha a las aves cantar y, a veces, hace algunas muecas, que para mí son hermosas sonrisas.

De regreso a casa, me dedico a hacer una limpieza profunda y necesaria. Jess y Leandro no son precisamente las personas más ordenadas del mundo. Sin mí, este apartamento sería un basurero. Las horas se pasan rápido mientras ordeno todo, en compañía de Beyoncé, Bruno Mars y un poco de Adele – su voz es hermosa, pero hay canciones tuyas que traen amargos recuerdos a mi memoria y las tengo fuera de mi lista de reproducción—. Al terminar, me doy una ducha, cubro mi piel con crema hidratante de esencia a vainilla, nuez y miel, y me meto debajo de las sábanas, vistiendo un pijama de algodón de pantalón corto y blusa de tirantes. Ángel está durmiendo en su cuna. El estimulador ha sido efectivo hasta ahora, reduciendo sus convulsiones. Eso me tiene muy feliz y ha sido un enorme alivio. Alcanzo mi tablet en la mesita de noche, busco algo para ver en Netflix y decido por una serie que vi hace años, *Gilmore Girls*^[2]; esas chicas son un encanto y, en cierta forma, me siento como en casa al verla, porque está ambientada en Connecticut, el condado donde me crié.

A mitad del tercer capítulo, recibo una llamada de Sebastian que me sorprende, a pesar de que dijo que me llamaría más tarde. Pero en Alemania deben ser las cuatro de la mañana.

Es raro.

—¿Recibiste mi e-mail? —pregunta cuando contesto la llamada. Directo al grano, sin saludo ni nada.

—¡Oh! No lo sé. ¿Tenía que hacerlo?

—Me decepcionas. Pensé que para esta hora, ya tendrías una variedad de artilugios para tu satisfacción... y la mía.

—Hablando de horas... ¿no es como muy temprano para ti?

—Nunca es demasiado temprano para sexo telefónico —contesta sin descaro. ¿Pero este hombre qué piensa, que soy un servicio de línea caliente?

—Pues eso no va a pasar. Vuelve a la cama, Decker.

—Di mi nombre —demanda.

—¿La tienes dura? ¿Te excita que diga tu nombre? —pregunto, provocándolo.

—Pensar en ti, escuchar tu voz, recordar a qué huele tu cuerpo y lo suave y deliciosa que es tu piel... Me excitas tú —confiesa con voz sugestiva—. Estoy jodido, Keira, porque eres la única mujer que logra ese efecto en mí.

—Sebastian —pronuncio en tono sensual, satisfecha con su respuesta. A cualquier mujer le halagaría escuchar que es la única que despierta ciertas pasiones en un hombre. Y sin importar lo banal que esto suene, me siento poderosa por ser yo quien someta a Sebastian Decker.

—Vamos, Keira. Dame más que eso. Tócate y déjame escuchar tu voz ronca y sensual mientras te corres entre tus dedos. —Su pronunciación es demandante y hasta un tanto arrogante, pero no voy a mentir, quiero que pase. No, peor que eso, ya estoy lista para que suceda.

Acepto. Él marca la pauta. Me dice cómo quiere que me toque, a qué velocidad y cuándo punzar mi

punto más sensible. No sé si fue por estar sobre el colchón, un lugar más cómodo que el baño, pero disfruté muchísimo de esta segunda experiencia.

—Mira la lista, Keira. Te aseguro que será para tu beneficio —exhorta antes de darle fin a nuestra segunda llamada erótica.

Mi corazón sigue latiendo fuerte mucho después de que su voz se apagara en la línea telefónica. Ese hombre me trae de cabeza, y comienzo a pensar que estamos entrando en un juego peligroso en el que alguno de los dos va a salir perdiendo.

No importa. Si esto termina mal para mí, al menos disfruté cada segundo.

Cuando vuelvo a la normalidad, reviso mi cuenta de e-mail y encuentro tres mensajes de Sebastian.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Beneficios contractuales

Estimada señorita Bennett, cumpliendo con los requerimientos de nuestro contrato verbal, le notifico que para el día 07 de noviembre de 2013, requeriré de sus servicios de acompañante para una cena benéfica. En los próximos días, recibirá otro e-mail con los detalles.

Atentamente,

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise.

Eso sería en diez días a partir de hoy. Tenía la esperanza de que volviera en las próximas horas, pero no hay nada que pueda hacer más que esperar ansiosa por su llegada.

El segundo e-mail tiene por asunto «asesora de imagen». Guardo el número de Juliet Daniels en mi lista de contactos para llamarla mañana y programar una cita.

De: Keirabennett@sendmail.com

Para: sebastian@deckerenterprise.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Disponibilidad

Estimado señor Decker, gracias por notificarme con antelación de sus planes. Estaré disponible para la fecha solicitada.

Atentamente,

Keira Bennett

Su acompañante.

Claro y conciso. No tengo mucho que decir de ese e-mail, el que en verdad me tiene abrumada es el último mensaje. Estoy un poco nerviosa de abrirlo por la línea de asunto que escribió el nada sutil CEO de Decker Enterprise.

Me dejo de tonterías y abro el mensaje, no me hará daño mirar algunos juguetitos sexuales. Vamos, no soy una mojigata, tengo varios de esos aparatitos a pilas guardados en mi cajón.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Sex Shop

Señorita Bennett, pensando en usted y en sus necesidades, me tomé el atrevimiento de sugerirle una tienda de juguetes para su entera satisfacción y la mía. Escuchar su voz mientras se corre es para mí un deleite y una tortura. Ingrese a www.sexshop.com y siéntase en libertad de comprar cuanto guste, yo pagaré la factura.

Inicie sesión con la cuenta señoritaBennett@sendmail.com clave: 15082013, verá que he llenado el carrito de compra para usted. Con gusto le enseñaré a usar cada artículo para su entera satisfacción.

Ansioso por follarla,

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise

Leo el mensaje dos veces y no me basta para creer que el *alemán gruñón* que conocí hace un par de meses sea el mismo que me ha escrito eso. Ha ido demasiado lejos con todo esto. ¿Crearme una cuenta de e-mail y elegir juguetes sexuales para mí? No, este hombre ha perdido el juicio.

De: Keirabennett@sendmail.com

Para: sebastian@deckerenterprise.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: No, gracias.

Señor Decker, creo que es momento de dar un paso atrás con todo esto. Cumpliré con los compromisos pactados en el acuerdo verbal, por el que usted pagó por adelantado una gran suma, pero no seguiré con este juego erótico que comienza a pintar muy mal. No tiene derecho de llenar una cesta de compras con juguetes sexuales para “saciar mis necesidades”. No estoy desesperada por sexo, como cree usted. Resuelva su insaciable apetito como mejor le parezca, pero déjeme a mí fuera de todo esto.

Queda de usted,

Una muy molesta Keira Bennett.

Apago el teléfono y lo escondo debajo de la almohada. No correré el riesgo de que me llame para intentar disuadirme. Lo que más me molesta es que diga que es para cubrir mis necesidades. Es un arrogante de mierda que quiere controlar hasta los benditos aparatos con los que me doy placer. ¿Qué cree, que soy una idiota? Sé cómo funcionan esas cosas.

Me levanto temprano y le pido a Jess que cuide de Ángel mientras voy a correr. Necesito liberar un poco de la tensión que me dejó el último correo del *controlador alemán*. Armada con mi ropa deportiva, mi iPod y una botella de agua, bajo las escaleras y, luego de un corto calentamiento, emprendo camino hacia el Puente de Brooklyn. Con cada pisada que doy sobre el piso de hormigón, libero una carga sustancial de mi ira. Sigo muy molesta con Decker, y ni siquiera estoy segura de la verdadera razón. Este juego erótico lo propiciamos los dos y sería muy hipócrita de mi parte decir que no lo he disfrutado, pero no sé, siento que si cedo en esto, generará una reacción en cadena que puede acabar en un terrible desastre. Es muy fácil dejarse llevar por la lujuria ¿y si termino envuelta en algo oscuro y peligroso? Definitivamente, no sé en qué estaba pensando cuando acepté ese cheque. Porque, me guste o no, eso le concedió un cierto poder del cual no me puedo retractar.

¡Ya, basta de pensar!

Me dejo llevar por la letra de la canción que suena en mis auriculares, *Titanium de David Guetta ft. Sia*, y miro al frente, con la cabeza elevada, donde la ciudad de Manhattan, con sus altos rascacielos, se impone. Uno puede sentirse pequeña y perdida si se deja intimidar por una ciudad tan poderosa —o por un millonario controlador—, pero no me siento así, hoy soy fuerte y decidida, dueña de mí y de mis decisiones. No dejaré que el monto en un cheque me haga doblegar ante nadie.

Negocios, Keira. Son solo negocios. Mientras no vuelvas a mezclar el placer en esto, todo estará bien.

Al llegar al final del camino, cambio el trote por pasos más relajados. Mi frente, cuello y espalda están empapados en sudor por el esfuerzo. Hago una nota mental para no olvidar traer una toalla la próxima vez. También debo recordar cargar mi iPod, se apagó cinco minutos atrás y ahora no hay música que espante mis pensamientos.

—Hola, Keira —dice una voz detrás de mí. Mi piel se crispa al mismo tiempo que mi corazón se acelera a un ritmo perturbador. Es él, sigue usando el mismo perfume, sigue sonando igual—. No huyas, por favor —pide cuando nota mi intención.

—Olvídate de mí, Robert. No insistas en querer hablar conmigo —exijo con voz fluctuante. Odio no tener la fuerza suficiente para decírselo mirándolo a la cara. Odio que me siga doliendo lo que me hizo.

—He venido por semanas, cada día, esperando que te volvieras a cruzar en mi camino, como aquella vez —murmura, ahora más cerca de mí. Cierro los ojos e inhalo una respiración profunda. Necesito enfrentarlo para poder pasar página. Quizás es lo que necesito para sanar mi corazón.

—Aquí estoy, Robert. ¿Qué quieres? —exijo, mirando aquellos ojos arena que un día me juraban amor eterno.

Equiparo sus facciones con las que recordaba en mi mente y descubro que, a pesar de los años, siguen frescas en mi memoria. Ojos almendrados, pestañas oscuras largas y rizadas, cejas pobladas, nariz ancha, labios finos y rosados, que me regalaban besos ardientes. Incluso, me toca enfrentar un remanente de los sentimientos que un día dejé crecer en mi interior a favor de él. Lo nuestro fue intenso, pasional y, por un largo tiempo, bonito. No he podido olvidar el día que vi las dos rayitas marcarse en mi prueba de embarazo y la inmensa sonrisa que se dibujó en su rostro cuando lo supo, hasta puedo escuchar

claramente lo que dijo: «ahora nuestra felicidad es completa, cielo».

—Pedirte perdón —responde, mirándome a los ojos. Noto una profunda melancolía en sus pupilas y me pregunto ¿cuánto puede fingir una persona? *Es increíble, Robert resultó ser mejor actor que yo*—. Me he sentido muy mal desde que te fuiste, Keira. No pensé que en verdad lo hicieras. Cuando llegué a casa y vi que no estabas...

—Basta, Robert. No sigas. No hay nada que las palabras, o tu falso arrepentimiento, puedan cambiar. Me hiciste lo mismo que mis padres, me echaste de tu vida, olvidando todas las estúpidas promesas de amor que me hiciste. Creí en tu amor, Robert, ¿y de qué me sirvió?

Lágrimas se escapan de mis ojos sin que pueda ser capaz de retenerlas. Me sigue doliendo. No solo me abandonó a mí, también a Ángel. Se suponía que debía amarlo y no aborrecerlo porque “venía defectuoso”. Por eso me fui, no podía estar con alguien que no tuviera el corazón, y el valor suficiente, para amar a su hijo sin importar su condición.

—No es ningún falso arrepentimiento, sabes que no. Y no espero que me perdones hoy, ni en unos días o en los siguientes meses, pero necesito que lo sepas. Mi vida cambió desde que te perdí. Y cada día he lamentado haberme comportado como un maldito cobarde contigo y con nuestro...

—¡Cierra la boca! No hay “nuestro”. Él es mío, Robert. Tú perdiste ese derecho cuando me pediste que lo abortara —grito histérica. Hoy es un mal día, el peor que pudo elegir para acercarse a mí.

Robert da un paso atrás mientras sacude la cabeza a los lados. Se ve conmocionado, terriblemente perturbado. Sus hombros han caído hacia adelante, restándole algunos centímetros, aunque sigue siendo imponente por tener una estatura que sobrepasa el metro noventa. Jamás lo vi así, no lo comprendo. ¿Qué lo perturbó tanto?

—¿Él... está... vivo? —su voz es apenas un susurro, pero logro comprender cada una de sus palabras. Levanta la mirada hacia mí y veo lágrimas asomarse en sus ojos.

¡Dios mío! No puede estar fingiendo todo esto ¿o sí?

—No ha sido fácil, pero sí, él está vivo. Aunque no gracias a ti —digo con rencor. Lo culpo, claro que lo hago. Nuestra vida no habría sido tan dura si él hubiese estado con nosotros. No era millonario, pero tenía un buen empleo, un apartamento y seguro médico.

—¿Puedo conocerlo? —Su voz flaquea. Escudriño su rostro, sus gestos, lo oscuro que se ven sus ojos..., y hago el intento de encontrar perdón en mi corazón para darle una respuesta positiva, pero tres años de amargura no se cubren con minutos. A veces, toma toda la vida.

—¡No! —Sacudo la cabeza—. Él no te necesita y tú no mereces conocerlo.

—Keira, por favor —ruega—. Quiero saber cómo es, si se parece mí o a ti, sostenerlo en mis brazos...

—No estás preparado para eso. Vas a huir cuando lo veas y no estoy dispuesta a ver cómo lo desprecias de nuevo. Me destrozaría el corazón ¿no lo entiendes?

Seco con furia las lágrimas que resbalan por mis mejillas y decido terminar con esta absurda conversación que no nos llevará a nada.

—Espera, aquí está mi número por si cambias de opinión. —Extiende la mano con una tarjeta de presentación blanca, pero no la recibo. Estoy negada a aceptar que en verdad quiera conocer a Ángel—. Tómala, Keira. Si un día decides que estás dispuesta a darme la oportunidad de conocerlo, me gustaría que me llamas.

—No te prometo nada —farfallo.

—Está bien, solo piénsalo.

Agarro la bendita tarjeta y luego me alejo hacia el puente para volver a casa.

—¡Keira! —grita cuando ya nos separan varios metros. Miro atrás de forma involuntaria, entonces pregunta—: ¿Cómo se llama?

—¡Ángel! —respondo sin titubear. No creo que haga daño que conozca su nombre.

—Gracias —pronuncia con un asentimiento.

Retomo el camino a casa, con un gran lío de preguntas en mi cabeza. ¿De dónde surgió ese interés por conocer a Ángel? ¿Seguirá viviendo en el mismo apartamento en Harlem? ¿Logró crear su propia empresa como soñaba? Puede que sí. Él era un gran arquitecto, trabajaba en una prestigiosa empresa y su carrera estaba en ascenso cuando lo dejé. Y considerando el elegante auto negro que se detuvo aquella vez a mi lado, lo más seguro es que le ha ido muy bien. Asumirlo le suma un punto más a mi rabia en contra de él. Todo habría sido distinto con su apoyo.

—Estaba preocupada por ti, pensé que te habían secuestrado —dice Jess cuando entro al apartamento.

—Lo siento. ¿Ángel está bien?

—Sí, Lucy llegó hace un rato y le dio los medicamentos. Justo salí a la cocina para buscar su jugo, pero dime ¿qué te pasa? Te ves terrible.

—Mejor lleva el jugo de Ángel y regresas, tengo mucho para contar.

—¿Tan malo es? —pregunta con un gesto de preocupación.

—No sé si malo, pero sí complicado.

Cuando Jess vuelve a la sala, y le cuento todo lo que pasó con Robert, no puede creerlo. Está tan sorprendida como yo. No es para menos, el hombre casi llora por una oportunidad, y no conmigo, sino para conocer a su hijo. Mi amiga dice que puede venir con segundas intenciones, que tenga cuidado. Ese comentario siembra en mí la semilla de la duda. Existe la posibilidad de que eso quiera, llegar a mí a través de Ángel. Lo extraño es que no intentó tocarme o habló de sentimientos hacia mí. Esto es muy confuso y no me encuentro en condiciones de enfrentarlo. Me siento exhausta con todo lo que ha pasado. Por un lado, está el atrevido de Decker, que trae mi mundo patas arriba con toda esa pasión lujuriosa y, por otra, la petición de Robert de conocer a mi hijo. No sé qué hacer, de verdad. Ahora mismo, me provoca embriagarme con una buena botella de vino y olvidarme de esos dos.

Más tarde, me meto al baño y me quedo debajo de la ducha hasta que el agua sale fría. Hoy es uno de esos días en los que preferiría tumbarme en la cama a ver un maratón de series con una variedad de dulces a mi disposición, pero iré con Jess a una tienda de novias. Su boda es en enero y todavía no elige un vestido. Está “por volverse loca”. Aunque creo que eso pasó hace un buen tiempo. Al terminar con la

ducha, busco en mi armario algo de ropa y elijo un vestido corto en tono rosa claro, sandalias azules de tacón corrido y una chaqueta de mezclilla. Una vez vestida, mantengo mi cabello suelto, aprovechando que el clima sigue fresco, y me aplico un poco de maquillaje, lo suficiente para no parecer un fantasma.

—Adiós amor, vuelvo en unas horas. Te amo mucho, mucho —le digo a mi hijo y beso la coronilla de su cabeza. Sus ojos me cautivan por unos instantes y la comparación se materializa en mi cabeza. *Son iguales a los de Robert. ¿Y si en verdad lo quiere conocer? ¿Debería concederle el beneficio de la duda? Quizás, pero no pensaré hoy en eso. Ya veré después.*

Busco mi teléfono móvil debajo de la almohada y lo enciendo. Lo mantuve escondido toda la mañana para incomunicar a Decker. No es que esperase una reacción desesperada por su parte, como llamar incesantemente y dejar cientos de mensajes, puede que le diera igual mi e-mail y no respondiera nada, pero preferí mantener un margen de varias horas para despejar mi cabeza. Y miren lo bien que resultó. Ahora el alemán gruñón es el menor de mis problemas.

Cuando la pantalla cobra vida, y las notificaciones comienzan a acumularse, mi teoría de que no le importaría mi mensaje se desploma.

¡Se volvió loco! Sí, definitivamente este hombre no entendió ni papa de lo que le escribí. ¿Será que tengo que hablarle en alemán? No solo me envió varios e-mails, también me dejó mensajes de voz. Tiene que ser él, no sé de nadie más que esté tan desesperado por hablar conmigo. Pero no le voy a prestar atención, tengo mejores cosas que hacer que leer sus berrinches de empresario controlador.

—¿Otra llamada del alemán? —pregunta Jess mientras viajamos en el taxi que nos lleva a Manhattan.

—La tercera desde que encendí el móvil —respondo con un bufido.

No sé a qué se debe tanto alboroto. Le dije que voy a cumplir con el trato, solo limité el aspecto sexual que, como él aseguró, era mi decisión. Entonces ¿para qué tanta llamadera?

—Pero escucha al menos los mensajes o lee un par de e-mails. ¿No quieres saber qué ha escrito?

—Sí y no.

—Eres rara —dice con una risita.

—No es un buen momento, Jess. Si leo al menos uno, lo más seguro es que le voy a responder, luego me quedaré pegada al teléfono y arruinaré tu tarde. No puedo ser tu dama de honor si no me concentro en esto.

—¡Qué bueno que me tienes como excusa! —bromea.

—Jess...

—Vamos a hacer algo: si vuelve a llamar, yo respondo y digo que soy tu secretaria, que estás en una reunión muy importante. Mira, sería algo así: «lo siento, la señorita Bennett no puede atenderlo ahora, pero deje su mensaje que, a la brevedad posible, se comunicará con usted». ¿Ves?, fácil.

—Se supone que nadie sabe de nuestro acuerdo, Jess. Si le hablas, sabrá que te dije y se armará un lío más grande. Solo voy a seguir ignorándolo.

—¿No estarás exagerando? No es tan malo que un hombre quiera regalarte algo.

—Esos no son regalos. Piensa, es como si Leandro te diera un jabón y te dijera “puedo enseñarte a usarlo”, como si no supieras bañarte. En pocas palabras, está diciendo que apesta.

—¡Ahhhh!, ahora entiendo. Hirió tu orgullo —se burla, riéndose en mi cara.

—¡No! Bueno, sí, un poco —contesto con cierta vergüenza. Vamos en un taxi y este no es un tema para conversar a oídos del chofer.

—Míralo de esta forma, ya que estamos en eso de analogías, los dos son estudiantes universitarios, pero él cursa un año superior al tuyo, sabe cosas que tú no y, aunque eres buena, él puede llevarte a un nivel más alto.

Escuchando su argumento, me doy cuenta de que fui completamente tonta y comprenderlo me llena de vergüenza. ¿Qué va a pensar Sebastian de mí?

—Soy una estúpida. Escuché fuego y salí corriendo.

—Está bien tenerle miedo a las cosas nuevas, Keira. No te digo que te lances a las llamas, solo que no te cierres a la posibilidad.

—Es que no sé... él es tan... directo.

—Bueno, dile eso. Hablando se entiende la gente.

—Lo haré. Gracias por ser mi amiga, Jess. Más que eso, mi hermana.

—Te quiero, tonta.

—Y yo más a ti.

Al llegar a la tienda de novias, una vendedora amable y bien vestida, con una falda de tubo negra, blusa de seda blanca —metida por dentro de la falda— y zapatos de tacón aguja a juego con la falda, nos recibe y nos invita a tomar asiento en los sillones de cuero blanco que están dispuestos en un recibidor. Al ubicarnos en los asientos, sonrío con cortesía y pregunta quién es la novia. Jess levanta la mano y la agita con entusiasmo, haciéndose notar. A partir de ahí, Amelia Sinclair —como dijo llamarse la vendedora— entrevista a Jess en cuanto a lo referido a lo que busca en un vestido y le pregunta cuál es su presupuesto. Cuando mi amiga describe lo que quiere, Amelia se levanta de su puesto y va en busca de una serie de opciones. Minutos después, le pide a Jess que la acompañe a los vestidores. Pasada una hora, luego de medirse siete modelos distintos, Jess sigue sin encontrar su vestido soñado. Nada la convence y no tengo idea de cómo ayudarla, mis ideas y la suyas no coinciden. Lo que a mí me encanta, a ella le parece pomposo.

—¿Sabes qué? El alemán contrató a una asesora de imagen para mí. ¿Y si hablamos con ella para ver si te ayuda con el vestido? Porque sinceramente, me estás volviendo loca con tu indecisión. A este paso, vas a terminar casándote en ropa interior.

—Es una opción. ¿Cuándo podemos verla?

—La llamaré al llegar a casa para pedirle una cita.

—Bueno. Ahora, vayamos por algo de comer, me muero de hambre.

—Igual yo.

Nos despedimos de la vendedora, un poco apenadas, y luego salimos de la tienda para ir por algo de comer. Las opciones son muchas, pero siempre terminamos en un restaurant mexicano que le encanta a Jess y pedimos unos tacos. Una vez saciadas, decidimos ir por unas bebidas a un bar antes de volver a casa. Necesito una copa desde que me levanté esta mañana.

—Respóndele, mujer —demanda Jess con los ojos bien abiertos. Sebastian no ha dejado de llamar desde que encendí el teléfono, pero no pienso hablar con él en cualquier parte. Desvió la llamada y vuelvo a mi margarita—. Podrías decirle al menos que hablarán más tarde para que se calme.

—No, que se aguante. —Jess gira los ojos y deja de insistir. Sabe que soy muy terca, que cuando digo no, es no.

Después de mi segunda margarita, salimos del bar y tomamos un taxi para volver a casa. Son más de las nueve, el turno de Lucy termina a la diez de la noche, y Pamela no la puede reemplazar porque no está disponible. De igual manera, no tenía pensado pasar toda la tarde fuera, y mucho menos hasta estas horas. El tiempo se nos fue volando entre la tienda de novia, la comida y las margaritas.

—¡Jesús! Este día se pone cada vez mejor. —Me quejo al ver a Brian esperándome al pie de la escalera del edificio. ¿Qué les pasa a estos hombres hoy? ¿Están decididos a volverme loca?

—¡Uh...! No te envidio ni un poco —dice mi “amiga” con una risita. A veces me cae mal.

Al abandonar el taxi, Jess entra al edificio y yo me detengo frente a Brian, quien se ha levantado del suelo y ha bajado los tres niveles de la escalera, donde estaba sentado. Está usando un sweater marrón con las mangas arremangadas hasta los codos, jeans y zapatos casuales. Su cabello castaño tiene un nuevo corte al ras, al estilo militar. Debo admitir que luce bastante atractivo esta noche.

—Hola —saluda con un murmullo mientras se mece sobre sus pies, manteniendo las manos ocultas en los bolsillos de sus jeans.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunto enseguida. No estoy de humor para andar con rodeos.

—Quería disculparme por lo de aquel día. Comprendo que fue un mal momento, y tampoco lo dije de la mejor forma —contesta, su voz es aguda. Escucharla no hace que mi cuerpo reaccione de ningún modo, y tampoco mirarlo causa algún efecto en mí. Lo único que siento por él es simpatía y un profundo agradecimiento.

—Lamento haber huido de esa forma, pero no esperaba que me dijeras eso. Me pusiste en una situación muy incómoda.

—Lo sé. Sin embargo, necesito saber qué significó para ti —pregunta con esperanza.

—Brian... —pronuncio desalentada. Bajo la cabeza y tomo en respiro. No quiero herirlo, él ha sido demasiado dulce conmigo todo este tiempo.

—Está bien, lo entiendo.

—Lo siento —musito sin ser capaz de mirarlo.

—No te disculpes, Keira. Nunca me diste ese tipo de esperanzas.

—No quiero que las cosas cambien entre nosotros —digo, alcanzando su mirada. Él merece al menos eso, que le hable a la cara.

—No lo hará —afirma con una leve sonrisa que no llega a sus ojos—. Nos vemos en la próxima consulta de Ángel. Adiós, Keira.

Doy media vuelta y lo observo hasta que su silueta se pierde en la oscuridad, sin poder evitar sentirme como una basura por rechazarlo. Pero ¿cómo hago? No puedo obligarme a sentirme atraída por él. No es así como funciona.

Capítulo nueve

A las once de la noche, luego de que Ángel se queda dormido, apago el teléfono y me meto debajo de las sábanas para intentar descansar. Estoy demasiado agotada para hablar con Sebastian esta noche. Lo único que quiero es cerrar los ojos y apagar todos los pensamientos que pasean por mi cabeza, que son muchos: le rompí el corazón a Brian, tengo que decidir lo que haré con Robert y, para colmo, está mi *tentación alemana*, que me empuja hacia un mundo de placer que no había experimentado, que me aterra hasta los huesos. Siento como si hubiese estado en un choque múltiple y quedé atrapada en medio.

Cuando el reloj marca la 1:00, cansada de dar vueltas en mi cama intentando conciliar el sueño, decido encender el teléfono y escuchar los mensajes de Decker. He estado deseando oír su voz todo el día, a pesar de hacerme la dura y evadir sus llamadas.

«Responde mis mensajes».

«Estoy despierto, no puedo dormir hasta hablar contigo».

«Joder, Keira. ¡Responde el puto teléfono!».

«Lo siento, no debí gritarte».

«Seguiré llamando hasta que respondas».

Después de escuchar sus desesperados mensajes, decido leer los e-mails.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Confundido

Voy a dejar los putos formalismos porque estoy bastante confundido. ¿A qué se debe tu cambio de humor? Pensé que estaba hablando con una persona adulta y no con una malcriada que hace pataletas por algo tan estúpido como juguetes sexuales. En ningún momento he dicho que estás desesperada por sexo, aquí el desesperado soy yo. Me estoy volviendo adicto a escuchar tu voz mientras alcanzas el orgasmo y solo intento incrementar tu placer. Pero si es demasiado para ti, daré un paso atrás. Nos vemos en noviembre.

Sebastian Decker
CEO de Decker Enterprise

“¿Pataletas?” “¿Malcriada?” No, pero este en vez de intentar arreglar las cosas, las empeora. Definitivamente, a Decker lo criaron máquinas, o en la selva como a Tarzán. Aunque entre todas sus palabras, hace una confesión bastante interesante: «...aquí el desesperado soy yo». Se puso la soga al cuello, ahora sé que los hilos de esta extraña relación los muevo yo.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Fe de errata

Lamento mi exabrupto en el e-mail anterior, pero debes entender, no soy el tipo de hombre que está acostumbrado al rechazo. Joder, en mi entorno me conocen como la máquina alemana –una forma suave decir que soy un maldito sin corazón–. En fin, espero que podamos resolver esto como adultos.

Arrepentido,

Sebastian Decker
CEO de Decker Enterprise

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: ¿Me estás castigando?

Te he estado llamando toda la mañana y me contesta el buzón de mensajes. Solo necesito saber si estás bien.

Preocupado,

Sebastian Decker
CEO de Decker Enterprise

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Responde

Keira, esta situación comienza a molestarme. Estás siendo injusta conmigo. Mi error no fue tan grande como para que me ignores de esta forma. Te llamo y rechazas mi llamada. ¿No volverás a hablarme?

Molesto,

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 28 de octubre de 2013

Asunto: Servicio de acompañante

Señorita Bennett,

Viajaré a New York. Si tiene un espacio en su agenda para el 29 de octubre a las siete de la noche, comuníquese conmigo a la brevedad posible.

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise

Mi corazón late fuerte al saber que llegará en horas. No debería sentirme tan emocionada, pero no puedo evitarlo, quiero verlo. Sin embargo, tengo que fingir que me da igual, otra cosa le haría saber que estoy desesperada por él y no pienso admitirlo; ocultarlo me da un tipo de control al que no puedo renunciar. Tengo que saber mover mis fichas si pretendo ganarle en este juego.

A las siete en punto de la noche, Dimitri toca la puerta de la suite del hotel que Sebastian alquiló para mí. Como la primera vez, encontré en la cama lo que tenía que usar: un hermoso vestido durazno corte sirena –con una abertura de medio metro en la falda, que alcanza la mitad de mi muslo izquierdo– y, por supuesto, no podía faltar el profundo escote en la espalda. La lencería es muy fina, ropa interior de encaje. ¡Ahhhh!, casi olvido aplicarme el perfume que el *señor controlador* aprueba. Es que con tanta atención en peinado y maquillaje de la estilista que contrató para mí, estaba esperando que fuese ella quien me aplicara la costosa fragancia. Es que hasta se ocupó de ponerme los pendientes de rubí que el alemán gruñón envió con su escolta, una hora atrás. ¡Dios! Había olvidado lo soberbio y mandón que era Decker. No debió extrañarme que eligiera una variedad de juguetes sexuales para mí si hasta decide el más insignificante detalle de lo que he de usar. Lo peor es que no tengo opción, sé que debo cumplir con las mismas reglas que maneja *Damas de Oro*.

—Buenas noches, señorita Morrison —saluda Dimitri cuando abandono la habitación. No lo corrijo, ese es mi apellido de acompañante y así me deberá presentar Decker esta y todas las noches, se lo advertí en aquella mecánica conversación que tuvimos por e-mail, en la que fue frío y distante. Se limitó a ultimar los detalles del evento de hoy sin nombrar ni por asomo todo el asunto de los benditos aparatos a pilas. Y si él decidió dejarlo pasar, yo igual, no iba a complicarme la vida con ese tema, ya tenía suficiente con mis preocupaciones para sumarle algo tan superficial como eso.

Al salir, la flamante limusina negra me espera frente al *Crowe Plaza Time Square*, el mismo hotel en el que me hospedó la primera vez que fui su acompañante. Mi piel se eriza cuando Dimitri abre la puerta

que me da acceso al auto donde me espera Sebastian, mientras que los pálpitos fuertes de mi corazón ponen en evidencia lo emocionada y ansiosa que estoy por verlo. Espero que pueda controlarme y no sucumbir a la pasión desmedida que se desata en mi interior cuando el alemán me mira. Me deslizo por la piel suave del asiento de cuero y enseguida descubro que en el interior no solo está él, también Karl y Cameron Ruppert. Los observo atónita por unos segundos, no esperaba que tuviéramos compañía esta noche, pero luego fuerzo una sonrisa y los saludo con cortesía. Y ahí, en la misma esquina de siempre, usando un costoso smoking, está mi debilidad alemana. Su gesto es discordante, su postura arrogante y sus pupilas como dos pozos de plomo líquido, carentes de emoción. No sé qué decir o hacer. ¿Me siento a su lado?

Mierda contigo, Decker. ¿Por qué me pones en esta posición?

—Me encanta tu vestido, Keira —dice Cameron con una sonrisa sincera.

—Gracias, el tuyo también es muy bonito —conuerdo. Es de un tono melocotón suave con un hermoso drapeado en el busto y pedrería elegante, adornando dos finos tirantes, que presumo se cruzan en la espalda. Su cabello está recogido en un moño arreglado y es notable que su maquillaje fue hecho por un profesional.

—¿Vino? —inquire Sebastian, desplazándose hacia el mini bar. Imagino que me lo pregunta a mí porque me está mirando fijo a los ojos.

—Sí, gracias —contesto con ensayada cortesía.

—Imagino que tú tomarás un escocés —le dice a Karl—. Y para ti, ¿vino también? —mira a Cameron.

—No esta vez, gracias —responde ella con una sonrisa y comparte una mirada de complicidad con su esposo.

—¿Gin Tonic? —insiste él, sin entender que ella no puede beber porque está embarazada. Lo deduje enseguida.

—No, estoy bien así.

Sebastian es menos perceptivo de lo que pensé, o quizás está distraído y no es capaz de sumar dos más dos.

Luego de servir los tragos, se cambia de puesto, ocupando el lugar libre a mi lado y me entrega una copa de vino. La sostengo con fuerza, tratando de ocultar el temblor de mis manos, consecuencia de su cercanía. Su perfume ya ha penetrado mis poros y el calor que irradia su cuerpo ha elevado mi temperatura interior. Ahí, justo donde lo he deseado desde que se fue.

Entre charlas y risas, por las divertidas anécdotas que relata Cameron del inicio de su relación con su esposo, el viaje me resulta corto. Al principio, mis sonrisas fueron fingidas, estaba muy tensa por la distancia que había entre Decker y yo, a pesar de que nos separaban centímetros, pero me fui relajando cuando sentí su mano sobre mi rodilla, tomando ventaja de la abertura de mi falda para acariciar con su pulgar mi piel descubierta. Su incitación avivó las partes correctas en el momento menos oportuno.

Mi *delicia alemana* es el primero en bajarse de la limusina cuando esta se detiene, y como todo un caballero, tiende su mano hacia mí para que lo siga fuera. Me apoyo en su palma abierta y salgo con

gracia del auto, inundándome de la energía potencial que estalla con el roce de nuestras manos. Farfullo con nerviosismo una palabra de agradecimiento mientras damos un paso al frente para darle espacio a los esposos Ruppert.

Una vez que enfrento el edificio del Met^[3], el teatro de óperas más importante del mundo, una enorme sonrisa se dibuja en mi rostro. ¡Siempre quise asistir a la ópera!

—¿Sorprendida, señorita Morrison? —Gruesa, varonil, brutalmente sexy, así suena su voz cerca de mi oído. Y sin necesitar más que eso, comienzo a caer al hoyo profundo de su juego de seducción. ¡Su voz es mi *Talón de Aquiles*!

—Sin duda, así es. —A diferencia de la potencia de su tono grave, mi expresión suena dúctil y nerviosa. Es por él, mi cuerpo traicionero me pone en evidencia aunque intento mantener una actitud altiva como la suya.

Su mirada gélida se cruza con la mía antes de comenzar a caminar hacia el edificio del teatro. Volvió a ponerse su traje de hostilidad y arrogancia, le resulta muy fácil. Quisiera tener esa misma capacidad camaleónica que a él le sobra.

Voy de su brazo, no podría ser de otra forma, pero una buena parte de mí quisiera rebelarse en su contra y escupir las palabras que mantengo en la punta de la lengua. Si no lo hago es por el odioso contrato. De lo contrario, le gritaría a la cara lo imbécil que es. ¡Ah, no!, pero es que olvidaba un detalle: él es la máquina Decker. No hay un corazón bombeando sangre en su pecho porque es el jodido *Hombre de Hojalata*^[4]. Miro al frente, ignorando al robot que camina a mi lado —un sexy y musculoso robot, debo acotar—, y me concentro en el cálido color amarillo de la iluminación interior del teatro resplandeciendo a través de los amplios ventanales que, como carta de presentación, nos dan la bienvenida al Met. Los nervios comienzan a traicionarme, provocando temblores involuntarios en mis manos y una evidente vacilación en cada una de mis respiraciones a medida que avanzamos al interior del hermoso y elegante teatro. Me siento intimidada, fuera de lugar, como si las personas que me miran al andar del brazo de Decker sospecharan que solo soy una acompañante asalariada.

—Respira, Keira —susurra para mí, sin saber que su cálido aliento enerva mi ser, que su voz se ha vuelto mi debilidad y el catalizador que activa mis bajas pasiones.

Obediente, inhalo a profundidad y dejo escapar suaves exhalaciones como recurso para calmar mis emociones, pero son tan fuertes, incontrolables e inusitadas, que me encuentro en un callejón sin salida. No comprendo qué me pasa, por qué me siento así, por qué de momento no puedo ser capaz de sumergirme en el papel que debo interpretar esta noche.

Estudiaste actuación por dos años ¡Puedes hacerlo!

Mientras grito aquellas palabras en mi cabeza, Sebastian me arrastra hacia un lugar apartado y, sin previo aviso, me besa. La calidez de su lengua se encuentra con la mía, en un baile sensual e irreverente, y la pasión aflora en mi interior y se exterioriza al corresponderle con la misma intensidad y pretensión.

Estoy lista para entregarle mi cuerpo aquí y ahora.

—Eso debe bastar para que liberes tensión —presume con osadía.

Sí, claro que liberé tensión, pero ahora estoy caliente, ruborizada y con el labial corrido. Eso, sin sumarle lo arrebatado que late mi corazón y lo fuerte que corre la sangre por mi torrente sanguíneo.

Lo miro perpleja mientras saca un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y se limpia el labial que marcó su boca. Y no, no es eso lo que me tiene absorta, sino esa mirada glacial que dirige hacia mí. ¿Cómo puede mirarme con tanta dureza después de besarme de esa forma? Ante su actitud, lo único que quisiera es correr al lado opuesto para alejarme de él. Si tan solo pudiera...

Con manos temblorosas, abro mi bolso de mano y saco el polvo compacto para mirar mis labios en el espejo, pero no están tan mal como pensaba, lo pude corregir con mi dedo índice.

—No tenía que ser tan brusco —mascullo a manera de reclamo. Él ni se inmuta. ¡Ja! ¿Debería asombrarme?

Sin pronunciar palabra, me guía de su brazo hasta llegar a un palco privado ubicado en el primer piso del teatro y nos sentamos en las butacas, junto a la feliz pareja enamorada. Son tan dulces que empalagan.

Y tú te mueres de envidia, acusa mi burlona voz interior.

¡Me da igual! Yo no estoy buscando amor. No creo en esa absurda fantasía.

Sebastian —por amabilidad o apariencia, no sé y ni me importa—, me tiende el programa de la ópera de esta noche: *L'italiana in Algeri* (La Italiana en Argel). Consta de dos actos: el primero de tres escenas; y el segundo, de cuatro. La música es de Gioachino Rossini y el libreto en italiano de Ángel Anelli. Su duración es de un poco más de dos horas. Se dice que esta fue la primera ópera cómica madura de Rossini. Narra la historia de Isabella, una italiana que se fue a Argelia para conseguir la libertad de su amado Lindoro, esclavo de un hombre muy poderoso del país, Mustafá. La heroína intentó también ayudar en la relación matrimonial entre Mustafá y su mujer, Elvira.

—¿Por qué estamos aquí? —Le pregunto entre susurros, pese a que nos encontramos solos en el palco, Cameron y su esposo salieron un momento del palco—. Y no me digas que por la ópera.

—Me dejas sin respuesta entonces —contesta sin mirarme.

—Vamos, Decker. Esto fue solo una excusa para verme. ¿Crees que soy estúpida? —Mi pregunta lo obliga a mirarme. No puedo descifrar lo que sus ojos, ahora tintados de verde profundo, intentan decirme. Él es tan testarudo que lucha por ocultar sus emociones.

—No me diste otra opción —sisea con disgusto.

Miro sus labios, incapaz de apartar los ojos de ellos, deseosa de poseerlos con mi boca sin importar lo impulsivo o incorrecto que sea. No debería desearlo de esta forma, me prometí no mezclar placer con negocios, pero la línea que los separa es demasiado borrosa e insignificante en este momento.

—N-no necesitas excusas —digo titubeante. En mi cabeza sonaba más convincente, pero los nervios juegan en mi contra.

Él sonríe con un asentimiento y aparta la mirada.

¿Qué significa?

Detallo su postura rígida y la presión en sus puños apretados. Parece disgustado, muy molesto. Si tan solo pudiera comprenderlo, pero Sebastian es demasiado complicado.

—No me gusta hacer alarde de mis cualidades, pero la buena memoria es una de ellas, y recuerdo muy bien cada palabra de tu último e-mail. Entonces sí, necesito buscar excusas, Keira. —Me lo dice mirándome a los ojos, irradiando en sus retinas un rencor que encuentro perturbador—. La prueba irrefutable fue que solo respondiste mi mensaje cuando mencioné tus obligaciones contractuales.

—Sebastian...

—Y no, no pienso que seas estúpida. Sé que eres muy lista y que has sabido mover las piezas a tu favor. Pero eso se acabó, Keira. No volveré a perder el control por alguien como tú —desdeña.

—¿Alguien como yo? ¿Qué quieres decir con eso? —pregunto furiosa.

—Altanera e inmadura —responde, apartando la mirada.

—¿Es que el señor prefiere a una sumisa que le brinde honores solo por ser quien es? —Le echo en cara. Si esperaba a una tonta, se equivocó de mujer.

Sebastian se pasa la mano derecha por la frente hasta alcanzar su nuca, exhala y luego clava sus ojos en los míos con brutal intensidad.

—¿No lo entiendes? Yo no soy así, yo no cedo el control y tú... Me haces subir a un avión que no debía tomar, abandonando mis responsabilidades, solo para verte. Y mierda, no me importaba si no terminabas en mi cama esta noche, solo necesitaba tenerte cerca. —Su voz suena inestable, nerviosa. Decirme esto le resulta difícil y eso me hace sentir culpable.

—Tienes razón —trago el grueso nudo que se formó en mi garganta, antes de continuar—. Fui inmadura al ignorarte de esa forma, pero necesitaba desconectar un poco, el día de ayer fue muy confuso para mí —admito, aunque es todo lo que diré respecto a eso—. Y no mentiré, también quería tenerte cerca, más de lo que debería, por eso creo que lo más conveniente es que lo mantengamos así. —Esto me cuesta más decirlo, pero es lo mejor para ambos—. No quiero complicar las cosas con sexo de ningún tipo.

Él no dice nada, solo me mira sin parpadear, como si no pudiera asimilar lo que acabo de decir. Vamos, hasta ni yo me lo creo. Quiero sexo con él, todo lo que me pueda dar, así sea a través de una línea telefónica, pero le temo a esa necesidad que, tanto él como yo, sentimos por el otro. Mira que subir a un avión solo para estar conmigo una noche, es un poco perturbador.

—Es verdad.

Dos palabras. ¿Es lo único capaz de decir? Por absurdo que esto suene, me siento un poco decepcionada. En mi fuero interior, estaba esperando que se opusiera, que luchara por mí.

¡Soy una hipócrita!

Capítulo diez

Ha transcurrido casi un mes desde la última vez que vi, o supe, algo de Sebastian, a pesar de que previamente había solicitado mis servicios para el siete de noviembre, fecha que ya pasó. A diario, reviso mi cuenta de e-mail por noticias tuyas, pero es como si se hubiese esfumado de mi vida de la misma forma que apareció. No debería importarme, fui yo la que limitó nuestra comunicación solo al plano “laboral”, pero no esperaba este silencio.

Aquella noche, al finalizar la ópera, los cuatro fuimos a cenar a un restaurant lujoso. Fue la cena más forzada e incómoda que he tenido en mi vida. Sebastian fue distante, seco. No hizo nada por intentar disimular delante de sus amigos su mal humor, logrando que me ganara miradas compasivas de Cameron. Al llegar al hotel, se bajó de la limusina y me acompañó hasta el lobby. No sé para qué se molestó. Si no guardó las apariencias en toda la velada, no era necesario que tratara de verse como un caballero, escoltándome hasta el interior. ¿Y su adiós? Fue tan frío como su comportamiento. «Buenas noches, señorita Morrison». Como si alguien estuviera escuchando y no pudiera decir mi verdadero apellido. Le contesté con la misma formalidad, di la vuelta y lo dejé ahí.

—Señoras, y pequeño Ángel, les presento oficialmente al *Señor Pavo* —anuncia Hedrick, el esposo de mi hermanita.

—¡Oh! ¡Quedó perfecto, bebé! —chilla Irlanda, dando saltitos.

Hace un par de días, volamos a Miami para celebrar Acción de Gracias con mi hermana y su esposo, ya que nuestros padres al enterarse de la boda de Irlanda, le dieron el mismo trato que a mí cuando anuncié que iría a New York a estudiar actuación, abandonando la escuela de Leyes en Yale: la desheredaron. Sí, como si perder el beneficio de su fondo fiduciario fuese una razón de peso para renunciar a nuestros sueños. «Si cruzas esa puerta, te olvidas de que somos tus padres», me dijo el señor Bennett. ¡Vaya predicamento! Con Irlanda no fue distinto. «Si no te divorcias de ese... “bribón” —así lo llamó mi padre, esta parte me dio mucha risa—, no vuelvas a esta casa». En defensa de mi cuñado —que tiene toda la pinta de alguien peligroso con esos piercings y tatuajes—, es un buen chico. He notado la forma en que sus ojos se iluminan al ver a mi hermanita y sé que la quiere. Quizás su unión fue de lo más precipitada —y puede que muchos duden de que en verdad se enamoraron así, de una forma casi instantánea—, pero al verlos juntos, todo encaja. Son perfectos el uno para el otro.

Después de una deliciosa cena, me despido de los chicos y me voy a la única habitación de su pequeña

pero acogedora casa. Tiene lo necesario: sala, comedor, cocina y un baño común. Me da un poco de pena que duerman en el sofá cama, pero insistieron en dejarnos la habitación a nosotros por estos días.

Mi rutina con Ángel termina dos horas después, cuando se ha tomado sus medicamentos y el último biberón del día; es un pequeño hambriento. Lo acuesto a mi lado, recostado contra una almohadita alargada y circular que estabiliza su espalda, y lo cubro con una sábana fina. El clima de la ciudad es bastante cálido y no hace falta que lo abrigue mucho. Extrañaré mucho Miami cuando vuelva a Brooklyn, donde la temperatura ha comenzado a descender, abriéndole paso al invierno.

Justo antes de quedarme dormida, escucho un pitido en mi móvil y sé que se trata de un e-mail. Desbloqueo la pantalla, marcando el patrón que elegí, y llego hasta mi cuenta para ver de qué se trata.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 26 de noviembre de 2013

Asunto: Formalidad.

Estimada señorita Bennett, espero que se encuentre bien. Le escribo para hacer de su conocimiento que el día 12 de diciembre llegaré a New York para celebrar la cena anual de Decker Enterprise con motivo de las festividades decembrinas. Espero contar con su compañía para esa velada.

Posdata: Recuerde reunirse con la asesora de imagen que recomendé para ampliar su guardarropa.

Sinceramente,

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise

Con cada letra que leía, mi corazón palpitaba más rápido. Tenía mucho tiempo sin saber de él. Había perdido las esperanzas de que se comunicara conmigo de nuevo; hasta llegué a pensar que había dado por tierra nuestro acuerdo. Pero apareció finalmente, y aquí estoy, fascinada y con una enorme sonrisa en la cara.

¿A quién quería engañar cuando dije todo aquello en la ópera? Mi boca emitió cada palabra, pero mi cabeza tenía un discurso distinto. Quería decirle que no necesitaba excusas para verme, que lo hiciera cuándo y dónde le diera la gana y que, sin duda, quería terminar en su cama esa noche. Sin embargo, sé que dije lo correcto. Nada bueno iba a pasar si dejaba que todo se centrara en el sexo.

¿Nada bueno?, acusa mi subconsciente.

Quiero decir, no el hecho en sí, sino las consecuencias posteriores. Las cosas no pintaban bien, solo tuvimos sexo una noche, y compartimos esas llamadas calientes, y Sebastian sintió la necesidad de viajar desde *el viejo continente* solo para verme. Era muy riesgoso continuar con ese juego.

Presiono el icono de responder y comienzo a teclear el mensaje.

De: Keirabennett@sendmail.com

Para: sebastian@deckerenterprise.com

Fecha: 26 de noviembre de 2013

Asunto: Invitación.

Estimado señor Decker, me encuentro muy bien, gracias por preguntar. Espero que usted también lo esté. En cuanto a su invitación, cuente con mi compañía para la fecha estipulada.

Posdata: Me comunicaré con la señorita Daniels en los próximos días.

Sinceramente,

Keira Bennett

Envío el e-mail y me quedo mirando la pantalla como boba, esperando una respuesta. Quisiera que esta cosa fuese como WhatsApp, que anuncia que el mensaje fue leído y, por qué no, ver la palabra *escribiendo* y saber si dirá algo más. Pero eventualmente, el cansancio me vence y me hundo en la profundidad del sueño. No hubo más mensajes de Decker esa noche, y tampoco en la mañana.

Cinco días después, de regreso a New York, estoy atrapada en la red de una rubia de ojos esmeraldas y figura de modelo, Juliet Daniels, la asesora de imagen que Sebastian recomendó. La chica es muy buena en su trabajo, pero está chiflada. Ha elegido tanta ropa para mí que no sé dónde carajos la voy a guardar. Necesitaré una habitación entera para todas esas cosas. ¿Cuántos vestidos y zapatos necesito para un año? ¿Acaso Decker va a llevarme a un sinfín de eventos? Lo dudo, no ha estado aquí en semanas y él es un hombre muy ocupado para que me dé tiempo de usar la mitad de esa ropa. Cuando Juliet me pregunta a qué dirección envía todo, me tomo el atrevimiento de decirle que al apartamento de Sebastian.

Que resuelva él ese asunto. Si, a fin de cuentas, siempre encuentro mi vestimenta tendida en la cama de un hotel.

Pero eso no es todo, Juliet quiere llevarme a un estilista para un cambio de imagen radical. Algo que no va a pasar, mi cabello negro no lo toca nadie. No vaya a ser que termine con reflejos o con el pelo corto.

Al día siguiente, nos concentramos en buscar el perfecto vestido de novia para Jess. Claro que le pagaremos por nuestra cuenta por sus servicios adicionales, no pretendo abusar del dinero de Decker, aunque le sobre.

—¡Me encanta! ¡Te quiero, Juliet! —grita mi amiga dando saltos mientras se mira al espejo. El vestido que escogió es corte sirena, sin mangas, con escote corazón y de un clásico tono hueso. Le queda divino. ¡Al fin se decidió la mujer! Estaba por idear un plan para cancelar la boda si no encontraba el correcto—. Dime que entra en mi presupuesto —pregunta con nerviosismo.

—Bueno... quizás se excede un poco —por el gesto de Juliet, sospecho que ese “poco”, es mucho.

—¿Mil más? —niega—. ¿Dos mil?

—Cuesta diez mil dólares.

—¡Oh por Dios! ¿Por qué lo trajiste? Sabes que no tengo más de cinco mil. A lo mucho, cinco mil

quinientos. Ahora te odio —espeta, cruzando los brazos.

—Es que... —intenta Juliet.

—Vamos a llevarlo —intervengo—. Yo lo pagaré.

—No, Keira. Es tu dinero para...

—Emergencias como estas —interrumpo, evitando que Jess hable más de la cuenta. No quiero que la noticia llegue a oídos de Decker.

—Keira... —pronuncia al borde de las lágrimas—. ¿Te he dicho lo mucho que te quiero?

—Parece que no lo suficiente —bromeo. Ella sonrío y camina hacia mí para abrazarme.

—Gracias por hacer esto —dice entre lloriqueos.

—No es para tanto. Vamos, seca esas lágrimas y sonrío, que al fin tienes vestido de novia.

—Fui un fastidio ¿no? —se ríe.

—No, para nada —contesto sarcástica.

Al llegar a casa, me encuentro con la sorpresa de mi hermana Irlanda sentada en el sofá de la sala abrazando sus piernas y con los ojos rojos de tanto llorar. No sé qué pudo pasar. Hace un par de días la dejé en Miami muy feliz con su esposo. Y ahora está aquí, llorando desconsolada. Me siento a su lado y le pregunto qué pasó, ella trata de decirme, pero sus sollozos no me permiten comprender sus palabras.

—Tranquila, Landa, todo estará bien. —La recuesto en mi regazo y acaricio sus cabellos negros con mis dedos, tratando de reconfortarla para que pueda hablar.

—Estoy embarazada —pronuncia con la voz entrecortada y vuelve a inundarse de sollozos.

—¡Oh, bebé! Pero eso es bueno.

—Lo sé, pero es que... no es... Hedrick no... —balbucea.

—¿No lo quiere? —pregunto con indignación. Si ese idiota rechazó a su hijo, voy a Miami y le corto las pelotas.

—No es de él —murmura temblando.

—¡Ay, no! No me digas que es de...

—Sí —gime, cubriendo su rostro con sus manos.

Dios mío, esto es terrible. ¿Qué digo para consolarla? Creo que no hay una palabra que la ayude en este momento. Está asustada, confundida y triste, cuando debería sentirse feliz con la noticia.

—¿Y él lo sabe?

—No pude decirle, Keira. —Se levanta de mi regazo y se sienta en el sofá con las piernas cruzadas —: Lo supe hace unos días y decidí ir al médico antes de contarle, ya sabes, quería saber si todo estaba bien. Entonces cuando me hicieron la ecografía descubrí que estoy de dieciséis semanas. ¡Dieciséis! ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¿Escuchaste sus latidos? —pregunto con un nudo de emoción atravesando mi garganta. ¡Voy a ser tía! Mi hermana pequeña va a tener un bebé.

—Sí. Fue hermoso, Keira. Está aquí, creciendo en mi interior. —Se toca el vientre mientras sonrío.

—Creo que Hedrick tiene que saberlo, Landa. Puede que él lo entienda —sus ojos vuelven a llenarse de nostalgia y sacude la cabeza. Sé que es duro, pero él es su esposo y merece la verdad.

—¿Y si me odia?

—¿Y si no? Él te quiere mucho y seguro está muerto de la preocupación por ti. ¿Por qué no lo llamas y le dices que estás aquí?

—No puedo —pronuncia con la voz apagada—. Es mejor que no sepa dónde estoy. Tendré a mi hijo sola, como hiciste tú.

—Pequeña... No tiene que ser así. Dale a tu esposo la oportunidad de decidir.

—¿Y si me dice que lo aborte? —Pregunta entre suspiros—. Lo odiaría por eso, Keira. Y yo lo amo muchísimo.

—Lo sé, cariño, pero no puedes dejarlo así, sin una explicación. Él merece la verdad, por muy dura que sea —asiente con tristeza.

—¿Puedes hablar con él? No voy a ser capaz de decirle nada.

—Lo haré, Landa. ¿Y le vas a decir a James? —Sé que tiene muchos problemas para pensar en su ex, pero él es el padre de la criatura y no creo que deba dejarlo fuera.

—No lo sé. Estoy muy confundida.

—No importa lo que decidas, pequeña, estaré para ti. ¿Sabes eso?

—Gracias, Keira. No sé qué haría sin ti.

La abrazo hasta que su llanto se apaga y solo escucho pequeños suspiros. Me duele que esté sufriendo así. Quisiera hacer algo más que sostenerla sobre mi pecho y arrullarla como una niña pequeña.

Después de llevarla a mi habitación para que duerma un poco, llamo a Hedrick y le digo que Landa está aquí. El pobre estaba muy preocupado y hasta fue a la policía para intentar poner la denuncia, pero llevaba pocas horas desaparecida y “los putos policías” no lo quisieron ayudar. Pensó en llamarme, pero no tenía mi número. No le explico a qué se debe su repentina visita, aunque él insiste en que le cuente. Creo que es mejor que sea ella misma quien le dé la noticia. Al darle mi dirección, asegura que tomará el primer vuelo para venir por ella. Terminó la llamada con Hedrick y me dejó caer en el sofá, agotada. No esperaba que al llegar a casa esta tarde encontraría este tremendo lío. Jess se sienta a mi lado y me ofrece un té caliente, aunque me gustaría más un vaso de tequila o tal vez más de uno.

—¿Sabes a quién tengo en la cabeza a través de todo esto? —Jess niega—. A Robert.

—Es comprensible —murmura.

—Sé que jodió todo cuando me dijo que abortara a Ángel, pero quizás estaba asustado. Todo el mundo comete errores, ¿cierto?

—¿Quieres darle una oportunidad?

—No lo sé, puede que sí. ¿Qué harías tú?

—¡Ah, no! —advierte con los ojos entornados—, no pongas ese peso en mis hombros.

—La decisión será mía, pero estoy buscando un poco de perspectiva.

—Bueno —dice, acomodándose en el sofá con las piernas cruzadas—, creo que deberías contarle

toda la historia, desde que nació, sus hospitalizaciones, las terapias y todo eso. Muéstrale fotografías y que sepa lo mucho que has luchado por mantenerlo con vida. Si después de eso, insiste en querer conocerlo, dejás que lo haga.

—¡Guao! Has estado pensándolo mucho —digo como un intento de broma.

—Lo he hablado con Leandro —confiesa.

—¿Sí? ¿Qué piensa él?

—Te lo acabo de decir —sonríe.

—¡Oh, vaya! Me sorprende.

—Pues sí, mi prometido es una cajita de sorpresas —asevera complacida.

Después de terminar el té, me meto a la habitación y me siento con Ángel en un sillón para darle los medicamentos. Landa sigue dormida, por suerte. Me preocupaba que no parara de llorar en toda la noche.

Al observar a mi hijo, mis pensamientos me llevan de nuevo a Robert y analizo mis opciones. En el mejor de los casos, intentaría querer a nuestro hijo sin importar su condición. Y si resulta que sale huyendo, no afectaría en nada a Ángel, él ni siquiera lo podría reconocer. Para mi hijo, solo sería alguien más, como cualquier médico o enfermero que lo atendió en el hospital.

Lo cargo en mis brazos y comienzo con su ronda de medicamentos y alimentación. Dos horas más tarde, lo acuesto en su cuna para que se quede dormido. Él no es como el resto de los niños que se acurruca en tu pecho y comienza a soñar. Ángel necesita estar en la cama para que eso suceda. Muchas veces, tengo que ponerle un pañuelo sobre la frente para que cierre los ojos y se quede dormido. Otras, pasa toda la noche despierto, sin importar lo que haga.

La vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo de mis jeans me traslada al ahora. Al ver la pantalla, me sorprende leer el nombre de Sebastian. Tenía mucho tiempo sin llamarme.

¿Por qué lo estará haciendo?, cuestiono. Pero respondo sin importar la razón.

—Sé que no debería llamarte, y no tienes que decir nada si no quieres, pero es que necesito escuchar tu voz.

No pude ni pronunciar una “a”. Al atender la llamada, comenzó a hablar sin tomar un respiro. Se escucha tan ansioso y perturbado que se me encoje el corazón. Algo duro tiene que estar pasando para que me muestre un lado vulnerable que no conocía.

—Hola, Sebastian —pronuncio cuando me encuentro dentro del baño. No quiero despertar a Landa.

—Hola, Keira —saluda con una exhalación. Me mantengo en la línea sin decir nada, esperando por él. Dos minutos y nada, pero el sonido de su respiración me dice que sigue ahí.

¿Por qué tanto silencio?

¿Hablo yo?

—Le pedí a Juliet que enviara la ropa que elegimos a tu apartamento. No sé si hice bien, pero no tenía lugar en mi casa para tantas cosas —digo nerviosa.

—Sí, Delia me llamó ayer.

—¿Delia?

—La señora del servicio —responde desanimado y se interna en otro largo silencio.

—Sebastian...

—¿Sí?

—Puedes llamarme cuando quieras. Es decir, si necesitas hablar, estoy aquí. No somos dos extraños.

—Me rio como estúpida. Culpo a mis nervios y a los nudos que se han formado en mi estómago.

—Te necesito. —Se escucha tan desdichado... ¿qué le está pasando? Quisiera saberlo, pero él lo dijo, su vida es privada. Y sé que si indago en su historia, querrá conocer la mía, y eso complicará todo.

—¿Se está enamorando de mí, señor Decker? —bromeo.

Silencio.

Creo que me pasé de la raya.

—Si querer follarte durante toda la noche es enamorarse, quizás sí. No lo sé —dice después de un par de minutos sin hablar.

—Tanto romanticismo me confunde —satirizo.

—Lo siento, no debí decir eso —se disculpa titubeante. Creo que teme que lo mande a la mierda por cruzar la línea que marqué aquella noche en la ópera.

—No, pero me alegra que lo hicieras porque ahora puedo admitir que yo también quiero. —Un fuerte resoplido se escapa de su boca. No quiero ser mal pensada, pero sospecho que justo ahora tiene atrapado su miembro entre su mano—. ¿Puedo preguntarte algo personal? No lo respondas si me excedo.

—Dispara —accede.

—Sigues sin poder... ya sabes... ¿has resuelto tu problema de... instintos?

—¿Quieres saber si funciono con otras mujeres? Sí, eso dejó de ser un problema —contesta sin esperar mi respuesta—. Y no, no me he acostado con nadie, si eso piensas. Prometí que no lo haría mientras nuestro acuerdo siguiera en pie.

—No tiene que ser así, Decker. Si resolviste tu asunto, podrías intentar que funcione con alguien más y no tendrías que fingir que sales conmigo cuando viajes a la ciudad. No te preocupes por el dinero, solo me pague los primeros tres meses y no me enojaría si decides dejarlo.

Me tropiezo con mis propias palabras mientras hablo. Obvio que no quiero que lo intente con alguien más, pero no tengo derecho de atarlo a una promesa así. Él es hombre, debería poder acostarse con quién quiera.

—¿Por qué me dices esto? ¿Tuviste sexo con otro hombre? —pregunta furioso.

—¡Claro que no! Aunque eso no es tu problema.

—Sí que lo es. ¡Tenemos un puto contrato verbal, estuviste de acuerdo cuando lo hablamos en el hotel! Su ira va en aumento.

Yo también estoy comenzando a enojarme.

¿Cree que no recuerdo sus jodidas peticiones? Que me parecen exageradas, no es como si todo el mundo lo conociera en Estados Unidos y que, al relacionarme con otros, estropearía su imagen pública.

Es más, estoy segura de que si tuviera sexo casual, él jamás se enteraría.

—¡Pues me gustaría mucho no haber aceptado ningún trato!

—¡Pero no tardaste veinticuatro horas en cobrar el cheque! —me echa en cara.

—¡Vete a la mierda, Decker! —grito y termino la llamada.

Pedazo de mierda alemana. ¿Cómo se atreve a decirme eso?

Lloro de rabia e impotencia.

Lloro por haber aceptado su dinero.

Lloro porque mi hijo nació enfermo y he tenido que luchar con uñas y dientes para que siga conmigo.

Lloro porque ni todo el dinero del mundo va a lograr que un día me diga mamá.

Lloro porque estoy cansada.

Lo hago porque Sebastian Decker me hizo llorar.

Y ahí está, llamándome de nuevo. ¿Para qué? ¡Qué se joda la máquina Decker! Ninguna cantidad de dinero le da derecho de tratarme como basura.

Salgo del baño cuando logro tranquilizarme y encuentro a Irlanda llorando de nuevo. Me meto en la cama con ella, acurruco su espalda contra mi pecho y la arrullo como a un bebé mientras le prometo que todo estará bien, que puede contar conmigo siempre. Su llanto es silencioso, pero sigue ahí, lastimando mi corazón. Cuanto quisiera hacer algo que le dé un poco de paz. No soporto que sufra así.

—Hablé con Hedrick. Estaba muy preocupado por ti.

—¿Le dijiste? —susurra entre sollozos.

—No, pequeña, eso tienes que hacerlo tú. Debe llegar a primera hora de la mañana a la ciudad. Quiere verte.

—No voy a poder, Keira —gime. Su pequeño cuerpo se sacude contra el mío, transmitiéndome su dolor, haciéndome llorar a mí también.

—Yo estaré contigo.

—Gracias —musita con voz suave y se vuelve a dormir.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero de mis jeans un par de veces mientras estuve en la cama con Landa. Lo sostengo entre mis manos, tratando de decidir si verifico o no los mensajes que seguramente envió el robot alemán, y en ese momento, la pantalla se ilumina con su nombre.

¿Qué hago? ¿Contesto o lo dejo con las ganas? Mejor salgo de este asunto hoy. No quiero que haga lo mismo de la otra vez y se suba a un avión para verme y que luego me reproche por haber perdido su preciado control.

—Habla —espeto como respuesta.

—Lo siento, Keira. No quise ofenderte.

Suena arrepentido. Es la primera vez que lo escucho tan decaído, como si necesitara afecto. ¿Acaso es un ermitaño? ¿No tiene a nadie que cuide de él? No sé, tal vez estoy viendo gigantes donde hay molinos de viento. Todo lo que está pasando con mi hermanita me tiene susceptible, pero no puedo flaquear en

esto. Él me lastimó y tiene que entender que no soy un objeto sin sentimientos, que merezco respeto.

—Pero lo hiciste, Decker. Y si pudiera, te devolvería tu puto dinero, cada centavo. —Lo digo con rabia e impotencia. Las lágrimas que me hizo derramar siguen ardiendo en mis mejillas.

—No quiero que hagas eso —musita—. No quiero que renuncies a ser mi acompañante. —Su voz, que es una petición, enciende mis instintos protectores. Siento la necesidad de estar con él y de abrazarlo.

¿Qué me estás haciendo, Sebastian Decker?

—No lo haré si prometes que nunca más me humillarás de esa manera, que no volverás a juzgar el motivo que me llevó a aceptar tu dinero —me impongo.

—No te juzgo, solo... estaba celoso.

¡Oh, Jesús! ¿Cómo no me di cuenta? ¿Es por eso que se puso así? Pero no lo comprendo. ¿Ya no se trata solo de algo carnal, como aseguró que sería?

Claro que no hay más, Keira. Él es un hombre pasional, controlador y prepotente. No se trata de sentimientos hacia ti, sino de defender su hombría de macho alfa.

—Pues tienes que confiar en mí. Soy una mujer de palabra —afirmo, haciendo acopio de toda mi fuerza interior para no decirle la absoluta verdad, que no quiero estar con nadie más que con él. Pero ¿en dónde me dejaría eso? Muy mal parada, es claro. Lo nuestro —si puedo llamarlo así— no es más que un acuerdo comercial.

—¿Estamos bien entonces? —Escucho esperanza y ansiedad en su voz.

—Todavía estoy enojada contigo, no soy una máquina que cambia de función con tocar un botón, pero sí, ahora que aclaramos ese punto, estamos bien. —Mi tonito no es nada agradable, pero al menos le estoy hablando—. Tengo que dejarte, estoy muy cansada.

Escucho un profundo suspiro de su parte e imagino su aliento cálido soplando en mi nuca, erizando mi piel. La rabia pasa a un segundo plano y el deseo ocupa su lugar.

¡Oh, chica tonta! Qué débil es tu carne, recrimina mi lado moral.

—Gracias por atenderme, Keira. Buenas noches.

—Adiós —farfullo en tono neutral, tratando de no poner en evidencia lo mal que me ha dejado su suspiro inestable. Mírenme a mí, sacándole provecho a su momento de debilidad.

—¿Keira? —dice a manera de pregunta. Sí, sigo en la línea escuchando su respiración, sin ser capaz de pulsar el botón rojo para que la llamada llegue a su fin—. ¿Puedes decir mi nombre? —me rio ante su petición. Sé lo que intenta, pero no le daré eso. Lo quiero hacer sufrir un poco como un castigo.

—Buenos días para ti —digo con una risita burlona y termino la llamada. Que use su imaginación para resolver su asunto.

—Hedrick dime algo, por favor —pide Irlanda entre sollozos.

La mano de mi hermanita tiembla mientras sostiene la mía, sentada a mi lado en el sofá. Está muy

asustada y nerviosa. Su esposo llegó a primera hora de la mañana y, después de un largo silencio, en el que ella no se atrevía a decirle nada, le dio la noticia. Ahora Hedrick se encuentra en el sillón con la mirada perdida, con el rostro pálido y los puños cerrados.

—¿Qué quieres que diga? —pregunta sin mirarla. Su voz apenas sale de su boca.

—Hedrick... —pronuncia con suplicio.

Con un movimiento lento, sus ojos claros alcanzan la mirada triste y angustiada de su esposa. Temo lo que pueda decirle, odiaría que le rompiera el corazón... aunque parece que ella rompió el suyo primero.

—¿Vas a volver con él? —inquire con nerviosismo.

—¡No! Quiero estar contigo, pero no depende de mí —gimotea, secándose las lágrimas que no dejan de caer sobre su rostro.

—Está bien —murmura con un asentimiento—. Vamos a hacer esto juntos, solo si me dices que es mío.

—Pero...

—Solo dilo, bebé.

¡Oh Dios! Me rompe el corazón ver su mirada. Ese chico rudo está suplicando, casi a punto de llorar, por algo imposible.

—L-lo siento t-tanto —balbucea Irlanda y esconde su rostro entre sus manos. Hedrick se levanta del sillón, se arrodilla en el suelo frente a ella y descubre su rostro.

—Será mío porque lo he decidido, bebé. Yo seré su papá —pronuncia con voz temblorosa.

Mi corazón salta de la emoción en mi pecho. Lo que acaba de decir es lo más hermoso que he escuchado en mi vida. Si pudiera, lo abrazaría ahora mismo, pero mi hermana tiene la misma idea, se lanza sobre él y rompe en llanto entre sus brazos.

—¡Oh mi Dios! Te amo tanto Hedrick —le dice sin soltarlo.

Él le acaricia la espalda con las palmas de sus manos mientras un par de lágrimas se escurren de sus ojos.

—Yo también te amo, bebé —contesta antes de darle un beso en el costado de la cabeza.

Capítulo once

Es la segunda vez que vengo al apartamento de Sebastian, pero ahora no se está celebrando una fiesta como aquella vez, aquí no hay nadie más que su ama de llaves y yo. ¿Y por qué estoy aquí? Por estúpida. Es que yo pensé que estaba haciendo una gracia, al enviar aquí la ropa que compré con Juliet, y me salió una morisqueta. Para qué alquilar una suite en un hotel, si puedo vestirme en su elegante y enorme ático en el Upper East Side, donde hay una habitación con un enorme armario repleto de ropa y zapatos de mi talla. ¡Obvio que no tiene sentido!

Mientras espero que el alemán llegue, camino inquieta por una sala con grandes vistas de Manhattan, la misma en la que él dijo sin descaro que me haría suya esa noche... y lo hizo. A la luz del día, todo se ve distinto, más brillante, suntuoso e imponente de lo que recordaba. Desde esta altura, uno llega a sentirse poderoso e invencible, muy conveniente para inflar el ego de cualquier hombre. Y no es que él necesite de un lugar así para sentirse poderoso, ese hombre pudiera vivir en la calle y, de igual forma, perturbarte con su presencia. Lo que llama mi atención es que no hay fotografías suyas, o de cualquier otra persona, en ninguna de las dos salas que he visitado. ¿Será así también en su habitación? Quizás sí. Todo aquí es frío e impersonal como él.

—Lamento hacerte esperar —pronuncia el hombre que me tiene loca. *No pierdas la calma. ¡No pierdas la calma!*, grito en mi cabeza mientras, con una teatral vuelta, enfrento a mi *debilidad alemana* de metro ochenta y candentes pupilas místicas—, estaba en una reunión y pensé que llegarías a las seis —se excusa, caminando hacia mí sin mirarme, está idiotizado con su estúpido teléfono móvil.

—En el e-mail decía a las cuatro —replico con un tono de disgusto. Pero cuando él se detiene, a cinco pasos de mí, y me avasalla con su mirada profunda e intensa, me olvido de todo. Sebastian Decker es una fuerza de la naturaleza y yo gravito a su alrededor.

—Mi error —murmura, dando un paso más.

—P-puedo venir más tarde —me regaño por el titubeo inicial. Se supone que aquí, frente a él, mis escudos tienen que ser de titanio.

Sebastian cierra el espacio que nos separa, alcanza mi mentón con sus dedos índice y pulgar, y luego dice una palabra contra mi boca, cerca, a punto de besarme:

—Quédate.

Soy nada.

Él lo es todo.

Me odio por ser tan débil.

Lo odio por hacerme sentir que lo soy.

—Keira... —mi nombre en su boca me embriaga, me hace sentir mareada y desposeída. Ante él, cedo mi territorio, dejo que lo gobierne y se haga rey—, deja de luchar.

—Tengo que hacerlo —musito con la poca voluntad que me queda—, tú hueles a peligro.

—¿Qué quieres de mí? ¿Mi corazón? —demanda con rigor. Y sin esperar mi respuesta, añade—: te lo daría si pudiera. —Sus ojos irradian tristeza mientras sus dedos tiemblan sobre mi mentón.

—No quiero ni espero nada de ti. —Doy un paso atrás, renunciando al placer que su pequeño pero poderoso contacto le ofrecía a mi cuerpo—. Estoy aquí por una sola razón.

—Mientes —sisea—. Quieres que te folle, lo has deseado desde la última vez que pasó y solo finges que no. ¿Qué intentas demostrar? ¿Crees que pensaré mal de ti si te acuestas conmigo después de haberte pagado? Pues no lo hago. Ese dinero no significa nada para mí ¿no lo entiendes? Pero tú... —resopla, bajando la cabeza. Su mano derecha desanuda su corbata mientras la izquierda la mantiene apretada en un puño—. Olvídalo. Te libero del contrato.

—Sebastian... —profiero con un hilo en mi voz.

—Vete, Keira. No puedo hacer esto ahora —pide sin mirarme. No soy capaz de moverme, no quiero hacerlo. Sé que si me voy, nunca más lo veré y es esa certeza la que me mantiene aquí, esperando por algo que ni sé qué es—. ¿Por qué sigues aquí? ¿No era eso lo que querías?

—No —contesto tajante.

—¿Es por el dinero? —inquieta con cierta reserva. Sabe que está caminando sobre arenas movedizas por nuestra última discusión, cuando me echó en cara que cobré su cheque sin demora.

—Si se tratase del dinero, estaría en tu cama ¿no crees? —recrimino con la cabeza en alto, aunque no quiero discutir por el mismo tema—. Dices que deje de luchar contra lo que despiertas en mí, pero arriesgo mucho si lo hago. Sería fácil volvernos adictos, dependientes, y ninguno de los dos quiere eso.

—No tiene que ser así —replica, dando dos pasos al frente.

—Odias perder el control, lo has dicho, y no quiero ser un motivo. —No sé de dónde saco tantas excusas.

—Estoy más perdido sin ti que contigo —declara, tomándome entre sus fuertes manos, pegándome a la dureza de su cuerpo, haciendo flaquear mi voluntad...

No quiero seguir luchando. No quiero pensar más en lo que pasará mañana y en lo peligrosa y adictiva que es la droga Sebastian Decker.

—Keira... —susurra mi nombre mientras desliza la punta de su nariz por mi cuello, oliéndome... incitándome. Gimo débilmente cuando su lengua marca un trayecto ascendente hasta alcanzar el punto más sensible de mi oreja—. Déjame probarte entera, preciosa.

—¡Ummmm! —jadeo. Mis piernas comienzan a ceder, al tiempo que mi deseo palpita demandante.

—¿Quieres que lo haga, nena? —sus palabras vibran en mi oído y viajan al punto exacto donde lo

deseo.

—Q-quiero —baluceo.

¿Para qué mentir?

Sebastian no pierde tiempo y me lleva por un pasillo, casi corriendo, hasta una habitación a medio iluminar. El olor de su perfume danza en el aire como un claro anuncio de que esa es la suya. Le doy un rápido vistazo al lugar y me sorprende encontrar en el centro una cama tamaño king, flanqueada en cada esquina con doseles de madera que se unen al techo. ¿Será del tipo de hombre que le gusta atar a sus amantes? Mis pensamientos se diluyen cuando siento sus labios besando los míos con ferviente deseo. La ropa nos estorba, necesitamos sacarla de nuestros cuerpos y ser libres de sentirnos piel con piel, y nos ocupamos de ello a la velocidad de nuestra demandante fogosidad.

—Eres perfecta y hermosa. —Me contempla a cuatro pasos de distancia, como si fuese una valiosa escultura exhibida en un museo, pero no soy de piedra, en mi interior corre un río de ardiente deseo que está desesperado por hacer combustión entre sus brazos. Mi corazón palpita en mi garganta mientras lo veo acercarse. Su cuerpo desnudo es una delicia, y estoy hambrienta, ansiosa por alimentarme de cada parte de él. Me besa, hundiendo sus dedos en mi melena suelta con una de sus manos mientras la otra me abraza hacia su ondulado cuerpo, presionando la dureza de su virilidad contra mi vientre. Jadeo sobre sus labios, colmada de la pasión desenfrenada que desata el violento ciclón Sebastian Decker, y comienzo a palpar la suave pero firme piel de su pecho. Puedo sentir su corazón latiendo contra mis manos con una fuerza sobrenatural y temible.

—Me has hechizado, mujer —murmura, empujándome contra el colchón, cayendo sobre mí.

La tensión en mi centro de deseo se agudiza cuando su boca se adosa a la piel sensible de uno de mis pechos, incitándolo hasta que mi pezón se endurece. Alcanzo su mano libre y lamo sus dedos, uno a uno, ansiosa por tener en mi boca el grosor de su hombría. Él se detiene, busca mis ojos y, sin hablar, lo dice todo. El deseo es tan claro en sus pupilas como el agua de un manantial.

—Hazme tuya, Decker —susurro casi entre dientes.

—Eres mía, Keira. Hoy, eres mía —reafirma, rasgando el silencio de la habitación con la potencia de su voz.

Sebastian se pone en pie y camina hasta un buró frente a la cama. Mi pecho sube y baja con fuerza, alentado por la contracción de mis pulmones. ¿Qué está buscando? No lo sé. Lo único que quiero es que vuelva aquí y termine lo que había iniciado. Me apoyo en mis codos y lo miro mientras camina de regreso a la cama, mostrándome su desnudez sin recato... Y no me quejo. Decker es precioso de una forma brutalmente abrumadora. No puedo apartar mis ojos de él, enfocándome sin ninguna vergüenza en la dureza que se alza entre los pliegues de sus muslos.

—Cierra los ojos —ordena, arrodillándose entre mis piernas unidas. Cuando lo hago, cubre mis párpados con una venda negra que noté que traía en sus manos—. Si te sientes incómoda con lo que esté pasando, solo dílo, me detendré —asiento tres veces mientras me mojo los labios con la punta de mi lengua. Estoy ansiosa por descubrir lo que va a hacer conmigo.

El peso de su cuerpo abandona el colchón y, unos segundos después, una suave caricia toca mi rostro lentamente, marcando un trayecto descendente hasta rozar mi vientre. Separo las piernas, acatando su petición, y entonces siento un ligero fustigazo entre los labios de mi sexo que me llena de placer.

—Lo haré de nuevo, un poco más fuerte esta vez —advierte, pero no sucede enseguida y la espera me llena de ansiedad.

—¡Ahhh! —grito extasiada por el exquisito escozor que se despliega en mi sexo con el segundo azote. Quiero mirarlo, saber qué hace, pero a la vez, estoy a la expectativa de su próximo movimiento.

¡Oh! Ahí está su mano acariciando mi deseo, incrementando mi placer. Su juego es agónico porque estoy lista para recibir su virilidad en mi interior, pero me hace esperar, follándome con sus dedos, disfrutando de mis jadeos ahogados mientras me dice lo hermosa que soy y lo mucho que me desea. En algún momento, dejo de escuchar su voz y pronto descubro porqué, su boca tiene una misión: devorar mi sexo. Lame, succiona y golpea mi interior con sus labios y lengua, arrastrándome hasta el fondo de un abismo.

—Sebastian... —suplico porque se ha detenido antes de que pueda alcanzar el clímax. Me está torturando, sí. Esto es un castigo que quizás merezca por haberlo dejado fuera tanto tiempo, pero no quiero pagar hoy.

—¿Quieres que te folle, *süße*? Dime cuánto lo deseas —pregunta, privándome de sus caricias.

Estoy expuesta ante él, con las piernas separadas, y lo imagino frente a mí, mirándome con lujuria mientras aguarda por mi súplica como parte de su juego. Y no, no se trata de humillación, él solo quiere escuchar que diga lo que mi cuerpo grita, y eso está bien para mí.

—Sí, Sebastian. No me hagas esperar más. Ven aquí y tómame —le pido con una avaricia tan profunda que es vergonzosa. Pero eso deja de importar en el segundo que me arrastra hasta el borde de la cama, poniendo mis piernas en sus hombros, llenando mi interior con su virilidad.

—Te extrañaba tanto, nena. Te sientes tan bien —pronuncia entre gruñidos roncós.

No puedo hablar, no puedo decirle que también me hizo falta, que estoy aterrada por lo que esto está significando para mí. Solo jadeo y gimo a medida que se mueve en mi interior, cada vez más rápido y profundo.

—D-déjame... verte —mi voz fluctúa y no sé si ha llegado a escucharme.

Sebastian deja caer mis piernas a cada lado y luego, sin salir de mi interior, me atrapa entre el colchón y su cuerpo caliente para besarme con ávido deseo. Me mimetizo contra él, tocando la piel sudorosa de su espalda, ansiando llegar más lejos y atrapar sus glúteos entre mis manos, pero su peso me mantiene casi inmóvil.

—Puedes verme —dice, apartando la venda de mis ojos. Parpadeo un poco para poder adaptarme a la iluminación y me encuentro con algo extraño en su mirada, como una luz que lucha por alumbrar los rincones más sombríos de su interior. *¿Qué escondes?*—. *¿Encontraste lo que buscabas?* —pregunta con su penetrante mirada, nublando mi cordura.

¿Eso hacía? ¿Esperaba encontrar algo en sus ojos? Si es así, no fue a conciencia. Y como no tengo una

respuesta para su interrogante, lo beso.

Ahora, mi cuerpo ya no está sitiado debajo de su ser, él está tendido sobre la cama y yo encima suyo, sintiéndolo por completo en mi interior.

—Fóllame, Keira —ordena, acariciando mis muslos con las palmas de sus manos. Arqueo la espalda y comienzo a cabalgar su hombría con desesperación. Su boca se separa y libera su excitación con gemidos gruesos, varoniles... condenadamente adictivos. Él me recibe con la pelvis elevada mientras me sigo moviendo sobre su eje, determinada a llevarlo hasta su ansiado final. Me inclino hacia adelante y me complace ver el gesto relajado de su rostro, completamente entregado al placer que le proveen mis embates contra su sexo viril. Me gusta eso. Me encanta que los dos estemos en control, que ninguno domine al otro.

—Joder, Keira. No pares —pide alentado.

Fiel a su petición, presiono mi pelvis contra la suya lo más profundo que puedo, y con certeros movimientos de caderas de izquierda a derecha y luego de retorno, alcanzo mi liberación, desencadenando la suya.

—Quédate ahí —ordena cuando intento salir de él—, quiero recordar este momento. —Me mira con embeleso, dibujando en su memoria la imagen de mi cuerpo sobre el suyo. Y mientras sus ojos capturan la escena, acaricia mi vientre, mis pechos, mi cuello... *¡Ahhhh!, es una delicia sentir su tacto.*

Minutos después, aflojo las piernas y me dejo llevar por él hasta su pecho. Me abraza con calidez mientras respira pesadamente contra mi cuello, perpetuando la fusión de nuestras pieles.

A las seis de la tarde, Delia toca la puerta de la habitación de Sebastian para anunciar la llegada de la estilista que me arreglará para la fiesta. El alemán gruñe inconforme, estaba muy a gusto besándome el cuello como preámbulo, ya que no le bastó tenerme en su cama dos horas, quiere más.

—Creo que necesitas una ducha —sugiere.

—Umm... creo que sí, pero usted no está invitado.

—¿Por qué no?

—¡Ja! Sabes de sobra porqué. Dame un respiro, Decker —bromeo con una risita, escapándome de él.

—Cancelaré la fiesta. Quiero que seas solo mía esta noche —intenta.

—No puedes hacer eso —le digo mientras busco como loca la ropa en el suelo. Necesito vestirme, correr a la habitación donde está la estilista y darme una ducha rápida.

—¿A dónde vas? —se levanta desnudo de la cama.

Me muerdo el labio con picardía mientras noto lo listo que está para el siguiente asalto. ¡Ese hombre es insaciable!

—No des un paso más —ordeno, señalando hacia él con el dedo índice.

—¿Me tiene miedo, señorita Bennett? —Se regodea, avanzando con su andar soberbio y engreído.

—Saldré desnuda de aquí si sigues caminando. —Lo amenazo, dando pasos hacia atrás.

—Tengo un baño aquí que puedes usar —ofrece con una media sonrisa.

—No, gracias. Al lado hay una habitación que también tiene uno.

—Pero allá no estaré yo —argumenta a pocos pasos de mí. No hay más espacio detrás de mí, me encuentro contra la pared, literalmente.

—E-esa es la i-idea —mi voz flaquea. Está logrando su objetivo—. Sebastian, por favor —suplico.

—Te estás portando mal, Keira. Debería castigarte. —Apoya sus palmas abiertas contra la pared, dejándome cautiva.

—No me gustan los castigos.

—Pero disfrutas haciéndome sufrir —replica con la mirada endurecida.

—No sabía que lo hacía. —Su cálido aliento comienza a embobarme. No sé qué tiene ese hombre, quizás sea un veneno tóxico que secuestra mis sentidos.

—Ignoras muchas cosas, *meine süße verderbens*^[5] —pronuncia en alemán mientras envuelve sus manos entre las mías, llevándolas por encima de mi cabeza—. ¿Sabes cómo me haces sufrir? —pregunta, mirándome a los ojos—. Alejándote de mí —me planta un beso en el hombro—, ignorando mis llamadas —besa mi clavícula—, rechazándome.

—¡Ay! —me quejo. Pellizcó mi pezón con sus dientes. Enseguida, acaricia su doloroso —y placentero— ataque con la punta de su lengua. ¡Ah, carajo! *El insaciable alemán me tiene como quiere*—. ¿Me vas a dejar así? —reclamo, cuando suelta mis manos y camina hacia la puerta del baño. Estaba más que dispuesta a seguir adelante.

—Ese, nena, es tu castigo. —Cruza la puerta y me deja ahí, desnuda contra la pared.

Le aplico la ley del hielo de camino a la fiesta. Estoy muy enojada con él por incitarme y luego dejarme en la habitación con una calentura que ni el agua fría de la ducha logró apagar.

¡Imbécil engreído! Ya verás cómo te hago pagar por tu crueldad.

—¿Vino, nena? —pregunta, desde su esquina de mierda. Terminó ahí, cansado de perseguirme dentro de la limusina. Cada vez que se sentaba a mi lado, cambiaba de lugar—. Vamos, dulzura. Solo tengo esta noche contigo y no quiero pelear. Ven conmigo. —Lo ignoro. Eso le enseñaré a no jugar conmigo—. *Scheiße, ich bin ein idiot.*^[6]

¡Uh! Por la forma en que se frota las sienes, creo que dijo una palabrota.

Pongo los ojos en blanco y le hago compañía al *alemán gruñón*. No vaya a explotarle la cabeza.

—Espero que hayas aprendido la lección —advierto con altanería.

—¿Ves? Disfrutas con mi desdicha —insiste con lo mismo.

—¡Ja! Mira quién habla —ironizo.

—¿Y si levanto tu falda y te pago por mi injuria?

—¡No! —grito, pero el calor en mi entrepierna dice otra cosa—. Sírveme una copa y pórtate bien, puede que te perdona cuando la fiesta termine.

—Estaré rogando toda la noche —bromea y, sin poder evitarlo, estampa un beso en mi boca.

—Es usted tremendo, señor Decker —digo seria, pero en mi interior estoy muerta de la risa. Me siento muy cómoda con él. Lo que pasó hoy en su habitación —antes de su “castigo”—, cambió las reglas del juego para ambos. No sé qué somos, y no pienso especular en ello, pero sin duda aquí pasa algo que los dos, descaradamente, pretendemos ignorar.

—Por ti, cualquier cosa, *sübe*.

—¿Necesitaré un diccionario? —pregunto, enarcando una ceja.

—Dulzura, eso significa. —Me entrega la copa y se sienta de nuevo a mi lado, sin perder la oportunidad de dejar su mano sobre mi rodilla. Me salva que el modelito de hoy no deje mi pierna al desnudo, lo que el calor de su piel le hace a la mía no es de Dios.

La fiesta tiene lugar en un salón del *New York Marriot East Side*, con menos asistentes de lo que esperaba. Pude contar diez mesas, con seis puestos cada una, mientras caminaba del brazo de Sebastian. Como siempre, me presenta a un montón de gente de la que jamás recordaré el nombre. Entre los invitados, me alegra ver a Cameron y a su esposo. Se ve hermosa en ese vestido amarillo, nadie diría que está embarazada. Es obvio, con su delgadez, quizás no se le note hasta que entre a las veinte semanas. Me pasó con Ángel, mi vientre lució casi plano la mitad del embarazo y luego ¡boom!, apareció una gran panza. La saludo con la mano desde la distancia, pero espero poder hablar con ella cuando Sebastian me dé un respirito. En este momento, está hablando con su socio y amigo Will Baker, quien está muy bien acompañado de su esposa Amelia. Ella es muy amable y afectiva, me dio un abrazo entusiasta y dijo que le alegraba vernos juntos de nuevo. Parece que esa es su personalidad y no un efecto secundario de lo emocionada que estaba el día de su boda.

—Sigue en pie nuestra invitación para Año Nuevo. Nos gustaría mucho que nos hicieran compañía — comenta Will con una sonrisa.

—Ya veremos —contesta Sebastian sin pizca de simpatía, parece que hubiera chupado un limón ante la invitación de su amigo.

No mucho después de eso, dejamos a los Baker y avanzamos hasta el final del salón, donde está la única persona con la que puedo conversar tranquilamente. Sebastian aparta mi silla y me siento junto a Cameron, quien me saluda enseguida con un beso en la mejilla y no pierde momento de halagar mi vestido azul, que hace juego con la corbata de la máquina Decker. Sí, volvió a su pesada arrogancia de mierda desde que habló con su socio Will.

—Vuelvo en unos minutos —dice él, después de saludar a los demás invitados que ocupan la mesa.

En el salón, el ambiente es muy festivo, decorado con guirnaldas, luces de Navidad y hasta un árbol de pino adornado de forma muy elegante. La música que suena en los altavoces también concuerda con el ambiente decembrino, aunque no creo que la haya elegido el alemán gruñón. La mayoría de los invitados son empleados de Decker Enterprise, pero no me pregunten qué hacen en su empresa, no tengo ninguna

idea. Sebastian y yo no hemos hablado de nada que incluya su empresa, su vida o sus asuntos privados. Confieso que lo busqué en Facebook, pero el hombre no maneja ninguna red social, cosa que es bastante inusual en esta era. Pero vamos, yo tampoco tengo Facebook, lo cerré cuando dejé a Robert. También husmeé en la página oficial de su empresa, sin encontrar nada que me diera un indicio de cómo es su familia o si tiene una.

Bueno, debe tenerla, al menos que sea huérfano. Pero no tendría tanto dinero de ser así. Pensándolo bien, él mencionó una vez que no iba a conocer a su familia, es decir, que existe. ¡Mierda! ¿Y si es casado? No, lo dudo. Sus amigos lo sabrían.

—¿Me estás escuchando, Keira? —pregunta Cameron, espantando la neblina que inundó mi cabeza.

—Lo siento, no.

—Te estaba invitando a mi fiesta de cumpleaños. Es el veinte de diciembre en nuestra casa en Los Hamptons.

—No sé si Sebastian esté en la ciudad para esa fecha —uso de excusa.

—¡Ah!, pero no es problema, puedes ir sin él. Alicia, la organizadora de eventos, se está encargando de todo y será muy divertido. Puedes llevar a una amiga si quieres.

Se ve tan feliz que no sé cómo negarme. No creo que confraternizar con las amistades de Sebastian, sin que él esté ahí, sea bueno. Me gustaría hablarlo con él antes.

¿Qué hago?

Pues voy a improvisar.

—Me encantaría ir, pero no he decidido dónde pasaré las fiestas. Puede que vaya a Miami con mi hermana.

Cameron insiste ante la posibilidad y terminamos compartiendo números de teléfono, por si decido quedarme en la ciudad. Le mentí, claro que estaré aquí, pero necesitaba un buen pretexto.

—¿Con qué descarro se presenta aquí esa mujer? —dice una muy indignada Cameron. Miro hacia donde apuntan sus ojos y encuentro que “esa mujer” está muy cerca de Sebastian.

—Tranquila, cielo. No creo que se quede —concilia su esposo, acariciándole la espalda.

No quiero ponerme en evidencia y preguntar quién es, pero me muero por descubrirlo. Es claro que ella y Decker se conocen muy bien, hasta le está sonriendo con frescura —él a ella—, sin importarle una mierda que yo pueda verlo.

¡Claro! Qué le va a importar, yo soy solo su acompañante. ¿En verdad pensaba que acostarme con él me daba derecho a más? ¡Soy una estúpida!

—Disculpen, necesito ir al tocador. —Me levanto rápido de la mesa sin darle tiempo a Cameron de decir que va conmigo. Necesito drenar mi impotencia sin testigos. El problema es que no tengo idea de dónde queda el jodido baño.

Miro disimuladamente alrededor del salón, pero no veo ninguna puerta que parezca ser la correcta.

No importa, ya la encontraré.

Camino hacia la salida —cerca de donde se encuentra el imbécil alemán con la escuálida rubia peli

teñida de tetas operadas—, con paso seguro y elegante. Llevo mi cabeza muy en alto. Nadie me hará sentir inferior, y menos esa.

—Keira, ¿a dónde vas? —pregunta él, siguiéndome. No respondo y sigo avanzando hasta cruzar la puerta—. No te puedes ir —asevera.

Claro que no puedo irme, me paga para que esté aquí. No sé para qué, si me ha dejado sola desde que llegamos.

Me giro con soberbia y lo enfrento, diciendo con altanería—: Sé cuáles son mis deberes, señor Decker.

—Nena... —suspira, dando largas zancadas hasta atraparme entre sus brazos—, sabes que no me refiero a eso.

—Deja de decirme nena, pareces bobo —me mofo.

—¿Por qué estás tan enojada?

¡Ay!, pero mírenlo a él con su cara de yo no fui. ¿Acaso cree que soy pendeja? Ese tuvo algo con la rubia siliconada.

—No estoy enojada —siseo.

—Es un alivio, pensé que lo estabas —*¿Se burla de mí? Sí, eso hace. Veo la risita dibujada en sus estúpidos labios*—. Ella no es nadie para mí, Keira.

—¿Quién? —me hago la idiota.

—Sé que nos viste, por eso estás furiosa, pero entre Vanessa y yo ya no hay nada.

«Ya no» esa es la clave. Significa que hubo y, por la forma en la que la miraba, la palabra “nada” está viciada.

—No tienes que darme explicaciones, Decker. Tu vida privada es asunto tuyo. Ahora, suéltame que tengo que llegar al baño. —Necesito esconderme unos minutos para no romper en llanto delante de él.

No sé qué me pasa. No debería sentirme así cuando sé muy bien que nunca habrá un “nosotros”.

Él me mira fijo a los ojos, pero como si no me viera realmente. Parece absorto en algún pensamiento y, no mentiré, me asusta un poco. Pero de un momento al otro, sale de su trance y comienza a caminar, llevándome del brazo.

—¿Qué haces?

—Nos vamos de aquí —sisea mientras avanza hacia la salida del hotel.

—No puedes hacer eso. —Me zafo de él.

Sebastian se gira hacia mí, pone sus manos en jarra a nivel de sus caderas y exhala fuerte, como si estuviera drenando su rabia con ese suspiro.

—No quiero estar aquí, Keira. Esto es un mero compromiso social. Lo que en verdad deseo es estar pegado a ti toda la noche porque me iré en la mañana y no podré volver en semanas.

—Pero no puedes irte así —insisto, a pesar de que dijo que no vendrá en semanas. Saberlo me perturba, comienzo a extrañarlo sin que se haya marchado y no puedo sentirme de esa forma, no debería.

Da un paso al frente, luego dos más y llega a mí, rodeando mi cintura con sus brazos—: Puedo hacer lo que quiera, nena. Soy el jefe —dice con una sonrisa descarada.

—Volvamos a la fiesta —murmuro cerca de sus labios, aunque quiero irme de aquí ahora—. Después de la cena, iremos a dónde quieras para hacer lo que desees.

—Es una propuesta demasiado tentadora para rechazarla —argumenta. Completo el pequeño espacio que me separa de sus labios y lo beso sin importar que la gente nos esté mirando.

—Olvidemos la cena —murmura, notablemente alentado a llegar más allá de mis labios.

—Es que tengo hambre —confieso. Sé muy bien que si nos vamos, todo lo demás quedará en segundo plano y necesito alimentarme.

—Vamos entonces —sonríe. ¡Cómo adoro su sonrisa!

Después de verificar que mi labial no se haya corrido, regresamos al salón y caminamos derecho a nuestra mesa. Al final, no supe qué implicó su relación con la tal Vanessa, pero no tengo intención de remover ese tema por ahora.

Luego de algunos aperitivos, y bebidas, sirven el plato principal y mi estómago lo agradece. Estaba tan hambrienta que por poco olvido la etiqueta y me devoro todo como una bestia.

—¿Bailamos? —pregunta mi delicia alemana con su mano tendida hacia mí. Me levanto de la silla, con elegancia, y alcanzo su mano. Mientras caminamos al centro de la pequeña y solitaria pista —porque nadie se ha animado a bailar—, Sebastian susurra una frase que me desconcierta y emociona en las mismas proporciones:

—Esta es nuestra canción.

Me recuesto en su pecho, como la primera vez que bailamos, y pongo mis manos en sus hombros. Él lleva las suyas a mi espalda baja sobre la tela de satén de mi vestido; es el primer modelo que no deja mi piel descubierta y lo lamento. No sentir sus manos calentando mi espalda me hace echar de menos aquel escote.

Mientras nos balanceamos al ritmo de aquella melodía suave, escucho con atención la letra.

*Estoy acostado solo,
con la cabeza en el teléfono,
Pensando en ti hasta que me duele.
Sé que tú también estás dolida
pero qué otra cosa podemos hacer,
¿Atormentados y separados?
Deseo poder llevar tu sonrisa
en mi corazón
Para los momentos en que mi vida
parece tan depresiva.
Me haría creer en lo que el mañana
podría traer
Cuando el hoy realmente no sabe,
realmente no sabe.*

*Estoy totalmente sin amor,
estoy tan perdido sin ti.
Sé que tenías razón,
creyendo durante tanto tiempo.
Estoy totalmente sin amor,
¿qué soy sin ti?
No puedo tardar más en decir
que estaba tan equivocado
Quiero que vuelvas y me lleves a casa,
lejos de estas largas y solitarias noches.
Estoy tratando de alcanzarte,
¿lo sientes tú también?
¿La sensación parece tan buena?
¿Y qué dirías si te visitara ahora?
¿Y dijera que no puedo esperar?
No hay un camino fácil,
se hace más difícil cada día.
Por favor ámame o me iré, me iré*[\[7\]](#).

El contenido de esa canción me abruma. Dice muchas cosas que van en contra de lo que somos, de lo que él nos limita a ser. Preguntas, cientos de ellas llenan mi cabeza, y me aturden. ¿Por qué me pide amor? ¿No afirmé que lo nuestro era solo sexual? ¿No me dijo hace unas horas que no puede darme su corazón, y quiere el mío?

—¿Keira, estás bien? —me toma unos momentos darme cuenta porqué lo pregunta. Estoy temblando entre sus brazos.

—No pu-puedo —balbuceo contra su pecho.

—¿Qué no puedes, nena? —inquire con preocupación a la vez que acaricia mi espalda con dulzura.

Amarte, eso respondería si mi voz no se hubiera extraviado junto con mi cordura. ¿Por qué no puedo amarlo? Porque expondría mi corazón al dolor y no quiero que ni él, ni nadie más, lo vuelva a romper. Y para que comprenda mis razones, tendría que saber mi historia y no estoy preparada para contarla.

—Quiero irme —pido, sin ser capaz de mirarlo a los ojos. Me siento tan estúpida.

¿Jamás seré capaz de escuchar de nuevo la palabra amor? ¿Nunca más podré querer a alguien así?, me cuestiono mientras él me lleva de su mano hasta la salida del hotel.

Me sorprende ver que la limusina nos está esperando en el frente. Asumo que Sebastian la pidió y, por andar perdida en mis cavilaciones, no escuché nada.

—Dime a dónde vamos, Keira —pregunta con el ceño fruncido. Su voz suena inquieta. No comprende qué me está pasando y no estoy segura si lo entendería si se lo dijera. Pero si solo tenemos esta noche, sin saber cuándo lo veré de nuevo, quiero estar a su lado, sin explicaciones ni promesas.

—A tu apartamento.

Capítulo doce

—Tengo que confesar algo —farfulla, acariciando la piel desnuda de mi espalda. Mi corazón se acelera ante su aseveración. Apenas me recupero de la letra de aquella canción y tengo miedo de lo que pueda revelar. Me costó varias copas de vino relajarme para terminar así, recostada sobre su pecho. Esta vez, fue muy dulce, me llenó de besos y caricias, susurrando palabras tiernas a mi oído, cautivándome lentamente hasta que estuve lista para entregarme a él...—. No necesito venir tan seguido a New York, mi propuesta fue desesperada. Necesitaba una excusa para poder verte.

¿Latidos, dónde están? Literalmente, no siento mi corazón. Quizás explotó en mi pecho.

—No sé qué decir —pronuncio cuando encuentro mi voz. Creo que pasaron varios minutos, muchos, de hecho.

—No espero que lo hagas, *süße*. —Me encanta cuando habla en alemán, es una delicia escuchar su voz con ese acento—, solo quería que supieras porqué mis viajes duran tan poco. Tengo más compromisos en Alemania que aquí. —Sigue dibujando caricias en mi piel, enloqueciéndome. *Y no, no podemos hacerlo de nuevo. ¡Es suficiente!*, dice mi parte racional, pero otra voz grita *¡dale al cuerpo lo que pide!*

—¿No puedes quedarte un par de días más? —hago morritos.

—Ojalá pudiera —contesta serio.

Quisiera preguntarle por su familia, pero siempre me encuentro en un callejón sin salida cuando me pica la curiosidad. ¿Y si él también quiere saber de mí? Me aterra la idea de hablarle de Ángel. No soportaría que lo rechazara.

Me quedo dormida sobre el pecho de Sebastian poco después de eso. Estaba despierta desde temprano y, entre tanto ejercicio, me sentía muy cansada.

Una suave caricia en mi mejilla me despierta temprano en la mañana. Sigo desnuda, envuelta entre las sábanas blancas de su cama, cuando abro los ojos y lo veo de pie, usando un traje formal y exudando poder y elegancia.

—Buenos días, señor Decker —digo con la voz ronca.

—Buenos días, señorita Bennett —sonríe—. Tengo que irme, nena.

—¿¡Ya!? Es muy temprano —me quejo con malcriadez.

Se sienta sobre el colchón, acaricia mi rostro con sus largos dedos, y luego me besa. ¡Se está despidiendo y no quiero!

—Haré lo posible por venir antes de que termine el año —promete, mirándome a los ojos, como si quisiera decir algo más, puede que lo mismo que deseo decirle yo, *te voy a extrañar*—. Te llamaré a diario, *meine süße verderbens*.

—¿Acaso dijiste una guarrada? —bromeo.

—Mi dulce perdición —traduce, sin apartar sus pupilas grises de las mías. ¡*No te vayas, Sebastian!*, suplico en mi interior—. Pensaré mucho en tu dulce coño —agrega y me parto de risa. No hay una palabra más grotesca que esa. ¡La odio! Pero en su boca suena graciosa.

—Entonces yo pensaré mucho en tu polla.

—Es usted traviesa, señorita Bennett —dice con un gruñido.

—¡Umm...! Puedo serlo cuando me lo propongo. —Me muerdo el labio inferior con picardía y, con el propósito de dejarlo flipando, aparto las sábanas de mí, deslizo una de mis manos por mi piel desnuda hasta llegar al sur y me toco delante de él, sin recato alguno.

—*Scheiße, diese frau wird mich töten*^[8] —pronuncia, pasando ambas manos por sus cabellos. ¿Qué dijo? No sé y no me importa.

—Buen viaje, Decker —digo con tono seductor—. ¡No, no! ¡Suéltame! —chillo cuando me arrastra al borde de la cama, separa mis piernas y... ¡*ah!*, *carajo. Eso se siente bien*.

—Tú te lo buscaste, nena. —Habla entre mis pliegues antes de asaltarlos con su magistral boca. No pierde tiempo, va directo a mi lugar sensible y comienzo a volar a bordo de un cohete hasta llegar a dónde debo. Sin darme tregua, gira mis piernas, instándome a que me sostenga en cuatro patas, azota dos veces mis glúteos con su palma abierta, y luego me penetra duro y profundo, acariciando mi trasero para calmar el escozor que me dejó su arrebató.

—La próxima vez, no quiero usar un puto condón. Toma la píldora o lo que sea, nena —gruñe mientras me embiste. Estoy de acuerdo, quiero eliminar esa barrera, pero no deja de ser placentero sentirlo así. Mis gemidos son prueba de ello.

Veinte minutos después, Sebastian se ha ido. Ya lo extraño.

Me levanto de la cama y me meto en el baño para darme una ducha y volver a la realidad. Entre estas cuatro paredes, uno puede perderse... y más con un hombre como Decker complaciéndome sin descanso. Tampoco estuve totalmente aislada, le escribí a Jess anoche para pedirle que me echara una mano con Ángel, a pesar de que Pamela estaba atendiéndolo. Ante todo, soy madre, y si mi hijo me llegara a necesitar, iría corriendo a estar con él. Y no, no puedo sentirme mal por dejarlo una noche, me he dedicado a Ángel desde que nació, olvidándome de mí, y creo que no me hace mala madre tomarme este tiempo, y menos cuando está al cuidado de personas competentes y amorosas.

Cuando estoy lista para irme, bajo en el ascensor hasta el lobby del edificio y busco la salida. Sebastian puso a disposición un auto para mí, pero insistí en irme por mi cuenta. Prefiero mantener en secreto mi dirección por un tiempo, quiero estar segura del rumbo que tomará todo esto antes de decidir cualquier otra cosa. El problema fue buscar una excusa que no incluyera todo eso; terminé diciéndole que me reuniría con una amiga en un café cercano a su apartamento y pareció funcionar.

—Estoy que me caso en el ayuntamiento —se queja Jess con fastidio—. Si no es una cosa, es otra. ¡Estoy harta y todo es tu culpa! —le grita a Leandro.

Casarse saca el lado más oscuro de la gente. ¡Dios me ampare!

—¿Qué hice yo? —dice aquel, más confundido que cura en Bar Mitzvá^[9].

—¡Ja! Hazte el tonto —replica, cruzándose de brazos.

—Solo está nerviosa —intervengo—, pero para eso estoy yo con un estupendo plan: contrataremos a una organizadora de bodas.

—¡No! Ya gastaste un montón de dinero en lo que tú ya sabes, para sumarle más. No lo voy a aceptar, Keira.

—Es por mi propia salud mental. Si sigo escuchando tus quejidos, me vas a volver loca.

—¡Y a mí! —asevera Leandro. Le lanzo una mirada hostil por su exabrupto y él toma la sabia decisión de irse a su habitación.

Le insisto a Jess hasta para que acepta mi oferta. No quiero que siga estresada con los planes y termine como Julia Robert en Novia a la Fuga. Después de sacarle un resignado sí, trato de pensar en alguien que pueda ayudarme con esto y entonces recuerdo a Cameron. Ella mencionó algo de una organizadora para su fiesta. La llamo enseguida, la boda será en menos de un mes y necesitamos resolver eso urgente.

Cameron se escucha muy contenta y es muy amable al darme el número de la organizadora, después de haberle aclarado que no sería mi boda con Decker. No sé por qué pensó en esa posibilidad, no se me había cruzado esa idea por la cabeza ni una vez. Pero ahora que lo mencionó...

Nada, Keira. Lo de ustedes es negocio y placer, solo eso.

—Te sonrojaste —se burla Jess cuando termino la llamada—. ¡Ay, Keira! ¿No te estarás enamorando del alemán?

—¡Claro que no! —grito a la defensiva.

—¿Cómo estás tan segura? Sabes que nosotras no somos como ellos de insensibles, tenemos un corazón débil y me preocupa que resultes herida.

—Que pase lo que pase, no quiero seguir atada al miedo de un corazón roto.

—Bueno, tú sabrás —dice con reticencia. Sé que no está de acuerdo con nuestra “relación”, pero estoy atada a Sebastian, no solo por el contrato, sino por lo bien que me siento al estar con él. ¿Y si dura poco?, que así sea. La mecha está encendida y habrá fuego hasta que la vela se derrita.

La mañana de Navidad, me despierto con el incesante repique de mi teléfono móvil. Lo busco a tientas en la cama sin querer desenvolverme del cobijo calentito de mi edredón. Pasó la noche nevando y el frío se filtra en las paredes de la habitación, a pesar de que la calefacción está encendida.

—Hola —respondo con la voz ronca. Me excedí con el vino anoche y me desaté a cantar como una demente.

—Feliz Navidad, prinzessin^[10].

—Feliz Navidad, desconocido. Ya olvidé tu rostro y tu olor —dramatizo.

—¿Y qué recuerdas, nena? —*Este Decker es un perverso.*

—¡Umm...! casi nada. Eres fácil de olvidar —miento.

—Entonces no recuerdas la última vez que estuve entre tus piernas y lamí tu coño.

—Tengo una remota imagen de eso —bromeo entre risas. Sabe lo que provoca en mí que use esa palabra—. Dime que vienes a la ciudad para evitar que olvide quién eres.

—No puedo —su tono es brusco y eso me desconcierta. No le estoy pidiendo que se mude conmigo ni mucho más—. Lo siento, no quise ser grosero. Es que me siento frustrado por no poder estar allá contigo. —*Dame una razón, déjame entrar en tu vida para que dejar que tú también entres en la mía*—. Vuelve a dormir, nena. Te llamaré más tarde.

—Yo también te extraño, Sebastian. —Me atrevo a decir. Estoy cansada de despedidas frías y sin sentimientos. No somos dos desconocidos. Hay mucho más detrás de las veces que tuvimos sexo y de las llamadas calientes que protagonizamos casi a diario.

—Lo sé —*¡Pero mira pues! ¿Eso es lo que merezco por exponer mis sentimientos?*—. Podemos jugar más tarde si quieres.

¿Qué? ¡No! Él no acaba de decir que... ¡Claro que lo hizo! Usó una carta sucia y me lastimó.

—Siempre quiero —digo, ocultando mi conmoción.

¿Cómo puede pensar que hablaba de sexo? No encuentro una razón lógica. A menos que... ¡es una pantalla! Está tratando de ocultar sus propios sentimientos.

No, puedo estar racionalizando esto de manera equivocada. Porque, ¿y si en verdad solo soy para él la mujer que desata sus pasiones y nada más? ¿Y si no soy la única? Tengo que remarcar la línea que divide la lujuria de los sentimientos. Jess tiene razón, él puede herirme.

—Hablamos más tarde. —Finalizo la llamada y me cubro la cabeza con la cobija. ¡Esa conversación me deprimió!

Pasa una hora antes de que decida levantarme. Estaba tratando de volver a mi placido suelo, pero no pude. Ángel sigue dormido, estuvo casi toda la noche despierto y lo acosté junto a mí para cuidarlo mejor. Hace unos días, tuvo otro episodio fuerte de convulsión, a pesar del estimulador sensorial. El neurólogo dijo que eso podía pasar, pero estaba rogando porque no fuese así. Con cada ataque, su cerebro se debilita más y se agudiza la rigidez de sus brazos y piernas. Es como dar un paso al frente y tres atrás. Me frustra y enoja de la misma manera. *Si tan solo pudiera hacer más por él...*

Me seco las lágrimas que nublaron mi visión mientras lo observaba y decido alejar la negatividad. Sé que he hecho lo humanamente posible por él y que, a pesar de todo, está bien. Jess dice que soy la mejor madre del mundo, que sin mí, Ángel no seguiría con vida, y recordar eso es el incentivo que requiero para alejar la tristeza.

—Buenos días —pronuncia mi amiga en voz baja para no despertarlo—, tu desayuno espera en la cocina. Ve, yo me quedo con él.

—Eres tan dulce —digo con una sonrisa.

—Sí, díselo a Leandro —bromea.

¡Ay!, es que sí, a veces se pone muy ácida con su novio y el pobre tiene que aguantarla. Lo peor es que ella sabe que lo hace y no busca la manera de cambiar su actitud. Sospecho que sigue sintiéndose insegura; lo que su padre le hizo la marcó de una forma tan brutal que le cuesta confiar en los hombres. Pero si quiere que su matrimonio funcione, tiene que buscar ayuda.

—Jess...

—Lo sé, Keira. Estoy pensando en ir a terapia —confiesa, como si leyera mis pensamientos.

—¿Sabes que te quiero mucho, verdad? —pregunto en tono conciliador.

—Claro que sí, negra. No me soportarías si no fuese así —sonríe, pero en sus ojos veo la nostalgia.

Su vida no ha sido nada fácil, creció en un hogar disfuncional rodeada de drogas y alcoholismo. Su madre murió de sobredosis cuando ella tenía siete años y Jess quedó al “cuidado” de su padre, un borracho que llevaba mujeres a su casa, sin importarle que su hija pudiera ver lo que hacía con ellas.

Le devuelvo el gesto y salgo de la habitación para ir por mi desayuno, pero me encuentro con una enorme sorpresa.

—¡Estás loca, Landa! —grito.

¿Cómo se le ocurre viajar la mañana de Navidad? Los aeropuertos deben ser un caos y con la nevada... ¡Ah!, qué más da, mi hermanita está aquí.

La abrazo y me emociona sentir su vientre crecido. Ya está en sus veinte semanas de embarazo y comienza a notarse.

—No estaba en los planes, pero no podía seguir viendo a mi chica triste —contesta mi cuñado con un guiño.

—¡Traje obsequios! —celebra Irlanda con aplausos. Parece que no quiere que sepa la razón de su tristeza. Lo voy a dejar pasar, por ahora—. Este es para ti, el de Ángel lo puse debajo del árbol para que lo abramos junto con los demás.

La pequeña cajita que me entrega Landa contiene un nuevo iPod. Le había mencionado que el mío se estaba dañando y me compró uno. ¡Qué linda! Yo también tengo regalos para ella: un libro de maternidad, lociones y perfumes de Victoria Secret y un cheque con una pequeña suma para ayudarla ahora que tanto lo va a necesitar. Eso seguro no lo tomará de buena gana, y discutiremos por ello, por eso mejor se lo doy más tarde.

Los tres nos sentamos a desayunar alrededor de la isla de la cocina. Jess preparó comida para un batallón, hay de todo: bollos, tocineta, huevos, jugo, hotcakes...

¡Se volvió loca! ¿O será que sabía que mi hermana vendría? No me extrañaría.

Más tarde, dejamos a Hedrick con Leandro jugando frente a la televisión de la sala. Lo más seguro es que pasarán el día entero sentados ahí como la última vez, hasta tuvimos que desconectar el cable de la

TV para que soltaran los benditos mandos. Cuando entramos a la habitación, Landa saluda a mi hijo y lo llena de besos. Él está muy despierto y con mucha hambre, pero primero tengo que darle sus medicinas. Lleno cuatro jeringas con las medidas exactas de su tratamiento y me siento en el sillón de siempre para comenzar con la rutina.

—Hablé con mamá —susurra mi hermana desde la cama, donde se sentó después de darme a Ángel—. Quiere que vaya a casa para Noche Vieja, papá también.

—¿En serio? Esas son buenas noticias.

—No sé, no le dije del bebé y no creo que me felicite por la noticia.

—Deberías ir a casa, Landa. Sé que los extrañas.

—¿Por qué a mí y a ti no? —pregunta con la voz entrecortada. Está conteniendo el llanto.

—No te preocupes por mí, pequeña. Estoy bien.

No es verdad, he querido verlos desde hace mucho tiempo, pero creo que es demasiado tarde para nosotros, dejaron pasar muchos años y me dieron la espalda cuando más lo necesitaba, sabiendo de la condición de Ángel. Ellos pudieron ayudarme, tenían todos los recursos, pero nunca lo hicieron y eso creó una brecha inmensa entre nosotros. El caso de Irlanda no tiene que ser igual, ella los quiere y debería ir a casa y hacer las paces con ellos.

—No iré. Tú eres su hija tanto como yo. Se lo dije a mamá: si no te reciben a ti, a mí tampoco. Ya está bueno de tanta arrogancia.

—Gracias, pero no creo que pase. Los Bennett son demasiado orgullosos para abrirle los brazos a la oveja negra de la familia. Además, no pretendo volver allá como si nada. Las cosas no son así.

—Entonces que les den a los dos —despotrica—. Sin ti, no voy.

—Irlanda...

—¿No te he dicho que ya sabemos el sexo? —*Qué buena forma de cambiar de tema, cómo que tenía esa carta bajo la manga para la ocasión. ¡Es una tramposa!*—. Será una niña.

—¡Ahhh, qué emoción! ¡Felicidades, pequeña!

—Sí, estoy muy feliz y Hedrick también. Él ha sido maravilloso, no te imaginas —dice con cierta tristeza—. Quisiera que ella... —Se toca el vientre, sin ser capaz de decirlo. Es duro, lo sé. Y admiro muchísimo a mi cuñado por asumir un papel que no es suyo. Espero que pueda querer a mi sobrina tanto como quiere a Irlanda—. Estamos pensando en llamarla Paris.

—¡Ay, Dios! —me rio—. ¿Estás segura?

—No te burles.

—Es qué... no sé. Irlanda, Paris... ¿al otro le vas a poner Atenas?

—Pareces tonta —refunfuña—. Mi nombre es hermoso y original.

—Claro, nadie dice que no —expongo con ironía—. ¿Pero sabes por qué te llamas así? Porque ahí te concibieron mis padres.

—¡No seas asquerosa, Keira!

—¡Es en serio! Mamá me lo dijo una vez. Gracias a Dios no tuvieron la misma idea conmigo porque

me llamaría Andorra —al decir eso, mi hermana estalla en sonoras carcajadas que pronto se convierten en llanto.

—¡Eh!, ¿qué pasa?

—Francia —solloza—, la concebimos en Francia.

—Pequeña... —*¡Eres idiota, Keira! La hiciste llorar*—, no me hagas caso. Si te gusta Paris, entonces a mí me encanta.

—Te-tengo que... —habla con dificultad—, James tiene que saberlo.

—Pero Hedrick... ¿No me digas que sigues enamorada de James? —¿Por qué no lo pensé antes? Todo ha pasado muy rápido y ella estuvo mucho tiempo con su ex. No le ha dado tiempo de asimilar las cosas—. Irlanda —insisto ante su silencio.

—No. Pero a pesar de todo, él no es malo y creo que debería saberlo. No quiero que mi hija me reproche un día por haberle mentado. —Sostiene su labio tembloroso entre sus dientes y luego de un breve suspiro, sigue hablando—: En las noches, cuando llega la hora de dormir, mi mente vaga en las posibilidades y cuestiono mi decisión, entonces siento que me asfixio y lo peor es que no puedo hablarlo con Hedrick porque él no merece mis dudas, sabes. No de él, mis sentimientos están claros, pero pienso que si la situación fuera al revés, yo quisiera saber que voy a tener una hija.

—Eso es muy maduro de tu parte. Y sí, deberías hablarlo con tu esposo y aclarar tus dudas. En tu estado, es malo que estés tan estresada, la bebé percibe todo.

—Lo sé. Hablaré con él después de Noche Vieja. Si sale mal, al menos tendré un bonito recuerdo de estas fechas —dice sin mucho ánimo y se levanta de la cama—. Necesito ir al baño, esta nena me mantiene haciendo viajes interminables para hacer pis.

—Lo recuerdo —sonríó. Y las últimas semanas son las peores, pero me guardo el comentario para no preocuparla, ya tiene suficiente con lo del padre biológico de su bebé para sumarle más estrés.

Decker no volvió a llamar ese día, solo me envió un mensaje de texto diciendo que estaría ocupado, pero que pensaría en mí. No sabía si serían pensamientos lujuriosos o del tipo “extraño ver tu sonrisa y tus ojos negros”.

¡Ja! Comienzo a delirar. Tengo que desintoxicarme de ese alemán. El asunto es, cómo.

—¿Me harás una despedida de soltera este sábado? —pregunta Jess con una sonrisa burlona.

—Eso es correcto, futura señora Miller.

—Pero eso es en dos días. ¿Cómo organizarás todo tan rápido?

—Usted tranquila que de eso me encargo yo. Lo único que necesito es que Leandro desaparezca de por aquí hasta el domingo. Ese será tú único trabajo.

—¡Ah, bueno! Me la pones fácil. ¡El hombre es un ogro celoso!

—Dile que no vendrán strippers.

—¿Y no vendrán? —pregunta con una ceja enarcada.

—No dije eso —contesto con picardía.

Dos días después, el apartamento está listo para celebrar la despedida de soltera de Jess. “El ogro celoso” se fue de fiesta con sus amigos a un club nudista, pero a mi amiga no le preocupa eso, sabe que él no haría nada que arruinara su relación con ella. El hombre la venera. Las invitadas no son muchas, algunas compañeras de *Damas de Oro*, dos primas de Jess, Irlanda, y yo. Pamela —una de las enfermeras de Ángel— también estará y hará turnos con mi hermana para disfrutar un poco de la fiesta.

La primera hora se pasa rápido entre juegos divertidos, aperitivos con formas sexuales y cocteles coloridos, pero ahora viene la parte que todas estaban esperando: el show de los strippers. Cuando Jess está sentada en una silla en el centro de la sala, abro la puerta del apartamento y dejo pasar al bombero ardiente y al policía malvado.

Esto promete.

—¡Ay, Dios! —grita mi amiga cuando el primero comienza a bailar frente a ella al ritmo de la música que suena desde el equipo de sonido. El bombero está para morirse y esos movimientos... ¡Dios! *que libere la manguera y me empape con ella. Si el alemán gruñón leyera mis pensamientos...*

—Azótalo, Jess. —La aliento. El tipo está contoneando su jugoso trasero delante de su cara.

¡Lo hizo! Le pegó con la palma abierta dos veces en las nalgas. No pensé que se atrevería. ¡Leandro va a matarme si se entera de esto!

Irlanda me hace una seña desde la cocina, agitando mi teléfono móvil en el aire. *¡Que no sea lo que creo!* Camino —casi corriendo— y alcanzo el aparato para darme cuenta de que hay una llamada abierta con Sebastian.

¡Me quiero morir!

—¿Te estás divirtiendo, Keira? —gruñe.

¡Mierda!

—Ho-hola —saludo con un torpe balbuceo y me apresuro a esconderme en la habitación, lejos del fondo musical de strippers y de los gritos emocionados de más de diez mujeres—. ¿Qué haces despierto a esta hora? En Alemania son...

—Estoy en Manhattan, quería sorprenderte —*¡Uh! ¡Vaya! Creo que la sorpresa se la llevó él—*. ¿Te gusta azotar? —pregunta muy serio.

—Yo... este... ¿qué?

—Escuché lo que gritaste. —*¡Ay, Dios bendito! ¿Cuánto tiempo estuvo hablando Irlanda con él?—*. ¿Quieres azotarme, nena? ¿O prefieres que sea yo quien lo haga? —me abanico con la mano, apenada. Pamela está justo frente a mí con una risita burlona en la cara. Hago un ademán para que salga y se va, sacudiendo la cabeza.

—No puedo hacer esto ahora, Decker. Cuando termine la fiesta, iré a tu apartamento... si quieres.

—Ven ahora —ordena autoritario.

—No puedo.

—Joder, Keira. ¿Por qué me haces esto? —grita furioso.

—¿Qué te estoy haciendo?

—¿Dónde estás? Voy por ti —dice, eludiendo la pregunta que le hice.

—No, no lo harás. Te llamo cuando termine aquí.

—¡Dime en qué puto lugar estás, ahora mismo! —jamás lo escuché tan alterado. Está como loco y sin necesidad, aquí no está pasando nada del otro mundo. Y además, no tiene ningún derecho.

—Escucha, Sebastian, te diré esto solo una vez: no vuelvas a hablarme así. No puedes exigirme nada ni gritarme porque estés cabreado por algo tan estúpido como esto. Organicé una fiesta de despedida de soltera para mi amiga Jess, es todo. No estoy en un club nocturno, si eso piensas. Y no tendría que aclararte nada, pero lo hago para que dejes la paranoia.

—¿Vas a venir?

¡Ah, ven! En ese tono sí nos entendemos. Eso de andar pegando gritos como los hombres de las cavernas no es lo mío.

—Iré, Decker.

Capítulo trece

La fiesta llega a su fin pasada las doce de la medianoche, pero la diversión se terminó para mí desde que hablé con el alemán gruñón. Bueno, no toda la diversión, me bebí varios chupitos y estoy un poco ebria. No sé si sea buena idea ir con él en este estado, y menos si va a andar con su genio de mil demonios.

¡Ah, pero miren! Yo pensando en él y comienza a llamarme. ¿Será que tiene algún poder sobrenatural?

—Hola, bombón —digo en tono meloso.

—¿A qué hora piensas venir?

Ahí está, el ácido y prepotente Sebastian Decker. Si sigue así, no voy a ir a ninguna hora.

—Cuando me dé la gana.

Vamos a ver qué responde a eso.

—¿Estás borracha?

—No lo suficiente, debí lamer un poco más de alcohol del pecho del bombero caliente.

¡Oye! Pero qué malvada eres.

Me río.

Pero ¿saben a quién no le hace gracia? ¡Ajá!, a ese mismo. El sonido de su respiración lo expresa todo, y hasta creo escuchar sus dientes crujiendo. Sin embargo, no dice nada. Debe recordar muy bien mi advertencia.

—Tomaré un taxi ahora —digo, cuando me doy cuenta de que no va a hablar.

—Mejor no —dice tajante.

—¿No quieres que vaya?

—No quiero que tomes un taxi en ese estado.

—Bueno, iré de todas formas. Tú verás si me dejas morir congelada fuera del edificio.

Finalizo la llamada y me meto en silencio a la habitación para ponerme unos zapatos bajos; si salgo en tacones, terminaré con el tobillo torcido. Busco un abrigo grueso y un pequeño bolso, donde meto un poco de dinero y mi móvil. Me despido de Irlanda, sin responder las preguntas que me hizo cuando le pedí que cuidara a Ángel esta noche y parte de la mañana. No creo que pueda levantarme temprano

cuando la resaca me golpeé.

—Me lo vas a tener que contar todo, Keira —advierde mientras camino a la salida del apartamento.

—Lo imaginé.

Me subo al taxi que pidió Jess para mí mientras le explicaba a Irlanda la rutina de Ángel, aunque no hacía falta, no es la primera vez que mi hermana lo cuida, pero no puedo evitarlo. Está bien, lo admito, me siento un poquito culpable por irme así. Él es mi responsabilidad, no la de Irlanda o de Jess. Y si algo llegara a pasarle, estando fuera de casa, no me lo perdonaría.

Cuando el taxista detiene el auto frente al edificio de Decker, me sorprende verlo esperándome fuera, engalanado con un abrigo negro de invierno y una bufanda color vino. Se ve precioso... y enojado, muy enojado, hasta me dan ganas de decirle al chofer que me lleve de regreso a casa.

¡Ah, no! Pero si ya el alemán está abriendo la puerta para que me baje.

Lo miro de reojo, como si me diera igual su presencia, cuando en realidad todo mi interior está perturbado. Mi corazón late azorado y el cosquilleo que siempre invade mi estómago se siente más intenso, como pequeñas explosiones que devastan mi interior. Me muero por abrazarlo, llenarlo de besos y bañarme de su olor, pero no haré nada de eso mientras él esté con esa actitud de mierda.

—Gracias, señor. —Pago la tarifa y abandono la seguridad del auto para irme con *don actitud*, quien me mira como si quisiera freírme con los ojos.

No me amilano ante su arrogancia y camino a paso firme hacia el edificio, sin esperar su invitación. Si no me quisiera aquí, no se hubiera acercado al taxi para ayudarme a bajar. Por cierto, eso no era necesario, no soy una niña pequeña que necesita de atenciones.

Una vez dentro, donde el frío no arremete con toda su fuerza, el hombre reacciona de la forma que esperaba: acorralándome contra la pared.

¡Oh, sí! Ahí está el aroma exquisito de mi delicia alemana.

—Lo haces de nuevo, Keira. ¿Por qué gozas con mi sufrimiento?

Extrañaba lo que su voz le hacía a mi cuerpo. Le hace, mejor dicho. ¿Y su aliento mentolado? ¡Ah! Me encanta como una sustancia tóxica que me deja estúpida y desubicada.

Poso mis manos sobre su pecho, deseosa por hacer desaparecer toda esa tela que mantiene su piel cautiva, mientras él sostiene mi rostro entre las suyas. Se sienten cálidas, suaves, entrañables... No hago ni digo nada, mis palabras se las robó el inminente deseo de probar sus labios, de tenerlo todo. Él es como un tren que se mueve a toda prisa hacia mí y yo estoy ahí, quieta, esperando el impacto. *¡Crack!* El choque es inminente y nos perdemos en los besos que hemos ansiado con cada noche de ausencia.

—No sé qué hacer contigo, *meine süße verderbens*^[11] —farfulla, con el aliento entrecortado, apoyando su frente contra la mía, inhalando el aire que le robó nuestro arrebató pasional—. Haces que pierda la cabeza de una forma que no es normal.

—Obsesión —pronuncio, porque es la única palabra que escucho en mi cabeza.

—No es eso —dice de forma categórica y se aleja de mí, dándome la espalda. Mientras tanto, sigo donde me dejó, contra la pared, incapaz de poder moverme, temerosa de lo que pueda decir después—,

pero no trates de ponerle un nombre a esto, Keira. Solo... no hay más —devela, con un suspiro cansado.

—No te pido más —señalo, sin demostrar decepción en el tono de mi voz. Porque sí, recuerdo sus condiciones y sé muy bien lo que acepté cuando decidí cruzar la línea de lo profesional, pero esperaba que algo hubiera cambiado a lo largo de estas semanas.

—Deberías alejarte de mí —advierde, volviendo su rostro hacia mí. Pero no encuentro en sus ojos eso que me está pidiendo, sé que no es lo que quiere... y yo tampoco. El miedo de perder lo que me puede dar es más grande que la incertidumbre de lo depare el futuro. A fin de cuentas, nadie sabe lo que pasará después.

—Si es mi decisión, entonces me quedo —contesto, dando varios pasos hacia el frente. Algo en la mirada de Sebastian cambia, parece que mi respuesta le quitara una tonelada de sus hombros. Y el gesto de su rostro, antes duro y preocupado, se relaja. Es perturbadoramente encantador verlo así.

Lo miro fascinada mientras avanza el resto de los pasos que nos separan hasta alcanzarme con un abrazo. Cierro los ojos y me dejo envolver por una falsa ilusión que me resulta hermosa. No importa el mañana, no importa el más, quiero disfrutar de él justo ahora.

Me despierto con un dolor de cabeza nada normal, pero no me extraña, sabía que pasaría. El espacio a mi lado de la cama se encuentra vacío, pero sé que él sigue aquí, me dijo que estaría dos días en la ciudad antes de volver a Alemania.

Me envuelvo entre las sábanas para bajarme de la cama y pronto me doy cuenta del detalle que Sebastian dejó para mí: un vaso de agua y un envase con analgésicos, la combinación que necesito para aliviar mi cabeza.

«Te espero en la cocina», dice el pos-it que dejó al lado del frasco de medicinas.

Me muerdo el labio mientras contemplo el lío arrugado de sábanas que quedó en la cama. Lo que pasó anoche fue increíble. Primero, fue suave y delicado, de esa forma dulce que suele ser cuando siento que me hace el amor. Pero luego, ¡ay, señor! parecía que había despertado a un animal hambriento que estuvo encerrado por años en un calabozo oscuro. No sé si aquellas posiciones estarán en el Kamasutra, pero deberían ser añadidas sino. Recordar todo aquello comienza a llevarme hacia un camino errado. No es momento de ponerme caliente, necesito una ducha e ir con él a la cocina, donde me está esperando. Pero antes de hacer eso, busco mi móvil para llamar a Irlanda y saber de Ángel.

—¡Dios! ¡Son las doce del mediodía! —grito cuando veo la hora en la pantalla. Dormí demasiado. Y lo peor, tengo que irme ya.

Paso de la ducha y corro a la habitación donde se encuentra un armario repleto con ropa de mi talla. No sé a dónde fue a parar lo que traía puesto anoche y no tengo tiempo de buscarlo. Saco un conjunto de ropa interior blanco, jeans, botas de invierno, un jersey color uva y uno de los tantos abrigos que me obligó Juliet a comprar. Escogió ropa para todas las temporadas y ocasiones.

Cuando estoy vestida, me apresuro a la cocina para despedirme de Decker y salir corriendo a casa.

—Hola —dice con esa sonrisa cautivadora que me acelera los latidos.

—Hola y adiós. —Sebastian me mira con el ceño fruncido y rodea la encimera hasta llegar a mí—. ¿Eso es? ¿Estás cocinando? —pregunto incrédula al ver que un mandil blanco cuelga en sus caderas, por encima de unos jeans gastados. Una camiseta cuello “V” color negro completa su vestimenta.

—¿Te vas? —Se muestra más interesado por mi saludo/despedida que por mi pregunta.

—Es tardísimo, tengo que irme a casa ahora, pero intentaré volver en la noche. —Dos pasos al frente lo ponen justo a centímetros de mí, sujeta mis caderas con sus fuertes manos y me pega hacia su cuerpo.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar? —Me mira a los ojos al formular la pregunta. Estoy tentada a abrirme con él, pero me pregunto si me respondería algo así. No sé de su vida, no sé lo que hace en Alemania o si tiene una familia.

—No sabía que habían cambiado las reglas del juego. —Mi tono es un tanto arisco e irónico. Fue intencional, quiero que se dé por eludido, que entienda que esto debe ser recíproco.

—Tienes razón —dice, dejando caer los brazos a cada lado de su cuerpo. *Respuesta incorrecta, Decker*—. Ve a casa.

Me duele ver cómo lucha por mantener la compostura, pero se nota a leguas lo mucho que le pesa dejarme ir. Y no quiero hacerlo, ojalá pudiera explicarle porqué me voy.

Rodeo su cuerpo con mis brazos y me recuesto sobre su pecho antes de decirle—: Me gustaría mucho quedarme contigo.

—Lo sé, nena. —Acaricia mi espalda al tiempo que inhala un profundo aliento sobre mi cabello.

Él no es tonto, tiene que saber que tengo un hijo. La cicatriz en mi cesárea le tuvo que dar una idea... aunque puede pensar que lo di en adopción o que... mejor no digo la terrible palabra que comienza por “m”, ya he llorado algunas veces pensando en ella.

—También lamento no poder comer eso, huele muy bien —comento, cuando me deshago de aquellos pensamientos oscuros.

—Te guardaré un poco por si vuelves más tarde.

Me hago la desentendida al escuchar su corazón palpitando tan rápido. Sé que eso tiene que significar algo y quiero saber qué... Si tan solo se abriera un poco conmigo, si me contara por qué no puede haber más.

—¿Sabes qué? Déjame hacer una llamada —sonrío al ver que su gesto taciturno se relaja un poco ante la posibilidad de que me quede un poco más.

—Ve, tengo que atender eso —señala hacia la cocina con la cabeza.

Le doy un suave beso en los labios y luego busco un poco de privacidad para llamar a mi hermana.

Hablo con Irlanda —y Jess, para estar más tranquila— y me dicen que no me preocupe por Ángel, que está muy bien. Se ha tomado dos biberones y sus medicamentos a la hora correcta. Si al menos Pamela o Lucy estuvieran allá, no me preocuparía tanto. Pero bueno, si ellas dicen que está bien, no tengo porqué sentirme ansiosa. Antes de despedirme, le digo a mi hermana que iré lo más pronto que pueda, a lo que ella contesta que no hay apuro, pero conociendo a Irlanda, eso va a tener un precio.

—Todo resuelto —anuncio, entrando a la cocina. Sebastian me ofrece una pequeña sonrisa desde detrás de la estufa, donde sigue preparando algo de comer. Eso sin duda es sexy, no pensé que alguien como él supiera cocinar. Me siento en un taburete mientras lo observo encantada. Se ve muy concentrado en eso de mover la cuchara dentro del sartén. Yo de cocinar solo sé hacer las sopas de Ángel y nada más. Creo que ya es hora de que aprenda un poco.

Cansada de solo mirar, me levanto del taburete y rodeo la isla de la cocina para hacer compañía al chef alemán.

¡Slap! Le doy un azote en su duro trasero, sorprendiéndolo.

—La respuesta es sí —dice, sin dejar de revolver, lo que ahora veo que es salsa.

—¿A cuál pregunta? —murmuro en su oído, parada de puntitas detrás de él.

—Sí te gusta azotar.

—Bueno, no sé, jamás hice algo así —confieso entre risitas.

—¿Te gustó? —Me separo de él para que pueda colar los espaguetis.

—Tendría que hacerlo de nuevo, ya sabes, para estar segura.

—Qué traviesa me resultó, señorita Bennett —se ríe.

—Y usted me sorprende, señor Decker. No sabía que supiera cocinar.

—Es uno de mis secretos —dice casi murmurando.

—Qué privilegio entonces para mí.

Cinco minutos después, estamos sentados uno al lado del otro, degustando la especialidad de Sebastian: espaguetis a la bolognesa. El hombre tiene talento, no lo negaré, están muy buenos... a no ser que tenga demasiada hambre.

—Esto es raro —asevero antes de darle un sorbo al vino tinto que acompaña nuestra comida.

—¿Qué?

—Estar aquí, comiendo algo que tú preparaste. Nunca imaginé que algo así sucedería. —Sebastian se ríe mientras sacude la cabeza a los lados—. ¿Qué es tan gracioso?

—La ironía. Desde que te conocí, estaba deseando poder hacer esto. Esas cenas elegantes con caviar, salmón o langosta, no son lo mío. Prefiero lo sencillo y lo cotidiano.

Su respuesta me muestra un lado de Sebastian que nunca había visto y me encanta.

—¿Y no hay mucha cotidianidad en tu vida? —comento, más como una pregunta que como una aseveración, pero sé que no habrá una respuesta.

—Keira... —susurra, alcanzando mi mano derecha con una caricia suave—. Cuando estoy contigo, dejo de ser el empresario que todos creen conocer y puedo ser yo.

—Nunca dejas de ser tú, con traje o no.

Por mucho que uno quiera aparentar, no se puede ocultar por completo la esencia del ser. Sé que esa frialdad que muestra algunas veces no es de gratis. He visto el dolor en sus ojos y sé que en su corazón hay mucho más de eso.

—Lo siento. —Sus ojos lucen tristes, sombríos.

—¿Qué sientes?

—Haberte tratado de esa forma cuando nos conocimos... Y por no poder darte más de lo que mereces

—confiesa, su voz se escucha desgastada, muy distinta a lo dura y segura que suena siempre.

—No te he pedido nada, Sebastian. Te lo he dicho.

—Pero tú...

—No, mi posición no es muy distinta a la tuya —objeto—. Estamos bien así, te lo aseguro. —Su mirada ahora es más austera, pareciera que mis palabras hubiesen tenido el impacto contrario que esperaba—. Yo también tengo miedo. Temo que un día no sea suficiente para ninguno de los dos y se termine, pero prefiero concentrarme en lo que pasa ahora.

—No lo entiendes, Keira —contraria, levantándose del taburete—. Soy egoísta contigo, te retengo en esto que no tiene nombre, sabiendo que no hay otra etapa, que esto será todo. ¿Y sabes qué es lo peor? Que no quiero que sea todo, pero no puedo cambiarlo.

—Sebastian... —musito con el aliento cansado—. No me estás reteniendo, estoy aquí voluntariamente.

—¿Por qué? —grita, con las manos en las caderas.

—¿Por qué no? —contraataco.

Él deja caer la cabeza sobre su pecho al tiempo que exhala un profundo resuello. No sé para qué le busca las cinco patas al gato. Ambos sabemos lo que está en juego aquí y estuvimos de acuerdo con apostar todas las fichas. ¿Por qué le sigue dando vueltas al mismo tema?

—No quiero que salgas lastimada.

—Nadie podría protegerme de eso, ni tú. La vida es un salto al vacío. Y por mucho que llevemos auestas un paracaídas, este puede fallar. Pero si piensas que el riesgo es demasiado y prefieres que todo termine aquí, lo entenderé.

Su mirada cansada se encuentra con la mía y me responde antes que su boca, pero de todas formas, lo dice:

—Sabes que no es así. —Camina los pasos que nos habían separado y se mete entre mis piernas, apoyando las manos a cada lado de la encimera, reteniéndome a voluntad. Mi respiración se corta al sentir su aliento sobre mis labios, mientras me dejo consumir por aquellos iris color plomo—, que si pudiera, serías mía siempre.

—Pero soy tuya ahora.

—Y soy un maldito afortunado por eso —musita antes de devorar mis labios con un beso ardiente—. Sabes a mi salsa boloñesa —pronuncia en la comisura de mi boca.

—Sí, y está muy buena —sonríó—. A ver, déjame terminar mis deliciosos espaguetis.

—¿Y después qué?

—Después, tú decides —pronuncio con voz melosa y sensual.

—No olvides lo que acabas de decir —advierte con una mirada lujuriosa.

Creo que voy a terminar muy dolorida después de esto, un cuerpo no aguanta tanto trote, pero valdrá la pena.

Me tomo mi tiempo para terminar de degustar el delicioso platillo que mi chef personal preparó para mí. No es normal que coma tan lento, lo hago para molestar a Sebastian, quien no ha quitado sus ojos de mí desde que le hice aquella promesa.

—¡Por fin! —Celebra con un aplauso cuando termino de comer—. ¡Eh!, ¿qué crees que haces?

—¿No es obvio? Estos platos no se van a lavar solos —respondo, abriendo la llave del grifo.

—Delia lo hará más tarde —toma mi muñeca y me lleva a rastras hacia la sala. No pongo resistencia, quiero lo mismo que él—. Te voy a follar justo ahí —señala hacia la pared de cristal.

—¿Y si alguien nos ve? —pregunto sonrojada.

—¿Y qué si lo hacen? —replica sin inmutarse. No sabía que era del tipo de hombre al que le gustaban tales riesgos. Eso me intimida y me excita en las mismas proporciones. Su mirada es pretenciosa y no me importa un rábano. Él solo tiene que proponer y yo estoy lista para dejarme hacer—. Desnúdate, *süße* —pide, a cinco pasos de mí.

Sonrío con malicia y comienzo a deshacerme de la ropa lentamente. No de una forma sensual, solo la dejo caer a un lado. Sebastian me observa atento por unos segundos, hasta que se une al juego, develando su esculpido cuerpo, ante mi mirada ansiosa. Y ahí estamos los dos, desnudos uno frente al otro, sin tapujos. Mirar su cuerpo, y que él detalle el mío, no es motivo de vergüenza. Para mí, es un completo deleite... y más que eso. Siento que mientras nuestros ojos son partícipes de una inspección exhaustiva de curvas, ondulaciones y pieles, nos volvemos más íntimos.

—Tócate, nena —pide con aquella voz sensual y ronca que conjura mis más carnales deseos—. Simula que tus manos son las mías y no te niegues nada. —*Bueno, esto sí que no me lo esperaba. No creo poder hacerlo es... mucho más que íntimo*—. Mira cómo me tienes, dulzura. —Mi garganta se cierra al ver que su mano envuelve la rigidez de su hombría.

¡Se está tocando delante de mí!

¿Cómo espera que haga algo mientras hace eso?

¡Ahhhh!, pero mis manos no tienen problemas en actuar mientras cuestiono lo que está pasando. Comienzan a deslizarse por mis pechos, incitando la piel de mis pezones hasta que se endurecen.

—Mírame —exige. Sin darme cuenta, había cerrado los ojos. Hago lo que me pide, aunque me cuesta mucho verlo y mantener la distancia cuando lo único que quiero es que sean sus manos las que me toquen y las mías las que lo estimulen—. Entrégate, Keira.

Mi mano derecha alcanza el lugar más sensible de mi cuerpo y mis dedos se abren paso entre la piel húmeda de mi sexo. Me toco, justo como lo haría si estuviera sola o escuchando su voz en la línea telefónica, pero no, él está aquí, justo frente a mí, empujándome a ir más lejos.

Mis jadeos, y sus gruñidos, se acoplan al compás de nuestros intensos e incesantes movimientos, desatando el furor en cada uno, llevándonos a la preciada culminación... Él se deja caer en el sofá mientras yo cedo ante la debilidad de mis piernas y termino en el suelo, contra la pared de cristal.

Mi respiración ha comenzado a normalizarse para el momento que Sebastian me ayuda a levantar del suelo y convierte su cuerpo en una prisión, acorralándome contra el vidrio. Nos besamos, ansiosos del contacto que nos privó la distancia, y rápidamente la temperatura vuelve a bullir. ¿Y cómo no? Su lengua está probándome como si fuese una paleta de dulce.

—Adoro tus pechos —susurra antes de atacarlos a besos, caricias y pequeñas mordidas estimulantes—. Me fascina tu abdomen —ahí, su lengua hace de las suyas marcando un trayecto seguro al lugar donde mi placer grita—. Y aquí, te venero.

¡Sí! Lo sé. Lo haces como ningún otro.

Sebastian trabaja en mi entrepierna con su boca hasta el punto cercano de mi frenesí y luego se pone en pie, envuelve su cadera con mi pierna derecha y me penetra de una sola estocada, justo contra la pared de vidrio. Alguien pudiera vernos, pero eso me importa muy poco, estoy más concentrada en los placenteros movimientos que la máquina alemana esgrime a mi favor... y el suyo.

—Estaría en tu interior por siempre, nena —gruñe sin detenerse. Ya no hay barreras, estoy tomando la píldora, y nuestras pieles se friccionan en completa libertad. Eso se siente muy bien, más que bien.

—Sebastian... —jadeo, clavando mis uñas en la piel salpicada de sus hombros. Me está arrastrando al lado oscuro, al lugar donde no importa quienes somos, solo lo que sentimos y lo que queremos alcanzar.

—Eres mía, Keira —asegura un poco antes de derramarse en mi interior con una fuerza tan brutal que me lleva a encontrar mi propio final.

El día no podía terminar de otra forma más que con los dos hundidos en agua tibia, sales y espumas. Sebastian me mima con caricias suaves y jabonosas de espalda a mí, sin buscar nada más que lo que está pasando y eso me encanta. De igual forma, no creo ser capaz de otra cosa. Estoy cansada. Esto de tener sexo sin parar no era algo que hacía con frecuencia y me cuesta seguirle el ritmo. Me pregunto de dónde saca él tanta energía.

—¿Vendrás más tarde?

—No me he ido ¿y ya preguntas cuándo regreso? —me río.

—Es que no quiero que te vayas.

—Lo sé, pero no, no volveré más tarde.

—¿Mañana?

—En la noche, sí. —Siento cómo sus músculos se tensan con mi respuesta, pero se queda callado, sabe que no hay nada que pueda hacer. Tengo mi propia vida que no se detiene porque él esté en la ciudad—. ¿Estás enojado?

—No —sisea—. Sí, pero no contigo.

—Sebastian...

—Es con mi puto egoísmo, ese que te quiere solo para mí. Y sé que no tengo derecho, pero quisiera

saber qué harás cuando te vayas, con quién estarás.

—Bueno, yo...

—No, tenemos que seguir así. —Mis ojos se cristalizan ante las inminentes lágrimas que escapan de ellos. Me duele su rechazo. Siento que me deja fuera, que pulsa un botón y se encierra en una cúpula de cristal a la que no tengo permiso de acceder, y no puedo soportarlo, ya no más, no después de lo que pasó esta tarde en esa sala—. Nena, no —susurra cuando mi cuerpo se entrega a la nostalgia y al dolor, quebrantándose con un llanto silencioso que me hace temblar.

—Déjame ir —exijo, cuando me envuelve con sus piernas y brazos, al momento que intentaba escapar.

—Lo siento —besa mi hombro—. Lo siento mucho —besa mi cuello.

—No es tu culpa, es mía por involucrarme así contigo.

—¿Y si te digo que te quiero? —murmura, desatando en mi corazón un oleaje de pálpitos dolorosos. Es difícil descifrar si es bueno o malo lo que estoy sintiendo porque hay demasiadas emociones derramadas en mi interior.

—¿Lo dirías para que me quede o porque en verdad lo sientes? —inquiero, temerosa de lo que su respuesta le hará a mi vida.

El tiempo parece detenerse mientras aguardo con impaciencia por una respuesta, pero quizás ya me la dio. A veces el silencio pesa más que las palabras.

¡Esto es mi culpa! Mira que ponerme a llorar por algo que habíamos dejado claro en la cocina. Pero él también. ¿Para qué carajos dijo que quería saber lo que haría? ¿Por qué me puso en esta posición? Y peor aún ¿a qué vino ese jodido “y si”?

—Keira... —susurra mientras intento escaparme de la trampa que se ha vuelto su cuerpo.

—Suéltame, Decker.

—No quiero perderte —confiesa, su voz es una súplica.

—No lo harás porque nunca me has tenido —sentencio porque es la verdad. Le he cedido mi cuerpo, él me ha permitido disfrutar del suyo, pero no hay una entrega completa, esto solo se ha tratado del placer, de saciar una necesidad, y no estoy dispuesta a abrirle mi corazón cuando él no me admite en el suyo.

—«Soy tuya ahora... », lo dijiste en la cocina, Keira.

—Sabes muy bien que me refería a mi cuerpo. ¿O no es eso lo que significa “eres mía”?, porque siempre lo dices cuando me estás follando.

Mis palabras dan justo en el blanco y logran que me libere. Salgo de la tina, rodeo mi desnudez con una toalla y me voy de su habitación para buscar la ropa que quedó regada en la sala, pero no está. El rubor enciende mis mejillas al comprender que Delia —la mujer del servicio— debió recogerla.

Camino de regreso por el pasillo y me meto en la habitación en la que se encuentra la ropa que él me compró. Me visto de manera similar a la anterior y, cuando estoy lista, voy por mi móvil a la cocina. El problema ahora es encontrar mi bolso, creo que está en la habitación de Decker.

—No te vayas así —pide desde la puerta. Está vistiendo un pantalón negro de chándal y nada más.

Luce tan condenadamente sexy que debería recibir una multa por exceso de perfección.

—Ya es tarde. Tengo que volver a casa a hacer cosas y a estar con otras personas.

Cada palabra de mi altanera respuesta fue calculada.

—¿Qué quieres que haga? Estoy atado de pies y manos, Keira. No serviría de nada que admitiera lo que siento por ti si al fin de cuentas...

—¡Ya lo sé, maldita sea! —grito furiosa. No quiero que vuelva a decir que no puede darme más, lo que realmente necesito es que me diga por qué no.

—*Das war ein Fehler, ich sollte bleiben weg*^[12].

No sé que dice, pero suena muy mal... y más si va acompañado de agresivos golpes en contra de la puerta de madera de la cocina.

—¡Basta! —pido llorando. No puedo soportar que se haga daño y menos por mí. Sus arremetidas se detienen y me encuentro con su mirada herida y oscura.

¿Qué pasa contigo, Decker?

—Te necesito, Keira. Te necesito en mi vida para poder... —suspira, bajando la cabeza—. Sin ti, volveré a estar perdido.

No puedo ignorar su petición, Sebastian Decker está renunciando a su férrea apariencia de hombre sin corazón y me está mostrando sus heridas, pero ¿seré capaz de salvarlo cuando está en juego mi corazón?

—¿Y quieres que sea yo la que me pierda? —no responde—. Eso pensé.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta desalentado.

—No lo sé, pero no me esperes mañana.

Capítulo catorce

—¿No te ha llamado?

—Ni una sola vez.

—¿Vas a hacerlo tú?

—No sé, Jess, creo que es mejor que las cosas se queden así. Si más temprano que tarde todo iba a terminar, ¿para qué seguir arriesgándome?

—¿Por el sexo? —bromea con una sonrisa maliciosa.

—¡Ay!, pero es que ese es el mayor problema, que el sexo con Sebastian Decker es como consumir heroína, te llena de euforia y calidez, pero cuando el efecto pasa, la realidad me golpea y me doy cuenta de que una noche no me basta. Duele comprender que solo desea mi cuerpo cuando yo...

—¿Te enamoraste de él?

—Creo que sí.

—Sabías que podía pasar —dice con tristeza.

—Esto no es nuevo, solo estaba en negación.

—¿Entonces?

—Entonces sigo siendo la misma estúpida, así de simple. Pero olvidemos a Decker, tenemos asuntos más importantes que atender para estar perdiendo el tiempo con ese tema.

—Keira...

—De verdad, no quiero seguir hablando de él.

—¿Y qué le dirás a Irlanda?

—Pensaré en eso después.

—Bueno, estaré en la cocina por si me necesitas.

—¿Quieres que te ayude con eso?

—No, lo tengo bajo control —sonríe.

Cuando Jess sale mi habitación, me envuelvo entre las sábanas y sigo sumergida en mi tristeza. Ha sido así desde hace tres días, cuando “rompí” con Decker, si es que corresponde llamarlo de esa manera. Solo me levanto para atender a Ángel y me vuelvo a tumbar en la cama.

Mirando hacia atrás, me pregunto: ¿cómo permití que esto pasara? ¿Por qué dejé que se metiera en mi

corazón? Yo estaba tranquila con mi soledad, no feliz, pero sí bien. Ahora, no solo estoy triste, sino que también lo extraño. ¡Es frustrante! Y puedo culparlo a él todo lo que quiera, pero para bailar tango, se necesitan dos. Abandoné toda lógica por el deseo que despertaba en mí y luego cedí ante las emociones que, estúpidamente, traté de dilapidar con falsos pretextos: «*Que pase lo que pase, no quiero seguir atada al miedo de un corazón roto*». Y sucedió, ahora tengo que recoger los pedazos. Pero de nuevo, no fue su culpa. Él jamás me hizo promesas, fue claro conmigo desde el inicio, y yo de terca voy y me enamoro del misterioso hombre que pagó una gran suma para ganarse mis favores. Porque vamos, no nos engañemos, Sebastian admitió que no necesitaba venir a New York con frecuencia, él solo quería una excusa para verme. Y ahora que lo pienso mejor, creo que todo fue parte de su plan. Me analizó cuando yo no prestaba atención, notó cómo reaccionaba cuando estaba cerca de él, y esperó hasta tenerme en el lugar correcto. Entonces, claro que debería culparlo. Todo este tiempo fui su presa y Decker el mejor cazador.

No sé cómo, pero le devolveré cada maldito centavo y me libraré de él para siempre. Y no solo eso, saldré de esta absurda depresión y seguiré con mi vida, como si ese imbécil, egocéntrico y frío alemán, no existiera.

Irlanda vuelve a casa a las tres de la tarde, un poco desanimada. Había salido con Hedrick para comprarle ropita a la bebé, más que todo para distraerse de sus preocupaciones, pero por lo que veo, no ha funcionado mucho.

—Estuve por decirle y me acobardé. Es que tienes que escucharlo, Keira. Solo dice: mi hija esto y mi hija aquello. Casi lloro en pleno centro comercial.

—Odio verte así, Landa.

—¿Y qué me dices de ti? Tienes tres días en una sola lloradera y todavía no sé porqué.

—Te lo contaré en algún momento, pero ten por seguro que ya no habrá más lágrimas. Se terminó. Y lo mismo va contigo. Hoy no se vale estar triste, vamos a celebrar el fin de año y el comienzo de uno mejor, con una enorme sonrisa.

—Hecho.

Esa noche, cuando las campanas marcaron las doce, celebramos la llegada del año 2014. Sé que Irlanda añoró estar con nuestros padres; en cierta forma, a mí también me pesa su ausencia, pero mantuvimos las sonrisas que habíamos prometido. Porque, a pesar de los momentos amargos, siempre hay razones para ser feliz. Desde hace años, tengo un enorme motivo, mi hijo. Y estoy muy feliz por Irlanda, porque ahora ella también tendrá su propia razón para sonreír. Sin importar si el mundo se está cayendo, cuando vea a su hija, no habrá otra cosa que necesite mirar para sonreír.

Dos días después, Irlanda y su esposo están listos para volver a casa. Pero antes de marcharse, mi hermana quiso hablar con Hedrick de su decisión, tenía miedo de su reacción y prefería hacerlo aquí. No es que el fuese alguien agresivo, pero sabía que no era un asunto fácil de asimilar. Hasta para ella era difícil, mucho más para él.

—¿Qué pasa, bebé? ¿Te sientes mal? —le pregunta al ver la palidez de su rostro.

—No —contesta sin mucha convicción—. ¿Te puedes sentar un momento?

—¿Por qué?

—Rick, por favor —le pide, su voz dudando por el nerviosismo. Él la mira con atención sin moverse de su sitio. Los dos están inmóviles, en realidad.

Ella comienza a llorar. Él sacude la cabeza.

Es extraño ser testigo de una conversación visual.

—Es mi hija, Irlanda. Eso acordamos.

—Pero él tiene derecho, Hedrick. Po-ponte en su lugar —balbucea.

—Él te dejó. ¿Qué derecho puede tener sobre ella? —Lo dice molesto, pero sin alzar la voz.

—Si él hubiese sabido que...

—¿En qué lugar quedo yo? —pregunta, sin dejar que ella termine de hablar.

—En el mismo de siempre. Solo le diré que tendrá una hija, por si quiere involucrarse en su vida, pero eso no implica nada más. Sabes que te amo a ti. —Da dos pasos hacia él, pero Hedrick rehúye de ella—. Amor...

—No es justo. Debiste decírmelo antes de que escuchara sus latidos, antes de que le hablara pegado a tu estómago, antes de que la amara...

—Hedrick... —suspira entre sollozos.

—Haz lo que quieras —sisea antes de salir del apartamento, cerrando la puerta con un azote fuerte.

Irlanda rompe en llanto y se echa en mis brazos, buscando consuelo.

—Se fue, Keira. —Acaricio su espalda, tratando de tranquilizarla, pero no sirve de nada. Lo único que necesita es que el idiota de su esposo vuelva aquí.

¡Bien! Sé que no es idiota, que todo esto es demasiado y más a su edad, que no pasa de veintitrés años. Además, se conocieron hace cinco meses —el mismo tiempo que llevan de casados—, Irlanda embarazada de otro hombre... Es demasiado para asimilar.

Una hora después, logro que mi hermana deje de llorar y que acepte un té caliente para los nervios. Hedrick no ha vuelto y ella no ha querido moverse de la sala ni apartar la mirada de la puerta, aguardando por su regreso.

Cuando su teléfono móvil suena, lo responde enseguida y pronuncia el nombre de su esposo con nerviosismo, pero no es él.

—¡No! —grita—. ¡Mamá, no! —ahora está llorando. El aparato se resbala de sus manos y cae al suelo. Mi corazón se acelera. Sé que algo grave pasó en casa para que ella reaccione así.

—¿Qué pasa, Landa? ¿Qué dijo mamá? —pregunto, alcanzando su rostro entre mis manos. Sus ojos vuelven a llorar y el dolor en sus pupilas es devastador. Le hago la misma pregunta una y otra vez, hasta que finalmente habla.

—Está muerto —murmura—. Pa-papá sufrió un in-infarto.

—¡Oh Dios! —la abrazo y me uno a sus sollozos. Me duele demasiado que papá se fuera sin haber

arreglado nuestros problemas.

Al día siguiente, llegamos a New Heaven para acompañar a nuestra madre en estos duros momentos. Al vernos, nos rodea con un fuerte abrazo mientras solloza palabras que no puedo comprender. Él era su vida, su mundo giraba a su alrededor, y ahora lo ha perdido. Cuando logra serenarse, pide conocer a Ángel, que está en brazos de Jess. Me sorprende que quiera cargarlo y mucho más ver la forma dulce de su trato, como si en verdad lo amara. No lo comprendo y es inevitable comenzar a llorar. Ahora sé que mantenerme alejada fue un error y que, por culpa del orgullo, nos perdimos de momentos como estos.

—Es hermoso. Su nariz es igual a la tuya.

—Es lo único que sacó de mí, el resto es igual a su padre.

—¿Él y tú...? —pregunta con reserva.

—Nos separamos antes de que él naciera. No lo conoce.

—Debimos estar ahí, Keira. Lo lamento tanto. —Se seca las lágrimas con un pañuelo blanco mientras mira a Ángel con dulzura—. Lo siento, pequeño.

Mis mejillas están empapadas en llanto. Quisiera que papá estuviera aquí y completara el cuadro, pero eso no va a pasar y siento un vacío tan grande en mi pecho que me cuesta respirar. Todo esto me hace pensar en Robert y en la petición que me hizo semanas atrás. Creo que llegó la hora de darle la oportunidad de resarcir sus errores. Si quiere conocer a su hijo, no me negaré. Y también me hace entender la postura de Irlanda, quiere hacer las cosas de la forma correcta y Hedrick tendrá que comprenderlo, si en verdad la ama como dice. Ella lo ha estado llamando desde que se fue de casa, pero no ha podido comunicarse. Espero que recapacite y venga aquí para apoyar a su esposa.

—¡Dios! Esta casa parece sacada de una revista. Todo es tan lujoso, ordenado y limpio que hasta da miedo de ensuciar algo —dice mi amiga cuando entramos a mi vieja habitación.

—Imagínate vivir aquí siendo una niña —contesto mientras acuesto Ángel en la cama.

—¡Oh, sí! Lo estoy viendo —dice con una sonrisa que se borra cuando encuentra mi rostro—. Discúlpame, negra, soy una tonta.

—Son demasiadas emociones, Jess.

Me siento extraña al estar en mi antigua habitación. Parece que el tiempo no hubiese pasado, todo está en el mismo lugar que lo recuerdo: la lámpara rosada en una de las mesitas de noche, mis textos universitarios sobre el escritorio, las mismas cortinas blancas cubriendo la ventana... es surrealista. Cuando me fui, solo me llevé alguna ropa y dos fotografías: una de Irlanda y yo en mi graduación de secundaria, y otra de mis padres junto a mí en la última Navidad que celebramos en familia. Quisiera devolver el tiempo, al menos estos últimos días, y reencontrarme con él, volver a sentarnos alrededor de la mesa para degustar los finos platos navideños de los que tanto me quejaba cuando era adolescente; discutir por cosas tontas como lo inadecuado de mi vestuario o lo fuera de lugar que era al burlarme de “sus costumbres burgueses”.

Antony Bennett era el hombre más severo que he conocido en mi vida, pero tenía sus momentos. Uno de mis mejores recuerdos junto a él fue cuando tenía doce años y me enseñó a montar a caballo. Fue muy paciente y amable conmigo todo el tiempo. Al final del día, cuando el sol comenzaba a perderse en el horizonte, nos detuvimos debajo de un árbol y, mientras admiraba la hermosura del paisaje, él pronunció mi nombre, lo miré y vi en sus ojos la emoción. Recuerdo muy bien sus palabras: «Sé que soy un hombre muy duro, y pudieras pensar que no te quiero, pero no es así, Keira. Te amo mucho, espero que nunca lo olvides». Sonreí, volví mis ojos al atardecer y solo así fui capaz de decirle que también lo amaba. Él no era un hombre afectivo y eso siempre marcó una distancia entre nosotros, pero siempre supe que me quería. Y a pesar de todo lo que pasó, yo jamás dejé de quererlo.

—Lo entiendo. Sé que es duro volver aquí y más en estas circunstancias.

Asiento de forma pausada, conteniendo las lágrimas. No quiero llorar más. Lo que en verdad necesito ahora es a Sebastian y no me da pena admitirlo, aunque puedan pensar que soy tonta y emocional, que pierdo mi dignidad al añorar estar en brazos de un hombre que no es capaz de valorarme como mujer, que no pudo renunciar a su cobardía, a su fachada de arrogancia y frialdad para decirme, mirándome a los ojos, lo que sentía por mí. Para él, fue más fácil escudarse detrás de una condicionante que comenzó con un estúpido «¿y si...?».

¡Ah, no! Pero este en verdad tiene un dispositivo que lee mis pensamientos. No encuentro otra explicación para que mi teléfono vibre con una llamada suya justo ahora. Y lo peor es que mi estúpido corazón está palpitando rápido por su causa.

—Es él —murmuro con el aliento entrecortado. Jess me mira con una ceja enarcada.

—¿El alemán? —contesto con un asentimiento—. ¿Vas a responder?

—¿Sería muy patética si te dijera que necesito escuchar su voz?

—No, solo sabría que estás muy enamorada. Ve, responde la llamada que yo me quedo con este angelito.

—Gracias.

Mis palpitaciones se vuelven más frenéticas cuando, sentada en el borde de la tina de mi antiguo baño, pulso la tecla verde para contestar.

—Keira... —cinco letras, solo una palabra, y todo mi ser lo reconoce—. Me estoy volviendo loco, no podía pasar un día más sin saber de ti. —Silencio. No soy capaz de decir nada. Tampoco sabría qué—. Sé que me estás escuchando, nena, puedo sentir tu respiración, y quizás ni eso merezca. Dime que puedo arreglarlo, dime qué debo hacer para que vuelvas a mí.

—¿Quieres que siga siendo tu amante, o estás dispuesto a más que eso? Porque francamente, no me interesa ser la muñeca inflable de nadie. —Hablo en tono brusco y tajante. No estoy para andar con rodeos.

—No lo entiendo, Keira. ¿A qué viene eso ahora? Tú me dijiste esa tarde que estabas conmigo voluntariamente, que asumirías el riesgo...

—Sí, pero también dije que tenía miedo de que un día no fuese suficiente para los dos y me di cuenta

de que ya estaba en ese día, que quería más. ¿Sigues atado de pies y manos? ¿O ahora sí puedes borrar el jodido «y si» y decirme el resto?

—Nada ha cambiado —admite.

—Entonces no me vuelvas a llamar. Olvídate de mí que yo haré lo mismo contigo. Y por si no te queda claro, nuestro maldito contrato queda anulado.

—Keira, por favor, deja que te explique.

—No tengo tiempo para eso, Decker. Te llamaré cuando tenga tu cheque.

—No tienes que...

Finalizo la llamada, negada a seguir escuchándolo. Si me mantenía en la línea, mientras estuviera sintiendo tanta rabia, tristeza e impotencia, terminaría sufriendo un infarto.

Jamás debí responder esa llamada.

No, mi mayor error fue dejarlo entrar en mi vida.

El entierro de papá fue al mediodía, luego del servicio fúnebre en la iglesia. Me mantuve fuerte y contuve las lágrimas en apoyo a mi madre, quien se aferró a mí en todo momento. Estaba desconsolada y muy triste, incapaz de creer que el hombre que había amado por tantos años, estaba muerto. Irlanda se apoyó en Hedrick, quien llegó a casa ayer en la noche cuando supo la noticia. Fue un alivio que apareciera, me preocupada mucho lo triste que se veía mi hermana, y más en su estado. Sus problemas quizás no se han resuelto, pero al menos está aquí, cuidando de ella.

Al llegar a casa, llevo a mi madre a su habitación para que tome una siesta antes de que la sala se llene con los familiares y amigos que vienen a brindarnos su apoyo. Mi padre era muy conocido y respetado en la comunidad y sé muy bien que vendrán muchas personas. Aunque para mí, eso será una reunión social con canapés y copas de vino, pero no es momento de discutir con mi madre ese asunto. Al contrario, tuve que ayudarla a contactar al servicio de catering para la reunión. Pasé toda la tarde de ayer hablando de flores, entremeses, bebidas y esas nimiedades.

—Hola, mi amor. ¿Te alimentó bien la tía Jess? —le pregunto a Ángel, acariciando su cabello. Su rostro se gira hacia mí y, por unos pocos segundos, sus ojos miel se fijan en los míos. Él es mi luz, solo me basta mirarlo para abandonar la tristeza.

—Obvio, lo hago mejor que tú —bromea.

—Gracias de nuevo.

—Lo hago con gusto, lo sabes. No tienes que darme las gracias todo el tiempo, Keira. Por cierto, tu teléfono no ha parado de sonar en toda la mañana, vas a tener que hablarle en otro idioma al tipo para que entienda el mensaje.

—Que no le responda es el mensaje.

—Déjame a mí y lo relleno como pavo en Acción de Gracias.

—Me gustaría escuchar eso —sonríe sin mucho ánimo.

—¿Puedo hacerlo entonces?

—No.

—Keira...

—No.

Dos horas más tarde, después de darme una ducha y ponerme un vestido negro corto, bajo a la sala para recibir a los invitados. Mi madre está sentada en un sillón al lado de la mesita donde reposa una fotografía de papá. Sus dedos bordean el marco del portaretrato mientras con su mano libre se seca las lágrimas.

—Esta es una de mis favoritas. Antony no sonreía mucho, pero cuando lo hacía, era maravilloso. Ese día, le dije que tendríamos un bebé, tú. Estaba tan feliz...

Tiene razón, es una buena fotografía y también es mi favorita. Papá vestía de manera informal, con un jersey crema y pantalones oscuros. Sus manos estaban ocupadas con un sacacorchos y una botella de vino y sus ojos claros brillaban de emoción, a la vez que dibujaba una hermosa sonrisa.

—Voy yo, mamá —digo, cuando escucho el timbre sonar.

—Gracias, cariño.

Irlanda y Hedrick están bajando las escaleras cuando cruzo el pasillo. Sigo mi camino hasta la puerta, la abro y me encuentro con alguien inesperado —o no tanto, sabía que podría venir aquí—. Él es de mi estatura, tiene el cabello castaño en puntas, ojos verdes y un rostro delicado con rasgos finos y perfilados. Podría ser modelo si se lo propusiera, tiene toda la pinta y el estilo. La primera vez que lo que lo vi, enseguida supe que era un egocéntrico mimado de clase alta. Su forma de vestir, su comportamiento, la manera de hablar... Todo lo delataba.

—Vine lo más pronto posible. Lamento mucho tu pérdida, Keira.

—Gracias, James. ¿Quieres pasar?

—Sí, gracia. —Sé que no es una buena idea, pero no puedo echarlo de casa. Él y mi padre eran muy unidos, según me contaba Irlanda, y no lo pongo en duda. James es todo lo que él buscaba en un esposo potencial para su hija: millonario, estudiado, distinguido y patán—. ¿Cómo está ella? —pregunta mientras se quita el abrigo y la bufanda. La recibo y la guardo en el armario.

Embarazada, debería responder, pero ya se dará cuenta por él mismo.

—Triste. —James asiente y mira con nerviosismo hacia el recibidor, como si estuviera esperando que mi hermana aparezca en el umbral—. Pensándolo mejor, creo que no es un buen momento.

—¡Oh!, entiendo. Es que... —dice, rascándose la cabeza—, la he estado llamando y no he podido hablar con ella, su número fue desconectado y pensé que con lo de su padre, vendría a New Haven y podría intentar resolver las cosas. Lo que pasó en Francia...

—¿Cuando terminaste con ella?

—¿Eso te dijo? —pregunta perturbado.

—Sí. ¿No fue eso lo que pasó?

—No, ella...

—Tienes que irte de aquí —interrumpe Irlanda.

—¡Oh Dios!, tú... —los ojos de James están por salirse de sus cuencas. Es evidente que se ha dado cuenta del estado de gravidez de su exnovia—. ¿Es mío, verdad?

—Necesito que te vayas —insiste. Su labio inferior tiembla mientras su mirada es de miedo puro.

—Contesta mi pregunta, Irlanda. ¿Es mío?

—Sí.

Él lleva sus manos a su cabeza y da un traspié hasta chocar contra la puerta de entrada. Su gesto es de conmoción e incredulidad. Se ha quedado mudo. En ese momento, aparece Hedrick en el recibidor y mira la escena con suspicacia. Él no es tonto, sabe que el chico perturbado que está pegado a la puerta es James, y enseguida aprieta los puños.

No sé qué hacer, lo menos que necesitamos ahora es un enfrentamiento. Y para colmo, no dejo de hacer suposiciones en cuanto a la réplica de James cuando pronuncié, a modo de reclamo, que había terminado con Irlanda. ¿Qué pasó realmente entre ellos? ¿Mi hermana me ha mentado todo este tiempo?

—¿Qué hace él aquí? ¿Lo llamaste? —le reclama Hedrick a mi hermana.

—¡No! Te dije que no lo haría.

—¿Quién eres tú? —pregunta James.

—El esposo de Irlanda.

—¿El qué? ¿Cuándo te casaste con ese? —mi cuñado da un paso al frente, pero Irlanda se interpone y le pide que por favor se calme. Él gruñe y sacude la cabeza a los lados.

¡Se armó tremendo lío!

—Irlanda... —insiste James por una respuesta.

—Lo siento —dice y se va. Hedrick la sigue.

—¿Puedes explicarme todo esto, Keira?

—¿Me dirás que pasó en Francia? —El timbre suena y tengo que dejar la conversación con James, pero quiero saber su versión y luego hablar con mi hermana para que aclare todo este embrollo—. Lo mejor es que te vayas, déjame tu número y te llamaré esta noche.

—No me iré. Irlanda me debe muchas explicaciones.

—Lo sé, pero no es el mejor momento. ¿Puedes entender eso?

James acepta marcharse con la condición de que volverá a casa si no me comunico con él esta misma noche. No me gusta que me dé un ultimátum, pero se lo permito solo porque estoy muy avergonzada por todo el problema que armó mi hermanita.

—Disculpen la demora —digo al abrir la puerta. Son los señores Atwood, amigos de mi padre. Después de sus palabras de condolencias, los invito a pasar a la sala donde está mi madre. Ella se pone en pie y comienza a ejecutar su papel de anfitriona.

Me excuso con los Atwood y me apresuro a la cocina para pedirle a la chica del servicio que se encargue de la puerta y de recibir a los invitados. También doy la orden a los del catering para que sirvan las bebidas y ofrezcan los aperitivos. Resuelto eso, subo las escaleras para hablar con Irlanda, pero no

tardo en darme cuenta de la fuerte discusión que mantiene con su esposo en su habitación. Ella insiste en que no sabía que James vendría y Hedrick le reclama que sigue enamorada de su ex. Podrían pasar todo el día así.

—Irlanda, necesito hablar contigo —digo, tocando la puerta.

—Pasa —responde.

Al entrar, la veo sentada en el borde de la cama con los ojos rojos y las mejillas húmedas. Su esposo está de pie junto a la ventana, de espaldas a ella.

—Necesito que bajes conmigo, la gente comienza a llegar y van a preguntar por ti, también mamá.

—¿Se fue? —interviene mi cuñado.

—Sí, pero tienes que entender que Irlanda le debe una explicación.

—No —replica, dando la cara.

—Escucha, Hedrick, sé que tienes derecho de negarte y que estás enojado, pero él no tiene la culpa y la bebé tampoco —razono.

—¡Me largo de aquí! ¡Estoy harto de esta mierda!

—Hedrick, no —pide mi hermana.

—Es obvio que el que sobra aquí soy yo. Y solo hay una forma de resolver esto: anulando el matrimonio.

—No quiero eso —rechaza ella, poniéndose en pie.

—Pero yo sí. Adiós, Irlanda.

Sale de la habitación y ella intenta seguirlo, pero me interpongo y le digo que lo deje ir, que necesita tiempo para pensar en lo que está pasando y así tomar la mejor decisión. Mi hermana, por su parte, tiene que aclarar todo con James y sincerarse en cuanto a sus sentimientos. Sé que siempre dice que está enamorada de Hedrick, pero la insinuación de James me dio mucho en qué pensar.

En la noche, luego de haber atendido a un montón de gente que alababa a mi padre como si hubiera pertenecido a la monarquía, la velada llega a su fin. Irlanda estuvo poco menos de una hora, pero al menos asistió. Mi madre sigue ajena a todo este asunto y no seré yo la que la ponga al tanto. Ya mucho tiene con la muerte de papá para que tenga que lidiar con esto.

Una vez que Jess sale de mi habitación para ir a la suya, llamo a James y le digo que Irlanda lo recibirá en la mañana en casa para que puedan conversar. Ella puso resistencia, pero sabe que metió la pata. Y muy profundo. Ahora le toca correr con las consecuencias. No sé qué va a decidir, no voy a opinar en ese asunto, pero algo tendrá que hacer.

Me acuesto en la cama junto a Ángel y trato de descansar. Estoy agotada. Quiero dormir toda la noche y despertar en otro lugar, quizás en una isla paradisíaca donde me sirvan cocteles en la orilla de la playa mientras tomo el sol. La imagen me hace sonreír. No recuerdo cuándo fue la última vez que hice algo así.

Estoy cediendo ante el cansancio cuando escucho una notificación de un e-mail en mi teléfono móvil. Sospecho que se trata de él.

¿Lo leo o no? ¿Qué tan alto es mi nivel de masoquismo?

¡Ahhh! ¡Qué más da! Lo leeré.

De: sebastian@deckerenterprise.com

Para: Keirabennett@sendmail.com

Fecha: 04 de enero de 2014

Asunto: No me debes nada.

He estado pensando mucho en ti, en nosotros, y tienes razón. Mereces a alguien mejor que yo. Eres una mujer hermosa, inteligente, apasionada, mordaz, atrevida y con carácter. Eres el sueño de cualquier hombre, pero no puedes ser el mío... ojalá pudieras serlo. En cuanto al dinero, no me debes nada. En cambio yo, siempre estaré en deuda contigo.

Ten una buena vida, Keira Bennett. Lo mereces.

Sinceramente,

Sebastian Decker

CEO de Decker Enterprise

Capítulo quince

Volví a Brooklyn el diez de enero, después de pasar varios días con mamá y mi hermana, pero llegó la hora de regresar. Irlanda estará con ella un tiempo mientras resuelve sus asuntos con Hedrick, quien sigue sin devolverle las llamadas. Y no lo culpo. Mi hermana me contó lo que pasó en el viaje con James. Resulta que fue ella la que terminó con él y me mintió porque no quería admitir que su relación con él fue producto de la presión de mi padre. Ella deseaba que limara asperezas con papá e inventó esa excusa para que no le guardara más rencor, pero hubiese preferido la verdad. No sé qué va a pasar entre Hedrick y ella, pero lo que sí es seguro es que no volverá con James, aunque él formará parte de la vida de su hija. Irlanda ama a su esposo y espera poder recuperarlo antes de que Paris nazca. Yo también lo espero.

—Gracias por hacer esto, Keira. Llegué a pensar que nunca sucedería —admite Robert, sentado delante de mí en el café donde lo cité.

Al verlo, es inevitable trasladarme al pasado, a las cosas que viví con él antes de que todo se fuera a la mierda. Lo conocí en un club como algo casual, nada del otro mundo. Bailamos, bebimos y luego me llevó a su apartamento y pasó lo obvio. Por un tiempo, todo se trató del sexo y nada más, ninguno estaba interesado en una relación o nada parecido, pero pasó, me enamoré de él y terminé viviendo en su apartamento. Era imposible que no cediera, Robert me trataba como a una diosa, se desvivía por mí... hasta que supo que Ángel estaba enfermo. Lo odié por años e incluso ahora tengo ciertas reservas en cuanto a sus motivos, pero decidí darle una oportunidad. La vida es muy corta y no sabemos qué rumbo pueda tomar. Hasta puede que sea un buen padre. Que se comportara como un imbécil en aquel momento no quiere decir que lo siga siendo ¿verdad? Y bueno, de ser así, lo mando a la mierda enseguida.

—Somos dos —comento sin demostrar ninguna emoción. Esta situación es un poco extraña para mí y no sé cómo reaccionar. Amé a ese hombre con locura y no me es indiferente su presencia. Tiene un nuevo corte de cabello, y ya no luce una perfecta barba acicalada, pero sigue siendo tan guapo como siempre... tal vez más. Él me observa en silencio, de esa forma profunda y arrebatadora que me consumía en carne viva, y mi corazón responde a aquel gesto latiendo presumido. ¿Sigo teniendo sentimientos por Robert? No, no puedo permitirlo. Vine aquí por Ángel. Además, estoy enamorada del alemán gruñón.

¿Pero eso qué importa? ¿Acaso no me escribió un puto e-mail como despedida? ¡Qué le den a Decker!

—¿Quieres algo de tomar? —pregunta un poco nervioso, algo raro en él. Nunca, ni cuando me invitó a

salir por primera vez, lo vi ansioso.

—Un frappuccino de chocolate estaría bien —sonríe. Fue la misma bebida que pedí la primera vez que fuimos juntos a un café y debe recordarlo.

—Enseguida vuelvo —anuncia, poniéndose en pie.

Mis ojos no pierden el momento y se aventuran a recorrer su cuerpo de arriba abajo. Hoy viste casual: camiseta blanca, jeans —que marcan su prominente trasero— y botas Timberland. Me reprendo al encontrarme deseando aquel cuerpo varonil. ¿Acaso estoy hormonal? No puede ser que haya dejado volar mi imaginación con tanta rapidez. Pero es que el hombre tiene lo suyo. Y no necesito de la fantasía, todavía guardo en mi memoria lo bueno que era en la cama. No tanto como el alemán —que no debería venir al caso porque eso se acabó desde el mismo momento que, cobardemente, renunció a mí a través de un e-mail—, pero sin duda pasaría un buen rato con Robert.

—Aquí tienes —dice con un guiño y se sienta en la silla frente a mí. Murmuro la palabra gracias sin dedicarle ninguna sonrisa. Que ni crea que me va a tener comiendo de su mano así como así. Robert tiene que luchar para ganarse mi simpatía—. Entonces... ¿podré conocer a Ángel? —pregunta así, tajante y sin rodeos.

Me tomo mi tiempo antes de responder y, mientras tanto, le doy un gran sorbo a mi deliciosa bebida. No vaya a ser que termine discutiendo con él y me quede con las ganas.

—Escucha, Robert. Antes de que eso pase, necesito estar segura de que en verdad quieres estar en su vida. Él no es una cosa que se mira y luego das la vuelta.

—Tienes derecho de pensar que eso haré, pero no es así, Keira. Ya no soy el mismo de antes —dice con tristeza.

—¿Qué quieres decir con eso? —replico con desdén.

—Sé que fui un maldito, pero no me creía capaz de asumir la responsabilidad de un hijo especial y no te apoyé como necesitabas. Te puse entre la espada y la pared y te obligué a huir, sabiendo que no tenías a nadie más —admite. Escucho franqueza en su voz y lo compruebo en su mirada—. Perderte fue un duro golpe para mí, aunque esa no es la razón por la que digo que no soy como antes.

—¿Y cuál es?

—Brandon —murmura, sus ojos se colman de lágrimas, tristeza y dolor—. Tuvo un accidente hace dos años y quedó parapléjico.

Él es su hermano, menor que Robert por cinco años. Cuando me fui de su vida de, Brandon tenía quince años. Es una verdadera pena.

—Lo siento mucho —le digo, apretando su mano.

Él me mira como si no pudiera creer que lo esté tocando, aunque sea solo un pequeño gesto. Aparto la mano para que no confunda con otra cosa esa reacción automática.

—Es terrible. Y lo peor es que todos los días le dice a mamá que quiere morir. Ha sido un infierno —confiesa cabizbajo—. El caso es que, desde que supe que Ángel existe, no he dejado de pensar en él, en lo duro que debe haber sido para ti y en lo que pude hacer para facilitarte las cosas.

—No tanto para mí —farfulto con tristeza. En todo esto, el que más ha sufrido ha sido mi niño. Le ha tocado batallar fuerte para seguir con vida y me culpo por eso. Quizás Robert fue cruel, pero yo fui egoísta... lo sigo siendo.

—Lo imagino —consiente con el mismo tono melancólico—, pero si tienes miedo de que lo rechace, no tienes porqué. Sé que él no será como el resto de los niños, que quizás...

—Está bien —lo interrumpo—, dejaré que lo conozcas.

—¿De verdad? —inquieta con incredulidad. Debió pensar que me costaría más decirle que sí, pero en realidad ya eso estaba decidido, aunque tenía planeado esperar un poco más antes de decírselo.

—Sí. Por lo pronto, te mostraré algunas fotografías. —Las busco en el bolso y las pongo en la mesa—. Esta es de cuando nació. —Robert toma el papel en sus manos y la mira absorto. Imagino que asumió que sería distinto. Yo también tuve esa duda cuando supe de su condición, pero Ángel se veía como cualquier otro bebé. Su cabeza más pequeña de lo normal y sus brazos y piernas un poco flexionados, pero no parecía tener ninguna enfermedad.

—Es hermoso —dice mientras toca su imagen con los dedos.

—Se parece mucho a ti.

—No solo a mí, tiene tu nariz.

—Eso dijo mi madre cuando lo vio —sonríe—. En esta otra, tenía cinco meses. Ganó bastante peso en esa temporada. Fue antes de su primera hospitalización.

Mi voz falla. Los recuerdos de lo que ha pasado vienen a mi memoria y me llenan de nostalgia.

Una hora después, le he mostrado todas las fotografías mientras le resumía lo que ha sido de su vida en todo ese tiempo. Robert no es capaz de contener las lágrimas y termina llorando. Es un llanto silencioso, pero muy notable.

—No te-tengo perdón —murmura, conteniendo un sollozo.

—Nunca es tarde para decir lo siento —convengo, alcanzando una vez más su mano.

—Lo siento, Keira. Lo siento mucho, de verdad.

—Lo sé. Ahora, puedes decírselo a él.

—¿Hoy? —pregunta sorprendido.

—Si no estás preparado, no importa. Lo verás otro día.

—Sí, sí quiero. Es que... tú dijiste «por lo pronto», y creí que no estarías dispuesta a dejarme verlo enseguida.

—¿Para qué esperar? Es evidente que en verdad quieres conocerlo y no sé cuánto tiempo él... —Me ahogo con las palabras no dichas. No puedo pronunciarlas, me duele demasiado imaginar un mundo donde Ángel no esté.

—¿Estás bien? —pregunta mientras acaricia mi mano con su pulgar. Asiento, incapaz de hablar. Sé que terminaré llorando si digo algo y no quiero hacerlo. Han sido días demasiado duros con muchas lágrimas y tristeza.

Salimos del café y subimos a un auto negro que esperaba fuera. El chofer —sigo sin creer que Robert

tenga uno— lo pone en marcha cuando le doy la dirección de mi apartamento.

Sin duda, su estatus económico cambió a lo largo de estos años. No le preguntaré cómo pasó ni a qué se dedica, no es asunto mío... aunque me muero por saber. Lo que sí recuerdo es que tenía muchos planes y se mostraba muy entusiasta cuando me hablaba de ello. Me pregunto qué habría pasado de seguir con él ¿estaría en la misma posición de ahora o los gastos de Ángel no le habrían permitido progresar?

—¿En qué piensas? —pregunta muy campante, como si fuese su problema.

Lo miro con el ceño fruncido y contengo las ganas de gritarle que dejó de ser su asunto cuando me echó de su vida. ¿Sería grosero de mi parte? Tal vez, pero no puede tratarme como si nada hubiese pasado cuando la verdad es muy distinta. Espero que un día pueda dejar de sentir rencor por él, de verdad, pero ese momento no está cerca de llegar—. Lo siento, no quería incomodarte.

—Sabes que hago esto por Ángel. No quiero que confundas las cosas con algo más.

—Claro, lo entiendo. Imagino que ahora tienes a alguien en tu vida y no quiero generar tensión. Mi único deseo es conocer a mi hijo y también ayudarte económicamente con lo que él necesite.

¡Oh, sí! Apareció mi salvador... tres años tarde.

En cuanto a lo de alguien más en mi vida... ¡Ja! No tengo de quién alardear, ojalá así fuera para que no vea una posibilidad.

¿Y qué de él? ¿Tendrá a alguien especial a su lado?

¿Y a mí qué me importa? Robert Hayes es libre de estar con quien quiera.

Un incómodo silencio se instala entre los dos en ese momento, pero no me extraña, más raro sería que nos habláramos como grandes amigos, que no es el caso. El único asunto que nos compete a ambos tiene nombre y apellido.

—Bueno, aquí estamos. ¿Te sientes nervioso? —le pregunto, porque se ve tan pálido como muñeco de nieve.

—Mucho, de hecho. Pero por favor, no malinterpretes mis gestos. Puede que me impresione un poco porque será la primera vez que lo vea y no quiero que después me niegues la posibilidad de visitarlo y...

—Tranquilo, Robert. No soy *La Bruja Mala del Oeste*^[13] —digo con una risa nerviosa.

Yo también estoy muy ansiosa. Esto no es fácil, ni un poquito. Ángel siempre ha sido solo mío y la idea de compartirlo no me gusta mucho. Soy una mamá oso. Y, en este momento, él es una amenaza.

Me bajo del auto después de Robert y caminamos juntos hasta las escalinatas del edificio. Al cruzar la entrada, subimos los tres pisos en silencio, yo delante y él detrás. Cuando estamos frente a la puerta del apartamento, mi estómago se aprieta y mi corazón late a toda prisa. ¡Llegó la hora! Y acabo de darme cuenta de que no estoy lista para esto. No quiero dejarlo entrar en nuestras vidas.

Me veo subiendo a un taxi, con una maleta llena de ropa, mi estómago abultado y un corazón desecho. Me encuentro odiándolo de nuevo y al borde de las lágrimas, con un enorme deseo de gritarle a la cara ¿por qué no pudiste amarlo?, ¿por qué me pusiste a elegir?

—Keira, ¿estás bien?

—¡No! —grito. Esta vez, no detengo las lágrimas. Sé que no se trata solo de él, es mi historia fallida

con Decker, la muerte de papá, los años de ausencia... es todo—. No estoy bien.

Mi cuerpo se sacude de forma violenta mientras trato de llorar en silencio. No quiero que Jess o Leandro me escuchen y salgan a mi encuentro. Eso solo empeoraría las cosas.

—Tranquila, cielo —murmura Robert, abrazándome por la espalda.

No sé porqué lo dejo. Debería estar empujándolo lejos de mí y echándole en cara por su cuota de culpa por mi dolor, pero no lo hago porque necesito esto. He deseado un abrazo fuerte desde el momento que supe de la muerte de papá. Hoy, como antes, encuentro paz en los brazos del hombre que una vez amé, quien conocía mi historia, mis sueños, mis más grandes temores...

¿Pero qué estoy haciendo? Robert me defraudó cuando sabía lo mucho que me dolía el abandono de mis padres e hizo lo mismo. Lloré por meses su traición y ahora se toma la libertad de intentar consolarme. ¡No lo puedo permitir!

—Suéltame —ordeno cortante.

—Keira, solo quería...

—Suéltame, Robert. Creí que sí, pero «lo siento» no es suficiente para mí. —Sus brazos lentamente se aflojan y me otorgan la libertad que exigía—. No vuelvas a hacer algo así. —Le digo enfrentándolo.

—No lo haré, lo prometo. —Su mirada es sombría y está viciada con culpabilidad. Y no es que intente vengarme, pero tiene motivos para sentirse así—. Si quieres me voy.

—La verdad, sí quiero, pero no se trata de lo que yo desee, sino de él.

Meto la llave en la cerradura, abro la puerta e invito a Robert a pasar. De inmediato, Jess y su novio miran hacia nosotros desde la cocina. Mi amiga es la más sorprendida, no tenía planeado traer a Robert hoy, y es lógico que ese hecho la descoloque un poco, hasta a mí me parece surrealista que esté aquí, a punto de conocer a mi hijo.

No tengo qué hacer presentaciones. Robert los conoce a ambos desde antes de que quedara embarazada, pero nunca supo dónde vivían y por eso estuve tranquila todo este tiempo en Brooklyn. Aunque, para ser sincera, jamás pensé que me buscaría, y mucho menos que quisiera conocer a Ángel.

—Espera aquí. Déjame comprobar si está despierto.

Jess lo mira con odio. Niego con la cabeza como advertencia, no estoy esperando que salga en mi defensa y le diga hasta del mal que se va a morir.

Al entrar a la habitación, veo que Ángel está despierto en la cuna. Una parte de mí quiere mentir y decirle que está dormido, pero mi porción moral sabe que no es lo correcto. Me acerco a la cuna y hablo con mi hijo mientras acaricio su cabello. Le digo que una persona especial viene a verlo y que no tenga miedo porque yo estaré aquí. Él encuentra mis ojos y me llena de una dulce paz. Lo amo con todo mi corazón. Le doy un suave beso en la frente y salgo a buscar a Robert. Él está en el mismo lugar que lo dejé, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada clavada en sus pies. Al pronunciar su nombre, levanta el rostro y puedo leer en sus pupilas el terror.

—Está despierto, ven —le pido. Titubea un poco, pero después comienza a andar.

Antes de entrar, le digo en qué condiciones lo va a encontrar.

—Ángel ha perdido peso estos días y se ve más delgado. Sus brazos y piernas están flexionados a pesar de las terapias diarias; cuando está despierto, mantiene la boca entre abierta y suele babear mucho; sus ojos casi siempre miran arriba a la izquierda y solo cuando le hablan o lo acarician, los mueve hacia otra dirección. Sé que escucha porque busca mi voz, pero su vista es casi nula, según los médicos.

—Lo entiendo, Keira. No voy a salir corriendo de la habitación, si eso piensas —dice con dureza.

—Lo sé. Solo quiero que estés preparado.

—Lo estoy.

Cuando pasamos a la habitación, Lucy sale para darnos privacidad. Robert se acerca a la cuna de madera que está contra la pared, frente a mi cama, y yo me quedo atrás. Mi corazón late tan fuerte que zumba en mis oídos. Por unos segundos, cierro los ojos y pienso que estoy en otro lugar, que esto no está pasando. Y sin querer, me encuentro con un par de pupilas grises, las de Decker. ¿Qué hace él en mi mente? La respuesta es obvia, me hace falta. La verdadera pregunta es ¿por qué? Él nunca me ha consolado de ninguna forma, jamás me dijo una palabra dulce o intentó mirar mi corazón. Con él, todo era sexo y lujuria. ¡Sebastian Decker no puede ser mi lugar seguro!

—Hola, Ángel. Soy Robert —susurra. Abro los ojos y me doy cuenta de que está mirándolo. Noto su intención de tocarlo, pero se detiene. ¿Miedo quizás?, ¿o será repulsión?—. Sé que no tengo derecho de estar aquí, pero quería venir para pedirte perdón. Fui un cobarde, Ángel, y lo lamento tanto. Merecías un mejor padre que yo, pero ¿sabes algo? tienes a la mejor madre del mundo. Y aunque no te conozco como debería, también sé que eres el niño más fuerte y valiente del mundo. Para mí lo eres.

Doy varios pasos hasta llegar a su lado, entrelazo sus dedos con los míos y me quedo en silencio, siendo testigo de un evento milagroso. Sí, no encuentro otra palabra para lo que está sucediendo aquí. El tono en el que le hablé, las lágrimas que está derramando, me dicen que no miente, que en verdad lamenta haber tomado una decisión tan drástica en el pasado.

—¿Quieres cargarlo?

—¿Y si le hago daño?

—No lo harás. Él no es frágil, Robert.

—Entonces sí.

—Ven aquí, mi amor.

Lo cargo entre mis brazos y se lo entrego a Robert. Él lo sostiene con temor, pero no hace un mal trabajo. En sus grandes brazos, mi hijo se ve pequeño y seguro a la vez. Sus ojos no pueden apartarse de su rostro, lo mira como si se tratase de un ser sobrenatural. No con lástima sino con nostalgia, y hasta atisbo algo más, no sé qué, pero podría tratarse de un sentimiento muy parecido al amor.

—Cariño, él es tu papá —le digo, acariciando su cabello—. Háblale, él intentará buscar tus ojos.

Robert niega con la cabeza mientras que las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Lo entiendo, no es capaz de hablar porque todo esto resulta demasiado para él. Nadie más que yo puede comprender lo que está sintiendo. Al verlo, uno desea convertirse en Dios y curar su enfermedad, pero no se puede, no funciona así, y de inmediato te sientes impotente.

—¿Por qué, Keira?

Lo sé, yo también quise saber cuál fue la causa de su enfermedad.

—Uno de los cromosomas de su cadena de ADN quedó incompleto cuando se formó el embrión, pero su enfermedad es congénita y no adquirida. —Él me mira con atención, asintiendo como si entendiera algo de lo que le digo—. No tienes que preocuparte si quieres tener más bebés, no es hereditario.

—N-no pi-pienso en eso ahora —tartamudea, bajando la mirada hacia mi angelito—. Gracias, Keira.

—Eres su padre, Robert. No sería capaz de negarte ese derecho.

—No por esto, gracias por no oírme, por dejar que naciera, por cuidarlo todo este tiempo... —Expresa cada palabra sin apartar sus ojos de Ángel. Y que diga eso, mirando a nuestro hijo con tanta emoción, me hace sonreír y llorar a la vez—. ¡Me está mirando! —Celebra contento.

—Sí, parece que le caes bien.

Desde ese día, las visitas de Robert comenzaron a ser recurrentes. Venía casi a diario al salir del trabajo y hablaba mucho con Ángel. Le decía de sus proyectos de arquitectura y también le leía algunos cuentos. Un día, me preguntó si sería posible que su familia lo conociera. Ellos viven en Atlanta y estaban dispuestos a venir a Brooklyn para conocer a Ángel. No me pude negar. Tres días más tarde, sus padres y sus dos hermanas, llegaron a la ciudad. Estaba nerviosa, era posible que ellos no comprendieran la condición de Ángel, pero no fue así. Lo trataron con amor y lo llenaron de regalos. Muchos nunca los podrá usar, pero lo que vale es el gesto. Ese día, me pregunté si las cosas habrían sido distintas si Brandon —el hermano menor de Robert— no estuviera parapléjico. La respuesta fue sí, creo que su cambio de corazón se debió a su hermano y del mismo modo sucedió con sus padres y hermanas. Para alguien que no ha estado en una situación similar, es muy difícil entender lo que se siente. Porque, al igual que Brandon, Ángel está atrapado en un cuerpo que nunca le dará la oportunidad de llevar una vida normal.

Una semana más se suma al calendario, avanzando rápidamente hasta el treinta y uno de enero, el día más esperado por Jess y Leandro.

—Te ves hermosa. —Le digo a mi amiga al verla con su precioso vestido de novia. Leandro va a babear cuando la vea entrar por el pasillo de la iglesia.

—Estoy demasiado nerviosa, negra. ¿Y si Leandro no va a la iglesia?

—¿En verdad piensas eso? Dios, Jess. Ese hombre estará ahí así el cielo se esté cayendo.

—Cierto, sí. No lo hagamos esperar entonces.

—No comas ansias, todavía es temprano. Mejor deja que el fotógrafo termine su trabajo aquí y luego nos vamos.

—Ya me tomó un montón de fotos a mí sola. Mejor ve por Ángel para que nos haga una sesión a los tres —dice con una sonrisa.

—¡Sí! Ya mismo voy por él. —Salgo de su suite y cruzo el pasillo hasta llegar a la habitación en la que está mi angelito con su padre, un invitado añadido a última hora. El hombre se ha portado tan bien

que hasta se ganó la simpatía de Jess, y eso que mi amiga es un hueso duro de roer—. Hola, vengo por el galán de mi vida.

Robert sonrío mientras dibuja mi silueta con sus ojos, sin disimular. La atracción es evidente, los años que estuve con él no pasaron en vano y sigue existiendo una chispa entre los dos, pero no estoy dispuesta a dejarlo entrar en mi vida de esa manera. Estamos bien así.

Regreso a la suite de Jess con mi hermoso hijo, quien hoy luce muy apuesto con camisa, corbatín y pantalones negros a juego. Mi amiga me lo quita de las manos y comienza la locura de poses y flashes. Se ve realmente feliz y yo también lo estoy por ella.

Una hora más tarde, Jess y Leandro se prometen amor delante de sus amigos y familiares. Fue hermoso y hasta solté un par de lágrimas, como era de esperarse. Soy muy sentimental.

Después de la ceremonia, vamos a la recepción que tiene lugar en un lindo salón en un hotel de Brooklyn. La organizadora que me recomendó Cameron hizo un gran trabajo con la decoración. Optó por algo sencillo pero romántico, jugando con los matices de violeta, rosa y blanco en la iluminación, y hermosas orquídeas adornando las mesas y puntos estratégicos del salón.

—¿Me concederías esta pieza? —pide Robert de pie a mi lado. Estaba tan encantada mirando a los novios bailar que no me di cuenta que se había levantado de su lugar.

—Sí, claro. —Le pido a Lucy que sostenga a Ángel por unos minutos y me levanto de la silla.

La música que suena es una de las tantas baladas románticas que elegí con Jess para la fiesta, lo que me obliga a estar muy cerca de Robert. Su perfume me es familiar, es el mismo que ha usado siempre, y evoca los momentos más sublimes que viví a su lado, cuando lo amaba.

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos?

—Estaba un poco borracha, pero sí. Aunque no fue nada parecido a esto.

—Llevabas menos ropa que hoy —se ríe.

—¡Uh! Ni me lo recuerdes. En ese tiempo me vestía como una zorra.

—Te veías sexy —susurra en mi oído, erizando la piel de mi nuca.

—Sabía que dirías eso —bromeo, ignorando lo que su cercanía le está haciendo a mi cuerpo.

—Estaba pensando... ¿en qué forma puedo apoyarte con los gastos médicos de Ángel? Sé que tus padres no te ayudaron y que tuviste que asumir muchas deudas y quiero...

—Doscientos cincuenta mil dólares, eso necesito —siseo cortante.

—El lunes haré el cheque, solo dime a dónde lo envío y estará hecho —contesta con dureza, correspondiendo al tono con el que le hablé.

Dejo de bailar y busco sus ojos para pedirle disculpas. Sé que está haciendo un gran esfuerzo por remediar las cosas y no merece mi mal trato.

—No te disculpes. Sé que no fui justo contigo ni con Ángel y merezco tu severidad.

—No, Robert. No debería tratarte así cuando has demostrado verdadero arrepentimiento. Trataré de cambiar mi actitud, aunque puede tomar un tiempo.

—Estoy bien con eso —sonríe y me invita a seguir bailando.

—En cuanto al cheque... hay algo que tengo que decirte —murmuro apenada. No sé si sea buena idea hablarle de Sebastian, pero es posible que descubra que su dinero no terminó en la cuenta de un hospital sino en la de un empresario alemán—. Por algunos meses, trabajé como acompañante. —Su cuerpo se pone rígido y esta vez es él quien abandona el baile.

—¿A-acompañante? ¿Eso quiere decir que tú...? ¿Te prostituiste? —susurra para que solo yo escuche.

—¡No! —reniego.

¿O sí?, me pregunto al recordar lo que pasó con Decker. Prácticamente, acepté su cheque después de tener sexo con él. *Y luego estuvieron todas esas veces... No, eso es distinto.*

Agarro su mano y lo llevo a un rincón apartado, no tendré esa conversación en medio de los invitados —: Iba a cenas y eventos con empresarios, nada más. Yo nunca vendería mi cuerpo.

Él me mira serio. No sé qué significa. Parece enojado y muy perturbado por lo que le dije, a pesar de mi aclaratoria.

—Entonces... ¿qué tiene que ver eso con el cheque?

¡Ah!, ahora entiendo. Robert es muy listo. Creo que lo subestimé.

—Hubo un hombre... —trago un grueso nudo a través de mi garganta antes de continuar—, me ofreció un millón de dólares por un año de servicio y acepté porque las deudas me estaban comiendo viva y Ángel necesitaba una operación, te hablé de eso, ¿recuerdas? El asunto es que el hombre me adelantó tres meses de pago que suman...

—Doscientos cincuenta mil dólares —farfulla.

—Sí, y quiero devolverle el dinero. No deseo seguir con el trato.

No le diré los detalles ni lo que pasó con él. Mucho menos su nombre, es mejor así.

—¿Firmaste algún documento? —inquire con el ceño fruncido.

—No, fue un contrato verbal. Él dice que no quiere el dinero de vuelta, pero yo prefiero no deberle nada.

—Hay algo que no me estás diciendo. —Escucho molestia en su voz. ¿Celos acaso?

—Mira, Robert, no te estoy diciendo todo esto para que me juzgues o me cuestiones, mucho menos para que después me saques nada en cara, solo quiero saldar esa deuda; pero si necesitas más detalles, entonces dejémoslo así. Buscaré otra forma de conseguir ese dinero. —Doy la vuelta con la intención de dejarlo solo con su rabia, pero él sujeta mi mano y me pide con voz amable que no me vaya—. Olvídalo, Robert. No quiero deberte nada a ti también.

—Keira...

—Tengo que volver con Ángel. —Deslizo mi mano fuera de la suya y me alejo de él.

Fue un error hablar con Robert de mi trato con Decker. Y ahora que lo pienso con más calma, es mejor que no me dé nada, no quiero que sienta que tiene algún derecho sobre mí. Estaría en la misma posición de antes... o peor. El otro asunto es que podría rastrear el cheque hasta Sebastian y prefiero no involucrarlo. Robert siempre fue muy celoso y no sé qué sería capaz de hacer si sabe quién pagó por mis servicios o lo que hice con él.

Capítulo dieciséis

Han pasado dos meses desde la boda de Jess y, durante ese tiempo, Robert ha insistido en darme el cheque, pero mi respuesta siempre fue no. Mi excusa era que no quería deberle nada, pero hace un par de días encontré una mejor: ya no lo necesito. Resulta que mi padre nos dejó la mitad de su fortuna a mí y a Irlanda. La otra mitad, la dividió entre mamá y un fondo de inversión. Ahora, cuento con el dinero suficiente para pagarle a Decker sin depender de nadie más. Con mi chequera en la mano, escribo la gran cifra en el lugar correcto. Una vez que completo la información, con mi firma incluida, meto el cheque en un sobre con la dirección de su apartamento de Manhattan escrita delante.

—Ya nada me une a él —murmuro con el papel entre mis manos, pero lejos de estar aliviada, me siento muy mal porque una parte de mí lo seguía esperando como una estúpida.

Dos veces, Keira. Te has equivocado dos veces con los hombres y no puedes permitirte una tercera.

Le digo a Jess que saldré a trotar —aunque mi misión principal es dejar el sobre en un buzón— y le pido que cuide de Ángel por una hora hasta que llegue Robert, quien quedó en venir en la mañana antes de salir de viaje a España.

El invierno al fin ha abandonado la ciudad, dándole paso a la primavera, cuando las flores y los árboles vuelven a retoñar. La lluvia aparece muchas veces de improvisto, pero por suerte hoy el cielo se ve despejado. Le doy play a la lista de reproducción de mi iPod y comienzo mi recorrido por la ciudad. La voz suave de Céline Dion —cantando *Live*— me acompaña el primer tramo. Es una canción que habla del amor que no muere, y sé que quizás se refiera a otra clase de amor, pero hoy se la dedico a mi Ángel, a ese ser maravilloso que llena mi corazón y que seguirá conmigo aún cuando no esté.

Me detengo frente a un buzón y, luego de varios titubeos, deslizo el sobre del *adiós* dentro de la ranura. *Ya no le debo nada a Sebastian Decker, soy libre... pero ¿por qué aún me siento cautiva?*

Sin encontrar una respuesta a mi interrogante, sigo mi recorrido hacia el puente de Brooklyn y, sin importar que ahora mi iPod reproduce *Happy* de *Pharrell Williams*, lloro. ¿Para qué sirven las lágrimas si el dolor no se acaba? Ojalá tuviera una respuesta... o mejor una solución.

—¡Ay, no! —me quejo cuando una gruesa gota de lluvia cae justo en mi frente. Estoy a mitad de camino y si comienza a llover fuerte, terminaré empapada. Sin más remedio, doy marcha atrás y corro lo más rápido que puedo, de regreso a Brooklyn, pero no me da tiempo de huir del inclemente aguacero que se cierne sobre mí.

Esto era lo que me faltaba, que el puto clima se pusiera de acuerdo con mi estado de ánimo. ¡Pero qué solidario resultó!

Cuando llego al final del puente, las gruesas gotas se han convertido en llovizna y eventualmente dejan de caer. El sol vuelve a brillar muy campante, como si ninguna nube gris hubiese pasado sobre la ciudad.

¡Ja! Creo que a alguien allá arriba le gusta gastarse algunas bromas y no estoy de humor para reírme.

Al llegar al apartamento, corro a mi habitación y comienzo a quitarme la ropa sin darme cuenta de que estaba dándole un gran espectáculo delante de Robert. Por un momento, olvidé que él estaría ahí. Me cubro como puedo y me apresuro al baño. No iba a esperar que su emoción se hiciera evidente y todo se volviera incómodo entre los dos. Vamos, él es hombre. Si me quedaba ahí, la cosa iba a pintar muy mal. ¿Y por qué una vocecita murmura en mi cabeza que no sería nada mal? Ah, pues porque he estado en sequía desde que la máquina Decker dejó de operar en mi cuerpo.

Después de una ducha tibia, salgo del baño envuelta con una toalla blanca ya que, para mi mala suerte, mi ropa está en el pequeño clóset de la habitación. Mi presencia no pasa desapercibida para Robert, me mira como un perro con hambre, y lo peor es que no me molestaría nada ser su hueso. ¿Y si me dejo morder?

¡Buen Dios! ¿Pero qué me pasa? Estuve tres años en abstinencia y lo pude soportar, no puedo estar tan... necesitada cuando solo han pasado semanas desde la última vez.

—¿Puedes salir un momento? Necesito vestirme, como habrás notado.

—Sí. Lo si-siento —balbucea afectado. Sujeto mis labios entre mis dientes para contener la risa. No sé porqué me parece gracioso ver a Robert nervioso. Sí, sí lo sé, porque el hombre tuvo sexo conmigo miles de veces y me vio desnuda muchas más.

—Robert... —pronuncio antes de que salga de la habitación. Se detiene y mira hacia mí—, ¿estás saliendo con alguien?

—No desde hace varios meses. ¿Por qué?

—Curiosidad. —Él asiente, aunque parece confundido. Dirijo mi mirada más abajo y ahí está, un gran bulto llenando sus pantalones—. ¿La amabas?

—¿A quién? —Su voz suena ronca y delatadora. No sé porqué le pregunto esto y a qué estoy jugando, se supone que, hace menos de una hora, estaba muy triste por decirle definitivamente adiós a Decker. Y ahora estoy aquí, a medio vestir, haciéndole preguntas íntimas al primer hombre que me rompió el corazón.

—A la mujer con la que salías.

—No —responde seguro—. Te amo a ti —*¡Oh, Jesús! ¡He abierto la caja de Pandora!*—. Nunca dejé de hacerlo, Keira.

—N-no te pre-pregunté eso.

¿Por qué balbuceo? Porque el hombre se está acercando peligrosamente hacia mí y sé lo que puede pasar si me llegara a tocar. Él sabe qué lugar enciende mi deseo, era experto en llenarme de placer.

—¿Y tú, lo amabas a él?

Tres pasos nos separan y esa pequeña distancia está friendo mis neuronas de tal forma que no puedo hilar mis pensamientos.

Concéntrate, Keira. Robert acaba de preguntar algo perturbador.

—No ha habido ningún “él” —respondo con firmeza.

—Pasaron tres años, no treinta. Te conozco y sé que *el hombre del millón* significó algo para ti.

Veinte centímetros.

Diez.

Sus manos en mis caderas, su aliento en mi rostro.

—¿Qué haces?

—Nada, solo estoy cerca de ti. ¿Qué haces tú? —Mojo la resequedad de mis labios con mi lengua, preparándome para responder algo. ¿Qué? No tengo una jodida idea—. ¿Lo amas, cielo? —Su mirada intensa me está consumiendo. No quiero cederle ese tipo de poder, no debo.

—Tal vez.

—¿Él te ama?

—No. —Esa respuesta hace doler mi pecho. Decker jamás me amó y jamás podrá, es la verdad.

—Entonces no te merece.

—¿Y tú sí?

—Nunca te merecí y nunca lo haré, pero ahora podemos ser una familia, como siempre soñaste.

—No fue así como la imaginé —siseo, dando dos pasos atrás. No puedo permitir que el deseo domine a la razón, y menos con él. Eso fue lo que me llevó a mi segunda rotura de corazón, la debilidad de mi carne, pero ya no más—. Sal ahora, Robert.

—Keira...

—Por favor.

—Bien, me iré ahora, tengo que tomar un vuelo a España.

—Que tengas un buen viaje, Robert —asiente de mala gana, camina hasta la cuna para despedirse de Ángel con un beso en la frente y luego se va.

Cuando la puerta se cierra, doy los pasos necesarios para llegar a mi cama y me dejo caer sobre el colchón, abatida y abrumada. La confusión reina en mi mente y también en mi corazón.

¿Y si no amo al alemán? ¿Y si todo fue producto de la intensidad de la pasión? ¿Cómo descifro este enigma?

Los siguientes dos días me interno en casa. No tengo ganas de nada. Si pudiera, me quedaría metida en la cama todo el día comiendo chucherías y consumiendo horas de películas y series.

El miércoles, recibo la visita inesperada de Hedrick. El pobre se ve peor que yo, y eso es mucho

decir porque me he descuidado tanto que ni el pelo me lo he lavado. Bueno, él parece que no ha tomado una ducha en semanas.

—Ya queda poco para que nazca Paris y me estoy volviendo loco. La he querido llamar cada día desde que me fui, pero no me atrevo. Tengo miedo de que ella... ya sabes, esté con él.

—No lo está.

—¿No? —El alivio se dibuja en su rostro y en su mirada.

—Conversamos todos los días por WhatsApp y me habla mucho de ti. Sé que te ama, Hedrick. Deberías perdonarla.

—Yo también la amo, más de lo que creo posible, y nadie lo entiende. Ni mis amigos, ni mis hermanos, mucho menos mis padres...

—Creo que el amor no se explica, se siente y ya. Y no puedo decirte qué hacer, solo te diré que hay corazones que jamás llegan a ser correspondidos, pero el tuyo no es uno de esos.

—¡Iré por ella! —dice, levantándose de un salto del sillón.

—Eso la haría muy feliz —sonríe.

—Gracias, Keira. —Me da un abrazo efusivo y luego sale corriendo del apartamento como un loco. Eso es amor.

Un cosquilleo familiar irrita mi estómago cuando mi mente me traiciona pensando en Sebastian. Añoro escuchar su voz, sin importar lo que pueda decir. Cierro los ojos y lo veo delante de mí, apoderándose de mi cordura solo con su mirada. Respiro, y el aire huele a su fragancia. No tengo duda alguna, mi corazón le pertenece al arrogante alemán... aunque no lo merezca.

Dos días más trascurren y nada cambia para mí en cuanto a mis emociones, sigo triste, malhumorada y deprimida. He marcado su número miles de veces y siempre declino a causa del miedo a su rechazo, pero él es la menor de mis preocupaciones ahora.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué no quieres comer?

—Deberías llamar a Brian —dice Jess.

—Tendré que hacerlo —murmuro cabizbaja. Los últimos meses, no llevé a Ángel a consulta con él para no enfrentarlo, pero no confío en nadie más para que lo atienda cuando se pone enfermo. Y no solo no ha querido comer, ha sufrido varios ataques convulsivos y está más tranquilo de lo normal. También me preocupa la hinchazón en sus piernas y lo poco que está orinando.

Una hora después, Brian nos recibe en su consultorio. Fue muy amable cuando lo llamé y no dudó ni un momento en decirme que viniera. Lo saludo con una sonrisa nerviosa y tomo asiento en una de las sillas disponibles, Jess ocupa la siguiente.

Luego de conocer sus síntomas, y examinarlo, le envía a hacer una serie de análisis y estudios, sospecha que sus riñones están fallando. El miedo hiela mi sangre ante la posibilidad de perderlo. No estoy lista.

Jess se queda con Ángel mientras le toman las muestras de sangre y yo salgo del hospital para hacer una llamada urgente. Una vez fuera, me siento en una de las bancas de la entrada, tomo varias

respiraciones suaves para intentar tranquilizar los incesantes latidos de mi corazón, y luego marco su número.

—Ro-robert —pronuncio con dificultad. El miedo puro está corriendo en mi sangre y los pensamientos negativos que pasean por mi cabeza no me ayudan en nada—. E-estoy en el hospital con Ángel. Creo que... deberías regresar.

—Cielo, no me digas eso —lo escucho muy afectado por la noticia. No es para menos, mi tono de voz no es nada alentador.

—No quisiera tener que hacerlo —contengo las lágrimas lo más que puedo, tengo que ser fuerte por mi hijo, como siempre.

—Llegaré lo antes que pueda, amor. No los dejaré solos.

—No sé si pueda soportar que Ángel...

—No lo digas, Keira. Él es fuerte, ¿recuerdas? Es tu guerrero —asiento aunque él no pueda verme y agradezco sus palabras porque me llenan de valor. Es más fácil compartir la carga que llevarla sola.

Los resultados de los estudios tardarán al menos dos horas y la espera me está matando. Me gustaría saber ya mismo la gravedad del estado de salud de mi pequeñito. Mientras tanto, le colocaron solución salina para ayudar a su organismo a recuperar las calorías perdidas por su falta de alimentación. El problema es que no pueden administrarle demasiado por la falla renal.

Cuando Brian entra a la sala de observación, mi corazón se detiene literalmente. El gesto en su rostro es desalentador y me infunde un terrible temor.

—Solo dilo, Brian.

—Los análisis hematológicos salieron bien, pero las repetidas convulsiones han afectado negativamente a su cerebro y lo han descompensado. Pedí una consulta con el neurólogo para que lo examine mejor y con el nefrólogo para que analice los resultados de las ecografías y trate su retención de líquidos.

—¿Sus riñones?

—No estoy seguro. Tenemos que esperar al especialista.

—Es mi culpa, debí traerlo antes y quizás no estaría así.

—Sabes que eso no es cierto, lo has hecho bien todo este tiempo y no puedes culparte por algo que nadie puede evitar. Su cuerpo está creciendo y demanda más de su cerebro, lo hemos hablado muchas veces.

—E-entonces... él no... lo va a lo-lograr —balbuceo entre sollozos. No puedo más, estoy cansada de luchar, de contener, de fingir que soy fuerte...

—No lo sé, Keira, pero no te derrumbes, él sigue aquí —dice, sosteniendo mi mano. Miro a mi hijo en la camilla y me pregunto qué estará sintiendo, qué piensa. ¿Quiere seguir luchando? No lo sé, pero yo no puedo rendirme. Brian tiene razón, sigue aquí.

El doctor Davis, el neurólogo de Ángel, lo examina un poco después de eso y decide aumentar la intensidad del estimulador neuronal para contrarrestar sus ataques convulsivos. Es lo único que puede

hacer. El mayor problema del cerebro de Ángel no es su tamaño, sino la displasia cortical generada por el desarrollo anormal de sus hemisferios cerebrales, lo que provoca los ataques.

Más tarde, lo atiende el nefrólogo y decide hacerle nuevos análisis en base a sus síntomas y a los resultados de las ecografías. Según él, sus riñones están un poco afectados, pero siguen funcionando. Los resultados detectan niveles altos de amilasa en la sangre lo que ha derivado a su insuficiencia renal, su falta de apetito y cansancio. El médico decide dejarlo en observación por esta noche y le pone un tratamiento para regular los valores elevados.

Robert llega en la mañana, cansado y muy preocupado. Le explico en detalle lo que me dijo cada médico y lo bien que ha reaccionado Ángel al tratamiento. Eso lo alivia mucho y ni se imaginan a mí, pensé que era el final.

—Hola, Ángel. Me diste un susto tremendo, hijo —acaricia sus cabellos, mirándolo con una profunda nostalgia.

Duele, ver que tu pequeño hijo sufre y que su vida en vez de mejorar empeora, es terriblemente devastador, y por eso tuve una conversación con él anoche, le dije que lo amo muchísimo y que nunca dejaré de hacerlo. También le dije que si se siente muy cansado para luchar, lo comprenderé, que no me enojaré con él si decide dejarme. Fue lo más duro que he tenido que pronunciar, pero no puedo ser tan egoísta al querer retenerlo conmigo mientras él esté sufriendo. No me contestó con palabras, hizo algo mejor, se tomó todo su alimento esta mañana... quiere seguir luchando.

Una semana después, Ángel se ha recuperado, los valores de amilasa se han regularizado y ahora tiene un mejor semblante. Robert se quedó en el sofá todas esas noches. Sin importar lo incómodo que pudiera sentirse, quería estar cerca. Mi actitud con él ha cambiado, se ha ganado mi confianza y he dejado atrás el pasado, ya es hora de mirar hacia adelante. En cuanto a la línea que estuvimos por cruzar aquella vez en la habitación, no ha sucedido más. Aunque su lenguaje conmigo es muy cariñoso. Me dice amor, cielo, y me ha traído bombones, flores y frappuccinos... Es un hombre con un plan.

—He estado pensando en comprar un apartamento. Ahora ustedes son esposos y necesitan su espacio. —Le comento a Jess mientras meto la ropa blanca en la secadora. Hoy es día de lavar.

—¿Qué? Claro que no harás eso.

—Es lo mejor, Jess. Han renunciado por años a su privacidad por mí y ahora que tengo los medios para adquirir mi propio lugar, no es justo que siga aquí.

—Pero... voy a vivir sola con un hombre. —Me rio por la cara que pone.

—Ya no eres una niña y ese “hombre” es tu esposo.

—Es que... te voy a extrañar mucho —lloriquea.

—Jess... no me mudaré a Sri Lanka. Quiero buscar algo aquí mismo en Brooklyn o tal vez... volver a casa.

—¡No! ¿Por qué?

—Porque Irlanda se fue a Miami con Hedrick y mamá está muy sola. Creo que es lo mejor.

—¿Y Robert? Él viene a diario a ver a Ángel... y a ti —dice con un guiño—. Y aquí están también sus

especialistas, sus enfermeras... yo.

—¡Ja! Ahí está, ya me parecía raro que abogaras por Robert.

—Entonces... ¿te vas o te quedas? —pregunta con un puchero de malcriada.

—Tú ganas, me quedo en Brooklyn, pero me mudo de tu apartamento.

—¡Sí, sí! —da saltitos y me abraza—. Así tendré a dónde ir cuando discuta con Leandro.

—Tú no cambias.

Tres días después, Robert me lleva a un recorrido para ver opciones de apartamentos. Él tiene muchos conocimientos de bienes raíces por su empresa de arquitectura y siempre es bueno contar con la ayuda de un experto. Jess también vino con nosotros, quiere asegurarse de que escoja un lugar cerca del suyo. Robert difiere en ese aspecto, ha insistido en que nos mudemos a su apartamento en Manhattan, pero me he negado rotundamente. Ese error solo lo cometí una vez. Prefiero tener mi propio lugar de donde nadie me pueda echar.

—Este me gusta —digo enseguida. Hemos visto al menos cinco apartamentos y ninguno me convencía, pero este grita ¡cómprame!

Me encanta que la pared de vidrio, que lleva a un balcón, deje entrar mucha luz. Y también las bonitas vistas de la ciudad que ofrece desde el piso cinco. La buena noticia es que este edificio cuenta con ascensor, eso de subir escaleras a diario no es algo que disfrute mucho. Como si eso fuera poco, viene amoblado, está cerca del apartamento de Jess y a pocas calles del Puente de Brooklyn.

—Es pequeño —replica Robert.

—Es suficiente para los dos. Lo quiero.

—Creo que deberías pensarlo mejor, cielo. No hay apuro —dice en tono conciliador.

—Ya lo pensé, quiero vivir aquí.

—Perfecto, comenzaré a preparar los documentos —dice la vendedora, sonriendo.

—¿Nos da un momento? —le pide Robert.

—Sí, claro. Estaré en el pasillo.

—¿Qué haces? —demando de mala gana.

—Sé que te gusta, pero podemos encontrar un mejor lugar.

—¿Dónde? ¿En tu apartamento?

—Keira... —comienza.

—No, es mi decisión. Además, tú fuiste el que eligió las locaciones y aseguraste que eran las mejores de Brooklyn. Ángel y yo vamos a vivir aquí, te guste o no.

La semana siguiente, tenía un apartamento en Brooklyn a mi nombre. Mío. No lo podía creer. Para ese momento, nuestras cosas estaban guardadas e identificadas en varias cajas de cartón. Leandro y Jess me ayudaron con la mudanza. Robert había salido del país y no volvería en los próximos días. Sabía que estaba disgustado por mi decisión, pero lo ignoré. Me sentía tan feliz por tener mi propio lugar que no quería empañar mi alegría con nada.

—Esta es nuestra casa ahora, mi amor. ¿Te gusta? Seguro que sí. Cerca de aquí, hay un parque, te llevaré mañana para que escuches a las aves cantar como tanto disfrutas. Ahora, vamos a dormir, que mami está cansada —lo acuesto en su cuna, lo arropo con una sábana fina y cubro sus ojos con un pañuelo para que se quede dormido más rápido. Apago la luz de la habitación, dejando solo una lamparita encendida cerca de la cuna, me meto debajo de las sábanas y me quedo dormida sin ningún problema.

Temprano en la mañana, el repique de mi móvil me despierta. Lo alcanzo en la mesita de noche sin mirar de quién se trata, ya que no puedo abrir bien los ojos por el sueño que todavía pesa en mis párpados.

—Hola —pronuncio con la voz ronca. Nadie habla, pero escucho una respiración forzada a través del auricular—. Si se trata de una broma...

—Soy yo.

¡Es él! ¿Por qué me está llamando? No sé. Lo único de lo que estoy segura es de lo fuerte que está latiendo mi corazón.

—¿Qué qui-quieres? —balbuceo. Escuchar su voz me destroza y me revive a la vez. Cada noche, su recuerdo avasalla mi mente y me deja absorta.

—Verte.

—¿Para qué? Tu último e-mail fue muy claro.

—No tanto porque estoy sosteniendo tu cheque en mis manos. Te dije que no me debías nada, Keira —dice con tono hostil y severo.

¡Lo que me faltaba, pues! Meses sin saber de él, y me llama para sermonearme. ¿Qué carajos le pasa?

—Ahora no te debo. Ten una buena vida, Decker. Adiós.

—¡Espera! —pide con un grito fatigado.

—Te escucho —espeto.

—Sé mía esta noche, Keira. Una vez más.

—¡Estás demente! ¿Por qué haría algo así?

—Porque a pesar de que no puedo estar contigo, te amo.

—¿Tú qué?

—Te amo, nena.

—No.

—Keira...

—No puedes hacerme esto —lloro de rabia e impotencia—. No puedes decirme que me amas y, al mismo tiempo, romperme el corazón.

—No es lo que intento —murmura desalentado.

—¡Pero es lo que haces! Me lastima saber que no quieres estar conmigo.

—No he dicho que no quiero...

—Dame un motivo entonces. Dime por qué no.

—Está bien, te lo diré si vienes a mi apartamento esta noche.

—Dímelo ahora —exijo.

—Ven esta noche, nena. Por favor.

—¡No! Sé lo que intentas y no voy a caer, Decker. Perdiste tu oportunidad.

Finalizo la llamada y apago el teléfono. No quiero que me llame nunca más. Cambiaré de número, de e-mail, de país, si es preciso, para no saber nada más de él. Es un imbécil que se aprovecha de mi vulnerabilidad, pronunciando las palabras que esperaba escuchar solo para poder follarme.

¿Quién se cree para jugar conmigo así?

Me levanto de la cama cuando soy consciente de que no volveré a pegar un solo ojo por culpa de Sebastian. Tan tranquila que estaba yo con mi nueva vida, y viene él a causar estragos a su paso y dejarme desértica, porque eso es Decker: un desastre natural del que tengo que escapar rápido para buscar refugio.

En la noche, después de terminar de ordenar algunas cosas que seguían en las cajas, me siento en mi mullido sillón de la sala con una copa de vino en la mano. Había postergado este momento durante todo el día, pero ya no puedo más, necesito un poco de alcohol en mi sistema para ver si puedo borrar la voz de Sebastian de mi cabeza... y también su falsa declaración.

No he llegado a darle un sorbo a la bebida cuando escucho tres golpes fuertes en la puerta de entrada.

Es raro, no estoy esperando a nadie. Jess está de viaje con Leandro en uno de sus juegos y Robert sigue fuera de la ciudad. Y no creo que sea Irlanda, está en las últimas semanas de embarazo y no podría tomar un avión hasta Brooklyn.

Me levanto del sofá y dejo la copa sobre la mesita de centro. Camino a paso lento hacia la puerta, pero doy un salto cuando escucho otro juego de toques fuertes. Estoy un poco nerviosa.

Sí, poco. Burla una voz en mi cabeza.

Bueno, bastante asustada. Es la primera vez que vivo sola, y como este es un nuevo vecindario...

—Keira, soy yo —dice la voz masculina del *tsunami Decker*. *¿Qué mierda hace aquí? ¿Cómo me encontró?*—. Vine a decirte la verdad, nena. Por favor, ábreme la puerta.

¡Ay, madre mía! ¿En verdad está aquí? ¿Por mí?

Mis piernas se sienten débiles y mi corazón se ha desquiciado. Sus pálpitos parecen choques eléctricos paralizantes que me han robado el habla, los movimientos y la capacidad de razonar.

—Te amo, créeme. No puedo... respirar. Siento que me estoy asfixiando sin ti, Keira.

Silenciosas lágrimas se han deslizado por mis mejillas. Jamás pensé que el imponente Sebastian Decker me diría, con la voz quebrada, que me ama.

—¿Te quedarás conmigo? —Mis palabras suenan débiles, en consonancia con el resto de mi sistema.

—Keira... —suspira derrotado.

—¡Vete entonces!

—No, tienes que escucharme. Déjame decirte porqué no puedo quedarme contigo —insiste.

Me seco las lágrimas y abro la puerta de un tirón. ¿Quiere decirme la verdad? Pues aquí estoy.

—Keira... —pronuncia con voz ronca. Y sus ojos, esos con los que he soñado tantas veces, me miran con embeleso y ansiedad. Quiero echarme en sus brazos y besarlo sin esperar un porqué, pero temo perderme en sus caricias y quedar atrapada entre ellas. Decker es un torbellino por el que puedo terminar destrozada.

—Quédate ahí —ordenó cuando noto su intención de llegar a mí.

—Necesito abrazarte, Keira. No te niegues a mí —susurra con profundo pesar. Yo también lo deseo, fueron muchos meses de ausencia, pero tengo que mantener mi postura o perderé la partida.

—No hasta escuchar lo que tienes para decir.

—¿Puedo pasar? —abro más la puerta y camino de regreso al sofá en el que estaba. Necesitaba sentarme, mis piernas ya no podían seguir sosteniéndome.

Él sigue mis pasos y se sienta en el sillón frente a mí, de espaldas a la puerta de mi habitación, la dejé abierta para poder ver a Ángel y, por un momento, lo había olvidado. Puede que Sebastian no sea el único que cuente su historia esta noche.

—Habla —espeto sin mirarlo. Mi punto de enfoque es la copa de vino que agarré de la mesa. Me tomo su contenido de un trago y relleno la copa. Necesito mucho más que una para controlar mis nervios.

—Te extrañé mucho, nena.

Estúpida voz, me estás llevando al lugar oscuro y peligroso en el que tanto disfruto.

—No por culpa mía —siseo—. ¿Qué haces? Te quiero a tres metros de mí —exijo cuando se levanta de su asiento.

—Mientes, quieres que te bese, Keira. Y no solo eso, tu cuerpo anhela al mío, lo echa de menos.

Un paso, otro más.

—E-eso n-no está en... discu... ¡aléjate! —Lo empujo con las piernas cuando está casi sobre mí—. No juegues sucio, Decker. Habla o te vas.

—Solo quería un beso —replica con una sonrisa descarada.

Lo miro con desprecio, aunque no es eso lo que siento. No sé si fueron los meses que estuvo lejos o lo mucho que lo extrañé, pero el alemán se ve más atractivo que nunca. Viste jeans, jersey verde, chaqueta militar de cuero marrón y botas a juego. Es un look muy alejado de los trajes que suele usar. Su cabello también se ve distinto y se ha dejado crecer una barba muy cuidada. Y para completar el cuadro, está ese odioso y varonil perfume que me trae vuelta loca.

—Ahora mira quién miente —espeto.

—Lo prometo, solo será un beso.

¿Pero es que cree que soy estúpida? Un beso nos llevará a las caricias y de ahí...

—No te creo. Sé muy bien lo que estás buscando, pero no lo vas a encontrar. Tus juegos ya no funcionan conmigo.

—Bueno, eso es una teoría que me gustaría comprobar —fanfarronea con aires de suficiencia.

—¿Sabes qué? Vete de una vez. Ya no me interesa tu “supuesta verdad”. Igual no serviría de nada porque ahora tengo a alguien más en mi vida.

Ante mis palabras, reacciona como una bestia salvaje y me acorrala entre su cuerpo fornido y el sofá. Es una delicia y una tortura sentirlo... lo extrañé demasiado.

Sus pupilas han cambiado de gris a verde oscuro y me observan de una forma inexplicable. ¿Miedo, zozobra, dolor...? Quisiera preguntarle, pero mis palabras se perdieron junto con mi cordura. Porque, mientras él está sobre mí, respirando mi aliento, el deseo se enciende en mi interior como un voraz fuego que quiere consumirlo todo.

Sebastian Decker es la debilidad más grande de mi carne.

—Eres mía, Keira —susurra con autoridad.

Sí, irremediablemente tuya.

Sus suaves y sensuales labios se apropian de los míos con un beso codicioso y pendenciero. Es una represalia a mi intento por herirlo, que terminó siendo una derrota ante mi propio juego. Aunque su lengua deslizándose contra la mía, y sus manos abrasando mi piel por debajo de la tela de algodón de mi ropa, no es precisamente un fracaso.

—No podemos hacer esto —murmuro contra sus labios, cuando siento su mano derecha acercándose al lugar en el que mi humedad quema.

—Lo estamos haciendo —alardea.

—¡Oh Dios! —gimo cuando dos de sus dedos se hunden en mi sexo—. De-detente, por favor —ruego entre quejidos roncros y balbuceos. Él sabe muy bien qué hacer para arrastrarme al epicentro del más sublime de los placeres. Él no se detiene, sus acometidas se intensifican mientras que sus besos se trasladan a mis pechos. No sé cuándo deslizó hacia arriba la parte superior de mi pijama, solo sé que estoy perdida en él y en sus deliciosas caricias.

Sus labios bajan lentamente, marcando una línea recta hasta más allá de mi ombligo al tiempo que desliza por mis piernas el pantalón corto de mi pijama, junto con mi ropa interior, dejándome expuesta delante de él, con las piernas separadas y la pasión latiendo en sexo. Mi mirada le da el sí a su petición silenciosa y dejo que haga lo que quiera conmigo.

—¡Ah! —exhalo entre respiraciones forzosas cuando su boca ataca los labios sensibles de mi sexo. La sensación es exquisita y avasallante. Todo mi sistema está colapsando, en especial mi corazón. No puedo precisar si está latiendo o destrozando mi pecho.

—Dame más, nena. Córrete en mi boca —solicita con voz grave y excitada. Su invasión no cesa, lame, succiona y golpea mi punto más sensible con la punta de su lengua hasta que obtiene lo que había pedido.

¡Ahhhh!, pero si la que salió ganando en todo esto he sido yo.

—Eres deliciosa, *süße* —dice, relamiéndose los labios. Sus ojos irradian deseo y determinación. Sé que esto solo fue el inicio de lo que vendrá.

Sebastian me carga en sus brazos sin ningún esfuerzo y me lleva a mi habitación... a la misma donde

está mi hijo. ¡Volví a olvidarme de Ángel!

—¿Ti-tienes un...? ¿Él es... tuyo? —balbucea, dejándome caer de forma brusca contra el colchón.

—Sí —susurro avergonzada. ¿Qué clase de madre soy? Me dejé llevar en la sala sin detenerme a pensar en él.

—¿Está enfermo? —frunzo el ceño. No me gusta nada el tono que usó al hacer la pregunta. Me levanto de la cama y busco un vestido ligero en el clóset. No tendré esa conversación medio desnuda.

—Padece de una enfermedad genética —contesto, parándome a su lado—. Por él acepté el trato, necesitaba el dinero.

Sebastian lo observa con el rostro pálido y la mirada turbada. No entiendo qué le pasa, mi hijo no es un monstruo ni nada parecido.

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías un hijo enfermo?

—¿En serio me pregunta eso, *señor privacidad*? ¿O es que solo yo recuerdo el puto contrato? Además, tengo una gran cicatriz en mi vientre que te debió dar una idea.

—Pensé que... —comienza a decir, pero luego cambia su discurso por dos preguntas que me dejan helada—. ¿Pu-puede... morir? ¿Cuál es su... pronóstico de vida?

—Sebastian... —murmuro, conteniendo las lágrimas. ¿Cómo me pregunta algo así?

—De haberlo sabido... —musita, negando con la cabeza. Mi silencio debió darle la respuesta—. Lo nuestro fue un error. Jamás debí enamorarme de ti —dice sin apartar la mirada de mi hijo.

—¿Por qué no? ¿Porque tengo un hijo enfermo? —inquiero con un severo tono de reproche. El miedo golpea mi pecho en forma de latidos dolorosos. Su respuesta podría partirme el corazón en ciento de pedazos irreparables.

—S-sí —afirma con voz temblorosa.

—¡Eres un maldito sin corazón! —grito desde el fondo de mi alma y lo golpeo fuerte en el pecho con los puños cerrados—. Lárgate de aquí. Vete de mi vida y jamás vuelvas a buscarme, Decker.

—Lo siento. Lo siento mucho, nena. —Su voz se escucha quebrantada, pero me importa una mierda lo que él pueda estar sintiendo. Lo que acaba de decir es imperdonable.

—¡Vete, Sebastian! —Lo empujo fuera de mi habitación mientras sollozo con profundo dolor—. Tú eres el error, maldito infeliz. —Sigo golpeando su pecho, renunciando al intento de sacarlo de mi apartamento porque mi llanto no me deja.

—No lo entiendes —dice, sujetando mis muñecas para que deje de pegarle—. No puedo hacer esto.

—¿Hacer qué? —demando con un grito tan fuerte que me arde la garganta.

—Estar contigo cuando él muera.

—¡Oh Dios! ¡Tú no acabas de decir eso! ¡No, lo imaginé! Todo esto es una maldita pesadilla de la que tengo que despertar. ¡Despierta, Keira! ¡Despierta! —grito y tiro de mis cabellos.

El dolor que siento es demasiado intenso. De todas las cosas malas que pudiera haberme hecho Sebastian, esta es la más cruel y despiadada. ¡Está rechazando a mi hijo!

Lo miro a los ojos, esperando encontrar una luz al final del túnel, algo que esclarezca su lúgubre

confesión, pero ahí no hay nada más que frialdad y vileza. Sí, el hombre que está delante de mí es un despiadado que jugó conmigo a conveniencia. Su amor fue una mentira. ¡Él es una mentira!

—¡Vete y no vuelvas más, Sebastian! —le grito con furia, dolor e impotencia. Siento tantas cosas a la vez que comienzo a desfallecer.

—No lo haré —asegura antes de soltar mis muñecas y marcharse para siempre de mi vida, después de haberla destrozado.

Continuará...

Sebastian

15 de agosto de 2013

Meses antes

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que asistí a un evento en compañía de una mujer, y eso me tenía jodidamente ansioso. Hasta me planteé la idea de cancelar la cita que concerté a través de una empresa llamada *Damas de Oro*, a la que me afilié por insistencia de mi hermano Simon. Con ese pensamiento en mente, busqué el número de contacto de la señorita Morrison para notificarle que sus servicios no serían requeridos, pero antes de presionar el botón verde que activaría la llamada, me arrepentí. Sabía lo que pasaría si llegaba solo a la recepción de la boda de mi socio Will: me volvería el foco de atención de las mujeres. Algunas, se me acercarían para intentar que las llevara a la cama. Otras, buscarían convertirse en la futura señor Decker. Pero, en cualquier caso, estarían perdiendo su tiempo. Había renunciado al sexo. Me cansé de brindar placer y de nunca recibir. Porque, por más que lo intentara, por mucho que deseara que mi jodida polla lograra una erección, la maldita cosa seguía sin funcionar. Entonces, mi mejor opción era llevar a la *Dama* que había contratado para evitar así cualquier encuentro desagradable.

Media hora más tarde, el chofer de la limusina detuvo el vehículo frente al hotel *Crowe Plaza Time Square*, donde hospedé a la señorita Morrison. Me aseguré de que nada le faltara, desde el vestido hasta el perfume que debía usar. Mi vena controladora odiaba los cabos sueltos y tenía que asegurarme de que luciera a la altura de la ocasión. Lo del perfume quizás fue bastante exagerado, pero temía que escogiera alguna fragancia similar a la de ella. Perdería mi mierda si así fuera.

«Vamos saliendo, señor», escribió Dimitri, mi guardaespaldas.

«Perfecto», contesté simplemente. Él ya sabía lo que debía hacer. No necesitaba darle ninguna otra indicación.

Estaba sentado en una esquina de la limusina, justo detrás del asiento del copiloto. Y desde ahí, miré hacia afuera y vislumbré a Dimitri acercándose junto a la exuberante morena de largas piernas y cabello oscuro que conocí mediante las fotografías que fueron enviadas a mi e-mail. Ella no era mi tipo en absoluto, por eso la escogí entre todas las candidatas, mi gran debilidad siempre fueron las rubias, pero

me encontré prendado de su andar sensual, que dejaba al descubierto una pierna canela a medida que avanzaba, y de los pechos llenos que resaltaban en aquel escote en forma de “V”, que dejaban muy poco a la imaginación. Juliet Daniels —la asesora de imagen que contraté para que se hiciera cargo de la señorita Morrison— escogió un vestido negro, atrevido y sensual para ella, justo lo que le pedí. Pero jamás pensé que luciría tan jodidamente bien en ella. Y mucho menos que alguien tan opuesto a lo que una vez ambicioné, sería el catalizador que despertara mis instintos dormidos. Sí, maldita sea. Mi polla se llenó de sangre y palpité en mis pantalones desde el mismo momento que mis ojos descubrieron lo sensuales que eran sus curvas. ¿Qué mierda se suponía que hiciera cuando entrara a la limusina? Nada. No haría una mierda. Ella solo sería una acompañante, nada más. La elegí para mantener a raya a las mujeres, no para follarla.

¡Jodido idiota! Sus servicios no incluyen nada que conlleve al sexo. Ella no es una puta.

Cuando la puerta se abrió, centré toda mi atención en el teléfono que aún sostenía en mis manos. No podía mirarla. Tenía que mantener mis ojos lejos de ella para evitar que mi erección creciera más y se hiciera evidente. Pero una esencia deliciosa y sensual inundó el antes vacío e insípido espacio de la limusina y mi deseo vibró, anunciando lo jodido que sería luchar en contra de la tentación de levantar mi mirada y recorrer su cuerpo lenta y codiciosamente. Si verla a través de un vidrio, a una distancia prudencial, me provocó el inicio de una erección, observarla a escasos centímetros, inflaría mi polla hasta un punto cercano al dolor. Por suerte, al tener mis manos ocupadas con el aparato celular, y mis codos apoyados en mis rodillas, pude cubrir el resultado de mi excitación, porque, sin ninguna duda, sus ojos estaban sobre mí. Podía sentir su escrutinio y su incomodidad. Sabía que esperaba algún reconocimiento de mi parte, o quizás una breve presentación, pero estaba tan malditamente perturbado que no era capaz de hacer ninguna de esas cosas. Mi concentración seguía orientada en retomar el control de mi cuerpo.

—Keira Morrison, ¿cierto? —pregunté en algún punto de nuestro viaje. No estaba realmente preocupado por contabilizar el tiempo. Tenía un asunto más urgente y molesto del cuál ocuparme. Cuando mis ojos capturaron sus oscuras pupilas, me obligué a mantener mi vista ahí, de no moverla a otro lugar que no fuese su rostro, por temor a lo que ocasionaría en mí detallar su cuerpo. Mi exterior se mantuvo frío y controlado. Pero dentro de mí, estaba sufriendo un desplome masivo a causa de su demoledora e incontenible presencia. Sus rasgos eran comunes, nada extraordinarios: ojos grandes y oscuros, nariz perfilada, labios finos y delineados, rostro ligeramente ovalado, pero algo en ella me sedujo por completo. No supe entonces qué, pero de algo sí estaba seguro: esa mujer podía destruirme.

Su respuesta a mi pregunta fue un movimiento afirmativo de su cabeza, nada más. Un gesto que lamenté. Quería escuchar su voz. Lo estaba deseando. ¿Sería dulce y angelical, o ronca y sensual?

—Vamos de camino a la recepción de la boda de mi socio Will Baker. Le ofreceré mi mano al bajar del auto y caminaremos juntos hasta que nos ubiquen en una mesa. En algún punto de la noche, iremos a la pista y bailaremos una pieza, o dos, dependiendo de la música. Cuando la presente con Will y su esposa, solo dígame su nombre y deséales lo mejor. ¿Alguna duda?

Fui odioso y descortés a propósito. Esa era la mejor forma de protegerme de lo que esa mujer, sin

darse cuenta, estaba provocando en mí.

—¿El baile es necesario?

Ronca y sensual. ¡Joder! ¿No podía tener una voz nasal y odiosa?

—No lo diría si no lo fuese. ¿No sabe bailar? —repliqué altivo, más de lo que debí. Ella no tenía culpa de mi inestabilidad y discordancia.

Ante mi prepotencia, sus ojos se llenaron de rebeldía, pero no expresó su molestia, sino que respondió en un tono casi hilarante:

—Lo normal. No seré reconocida por mis destrezas en la pista.

—Lo tomaré en cuenta. ¿Algo más? —Mantuve mi tono impasible. Debía terminar con esa conversación antes de que mis ojos desobedecieran mis órdenes y se aventuraran a desnudarla con la mirada.

—No, nada más —aseguró en tono contenido. Solo bastaba con ver sus ojos para notar lo molesta que estaba con mi actitud.

El resto del camino, mantuve mi atención en mi teléfono móvil. Aunque, en un par de ocasiones, cuando ella se distraía al mirar por la ventanilla, la observé con pura y absoluta lascivia y ambición. Grandes pechos, cintura pequeña y piernas largas color arena, conformaban el cuerpo que deseaba con desesperación. En aquel momento, me pregunté qué se sentiría pasear mi lengua por su piel canela, descubriendo todos sus horizontes, y la boca se me hizo agua por la anticipación. Mi corazón, ese que creí desahuciado y jodidamente perdido, también reaccionó, golpeando mi tórax con fuerza. Todos mis músculos se contrajeron y se tensaron con horror. ¿Quién carajo era esa mujer y por qué me estaba alterando de una forma tan brutal e incontenible? No lo sabía. No podía entender cómo, en cuestión de minutos, y por segunda vez en toda mi miserable existencia, alguien fuera capaz de volver a vulnerar mi blindado corazón.

Sinopsis

Mía Siempre

(Continuación de la bilogía Mía)

Enamorarme de Keira Bennett no estaba en mis planes. Físicamente, era todo lo opuesto a lo que buscaba en una mujer... por eso la elegí. Pero al escuchar su voz, al posar mi mano en la suave piel de su espalda, al tenerla tan cerca de mí..., quise poseerla. No pensaba en nada más. Su mirada cautivadora y su actitud altanera, me conquistaron. Jugué todas mis cartas y gané. Tomé su cuerpo como había deseado desde que la conocí, pero herí su corazón. Fui frío, malvado y mezquino con la mujer que le dio valía a mi existencia y ahora estoy ardiendo en el infierno. Mi castigo: anhelarla, pensarla, hacerme una y otra vez la misma pregunta ¿será capaz de perdonarme?

Agradecimientos

Dios siempre será el primero en mis agradecimientos. Él me sustenta y me da fuerzas cuando comienzo a flaquear. Mi segundo tesoro invaluable es mi familia, mis padres, hermanos, sobrinos, mi esposo y mi hijo, son la esencia de mi vida. Los amo y su apoyo incondicional hace posible que pueda escribir cada capítulo de cada historia. Muchas de las vivencias y experiencias de mi vida han sido plasmadas en las novelas que he escrito. Pedacitos de mí, llenando espacios entre líneas y noches de desvelo. Y ellos son parte de eso. Gracias por ser y estar a mi lado.

A mis amigas, mis lectoras cero, las primeras que leen mis ocurrencias, esas chicas que están ahí, a pesar de la distancia, que me animan y, con hermosas palabras de apoyo, siempre me sacan una sonrisa. Gracias, miles de gracias. Roxy, Elsa, Loli, Iris, Betsy, Rossi, y Vivian, las quiero un montón.

A los grupos de Facebook e Instagram que me brindan la oportunidad de promover mis historias y de sortear entre sus seguidores mis novelas. Gracias infinitas.

A mis colegas del Club de Lectura Todo Tiene Romance, amigas que siempre me tienden una mano cuando lo requiero. Que están ahí cuando estoy desanimada y me sacan una sonrisa con sus ocurrencias. Mujeres de las que estoy orgullosa y de las que, de una forma u otra, siempre aprendo algo nuevo. Gracias a todas.

A todas las lectoras que me escriben y llenan mi corazón de felicidad con sus hermosas palabras. Es por ustedes que este sueño florece y se materializa. Es por ustedes que vale la pena seguir escribiendo. Gracias. Muchísimas gracias.

Las espero en la continuación de esta historia: Mía siempre.

Sobre la autora

Flor María Urdaneta Durán vive en Venezuela, su país de nacimiento. Es egresada de la Universidad del Zulia de la carrera Comunicación social y se dedica a la fotografía profesional. Su historia como escritora comenzó en julio de 2015 en el maravilloso mundo de Wattpad. Es una lectora adicta y fan número uno de Colleen Hoover.

Un día, se le ocurrió la loca idea de que podía escribir y así lo hizo con el apoyo de su familia.

Flor divide su día entre la escritura, el trabajo, atender a su familia y escribirse con sus locas amigas de WhatsApp. Está felizmente casada y tiene un hijo, que es su razón y su locura.

Otros libros de la autora

Libros únicos

Mi mejor canción.

Enamorado de una stripper

Serie Cruel Amor

#1 Cruel y Divino Amor

#2 Llámame Idiota

#3 Lexie

#4 Less

#5 No Debí Quererte. (La historia de Ryan Wilson)

#5.1 Keanton (Continuación de No Debí Quererte)

Serie Flying With Love

#1 Di que sí

#2 Pretendamos

Redes sociales

Página Web: <http://florurdaneta87.wix.com/flor>

Facebook: www.facebook.com/flormurdaneta/?fref=ts

Grupo: <https://www.facebook.com/groups/sagacruel/?fref=ts>

Twitter: @florurdaneta87

Instagram: @Flormurdaneta

^[1] Dulzura en alemán

^[2] Serie televisiva

^[3] Metropolitan Opera House

^[4] Personaje del Mago de Oz

^[5] Mi dulce perdición

^[6] Mierda, soy un idiota

[\[7\]](#) Fragmento de All Out Of Love de Air Supply

[\[8\]](#) Mierda, esta mujer me mata

[\[9\]](#) Ceremonia judía

[\[10\]](#) Princesa

[\[11\]](#) Mi dulce perdición

[\[12\]](#) Esto fue un error, debí alejarme

[\[13\]](#) Personaje del Mago de Oz